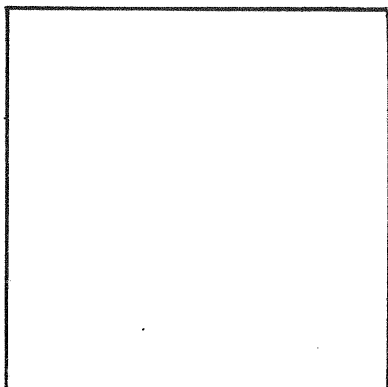


33-2:011
01311111-00

traducción de
josé aricó



historia del bolchevismo

arthur rosenberg

70
CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, por ERNESTO RACIONIERI	ix
PREFACIO	1
1. DE MARX A LENIN (DESDE 1843 HASTA 1893)	3
2. LA REVOLUCIÓN RUSA (DE 1893 A 1914)	20
3. LA GUERRA MUNDIAL (DESDE AGOSTO DE 1914 HASTA FEBRE- RO DE 1917)	39
4. LA III INTERNACIONAL (DESDE AGOSTO DE 1914 HASTA FE- BRERO DE 1917)	60
5. RUSIA DESDE MARZO HASTA OCTUBRE DE 1917	75
6. LA TOMA DEL PODER POR LOS BOLCHEVIQUES Y EL COMU- NISMO DE GUERRA (DE 1917 A 1922)	95
7. LA III INTERNACIONAL EN LA CULMINACIÓN DEL MOVIMIEN- TO REVOLUCIONARIO (DE 1919 A 1921)	115
8. EL GRAN CAMBIO DE RUTA DE 1921 (LA NEP Y EL III CON- GRESO MUNDIAL)	135
9. EL LEGADO DE LENIN (DESDE 1922 HASTA 1924)	153
10. STALIN CONTRA TROTSKI (DE 1924 A 1927)	174
11. LA CONSTRUCCIÓN DEL "SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS" (DE 1927 A 1932)	198

primera edición, 1977

© ediciones de pasado y presente, s.r.l.
impreso y distribuido por siglo xxi editores, s.a.
av. cerro del agua 248, méxico 20, d.f.

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

INTRODUCCIÓN

Quizás en ningún país, incluido Alemania, la *Historia del bolchevismo* de Arthur Rosenberg ha tenido un éxito tan intenso y complejo como el que obtuvo en Italia. El original fue publicado por el editor hamburgués Rowohlt en la segunda mitad de 1932, y esa publicación significó para Rosenberg, profesor adjunto de historia antigua en la universidad de Berlín, su alejamiento de la cátedra. La medida fue tomada por una autoridad rápidamente nazificada, que quiso ver en el libro una forma de defensa y de exaltación de la obra de los bolcheviques. Pero, justamente en 1933, la Casa Editrice Sansoni inauguraba con la *Historia*, traducida por Mario Bacchelli, su "Nueva biblioteca", dedicada a los movimientos políticos y culturales de la época.¹ Se dirá que éste era un resultado evidente de la "política cultural" distinta del fascismo italiano, y de las más variadas y profundas diferencias perceptibles aun entonces respecto del nacionalsocialismo alemán. Y es verdad. Pero lo es con la condición de que, inmediatamente, precisemos la naturaleza y el origen de esta diversidad de actitudes ante un libro dedicado a un movimiento social y político más combatido y enfrentado que discutido y conocido.

Rosenberg asumió en esta obra una actitud "científica" y objetiva, a la manera de un "historiador independiente". Dicha actitud, lejos de desconocer los progresos económicos y sociales realizados por la Unión Soviética con la dirección de Stalin, resultaba absolutamente incompatible con el anticomunismo rabioso e histérico puesto por Hitler en la base de su política, tanto exterior como interior. Ése es el hecho. Pero, con seguridad, no era sólo la mayor abertura de las mallas de una censura menos consecue aquello que en Italia "dejaba pasar" libros de este tipo. La tesis central, o por lo menos la afirmación final de la obra de Rosen-

¹ Véase la recensión de Delio Cantimori en *La Nuova Italia*, 20 de noviembre de 1933, pp. 354-356. Si cotejamos esta recensión y la presentación que en términos fundamentalmente expositivos hiciera el mismo Cantimori para la edición alemana (*Leonardo*, iv, 1933, pp. 78-81), comprobaremos el sentido de las discusiones histórico-políticas promovidas por la traducción italiana. Para un juicio posterior de Cantimori sobre la obra de Rosenberg en el cuadro de la historiografía del socialismo, véase Delio Cantimori, *Studi di storia*, Turín, Einaudi, 1959, p. 256.

berg, decía que esos progresos en el plano "nacional" estaban signados por un abandono gradual del marxismo, además de ser acompañados por una incontenible decadencia de la Internacional Comunista. Dicha tesis no debía disgustar tanto en Italia. Hay una explicación. En los años inmediatamente posteriores a la "gran crisis", la reorganización de la economía italiana dentro del signo del capitalismo monopolista de estado y la reestructuración del fascismo como régimen reaccionario de masas dejaban todavía un espacio abierto para las discusiones sobre la "corporación propietaria". La *Historia* de Rosenberg, en razón de su contenido y de ciertas interpretaciones de lenguaje hechas por el traductor,² bien podía servir para demostrar este principio: que toda "revolución" política necesariamente debía desembocar en una economía caracterizada por la intervención del estado y en una sociedad reglada verticalmente, en un "régimen jerárquico".³

La *Historia del bolchevismo*⁴ fue reimpresa en 1945, suscitando un interés menor que el anterior: quienes la habían leído en otra clave, la encontraron "superada"; y para aquellos que llegaban a los mismos problemas ante el empuje de nuevas realidades y en un cuadro muy distinto de circulación de las informaciones y de las ideas, resultó muda. Ahora, la *Historia* retorna, en sincronía con la buena fortuna que, en el plano internacional, le queda asegurada por una renovación de intereses y discusiones en torno al núcleo originario de sus problemas.⁵ Se trata entonces de dirigirse

² Más allá de las numerosas aproximaciones referentes a términos del lenguaje marxista, debemos subrayar no sólo la frecuencia del adjetivo "rural", en lugar de "agrario" o "agrícola", sino también la constante sustitución de la palabra "cooperativa" por "consorcio".

³ Véase las recensiones de F. Gazzetti en *Bibliografia fascista*, 1934, pp. 313-315, y de G. Terroni en *Nuovi studi di diritto, economia e politica*, VII (1934), pp. 113-118. Pero es significativo, sobre todo, que justamente fuera Ugo Spirito quien remitiera a los resultados de la obra de Rosenberg, para ratificar una tesis suya: "Que, en realidad, una verdadera democracia es contradictoria y, por lo tanto, no puede existir, queda demostrado una vez más por el más grandioso intento de democracia integral cumplido hasta ahora, el de los soviets (véase A. Rosenberg, *Storia del bolscevismo*, Firenze, 1933, p. 120)". Así dice Ugo Spirito: *Regime gerarchico*, en *Nuovi studi...*, VII (1934), p. 18 (de *Civiltà fascista*, 1934, fasc. I, pp. 4-14).

⁴ Véase A. Rosenberg, *Storia del bolscevismo da Marx ai nostri giorni*, Introducción de Wolf Giusti, Edizioni Leonardo, Roma, 1945.

⁵ El retorno de la obra de Rosenberg a la circulación ha sido facilitado por dos nuevas e importantes ediciones: la reimpresión en alemán, con una introducción de Ossip K. Flechtheim dedicada fundamentalmente a la historia del movimiento comunista internacional (Frankfurt a. M., Europäische Verlagsanstalt, 1966), y una traducción francesa: aquí la introducción de Georges

a los orígenes y al contenido de la obra con la conciencia de que nos acercamos a uno de los textos fundamentales para el sostén del debate político e historiográfico sobre el movimiento real y de ideas que más ha pesado en la historia de nuestro tiempo.

I

La biografía política de Arthur Rosenberg (1889-1943) es uno de los casos más significativos de los que componen ese mosaico dramático y complejo de la historia de las relaciones entre el movimiento revolucionario y los intelectuales europeos durante el período que va de una a otra guerra mundial. Allí vemos el continuo alternarse de rigor intelectual y de esperanzas en una total palin-genesia social y moral; vemos la ambición de participar en la lucha por la transformación del mundo y, a la vez, las dificultades de ubicación en las organizaciones políticas surgidas para el logro de este fin. Como pocos, Rosenberg une en su propia persona todos estos elementos y, en sus oscilaciones y unilateralidades, testimonia, en un curso brevísimo de años, tanto la lúcida exaltación del extremismo como la resignada contemplación ideologizante.

Rosenberg provenía de una familia de comerciantes hebreos naturales de los territorios del imperio de los Habsburgo, y se hizo conocer a corta edad, como joven estudioso de historia antigua en la escuela de Eduard Meyer, en la universidad de Berlín. Dos investigaciones le abrieron camino a una brillante carrera universitaria: una sobre la debatida cuestión de las "centurias" durante el reinado de Servio Tulio (*Untersuchungen zur römischen Zenturienverfassung*, Berlín, 1911), y, particularmente, aquella que realizara sobre la constitución política de los antiguos pueblos itálicos: *Der Staat der alten Italiker, Verfassung der Latiner, Osker, Etrusker*, Berlín, 1914. Docente libre desde 1914, y desde 1917 profesor adjunto de historia antigua en la universidad de Berlín, a fines de la primera guerra mundial era una de las más seguras promesas en un campo de estudios ampliamente frecuentado en Alemania.⁶

Haupt, está más concentrada en la figura y en la obra de Rosenberg (París, Editions Bernard Grasset, 1967). Buena parte de esa introducción ha sido reproducida en *Movimento operaio e socialista*, XV (1969), pp. 139-153.

⁶ Véase Helmut Schachenmayer, *Arthur Rosenberg als Vertreter des historischen Materialismus*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1964. Ursula Hüllbüsch, en el comentario aparecido en *Internationale wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung* (fasc. 7, diciembre de 1968, pp. 94-96), hace críticas muy serias y fundadas respecto de este libro. Sin em-

Fue colaborador de las más importantes revistas de filología e historia antigua: sus trabajos tenían ya una fuerte resonancia internacional y, por ejemplo, los encontramos ampliamente utilizados en los estudios italianos sobre historia antigua pertenecientes a esa época. Recientemente, un historiador como Santo Mazzarino consideraba "todavía fundamental" ⁷ su trabajo de iniciación en el estudio de las fuentes de la historia romana, que terminó de escribir ya antes del fin de la guerra, pero que fue publicado algunos años más tarde (*Einleitung und Quellenkunde zur römischen Geschichte*, Berlín, 1921). La inspiración genéricamente clasista revelada por el conjunto de estos escritos de historia antigua demostraba la existencia de un conocimiento directo, de primera mano, del marxismo. Pero en nada testimoniaba una adhesión a la lucha del movimiento obrero, adhesión por otro lado imposible, debido a la prohibición, aplicada a los estudiosos que públicamente estuvieran ligados a la socialdemocracia, de enseñar en las universidades de la Alemania guillermina.

Algunos hechos ejercieron una influencia decisiva en el pasaje de Rosenberg a la lucha política: fueron la crisis de la socialdemocracia alemana en los años de la primera guerra mundial y, en medida determinante, la revolución de octubre en Rusia y sus repercusiones sobre Alemania. En 1918, Rosenberg se afilió al Partido Socialista Independiente de Alemania (USPD), que se había formado por una escisión con tendencia izquierdista respecto a la socialdemocracia. Dos años más tarde, este partido se dividió con referencia a la actitud a tomar ante la Internacional Comunista; entonces, Rosenberg, junto con la mayoría, entró en las filas del Partido Comunista Unificado de Alemania (VKPD). El pasaje a la lucha política, y particularmente la adhesión al partido comunista, tuvo en ciertos aspectos el carácter de una conversión: tan radical fue la conmoción que provocó en las orientaciones de pensamiento y en los compromisos de trabajo del estudioso, del científico. Al mismo tiempo, puso en evidencia la naturaleza fuertemente intelectual de su empeño político. A partir de este momento, Rosenberg abandona por completo su producción de historiador de la antigüedad y ubica en primer plano su trabajo de periodista militante, de orador partidario, de participante en las discusiones internas de la KPD y de la Internacional Comunista. Su adhesión a la causa de la revolución de octubre y al movimiento comunis-

bargo, la obra, aun dentro de su carácter incompleto y a pesar de cierta superficialidad, constituye el único estudio existente hasta hoy sobre Rosenberg.

⁷ Véase Santo Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Laterza, Bari, 1967, vol. II, p. 515.

ta, a la par de la de tantos otros intelectuales alemanes, se fundaba en la convicción de la posibilidad de instituir y de realizar en breve espacio de tiempo, en Rusia y en toda Europa, un orden nuevo, social y, a la vez, moral. Ilia Ehrenburg se hallaba por entonces en vagabundeo político y literario por las capitales europeas: pocos describieron como lo hizo él tanto las raíces como los fenómenos de esta actitud, entre nihilista y revolucionaria, hecha de intransigencia y nacionalismo. Actitud propia de los intelectuales alemanes que, en una sociedad en descomposición, se unían a la causa del comunismo: "Los alemanes vivían al día, nadie sabía qué sucedería un día después [...] los poetas de la revista *Aktion* escribían que luego de la NEP habían perdido toda confianza en la URSS, y que sólo los alemanes mostrarían al mundo qué es una auténtica revolución. Uno de ellos agregó: 'Ante todo es necesario matar simultáneamente, en los distintos países, a diez millones de personas: se trata de un mínimo' [...] Uno de los colaboradores de la *Rote Fahne* me dijo: ¡Su *Jurenito* es un libro verdaderamente asqueroso! No puedo entender cómo lo han dejado publicar en Moscú. Cuando nosotros lleguemos al poder, será muy distinto [...]."⁸

El primer disentimiento de Rosenberg respecto de la política de la Internacional Comunista maduró en este humus de desesperación, de profundas convicciones individualistas. En los primeros dos congresos del partido (Berlín, 1920; Leipzig, 1921), Rosenberg se había sumado a los sostenedores de la "teoría de la ofensiva". Según esa teoría, el objetivo primario de las minorías activas y políticamente organizadas era por necesidad el de remover la pasividad de la clase obrera, empujando a ésta hacia el camino de la insurrección. Dichas posiciones eran derivadas de la proclamación del carácter revolucionario de la situación mundial, que Lenin había formulado en el II Congreso de la Internacional Comunista (1920). Desde los primeros meses de 1921, Karl Radek y Paul Levi habían empezado a oponerse a los teóricos de la ofensiva. Radek era representante de la Internacional Comunista; Levi, presidente de la KPD. Ambos, en una famosa *Carta abierta* enviada a los partidos obreros y a las organizaciones sindicales, habían propuesto una línea de acción común para la satisfacción de las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores. En el III Congreso de la Internacional Comunista (1921), Lenin y, bajo el peso de su autoridad, toda la delegación rusa se habían agrupado en

⁸ Véase Ilia Ehrenburg, *Uomini, anni, vita*, Editori Riuniti, Roma, 1962, vol. III, pp. 7-15. [Hay edic. en esp.]

favor de la política de la *Carta abierta* contra los teóricos de la "ofensiva": de esa manera, echaron las premisas para la compleja y discutida búsqueda acerca de los períodos y los modos de desarrollo de la "revolución mundial". Los contragolpes de la desastrosa "acción de marzo" afectaron a quien había sido iniciador de aquel "viraje" —Paul Levi—; sin embargo, la política de frente único comenzó a afirmarse justamente luego del III congreso, conquistando adeptos aun en Alemania. Rosenberg se opuso. Además, con la aparente influencia de los representantes de la "oposición obrera" rusa, con los cuales mantuvo frecuentes contactos en Berlín, incluyó en esta oposición también a la NEP. No olvidemos que la NEP había precedido en la política interna rusa al "viraje" de la Internacional Comunista, con el "nuevo curso" abierto por el III congreso.⁹

Mientras tanto, a comienzos de 1921, Rosenberg se había convertido en redactor para los problemas internacionales de la oficina de prensa comunista, que editaba la *Internationale Presse Korrespondenz* (Inprekorr), semanario en lengua alemana de la Internacional Comunista. Rosenberg colaboró con asiduidad en esta revista, escribiendo sobre todo artículos de política internacional entre los años 1921 y 1927: sus temas preferidos fueron los relativos al ordenamiento de las relaciones entre los estados luego del fin de la guerra, tanto en Europa como en Asia. Y dentro de esos temas mostró un particular interés por los desplazamientos y las modificaciones de orientación que los contragolpes de la revolución de octubre provocaban en las potencias imperialistas.

Rosenberg fue elegido como diputado en 1924. También allí, en el Reichstag, se ocupó fundamentalmente de problemas internacionales. En su condición de miembro de la comisión de relaciones exteriores y del comité de investigación sobre las causas de la derrota de Alemania, se hizo apreciar ampliamente por la firmeza y por el valor informativo de sus intervenciones, en las cuales el realismo del historiador se unía a la resolución del político. Especialmente en el comité de investigación, Rosenberg fructificó sus aptitudes y su experiencia de estudioso de la historia. Resulta singular, pero en extremo significativo, que el encarnizado adversario de la política de frente único de la clase obrera hiciera en esta

⁹ Para la historia de la KPD y de la Internacional Comunista, véase particularmente: Ossip K. Flechtheim, *Die KPD in der Weimarer Republik*, Offenbach, 1948; Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, *Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, Berlín, Dietz Verlag, 1966, vol. III, pp. 9-106; Miloš Hájek, *Storia dell'Internazionale Comunista, La politica di fronte unico (1921-1935)*, Editori Riuniti, Roma, 1969.

función una política de frente único con ciertos historiadores. Se trataba de esos historiadores que, aun representando a partidos políticos muy alejados del suyo, se oponían a la *Dolchstosslegende*. Esta tendencia nacionalista y reaccionaria atribuía la derrota militar de Alemania ya no a los contratiempos militares, sino a la "puñalada por la espalda" que las fuerzas armadas alemanas habían recibido de parte del levantamiento de marinos y soldados provocado por los subversivos. En efecto, Rosenberg estuvo constantemente de acuerdo con el gran historiador del arte militar, el conservador prusiano Hans Delbrück, y también con el historiador de los partidos políticos, el liberal Ludwig Bergstrasser: todos ellos rechazaban la campaña militarista y reaccionaria, argumentando históricamente las causas profundas de la derrota alemana en la primera guerra.

En cierto momento, el disentimiento de Rosenberg respecto del Komintern pareció atenuarse casi hasta desaparecer. La Internacional Comunista atribuyó a la dirección Brandler-Thalheimer la responsabilidad del fracaso en la insurrección de Alemania central (septiembre de 1923): esa dirección era favorable a una política de frente único, hasta el punto de haber sostenido a los gobiernos regionales de conducción socialdemócrata en Sajonia y Turingia. Más aún: la Internacional facilitó el ascenso a la dirección del partido de la anterior oposición de izquierda. En el congreso de Frankfurt (abril de 1924), Rosenberg entró a formar parte del centro dirigido por Ruth Fischer y Arkadi Maslov; en el V Congreso de la Internacional Comunista (junio-julio de 1924), se convirtió en miembro del comité ejecutivo. Pero el acuerdo del nuevo grupo dirigente duró verdaderamente no más que una mañana, así como muy pronto se rompió el entendimiento con la Internacional. Ésta se iba orientando en el sentido del reconocimiento de una "estabilización relativa del capitalismo", acompañando por lo tanto la política de construcción del "socialismo en un solo país", la Unión Soviética, con la "bolchevización", es decir, con la centralización organizativa y la organización sobre bases de masa de los partidos comunistas europeos. Por otro lado, la dirección Fischer-Maslov, contraria en los hechos a esta orientación, trataba de corresponder al nuevo lanzamiento de la política de frente único propiciada por la Internacional Comunista con la idea de un "bloque popular" para las elecciones presidenciales. Rosenberg asumió una actitud de completa e intransigente oposición. Lo hizo junto con Wilhelm Scholem y, con distintos matices, con Ivan Katz y Karl Korsch, seguidos todos por organizaciones proletarias de una cierta consistencia en las regiones de Berlín, el Ruhr y Alemania central

y meridional. Así se constituyó una fracción autónoma de extrema izquierda, definida en el lenguaje partidario de los "Ultralinken". Contra la Internacional, se opuso a la reorganización del partido sobre la base de las células en los lugares de trabajo; arguyó la espontaneidad de las masas y la existencia de una situación inmediatamente revolucionaria en Alemania. Al mismo tiempo, definió como capitulación la actitud de Maslov, que proponía el retiro de la candidatura de Thälmann en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales con el fin de encontrar un acuerdo con las otras fuerzas obreras o "republicanas", capaz de evitar la elección de Hindenburg.

Pero en el VI ejecutivo ampliado de la Internacional Comunista (febrero-marzo de 1926), Rosenberg, repentinamente, se separó del grupo de los "ultraizquierdistas". No renegó de su anterior oposición a la teoría del "bloque popular", teoría a la que definió como un residuo de "millerandismo". También rechazó las críticas de Zinóviev, Stalin y Bujarin a la línea histórica de la izquierda alemana. Pero, de todos modos, aceptó la condena que éstos habían hecho respecto de la dirección "sin principios" de Ruth Fischer. Reconoció sobre todo que el partido se encontraba en Alemania ante una situación fuertemente contradictoria, porque a la existencia de más de tres millones de desocupados no hacían eco condiciones inmediatamente favorables a la insurrección. De allí la absoluta necesidad de una política de frente único, abierta a la colaboración con las masas socialdemócratas. Y también la necesidad de una preocupación más marcada por el trabajo entre los campesinos y los sectores medios, capaz de desarrollar la brecha abierta ya con la propaganda por la confiscación de los bienes de los príncipes.¹⁰ Las memorias de sus ex compañeros de grupos han insistido sobre el papel que en este cambio de Rosenberg tuvo la influencia de Stalin y de Bujarin. Es probable que así haya sido, pero tal obra de persuasión, realizada sin lugar a dudas durante las sesiones de la comisión alemana en el VI ejecutivo ampliado, se encontraba en Rosenberg con un más profundo proceso de reflexión sobre su propia experiencia política. En el curso de 1926, colaboró con Thälmann y con la nueva dirección de la KPD, acentuando en todas sus intervenciones la polémica contra el extremismo, es decir, contra aquella "enfermedad infantil". Evidentemente, en su tiempo, las advertencias de Lenin al respecto, no lo

¹⁰ Véase *Inprekorr*, vi, n.º 33, 1 de marzo de 1926, pp. 456-457; vi, n.º 37, 8 de marzo de 1926, pp. 510-511; vi, n.º 45, 19 de marzo de 1926, p. 630; vi, n.º 54, 9 de abril de 1926, p. 758.

habían vacunado. En una de sus últimas colaboraciones para la prensa comunista —un comentario sobre la traducción alemana del *Dux* de Margherita Sarfatti—, observaba: "El caso Mussolini sobre todo debe hacer reflexionar al proletariado en cuanto a cierta forma de radicalismo que a veces puede desorientar justamente a los obreros más valientes y más dispuestos al sacrificio."¹¹ El 14 de abril de 1927, apenas llegó la noticia de que Chiang Kai-shek había roto la alianza del Kuomintang, volviendo sus armas contra el movimiento comunista, Rosenberg abandonó las filas partidarias y dirigió una carta a Stalin. En esa carta pedía la disolución de la Internacional.

Excluido del partido comunista, Rosenberg no ingresó en ninguno de los grupos políticos o revistas en que se fragmentó la disidencia, de derecha o de izquierda, en los años precedentes a la llegada del nazismo al poder. Tampoco es verdad que luego de 1927 se haya adherido a la socialdemocracia,¹² como muchos lo sostienen. En 1928 caducó el mandato parlamentario que había recibido como representante de la KPD: entonces volvió a los estudios de historia, ya no antigua, sino contemporánea. Es cierto que colaboró en *Die Gesellschaft*, la revista socialdemócrata dirigida por Rudolf Hilferding, pero su obra de los años siguientes fue preferentemente la del historiador que buscaba una solución crítica, racional, a los interrogantes que se habían asomado durante la inquieta milicia en el movimiento obrero alemán e internacional. En *Ursprünge der deutschen Republik* (1928), encontró una respuesta a la debilidad de la república surgida con la revolución de noviembre de 1918: era responsable la solidez del edificio bismarckiano, impenetrable a las modificaciones constitucionales o a las presiones de la clase obrera. En la *Geschichte des Bolschevismus* (1932), de conformidad con su experiencia autobiográfica, ubica en la nueva política económica y en el III Congreso de la Internacional Comunista la desviación del camino de la revolución mundial. Hacia 1933, Rosenberg emigró de Alemania, para seguir su carrera de docente y de estudioso, primero en Liverpool, luego en Nueva York. *Geschichte der deutschen Republik* (1934) reproduce los hechos de la República de Weimar hasta llegar a 1923, y es la prolongación del libro de 1928. *Demokratie und Sozialismus* (1938) no es sólo la última obra en orden cronológico escrita por Rosenberg: allí culmina su reflexión sobre el movimiento obrero

¹¹ Véase *Inprekorr*, vii, n.º 6, 14 de enero de 1927, p. 124.

¹² Hallamos esta noticia también en Franz Osterroth, *Biographisches Lexicon des Sozialismus*, vol. I, Verstorbene Persönlichkeiten, Hannover, Verlag J. H. W. Dietz Nachf. GmbH, 1960, p. 255.

en la historia de la Europa moderna. Además, está escrita ya en el fuego de la gran batalla mundial en torno del fascismo.¹³ Y justamente al fascismo, como fenómeno internacional, había dedicado Rosenberg un análisis general y comparado desde 1934. Dicho análisis peca de cierta unilateralidad respecto de Italia: no olvidemos que Rosenberg la consideró siempre en una perspectiva tal que las consideraciones sobre el retraso italiano propias del estudio de historia antigua se entrecruzaban de manera singular con las expectativas revolucionarias del sostenedor de la "teoría de la ofensiva" en los años 1920-21. Sin embargo, Rosenberg demostró una especial agudeza al ligar el problema de la relación entre fascismo y capitalismo con el tema del fascismo como "movimiento reaccionario de masas".¹⁴

II

La *Historia del bolchevismo* de Rosenberg es la historia de una idea, de una tendencia y de una organización política. La literatura y el periodismo de la época entendían el término en sentido extensivo y, como consecuencia, identificaban al bolchevismo con el movimiento revolucionario ruso y con la sociedad y el Estado surgidos de la revolución de octubre. En cambio, Rosenberg se refiere al bolchevismo como a una orientación de pensamiento colocada en el cauce del desarrollo histórico del marxismo, una

¹³ Las dos obras sobre la historia de Alemania fueron traducidas al italiano por Edizioni Leonardo: *Storia della Repubblica tedesca*, 1945; *Origini della Repubblica tedesca (1871-1918)*, 1947. La introducción es de Wolf Giusti. Las mismas obras han sido reimpresas en Alemania, formando un solo volumen, con introducción de Kurt Kusten, amigo y colaborador de Rosenberg (Frankfurt a. M., Europäische Verlagsanstalt, 1955). *Demokratie und Sozialismus. Zur politischen Geschichte der letzten 150 Jahre* [hay edic. en esp.], publicado inicialmente en Amsterdam (1938), fue reimpreso hace unos años: Frankfurt a. M., Europäische Verlagsanstalt, 1962.

¹⁴ El ensayo *Der Faschismus als Massenbewegung. Sein Aufstieg und seine Zersetzung* fue publicado en Checoslovaquia (1934), y ha sido reproducido casi íntegro en: Otto Bauer-Herbert Marcuse-Arthur Rosenberg u. a., *Faschismus und Kapitalismus. Theorien über die sozialen Ursprünge und die Funktion des Faschismus*; editado por Wolfgang Abendroth, con introducción de Kurt Kliem, Jörg Kammler y Rüdiger Griepenburg, Frankfurt a. M. Europäische Verlagsanstalt, 1967, pp. 75-141. Algunas páginas referidas al fascismo italiano han sido traducidas en: Ernesto Ragionieri, *L'Italia giudicata, 1861-1945, ovvero la storia degli italiani scritta dagli altri*, con la colaboración de Liana E. Funaro, Mario G. Rossi, Carlo Pinzani (Laterza, Bari, 1969, pp. 675-677).

corriente organizada en su lucha para afirmarse en el carácter de fuerza revolucionaria y para determinarse como regidora de nuevas relaciones sociales y políticas. El libro se inscribe entonces en la historia de las ideas y de los movimientos políticos más que en la historia de las sociedades y los estados. Esta clasificación no resulta contradicha de ninguna manera por la declaración metodológica con que Rosenberg abre su obra: "las ideas no vagan en el espacio vacío, sino que son los productos de circunstancias reales". Para decirlo con otras palabras, nos encontramos ante una historia de las ideas y de movimientos políticos que pone en su centro el motivo de la relación con las fuerzas sociales. Y ello en el doble sentido de que una idea y un movimiento político son expresión de fuerzas sociales determinadas y de que, a la vez, tratan de interpretar la ubicación de esas fuerzas sociales y de dirigir su actividad. El fondo de esta investigación es más internacional que específicamente nacional: se refiere al marxismo y al movimiento obrero europeo, e incluye y considera a Rusia sólo como una parte, como un anillo del desarrollo histórico del marxismo y del movimiento revolucionario europeo.

La inspiración del libro está dictada por una precisa tradición intelectual del marxismo alemán: la tradición de la izquierda revolucionaria que, con la Liga Espartaco, había originado el Partido Comunista de Alemania. La presencia de ideas de Rosa Luxemburg circula con amplitud por toda la obra, no sólo en las partes, numerosas e interesantes, referidas directamente al perfil de su personalidad y de su pensamiento. También está en la concepción y en la crítica del bolchevismo. Por ejemplo, hay una dicotomía de origen típicamente luxemburguiano: uno de los términos de esa dicotomía es la concepción leninista del partido, fundada sobre la centralización organizada y sobre el papel de los "revolucionarios profesionales". El otro término aparece constituido por la función de autogobierno de los soviets, órgano de democracia directa, que se ha ido afirmando en el curso del proceso revolucionario.¹⁵ Esta y otras derivaciones del pensamiento de la Luxemburg, sin embargo, no deben ocultar una segunda fuente de inspiración, tan importante como la anterior, y más estrictamente historiográfica. En el prefacio a *Orígenes de la República de Weimar*, el mismo Rosenberg había escrito: "Al redactar el libro

¹⁵ Sobre la defensa de las ideas de la Luxemburg por Rosenberg en las discusiones internas de la KPD, y, más en general, sobre la insistencia de la *Historia del bolchevismo* en la contraposición de luxemburguismo y leninismo, véase: J. P. Nettl, *Rosa Luxemburg*, London, Oxford University Press, 1966, pp. 806 y 819 [hay edic. en esp.]

he tenido siempre presente sólo un enemigo: la leyenda histórica, indiferentemente del lugar de origen, fuera de *derecha* o de *izquierda*.¹⁶ Esta expresión —“leyenda histórica”— tiene inconfundibles resonancias en la tradición intelectual del marxismo alemán. Ella nos remonta a Franz Mehring, que había iniciado su carrera de historiador marxista con la *Leyenda de Lessing*; es decir, con una investigación destinada a deshacer la leyenda de un acuerdo entre Federico II y Lessing, entre política absolutista, militarista, por un lado, y cultura iluminista, liberadora, por el otro. Y ese itinerario se cerraría con una biografía de Marx fuertemente polémica, dirigida contra las leyendas partidarias y contra sus administradores.¹⁷ Sabemos que entre Rosenberg y Mehring hubo contactos personales antes de 1918. Rosenberg dirá sobre Mehring: “La amplitud de sus intereses, su sabiduría, la seguridad de su método, (le) aseguran [...] una posición no alcanzada todavía por todos los representantes del materialismo histórico.”¹⁸ Más en general, hay en Rosenberg una actitud de autónoma valoración crítica de la tradición historiográfica alemana. Esa actitud se remite a las enseñanzas de Mehring y se resiste a asumir como términos de juicio las clasificaciones políticas y las tomas de posición teóricas de los historiadores, para adentrarse en la conflictividad, necesariamente immanente, entre investigación histórica concreta y posiciones de principio y declaraciones ideológicas.¹⁹

Rosenberg se ligaba o trataba de ligarse justamente a esta tradición intelectual. Lo vemos cuando, al comienzo de su libro, dice: “El objetivo que aquí me he fijado es científico, extraño a todo partido político.” O bien cuando afirma: “Es absolutamente necesario, por razones tanto científicas como políticas, elevar el juicio

¹⁶ Arthur Rosenberg, *Origini della Repubblica tedesca 1871-1918*, p. 4.

¹⁷ Para esta posición historiográfica de Mehring me permito remitir a mis introducciones a las traducciones italianas de las obras de Mehring: *Storia della Germania moderna*, Feltrinelli, Milán, 1957; *Storia della socialdemocrazia tedesca*, Editori Riuniti, Roma, 1961; *Vita di Marx*. Editori Riuniti, Roma, 1966 [hay edic. en esp.]

¹⁸ Voz “Franz Mehring”, en *Encyclopaedia of social Sciences*, vol. 10, pp. 301-302.

¹⁹ Al respecto, es en extremo significativa la coincidencia del juicio sobre la producción historiográfica de Hans Delbrück, conservador en cuanto a la orientación política e historiográfica pero, en la concepción de las relaciones entre sociedad y arte militar, decididamente avanzado y progresista. Cotéjese el ensayo de Mehring *Eine Geschichte der Kriegskunst*, *Ergänzungshefte zur Neuen Zeit*, 16 de octubre de 1908; ahora en Franz Mehring *Zur Kriegsgeschichte und Militärfrage*, Berlín, Dietz Verlag, 1967, particularmente pp. 135-140. Y también el de Arthur Rosenberg *Hans Delbrück der Kritiker der Kriegsgeschichte*, en *Die Gesellschaft*, VI (1929), vol. 2, pp. 245-252.

sobre la Rusia bolchevique por sobre el pequeño estrépito cotidiano de las discusiones de partido.” Sin embargo, no llegaríamos al fondo de la anatomía intelectual de la *Historia del bolchevismo*, no comprenderíamos su alcance teórico y político a la vez, si pretendiéramos conformarnos con la individualización retrospectiva de estas fuentes de tradición intelectual.

Esta obra debe ser leída también dentro de un preciso sentido de la autobiografía. Y ya no, o ya no solamente, en el sentido de la autobiografía de alguien que ha participado por lo menos de una parte de los hechos cuya historia recorre. La parte de recuerdos es discreta; está disimulada, diríamos, en el tejido de la narración. Por ejemplo, Rosenberg estuvo presente cuando Zinóviev pronunció su “discurso de cuatro horas” en el congreso de Halle de la USPD: ese mismo congreso en que logró la fusión de la mayoría del partido con el Partido Comunista de Alemania, además de la adhesión a la Internacional Comunista. Rosenberg también fue protagonista y víctima, simultáneamente, de la “brillante operación” con que Bujarin consiguió dividir en 1925 al bloque de los “izquierdistas” alemanes (la expresión citada pertenece a este mismo libro). Pero lo fundamental es que aquel sentido autobiográfico a que nos referimos debe ceñirse a una circunstancia: estamos ante un intelectual que ha participado de la experiencia de la lucha política y que, de esta experiencia, quiere extraer una visión realista de la historia, desencantada, sin ilusiones. Remitiéndonos a una famosa fórmula del pensamiento político, podríamos decir: “lección de las cosas antiguas” y “experiencia de las cosas modernas”. Y la definición acertaría para muchos aspectos característicos de la obra de Rosenberg: su carácter fuerte y conciso que no se detiene en los particulares, el querer llegar al corazón de los procesos políticos. Pero esa misma definición, por otro lado, no tiene en cuenta el rasgo teórico acaso más relevante del libro: su ambición de fijar las características y las contradicciones del bolchevismo en el cuadro del desarrollo histórico del marxismo y del movimiento obrero internacional. En este aspecto, aparece un elemento que escapa a la influencia de Rosa Luxemburg y de Franz Mehring, y, aunque se proponga presentarse como una prolongación de esa tradición, constituye ya, respecto de ella, un instrumento teórico nuevo y en alguna medida distinto.

Nada tiene de casual que el prefacio de *Historia del bolchevismo* termine con una referencia a Korsch: “De la literatura alemana en torno al bolchevismo, me han resultado especialmente útiles las obras de Karl Korsch.” Porque no es sólo una analogía de formación intelectual o de historias políticas lo que acerca a

uno y a otro: en efecto, también Korsch llega a la política desde la investigación, también forma parte de la misma tendencia de extrema izquierda y es elegido diputado en 1924. Además, su expulsión del partido comunista precede en poco tiempo al alejamiento de Rosenberg. Pero lo fundamental es que el esquema interpretativo de este libro sobre el bolchevismo nos lleva a las ideas principales de Korsch acerca del desarrollo histórico de la relación entre marxismo y filosofía. Korsch —se recordará— había tratado de fijar tres períodos o etapas de esta relación: un primer período, correspondiente al pensamiento de Marx y Engels hasta 1848, y que elabora el carácter plenamente revolucionario de una teoría desarrollada simultáneamente con un movimiento revolucionario real. Un segundo período, que se extiende desde junio de 1848 hasta los comienzos del siglo xx, y durante el cual la disociación entre marxismo y filosofía se había traducido en la política reformista de los partidos socialdemócratas de la II Internacional y, también, en la asunción sólo parcial y deformada de un marxismo endurecido en “ortodoxia”. Hubo, en fin, un tercer período: en él, el marxismo logró la plena reasunción de su contenido filosófico gracias a la reanudación de la praxis revolucionaria.²⁰

Pues bien: si tenemos en cuenta esta interpretación de Korsch sobre los “tres períodos” encontraremos en la obra de Rosenberg su puntual réplica, aplicada y convertida en instrumento de conocimiento para las diversas y sucesivas “etapas” de la historia del movimiento obrero internacional. En la primera, Rosenberg veía

²⁰ De Korsch, véase en traducción italiana *Marxismo e filosofia* [hay edic. en esp.], con prólogo de Mario Spinella, Sugar, Milán, 1966, y *Karl Marx* [hay edic. en esp.], con introducción de Giuseppe Bedeschi, Laterza, Bari, 1968. Pero para una plena comprensión de las posiciones y del pensamiento de Korsch es necesario conocer también sus principales escritos políticos, de entre los cuales recientemente se ha reimpresso *Arbeitsrecht für Betriebsräte* (1922), editado y presentado por Einrich Gerlach, con introducción de Dieter Schneider (Europäische Verlagsanstalt-Europa Verlag, Frankfurt a. M.-Wien, 1968). Véase también la polémica con Kautsky, *Die materialistische Geschichtsauffassung. Eine Auseinandersetzung mit Karl Kautsky*, en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, xiv (1929), pp. 179-279. Es testimonio del interés existente en Italia por Korsch el libro de Giuseppe Vacca, *Lukacs o Korsch?*, De Donato, Bari, 1969. Pero, para una exposición históricamente ejemplificada de las posiciones de Korsch sobre la historia del marxismo es todavía de gran importancia la disertación de Franz Jakubowski, *Die ideologische Ueberbau in der materialistischen Geschichtsauffassung*, Danzig 1936, reproducida en el *Archiv Sozialistischer Literatur*, Verlag Neue Kritik, Frankfurt a. M. 1968, con introducción de Arnheim Neustiss. [Hay edición en español: *Las superestructuras ideológicas en la concepción materialista de la historia*, Madrid, Alberto Corazón Editor, 1973.]

la organización de los obreros dirigida fundamentalmente a realizar la revolución democrático-burguesa, con la conducción de “un pequeño grupo de revolucionarios profesionales, llegados del sector intelectual de la burguesía”. Una segunda etapa, en la cual “los obreros han progresado al punto de deliberar ellos mismos sobre sus propias organizaciones”, pero a cambio de permutar la lucha por el mejoramiento de sus propias condiciones de existencia con una renuncia al objetivo final de la revolución. Y hay una tercera etapa: la clase obrera reivindica aquí una plena facultad de decisión sobre su propia organización, pero con el fin principal y exclusivo de “convertir la propiedad privada de la burguesía en patrimonio social” y de “realizar la sociedad sin clases”, pasando a través de la destrucción de las clases medias, de manera “de enfrentar a la ínfima minoría de los explotadores capitalistas con la enorme mayoría de los explotados”.

Correlativamente, Rosenberg elabora tres “modelos” de comportamiento del movimiento obrero, que se van sucediendo el uno al otro como tipología histórica, y también trata de fijar, para cada uno de esos modelos, la base social y a la vez la función asumida por la ideología. Pero la traducción del esquema de Korsch a la realidad histórica lo hace chocar con dos serias dificultades: por un lado, con la desarticulación y los contrastes internos de los partidos socialdemócratas de la II Internacional. Por otro lado, con la exigua consistencia objetiva de las fuerzas capaces de representar las exigencias necesariamente válidas en la tercera etapa de desarrollo del movimiento obrero revolucionario. Rosenberg trata de resolver la primera dificultad creando una serie de “submodelos”: la diferenciación entre esos submodelos está dada por la relación entre acción práctica e ideología. Por ejemplo, al ala derecha revisionista corresponde una política reformista con explícita revisión teórica del marxismo; en el centrismo kautskiano se da una aceptación sustancial de la misma política reformista, pero con la conservación ortodoxa y aparentemente radical de la ideología. En fin: los grupos de la izquierda marxista dirigidos en Alemania por la Luxemburg y en Rusia por Trotski, rechazan la política reformista y preparan conscientemente la revolución socialista, inminente ya. De todos los cánones interpretativos propuestos por Rosenberg, es éste el que ha tenido mayor fortuna: en parte en esta formulación general, en parte en la profundización histórica que de ella trató de dar en *Demokratie und Sozialismus*, dicho esquema ha sido retomado por una tendencia bastante importante de la actual historiografía de la República Federal Ale-

mana.²¹ En cambio, al referirse a la base social del “marxismo revolucionario”, Rosenberg no vacila en señalarla en aquel sector de la clase obrera empapado de “radicalismo utopista”: “forman parte de ella los más pobres de los obreros, los desesperados y los amargados de la vida; no sólo odian con pasión a la sociedad burguesa, sino también a cualquier estrato social que haya tenido un poco más de suerte que ellos mismos. Toda política de compromiso es rechazada por ellos; sólo desean la acción radical. Con fanática desconfianza atacan a toda forma de organización y de guía, y se consideran traicionados toda vez que se los expone a una disciplina o a una regla.”

En esta sucesión de modelos preconstituidos, el marxismo resulta ubicado más por negación, por antítesis, que a través de una afirmación o de una inducción positiva. Surge como un híbrido, no como un fenómeno político particularizado de manera positiva. En el plano del agrupamiento universal del movimiento obrero, Rosenberg observa que Lenin, antes de 1914, consideraba a la “socialdemocracia alemana con su dirección radical de partido como una organización no tan diferente al marxismo”. Y Lenin también creía que “ese partido, guiado por Bebel y cuya teoría era establecida por Kautsky, en un determinado momento habría de lanzarse a la revolución contra Guillermo II y contra el capitalismo alemán”. Sigue observando Rosenberg que, paralelamente, los bolcheviques libraban una batalla frontal y de principios contra los mencheviques, fuerza rusa auténticamente similar a las posiciones políticas de los partidos socialdemócratas de la II Internacional: “Los mencheviques se consideran los representantes del sector obrero ruso, con sus propias y limitadas posibilidades de influencia sobre los hechos, teniendo en cuenta la situación general de Rusia. En cambio, los bolcheviques se consideran los dirigentes de la revolución del pueblo ruso.” Para decirlo en los términos de la periodización de Korsch, la sustancia del bolchevismo consistiría en una contaminación de modelos diversos, que se refieren a diferentes etapas del desarrollo histórico del movimiento obrero. El bolchevismo participaría de la primera “etapa” o primer “modelo”: ello, en cuanto surge con un programa de revolución democrático-burguesa a realizarse con la dirección de intelectuales revolucionarios profesionales, y también por su carácter de movimiento político de características específicamente nacionales. Pero, al mismo tiem-

²¹ Es la que está inspirada en las tesis interpretativas de Erich Matthias, *Kautsky und der Kautskyanismus. Die Funktion der Ideologie in der deutschen Sozialdemokratie vor dem ersten Weltkriege*, en *Marxismusstudien*, segunda serie, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1957, pp. 151-197.

po, se habría emparentado al submodelo del radicalismo ortodoxo de los partidos socialdemócratas de la II Internacional, en virtud de sus ligazones internacionales de origen y de falsas analogías en la concepción del partido de la clase obrera. En tercer lugar, a través de la nueva conjunción de Lenin y Trotski en el curso de 1917, habría absorbido elementos del marxismo revolucionario, en cuanto movido “por la fuerza de las circunstancias” a la acción revolucionaria y a la conquista del poder, en una fase ya avanzada del “tercer período”.

A juicio de Rosenberg, el bolchevismo habría extraído de esta formación compuesta no sólo los motivos de su fuerza, sino también las razones de su dificultad en afirmarse como acabada respuesta a las necesidades de la “revolución mundial”, aparecidas con la primera guerra mundial y con el derrumbe de la II Internacional. El punto de llegada, la conclusión de este volumen radica en tres comprobaciones: primero, la bifurcación entre la afirmación nacional del bolchevismo en Rusia y la disolución de la Internacional Comunista. Segundo: la victoria del “socialismo en un solo país”. Tercero: la derrota de la revolución proletaria en Europa y en Asia. Según Rosenberg, estos tres hechos no serían el dato de una situación transitoria. Ni tampoco las consecuencias que han ido madurando en el curso de un proceso histórico de revoluciones y reacciones, con la intervención de fuerzas sociales y políticas diversas en la determinación del desenlace. Por el contrario, hay que buscar el origen de esos hechos en el programa inicial del bolchevismo y en su ajenidad a la causa de la revolución mundial. *In nuce*, tal ajenidad actúa ya desde las connotaciones esenciales, intelectuales y políticas, del bolchevismo. Rosenberg, a pesar de valorar a Trotski como auténtico representante del “marxismo revolucionario” en Rusia, no llega al mito de la “revolución traicionada”. A su juicio, el encuentro entre el bolchevismo y la “revolución mundial” fue, fundamentalmente, el fruto de un equívoco o, por lo menos, de la necesidad de supervivencia del régimen surgido de la Revolución de octubre. El encuentro de Lenin con la revolución socialista se habría dado por “fuerza de las circunstancias” o por una feliz contradicción entre el instinto revolucionario del jefe de los bolcheviques y su doctrina: por lo tanto, no debe maravillarse que, una vez afirmados en el poder, los bolcheviques renegaran del “comunismo de guerra” a través de la NEP, y de la “revolución mundial” mediante la política de frente único. A esta altura, como vemos, Rosenberg historiador se une a Rosenberg político “ultraizquierdista” en la KPD y en la Internacional Comunista: de esta soldadura surge, en solución lógica y lineal,

sin excesivas conmociones ni contradicciones, la consideración de Stalin y de la política del "socialismo en un solo país" como debilitado pero coherente legado del testamento de Lenin.

III

De conformidad con el aspecto teórico enunciado en el prefacio, el fin de la investigación y la reconstrucción históricas de Rosenberg consiste en el intento de búsqueda de las conexiones entre las ideas y las "circunstancias reales" que "producen" esas ideas. El método de determinación de esta relación, de esta conexión, ha constituido siempre un difícil banco de prueba para todo intento cumplido por el marxismo, y ello, particularmente, cuando la búsqueda se ha orientado en dirección hacia los movimientos revolucionarios. A la dificultad de fijar los exactos grados de mediación entre procesos sociales, programas políticos y formulaciones ideales se agregaba una dificultad suplementaria, y no desechable: la directa o indirecta participación del historiador en la elaboración del proceso examinado. Rosenberg estaba preocupado, en primer lugar, por no quedar sometido a las "leyendas" que se habían ido acumulando alrededor de su tema. Y trató de resolver esa dificultad, por un lado, acentuando la imparcialidad en perspectiva; por otro, insistiendo sobre el carácter interiormente lógico, en cuanto objetivamente necesario, de las conexiones entre las "ideas" y las "circunstancias reales". La *Historia del bolchevismo* ha recibido a partir de este planteo un carácter de unidad, de globalidad, diríamos, que ha llevado a comparar este racionalismo marxista de los años 20 al estructuralismo de nuestros días.²²

Tratemos de considerar ahora los resultados, las contradicciones y los problemas del uso consecuente de este método por parte de Rosenberg. Partamos de un problema central de la *Historia del bolchevismo*: la interpretación y el juicio sobre el pensamiento y la obra de Lenin. El Lenin de Rosenberg se acerca mucho al de Korsch, que insistía en la contradicción entre "la teoría ortodoxa y la práctica totalmente heterodoxa del revolucionario Lenin". Rosenberg ama en Lenin los escritos "de ardiente pasión y de fría reflexión". Exalta además el examen de la situación mundial hecho entre 1917 y 1920: "Era el espíritu de una fría intolerancia, pero al mismo tiempo de una fuerte voluntad revolucionaria." En cambio, considera como pura táctica de bajo nivel, alejada de toda

²² Véase Georges Haupt, *Introducción*, p. 25.

consideración teórica, a todo aquello que escape a esta imagen: la visión de la relación entre democracia y socialismo, la cuestión agraria y la cuestión nacional, la nueva política económica y la política de frente único del III Congreso de la Internacional Comunista. En la interpretación de Rosenberg aparece en este punto, y aparece como determinante, un rígido esquema. En realidad, su agudeza de historiador le hace superar en más de una oportunidad los límites dados por este esquema. Por ejemplo, Rosenberg se detiene varias veces en la función del elemento "aristocracia obrera" dentro del pensamiento de Lenin, desde comienzos de la guerra imperialista hasta el II Congreso de la Internacional Comunista, para explicar el derrumbe de la II Internacional. Más en general, a partir de ese dato, Lenin explica también el predominio de una orientación de derecha, no revolucionaria, en los partidos socialdemócratas de los países capitalistas del occidente europeo. Rosenberg observa con justeza que el hecho de subrayar este elemento implicaba por necesidad la inoportunidad o la imposibilidad de la formación de partidos comunistas de masa en Europa, o por lo menos la necesidad de considerar la existencia de los mismos con independencia de su afirmación entre los estratos mejor retribuidos o de más sólida organización en la clase obrera. Pero Rosenberg se limita a comprobar que Lenin deja de lado el argumento de la "aristocracia obrera" en cuanto el III Congreso de la Internacional Comunista lanza la consigna "¡a las masas!" Este hecho de limitar la consideración de la relación entre teoría y práctica revolucionaria a términos de coherencia o de contradicción formal hace asomar, pero a la vez renunciar de inmediato después de Rosenberg, el examen del problema más complejo que hoy se presenta a quien quiera estudiar y redescubrir, más allá de las abstracciones ideologizantes de distintos orígenes, aquella efectiva continuidad del pensamiento de Lenin. Una continuidad que no consiste en un sistema riguroso, sino en el hilo rojo que vincula constantemente los diversos momentos de la reflexión teórica y del análisis de las situaciones determinadas con la iniciativa política revolucionaria.

En el fondo, el Lenin de Rosenberg puede ser objetado en el mismo sentido con que Deutscher objetaba el Lenin de Carr: el "político empírico" exaltado por el autor de la *Historia de la Rusia Soviética* tiene en realidad características muy similares a las del "revolucionario" Lenin de "práctica heterodoxa". Ese Lenin que Rosenberg, sobre las huellas de Korsch, ha establecido críticamente en su *Historia del bolchevismo*. Contra una y otra imagen asume importancia insustituible el hecho de recordar el sentido

profundo de la conciencia crítica de Lenin en el curso de su acción revolucionaria.²³

Tampoco es menos complejo el examen de aquel momento de la historia del bolchevismo que hoy constituye el objeto de un debate historiográfico y político todavía lejano de una conclusión definitiva: el problema de la Unión Soviética y la Internacional Comunista durante los años de dirección de Stalin. El último capítulo del libro está dedicado a "El socialismo en un solo país": Rosenberg extrae allí, del contraste entre el progreso de la Unión Soviética y la decadencia de la Internacional Comunista, la previsión del carácter irreversible de esta bifurcación de destinos. Según Rosenberg, el éxito ya relevante del primer plan quinquenal permitía prever un ulterior y rápido desarrollo de la industrialización: como consecuencia, el peso de la clase obrera aumentaría relativamente, se debilitaría la presión del partido, se ampliaría la democracia y, de resultas, se llegaría a la construcción de una forma nacional o fuertemente aislada de capitalismo o de socialismo de estado. A su vez, el movimiento comunista fuera de Rusia sería llevado, justamente a causa de estos desarrollos, a una imparable decadencia.

Casi cuarenta años han pasado desde el momento en que el libro fue escrito, y la historia de esos años nos ha mostrado un desarrollo muy distinto, más complejo, dramático y contradictorio que el de las líneas generales señaladas por la previsión de Rosenberg. No sólo que cada uno de los elementos de esa previsión ha quedado contradicho por el desarrollo de la historia, sino que, y sobre todo, ha sido puesto en discusión el dato central que la animaba. Es el relativo a la decadencia de la Internacional Comunista como forma de organización del movimiento comunista mundial, y a la separación o aun a la contraposición entre la suerte del movimiento comunista mundial y el destino de la Unión Soviética. En efecto, allí, luego de 1932, el grandioso éxito de la industrialización fue seguido por la promulgación de la constitución democrática: es verdad. Pero también, casi simultáneamente, hubo una acción represiva sin precedentes en la historia de los movimientos revolucionarios, que no dejó indemne a ningún sector del partido comunista y del Estado Soviético, y que terminó por envolver a grupos dirigentes íntegros de otros partidos comunistas. La Internacional comunista había tocado efectivamente en 1932 uno de los puntos más bajos de su influencia; con el VII

²³ Véase la reproducción del escrito de I. Deutscher, *E. H. Carr come storico del regime sovietico*, en *Libri Nuovi*, Bimestral Einaudi de información literaria y cultural, 1, nº 3, diciembre de 1968.

Congreso resurgió, y con la política de los frentes populares, en la lucha contra el fascismo y contra la guerra, conoció uno de los momentos de mayor expansión de algunas de sus secciones. Uno de los momentos más vigorosos de atracción que sobre vastos estratos de la clase obrera, de las masas populares y de los intelectuales hubiera conocido jamás el movimiento comunista. En las últimas páginas de su libro, Rosenberg había ironizado sobre el hecho de que los diarios burgueses atribuyeran la definición de comunistas a algunas bandas de campesinos indios y chinos. Pero ya en el decimocuarto aniversario de la revolución de octubre, el 7 de noviembre de 1931, el congreso de los soviets de toda China, al proclamar la república china de obreros y campesinos, eligiendo a Mao Tse-tung como presidente del consejo de comisarios del pueblo, había echado las bases de un nuevo poder revolucionario destinado a extender mucho más allá de la Unión Soviética el área del movimiento comunista. En suma: aun los desarrollos del movimiento comunista durante la segunda guerra mundial y después de ella han puesto en evidencia que la separación postulada por Rosenberg, sobre la base de una lógica abstracta, entre la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional, es históricamente inaceptable. Y ello no sólo en cuanto la defensa de la Unión Soviética fue a lo largo de toda la existencia de la Internacional Comunista la palabra de orden a que los partidos comunistas ligaron sus destinos. Lo es también en el sentido más profundo y complejo de que todas las contradicciones aparecidas, en particular luego de la segunda guerra mundial, entre una persistente centralización de hecho del movimiento comunista y una situación radicalmente innovada en las relaciones de fuerza internacionales, no han podido lograr que la "cortina de hierro" o "la cortina de bambú" se convirtieran en confines extremos del movimiento comunista internacional. Rosenberg habla de la inevitable consunción del mito de la Unión Soviética como "país socialista" con caracteres de sustituto y de proyección en la clase obrera internacional del que había sido una vez el "Estado del futuro". Pero justamente un crítico actual de las formas asumidas por ese mito en los años 30 ha mostrado toda su íntima fuerza: "En el mito de Stalin —escribe Franz Marek— se mezclaban la teoría y la propaganda, a menudo condicionada por las instituciones, las teorizaciones de Marx y la argumentación condicionada por la razón de estado, el socialismo científico y el mito que actuaba con sus propios conceptos [...] El mito de Stalin superaba y cubría las contradicciones surgidas durante la edificación del socialismo en un país muy retrasado, las contradicciones entre las ideas del socialismo

científico y los métodos aplicados en el primer experimento socialista, entre las ilusiones del movimiento obrero revolucionario y las dificultades con que chocaba, luego de haber tomado por primera vez el poder. Superaba y cubría los conflictos que de todo lo dicho se derivaban. Así se explica que aun marxistas de primer plano se sujetaran al mito.”²⁴ Y luego, detrás de este mito, aparecía su función en una lucha mundial verdaderamente sin cuartel.

Rosenberg, por cierto, veía no sin penetración la contradicción que se empezaba a abrir en la política de la Unión Soviética y de la Internacional Comunista. Por un lado estaban las declaraciones referidas a la construcción acabada del socialismo en un país cercado y que partía de una base económico-social en extremo retrasada. Por otro lado, el carácter real de la sociedad que se iba delineando en la Unión Soviética, con la colectivización en el campo y con el proceso de industrialización. El libro de Rosenberg llamaba la atención sobre el problema, con el ojo frío del analista que pretendía mantenerse alejado de las construcciones ideológicas formuladas para los primeros y difíciles pasos en el establecimiento de una “economía regulada”. Pero Rosenberg también quiso mantenerse alejado de los mitos de la “revolución traicionada”: en esta doble perspectiva está el interés actual de la obra. El límite de tal posición consiste en algo muy distinto: Rosenberg asume la historia del marxismo y del movimiento obrero internacional, y en su interior la historia del bolchevismo, como un dato sin mediaciones comunicativas con la realidad circundante y con la historia general. Sólo señala sus relaciones con los aspectos universales. Dejemos de lado otros elementos de esta historia, que envuelven de modo más directo al esquema interpretativo de Rosenberg. Tratemos de ver entonces cómo Rosenberg intenta aprehender el más importante proceso económico-social en curso cuando redactaba su obra: la gran crisis de 1929 y sus efectos sobre Europa y sobre la economía mundial. Y bien: Rosenberg toma en cuenta esa crisis en los aspectos que le permiten dar un mayor relieve a los éxitos del primer plan quinquenal soviético. Pero olvida por completo un planteo: el del problema de las modificaciones que el proceso en curso debía aportar a la economía mundial, tanto en la política económica de cada uno de los estados como en sus relaciones recíprocas.

Quien pretenda juzgar la situación del movimiento comunista mundial a la luz de los parámetros de Rosenberg se encontrará

²⁴ Véase Franz Marek, *Zur Struktur des Stalin-Mithos*, en *Weg und Ziel*, xxv, n° 11, noviembre de 1968, reproducido en *Rinascita*, xxvi, n° 13, 28 de marzo de 1969.

con un elemento paradójico. Veamos. El bolchevismo es la forma determinada de ese movimiento en Rusia: ha señalado su nacimiento allí, ha condicionado su desarrollo y, en muchos aspectos, aún lo sigue condicionando. Pero el bolchevismo está lejos de agotar las formas de manifestación social y política de dicho movimiento. No son pocos quienes vuelven hoy a pensar, junto con Rosenberg y con el método de pensamiento que le fue propio, que estas determinaciones nacionales constituyen otras tantas negaciones de los ideales de “revolución mundial” por los que la Internacional Comunista convocó a los pueblos a la lucha. Se trata de una cuestión largamente controvertida todavía en los planos teórico y práctico. Las primeras formas de realización del socialismo dieron lugar a contradicciones, errores, tragedias y crímenes, es cierto. Pues bien: no todos en el movimiento comunista están dispuestos a afirmar de nuevo, con los escolásticos del Medioevo, e inducidos por esos hechos, que *omnis determinatio est negatio*.

Sin embargo, nos equivocáramos si de este disentimiento se nos ocurriera derivar ciertas conclusiones. La obra de Rosenberg, a pesar de todo, no ha obtenido del desarrollo histórico real la sanción de una pérdida de todo interés y de toda fuerza de sugestión. Y conste que no nos referimos a la influencia posible que sobre los valores de la obra puedan tener las argumentaciones de otros estudiosos. Ese interés, esa sugestión, todavía surgen de su carácter de expresión y de documento. Expresión y documento no sólo del amargado retraerse de un intelectual al estudio, de un historiador que se había lanzado con esperanza y con decisión a las luchas revolucionarias. Se trata, sobre todo, de la expresión y el documento de una orientación de pensamiento que había visto en el octubre soviético el comienzo de un proceso histórico fundamental. Ese proceso histórico debía renovar, junto con las relaciones sociales y políticas, también los modos y las formas de pensar; debía conferir, por lo tanto, vitalidad y expansión nuevas a la teoría marxista. Rosenberg vivió hasta el fondo la contraposición entre “teoría” e “ideología” que estaba en la base de esa orientación de pensamiento y que constituía uno de los ejes de aquella propuesta de un nuevo desarrollo revolucionario del marxismo. Además, consumó en su obra todos los motivos de la “ideología” como “falsa conciencia”, hasta llegar a una metafísica desencantada, pero contemplativa, en la consideración de la relación entre las “circunstancias reales” y las “ideas”. Gramsci había tenido puntos de partida muy similares a los de los intelectuales europeos de la generación de Rosenberg. Pero arribó a conclusiones muy distantes. Y uno de los motivos de esa distancia fue

el siguiente: Gramsci, en su batalla intelectual y política para conservar el momento autónomo de la teoría en el fuego de las luchas políticas más duras, mantuvo siempre firme un criterio. Ese criterio es: "criticar las ideologías significa asumir conciencia de la validez relativa de las mismas, tanto en el sentido de su 'aparición' o 'historicidad' como en el del nexo que ellas mantienen con hombres reales y con fuerzas sociales determinadas".²⁵

Aquella contraposición entre "teoría" e "ideología" no resultó ser la clave que Rosenberg esperaba. La clave que le permitiría dar coherente corrección de construcción científica a sus análisis históricos y sociales. Pero, sin embargo, llegó a criticar las "leyendas" y, sobre todo, llegó a iluminar algunos momentos de tensión y de contradicción en el desarrollo real. Su obra, creemos, debe ser leída bajo esta luz; hoy, cuando se produce un replanteamiento de los debates y de los contrastes a través de los cuales se ha desarrollado la relación histórica concreta entre el movimiento real y las proposiciones del pensamiento. Cuando ese replanteamiento no se propone llegar a la exigencia de imposibles y aisladas restauraciones o a la mera exhumación arqueológica. Cuando, por el contrario, requiere una reconsideración objetiva de todos los contenidos que la han alimentado.

ERNESTO RAGIONIERI

²⁵ Véase Nicola Badaloni, *Gramsci storicista di fronte al marxismo contemporáneo*, en *Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci, Quaderni di Critica Marxista*, nº 3, Roma, 1967, p. 101.

PREFACIO

Sobre la Rusia de los soviets y sobre la revolución rusa hay una inmensa literatura: literatura estadística o de periódico, científica o fanática, de acusación o de elogio. Este trabajo no quiere competir con esos libros, sino que se propone colmar una determinada insuficiencia. Hasta ahora faltaba una historia del desarrollo de la idea bolchevique, desde sus raíces en el mismo Marx, a través de cada una de las etapas de Lenin, hasta la táctica y la teoría de Stalin en 1932. Así se explica por qué en las más amplias esferas se han difundido conceptos erróneos sobre el bolchevismo, y cómo de él se da una opinión demasiado elevada o demasiado baja, sin estimarlo por lo que realmente es.

Las ideas no vagan en el espacio vacío, sino que son los productos de circunstancias reales. Por tal razón debieron utilizarse en este libro acontecimientos y hechos inherentes al desarrollo ruso e internacional, pero sólo en cuanto fueron necesarios para la comprensión del bolchevismo: tratar de llegar, por ejemplo, a un resultado acabado en la historia de la revolución rusa, o aun en la descripción del plan quinquenal, no hubiera correspondido al propósito de la obra.

El objetivo que me he prefijado aquí es científico, y ajeno a todo partido político. Con la escisión de la socialdemocracia independiente alemana, en 1920, yo pasé al partido comunista, junto con la mayoría de aquella agrupación. A continuación, y durante años, participé de la presidencia de la organización berlinesa y del comité nacional central del Partido Comunista Alemán, y también del comité ejecutivo de la III Internacional. En 1927, tal como lo han hecho, antes y después, tantos comunistas de todos los países, tuve que separarme de la Internacional Comunista. Desde entonces, no pertenezco a partido político alguno, ni tampoco a cualquiera de los pequeños grupos comunistas de oposición. No he escrito este libro por amor a algún partido o grupo político, ni tampoco necesito hacer "revelaciones" o "rendiciones de cuentas". Quien busque en mi libro anécdotas sobre Stalin y sobre la "cámara de horrores" de la GPU, quedará muy desilusionado.

Por razones tanto científicas como políticas, se hace en absoluto necesario elevar el juicio sobre la Rusia bolchevique por encima

del menudo estrépito cotidiano de la discusión partidaria. Hay cuestiones importantes que dependen de la claridad de ideas al respecto: por ejemplo, las relaciones ruso-alemanas, la unión del proletariado, las relaciones entre la clase obrera internacional y Rusia. Debemos reconocer que, a pesar de todo, la Rusia de los soviets está en ascenso, mientras la III Internacional decae de manera inexorable. Mi libro trata de explicar cómo ha podido producirse este doble resultado característico.

Dentro de lo posible, me he servido de las fuentes originales bolcheviques y, junto con ellas, he utilizado el conocimiento de las cosas que yo mismo me formé con mi propia experiencia. Pero, al mismo tiempo, evité totalmente el estilo de los libros de memorias, en cuanto no apropiado al objetivo que me he prefijado. De la literatura alemana sobre el bolchevismo, me han sido especialmente útiles las obras de Karl Korsch.

ARTHUR ROSENBERG

Berlin-Zehlendorf, junio de 1932.

1. DE MARX A LENIN (DESDE 1843 HASTA 1893)

A los 25 años, y en viaje a Holanda el doctor Karl Marx escribía a su amigo Ruge, allá por marzo de 1843, describiendo las actividades enajenadas del rey de Prusia, Federico Guillermo IV y señalaba: "El estado es una cosa demasiado seria como para reducirlo a la condición de arlequinada. Acaso podría dejarse arrastrar un buen tramo por el viento una nave llena de locos: pero la arrastraría hacia su destino, porque justamente los locos no lo han creído. Este destino es la revolución, que tenemos delante de nosotros."¹

Ruge respondía a estas fanfarrias con un profundo pesimismo:

Es una dura palabra, y sin embargo yo la digo, porque es la verdad. No puedo imaginar un pueblo más deteriorado que el alemán. Veo obreros, pero no hombres; pensadores pero no hombres; señores y sirvientes, jóvenes y personas cansadas, pero no hombres. ¿No es éste un campo de batalla, en el cual manos, brazos y todos los miembros yacen despedazados al azar, mientras la derramada sangre de la vida se expande en la arena? Así se expresa Hölderlin en *Hiperion*. Ésta es la opinión que mi humor me dicta, y no se trata realmente de un humor reciente. El mismo argumento vuelve a presentarse de tiempo en tiempo y de la misma manera en la mente de los hombres. Su carta es una ilusión: y su coraje no logra sino desanimarme todavía más. ¿Veremos una revolución política? ¿Nosotros, los contemporáneos de estos alemanes? Mi amigo, usted cree lo que augura. ¡Oh, conozco bien todo ello! Es muy dulce esperar, y es muy amargo renunciar a toda ilusión: y se necesita más coraje para la desesperación que para la esperanza. Pero se trata del coraje del discernimiento, y nosotros hemos llegado al punto en que la ilusión ya no nos es permitida.²

Y más adelante, leemos en la carta de Ruge:

El espíritu alemán, por todo lo que aparece ante nuestros ojos, es abyecto. Y no tengo escrúpulo alguno en afirmar que, si no aparece como algo distinto, la exclusiva culpa de ello corre por cuenta de su abyecta naturaleza.

¹ K. Marx, *Los anales franco-alemanes*, Barcelona, Martínez Roca, 1970, pp. 46-47.

² *Ibid.*, p. 50.

Ruge cerraba la carta exclamando: "Nuestro pueblo no tiene futuro. ¿Qué importa nuestra fama?"

Pero Marx no se dejó desanimar. Estaba de acuerdo con Ruge en una cosa: en la Alemania de los burguesitos y los filisteos no existía la posibilidad de una revolución ordinaria, al estilo de la inglesa o de la francesa. Pero a partir de allí Marx sólo deducía que en Alemania se debía hacer la revolución extraordinaria, no a medias, sino total, y rápidamente. Estableció entonces su doctrina respecto de la futura revolución alemana: lo hizo en la célebre *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, aparecida en 1844 en los *Deutsch-französischen Jahrbücher*. Arnold Ruge y el mismo Marx se declaraban editores de la revista, donde el último escribió polemizando también contra su pesimista coeditor, además de hacerlo contra otros.

Marx se pregunta: ¿Puede llegar Alemania a una revolución capaz de elevarla no sólo al nivel oficial de los pueblos modernos, sino a la altura humana que será el futuro próximo de esos mismos pueblos? En verdad, la clase media alemana nunca podrá realizar la revolución, porque ella no es otra cosa que la representante de la mediocridad pequeñoburguesa de todas las demás clases de la vieja sociedad alemana. Pero ahora en Alemania se está constituyendo una nueva clase, que ya no es una clase de la sociedad burguesa. Ella está fuera de la sociedad, y sólo se puede liberar a condición de una subversión total del ordenamiento del mundo tal cual se ha presentado hasta el momento. Esa clase es el proletariado industrial. En el curso de su lucha, el proletariado se atraerá todos los estratos populares pobres de las ciudades y los campos, y así se cumplirá la verdadera y grande revolución alemana:

En Alemania, la emancipación de la Edad Media sólo es posible como la emancipación al mismo tiempo, de las parciales superaciones de la Edad Media. En Alemania, no puede abatirse ningún tipo de servidumbre... La Alemania "radical" no puede hacer la revolución, sin realizarla desde las raíces. La emancipación del alemán es la emancipación del hombre. La cabeza de esta emancipación es la filosofía, su corazón, el proletariado.³

Los *Deutsch-französische Jahrbücher* muestran con incontestable claridad el camino psicológico seguido por el joven Marx. Marx no se valió de ninguna manera del proletariado, de sus necesidades

³ K. Marx, *En torno a la crítica de la filosofía del derecho. Introducción*. En *La Sagrada Familia*, México, Grijalbo, p. 15.

y de sus sufrimientos, de la necesidad de liberarlo de unas y de otros, para encontrar después, como única vía de salvación del proletariado, la revolución. Por el contrario, hizo justamente el recorrido inverso. Marx partió de sí mismo, de sus propias necesidades de espíritu y de ánimo, del estado de ánimo hölderliniano de los jóvenes intelectuales alemanes antes de marzo de 1848. Marx trata de liberarse de la presión ejercida sobre él y sobre sus iguales por el estado alemán filisteo y policial. Y esa liberación es sólo posible a través de la revolución alemana.

No se trata de que Marx pretendiera para sus amigos y para sí mismo especiales ventajas; el objetivo era, en realidad, elevar a los alemanes del estado de seres oprimidos al de hombres. Solamente así él se volvería hombre verdadero. En la búsqueda de la posibilidad de la revolución alemana, Marx encuentra al proletariado.

A primera vista, podría juzgarse que el joven Marx era un liberal astuto, o que quería serlo. Se trataría de cierto tipo de burgués liberal: al reconocer la imposibilidad de alcanzar su objetivo de clase con las fuerzas de su misma clase, ese burgués busca aliados. El enemigo es el feudal estado policial y opresor; y para abatirlo, no bastan los puños de la burguesía culta y pudiente. Es necesario, entonces, movilizar otros puños como socorro para sí mismo; los puños de los campesinos y de los obreros. Así, en 1789, el tercer estado derribó la Bastilla francesa con la ayuda de los puños de la pobre gente. Igualmente, la burguesía francesa, en julio de 1830, echó a Carlos X gracias a los combatientes proletarios de las barricadas parisienses. Y no ha sido otra la manera en que, hacia 1900, algún liberal ruso simpatizaba con el movimiento obrero, atribuyéndole una tarea importante en la derrota del zarismo.

Marx se diferencia fundamentalmente de esos liberales franceses y rusos en cuanto no tiene ningún interés por la prosperidad de la burguesía pudiente. Marx quiere elevar al hombre a la altura de la filosofía, y hacer de él un verdadero hombre. Pero esta altura de la humanidad tiene tan poco que ver con las cajas de caudales de los banqueros como con los castillos de los caballeros medievales.

Podría objetarse que todas estas miras ideales —"altura de la filosofía", "verdadera humanidad", etc.— no son sino máscaras de la sed de provecho capitalista, y que, con ello, toda la lucha de los marxistas contra el capital quedaría reducida a una apariencia. Marxismo y capitalismo, en el fondo, serían idénticos, y al final de cuentas no se dirigirían más que a desarraigar a la humanidad sedentaria, conservadora, crecida en los conceptos de familia y tradición. Y esto se llamaría "lucha contra el feudalismo". Las acusa-

ciones de este tono se lanzan todavía hoy contra Marx y contra el marxismo, especialmente desde las esferas burguesas y antisemitas. Nos preguntamos si ellas se justifican.

El contenido social de la revolución burguesa es la sustitución del dominio de la nobleza feudal y sus oficiales, burócratas, eclesiásticos, por el de la burguesía pudiente y sus intelectuales. Pero la burguesía, para alcanzar su objetivo, no puede simplemente agrandar el dominio de industriales y abogados, difamando el de los nobles y curas. Por el contrario, debe partir de una crítica radical de todo el ordenamiento social ligado al poder de la nobleza, es decir, de todo el ordenamiento social existente. Los burgueses no pueden levantarse contra las viejas cadenas y, con ese fin, glorificar cadenas nuevas: deben pretender la abolición de todas las cadenas. Ellos no pueden oponer al régimen de la nobleza el de las bancas, sino solamente la liberación total de los hombres.

Este modo de pensamiento, revolucionario, dominó a los jefes de las revoluciones burguesas durante los siglos XVII y XVIII; pero en cuanto la revolución burguesa triunfó, en un determinado momento debió alejarse de su misma ideología. Para poder instaurar el dominio del dinero sobre las ruinas del vencido estado feudal, se tienen que levantar nuevas barreras y nuevos baluartes contra los desposeídos. En el lugar de los viejos cepos deben sucederse ahora nuevos cepos, con una apariencia de alguna manera distinta: y ese cambio acaecería, en formas hasta grotescas, en la asamblea nacional francesa, desde 1789 hasta 1791.

Son las mismas circunstancias en que se hallarán siempre algunas cabezas radicales entre los intelectuales burgueses: se separarán de su propia clase para ir más allá, se mantendrán fieles a las teorías que sostuvieron antes de la revolución, querrán realizar hasta las últimas consecuencias la libertad y la igualdad. Así, Robespierre quería corporizar las ideas de Rousseau, aun luego de la toma de la Bastilla y de la caída del poder absoluto. Esos pensadores consecuentes deben buscar entonces nuevos estratos sociales y nuevas clases, para cumplir con su ayuda la obra en que la burguesía fracasó. Así actuó Robespierre cuando llamó a las masas pobres del pueblo, y así, Marx joven en cuanto al proletariado. En los años cercanos al 40 la revolución alemana estaba todavía en sus comienzos, pero Marx podría estudiar ya la actitud de conjunto de la burguesía europea posterior a la victoria de la revolución, gracias a los ejemplos proporcionados por Inglaterra y Francia. Además, la teoría y la práctica del liberalismo alemán contemporáneo mostraban muy claramente cómo habría de comportarse esa burguesía alemana luego de una victoria revolucionaria; Marx,

entonces, no tenía necesidad de hacerse ilusión alguna al respecto. La relación entre ideología y lucha de clases en tiempos de la Reforma, durante el siglo XVI nos ofrece un fenómeno absolutamente similar. Los príncipes, los caballeros y los burgueses querían emplear en su propio beneficio las rentas hasta ese momento absorbidas por la iglesia católica, dejando de reconocer a la autoridad eclesiástica. Pero para alcanzar este objetivo debían poner en duda todo el ordenamiento del mundo, tal como regía en Europa desde mil años atrás; debían contraponer a los dogmas papales la libertad y la igualdad de todo individuo cristiano. Sobre las ruinas de la iglesia del papa surgieron las nuevas iglesias nacionales evangélicas, y nuevas constricciones reemplazaron a las antiguas: entonces, los hombres como Thomas Münzer no quisieron detenerse en esa meta. La obra a que ahora se negaban los príncipes y los comerciantes debería haber sido realizada por los campesinos: ellos tenían por delante la tarea de sacudir el yugo del servilismo de la gleba, para cumplir así también la libertad evangélica. Por eso, Robespierre y el joven Marx son en relación al liberalismo burgués lo mismo que Thomas Münzer es en relación al luteranismo: el fuego y el agua.

La burguesía había tomado el puesto de mando ya desde la revolución de 1688 en Inglaterra, y en Francia, de manera definitiva, desde la revolución de julio de 1830. Hasta 1848, Europa central y oriental estaban dominadas todavía por el feudalismo monárquico. El surgimiento de la industria mecánica dio su especial fuerza de expansión al movimiento burgués desde mediados del siglo XVIII; al mismo tiempo, los pensadores de la burguesía trataban de ver claro en cuanto a su propia clase y a sus objetivos. Ese gigantesco trabajo espiritual fue iniciado desde dos fuentes: la economía política clásica inglesa y la filosofía alemana.

Los economistas ingleses del período clásico, y ante todo Ricardo, descubrieron que la fuente de todos los valores es la fuerza-trabajo. Ellos juzgaron también con exactitud la relación entre trabajadores y empresarios en el proceso de la producción de los valores. Pero dichos investigadores consideraban como algo natural el hecho de que el empresario recibiera las ganancias y el trabajador sólo el mínimo necesario para la subsistencia. Y nada podía hacerse contra ello.

Hegel descubrió las contradicciones de la sociedad burguesa que, ante sus ojos, se elevaba sobre las ruinas del antiguo ordenamiento familiar patriarcal: él señaló el contraste entre la pequeña minoría, cada vez más rica, y la gran mayoría, cada vez más pobre. Y estableció que así debía suceder por necesidad de las cosas. Con

el fin de evitar la solución revolucionaria, construyó el omnipotente estado de la razón. Dicho estado, a su vez, debía superar, por medio de un ordenamiento corporativo de oficios, el contraste entre el pobre y el rico, generado por la sociedad burguesa.

Pero la misma doctrina de Hegel entraba en contradicción con esta artificiosa solución: él mismo enseñaba que el espíritu del mundo empuja a la humanidad al progreso, ininterrumpidamente, estando en continua contradicción consigo mismo. Toda exteriorización de ese espíritu, en un determinado período de la humanidad, genera por necesidad su propio contrario: y de la lucha de una de las fuerzas con la contraria surge la nueva tercera unidad. Este método dialéctico de Hegel, aplicado a su misma época, enseñaba abiertamente lo siguiente: la tesis, es decir, la sociedad burguesa, debía ser suprimida por la antítesis —el proletariado—, para poder allanar así el camino hacia la nueva síntesis.

De acuerdo con la enseñanza de Hegel, todo aquello que es contenido por un determinado período histórico forma una unidad. La misma forma de manifestación del espíritu del mundo se muestra por igual en la política, en la filosofía, en el arte, en la religión. Si esto es verdad, ya no existen valores históricos absolutos: todos los pensamientos de los filósofos, de los fundadores de religiones, etc., son los productos de un determinado período histórico, y están destinados a ser superados con ese mismo período. Lo único absoluto es el espíritu mismo del mundo, en su eterna evolución progresiva. Esta enseñanza hegeliana contiene ya los elementos esenciales de la que luego será la concepción histórica materialista de Marx.

De este modo, el pensamiento crítico burgués había llegado en los años anteriores a 1830, tanto en Inglaterra como en Alemania, hasta los límites extremos de su autoanálisis. Un paso más hacia adelante llevaría a la supresión espiritual de la sociedad burguesa.

La burguesía, allí donde había vencido políticamente —Inglaterra y Francia—, se separó con claridad de las masas pobres de desposeídos. En Inglaterra, y también en la Francia de Luis Felipe, el derecho electoral estaba reservado a la minoría de los poseedores; los obreros, campesinos y trabajadores no eran sino objetos de la legislación. Por otro lado, la burguesía dominante trataba de conservar todo aquello que habiendo formado parte del antiguo aparato del poderío feudal pudiera ser utilizado, en general, a manera de defensa del ordenamiento existente, contra las masas pobres. Así, la burguesía inglesa mantuvo la monarquía, los *lords* y todas las pelucas feudales; y la francesa, del mismo modo, sostuvo al rey Luis Felipe, junto al fuerte aparato estatal centralista, tal como

lo había creado ya, transitoriamente, Luis XIV. Se trata del mismo aparato destruido por la gran revolución y que, luego, fue sólidamente repuesto por Napoleón I.

Pero la desilusionada masa de los pobres no quería renunciar a la libertad y a la igualdad, tal como una vez las habían proclamado los profetas de la revolución burguesa. Esa masa pretendía la democracia, el autogobierno de las masas, la caída de todo privilegio de los antiguos señores feudales y, también, de los privilegios de la nueva clase de la alta burguesía. Si los postulados democráticos —la república y el sufragio universal, por ejemplo— eran ante todo puramente políticos, no podían tardar en abrazar también las ideas de la reforma económica.

La rebelión de los obreros contra su propia suerte debía orientarse, en los años previos a 1848, sobre todo hacia la forma democrática, según el gran modelo de Robespierre y del 93. Los jóvenes intelectuales burgueses, en cuanto radicales, no podían coincidir tampoco con la plutocracia, asentada ahora en el trono del feudalismo vencido. Esos intelectuales se pusieron a la cabeza del movimiento democrático: en Inglaterra se constituyó el partido democrático obrero de los cartistas; en Francia surgió una multitud de grupos democráticos de oposición, cuyas miras oscilaban entre la reforma puramente política y la subversión social consiguiente.

En Alemania, el feudalismo estaba todavía invicto. Hacia 1847, el país se hallaba políticamente en el mismo lugar de la Francia de 1788. La burguesía pudiente se aprestaba a apoderarse de la herencia de aquel feudalismo; pero, detrás de los liberales moderados, se alzaba amenazante la democracia, para remplazar la revolución parcial esperada con seguridad por la revolución total. Todos los intelectuales radicales alemanes descendían de Hegel: ellos sacaban de la enseñanza del maestro consecuencias extremas. También Marx y Engels pertenecían a dicho círculo de democráticos y revolucionarios jóvenes hegelianos.

Karl Marx se arriesgó a echar los dados y, con su propio pensamiento, se colocó fuera de la sociedad burguesa. Así, estaba en condiciones de revalorar los conceptos económicos de un Ricardo: el hecho de que el obrero de una fábrica recibiera por su salario sólo lo mínimo necesario para la existencia no constituía ya una necesidad natural. Sólo se trataba del fenómeno característico de un período histórico determinado, precisamente del período del capitalismo burgués. Cuando el capitalismo cae, con él cae también su ley salarial. Del mismo modo, el estado no es la encarnación de un criterio eterno, sino solamente la superestructura política de la sociedad burguesa. Cuando ésta cae, cae también su estado.

La concepción materialista de la historia es la aplicación de la crítica dialéctica a todos los fenómenos del vivir humano. Todos los valores, en todos los terrenos, son pesados y considerados como demasiado ligeros; pero el hecho de refutar en los libros al estado y a la ley burguesa del salario no basta para desterrar del mundo los dos fenómenos. La filosofía crítica ataca todo lo existente, y demuestra que todo ello no viene desde la eternidad y que tampoco seguirá eternamente. Pero los objetos de la crítica no se vuelven quimeras por el hecho de ser analizados, de la misma manera que el aire no resulta abolido al descubrir el químico los elementos que lo constituyen. La policía del estado burgués y la caja fuerte del capitalista son amargas realidades, que no se disuelven por el hecho de ser despojadas de su envoltura ideal: para derrotarlas y para reducirlas a la nada hace falta la revolución. Pero esa última y decisiva revolución sólo puede ser hecha por la clase a la que el destino ha desembarazado de todas las ideologías, los impedimentos y las autoridades, tanto de la sociedad burguesa como de la feudal: es decir, por el proletariado.

Así, en el sistema de Marx se reserva a la clase obrera un objetivo tan particular como grandioso: ella debe dar concreción a la filosofía; debe ayudar a la realización de los argumentos de los cerebros críticos. El espíritu burgués, en sus últimas y más audaces deducciones, suprime a su misma clase, y moviliza el subsuelo social a fin de certificar la justeza de su propio pensamiento. Para Marx se da así una indisoluble ligazón entre teoría y revolución. Sin revolución la teoría es un juego vacío: el marxismo aparece como un libro profundamente erudito, cuyo capítulo final es la insurrección.

En Francia y en Inglaterra, en Bélgica y en Alemania, ya antes de 1848, la clase obrera había tomado conciencia de su especial situación. Ella se esforzaba por mejorar su mísera condición, y soñaba con un ordenamiento social nuevo y justo, donde no existieran más "el rico" y "el pobre". Pero hasta 1848 las posibilidades espirituales y de organización propias del proletariado europeo eran bien limitadas. Ese proletariado avanzaba a tientas en las filas de la democracia: ni siquiera las exploraciones de desesperación esporádicas y violentas de los obreros elevaron a la clase a un nivel superior.

En cuanto Marx tuvo una clara y neta conciencia de su propio sistema, se vio obligado a buscar a los obreros. La revolución democrática invadía Europa, y en ella, el proletariado debía desarrollar el papel que le asignaba Marx. Junto a su amigo Engels, fue a Bruselas, a París, a Londres: entró en contacto con los distintos

grupos democráticos y proletarios. Se esforzó por explicar a los artesanos aprendices alemanes que estaban en el extranjero la misión histórica por cumplir. Con un puñado de secuaces, Marx fundó la Liga de los Comunistas: y en la vigilia de la revolución de 1848, publicó el programa de la liga, el *Manifiesto comunista*. En su escrito, Marx distinguió dos objetivos: por un lado, el gran objetivo del futuro, la superación del capitalismo por el proletariado. Por otro lado, el objetivo político inmediato, es decir, la verificación de la revolución democrática en Europa. Respecto de Alemania, el *Manifiesto comunista* dice:

En Alemania, el partido comunista lucha de acuerdo con la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria. Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar a los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que los obreros alemanes sepan convertir de inmediato las condiciones sociales y políticas que forzosamente ha de traer consigo la dominación burguesa en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrocadas las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía. Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el siglo XVIII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el prelude inmediato de una revolución proletaria.⁴

Los comunistas deben ayudar en Inglaterra al movimiento carlista, en Francia a los partidos socialistas democráticos, en Polonia al grupo nacional que, a la vez, quiere una revolución agraria. En pocas palabras, los comunistas ayudan en todas partes a todo movimiento revolucionario contra la situación social y política existente. Marx da aun a los comunistas la tarea de ingeniárselas para lograr la unión y el acuerdo de los partidos democráticos de todos los países. La colaboración internacional de la democracia en la Europa del 48 era cosa natural, porque también los gobiernos feudalmente monárquicos se habían agrupado en el signo de la Santa Alianza. Pero de ello no derivaba para Marx la supresión de la idea de nación.

⁴ K. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, en *Obras escogidas en dos tomos*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1955, tomo I, p. 54.

Es cierto que en el *Manifiesto comunista* a menudo encontramos una expresión desligada del contexto: "Los obreros no tienen patria." Los fragmentos que citamos muestran el significado de esa oración: los obreros no tienen patria, porque la tienen los otros. Es decir, que los obreros deben conquistarla. Pero esto no significa que la patria sea una cosa sin sentido y enjuiciable. Para la situación política de la época, la nación existe y debe ser valorada como una realidad. La patria no puede ser abolida con que los obreros proclamen "no tener patria", sino solamente con el desarrollo económico y social, que unirá a Europa paulatinamente, como consecuencia de la victoriosa revolución obrera.

La caída de la monarquía feudal y de los liberales burgueses debe ser seguida por el dominio de la democracia, o sea, el autogobierno de la masa pobre. Para Marx, la verdadera democracia, en un moderno estado industrial, sólo puede ser el dominio del proletariado, en el sentido de que los obreros se coloquen a la cabeza de las clases medias y de los campesinos. Del estado democrático, a través de una "violación despótica del derecho de propiedad", surgirá gradualmente el estado de la comunión de los bienes. Marx se eleva aquí a la poderosa visión del futuro, cuando el estado, al final de la evolución, desaparezca.

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime al mismo tiempo que estas relaciones de producción las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general, y, por tanto, su propia dominación como clase. En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.⁵

Luego de la caída de los reyes, de la nobleza y de la alta finanza, un férreo régimen democrático, en el espíritu de 1793, debe reprimir inmediatamente toda contrarrevolución y realizar la transformación de las relaciones de propiedad. Pero el estado coactivo no es un fin en sí mismo: al final, este aparato de constricción feudal-burgués debe disolverse, y lo sucederá la sociedad libre y

⁵ *Ibid.*, p. 43.

sin violencia. El "estado del futuro" no es entonces un ideal marxista, pues el futuro, en el espíritu de Marx, no debe conocer ya estado alguno, sino sólo la unión libre de hombres libres. Así se traducirá en realidad la más alta meta de los revolucionarios del siglo XVIII, es decir, la libertad e igualdad plenas de todos los hombres.

En Alemania, la tarea inmediata del año 1848 era en verdad mucho más modesta: prácticamente se reducía a la destrucción del dominio de los príncipes y de la nobleza. Marx y Engels colaboraron activamente en la revolución: durante 1848 y 1849 publicaron en Colonia la *Neue Rheinische Zeitung*, como "órgano de la democracia". Se trataba del periódico más audaz y más vigoroso que jamás hubiera estado a disposición de los demócratas alemanes. Marx y Engels predicaban allí la guerra revolucionaria del pueblo alemán contra Rusia, y también contra Dinamarca y los eslavos austriacos. Ambos esperaban que una guerra tal llevara a un régimen dictatorial en el sentido de 1793, empujando así adelante a la revolución.

La *Neue Rheinische Zeitung* era absolutamente nacionalista y belicista, en el sentido de una democracia activa: pero no constituía un periódico obrero, en el sentido ordinario de la palabra. Los especiales intereses profesionales y de clase de los obreros eran considerados allí en pequeña proporción.

Stephan Born intentó en Berlín y en Leipzig, entre los años 1848 y 1849, una política obrera en sentido más estricto; una política, por lo tanto, que se remitía al salario, a las horas y condiciones de trabajo. Una política que, tomando vuelo desde esos hechos, establecía la posición de la clase obrera en el seno de la democracia y, genéricamente, de la sociedad burguesa. Born era realmente miembro de la Liga de los Comunistas, pero trabajaba con independencia de Marx y Engels: su notabilísima actividad, que se desarrollaba en una total línea revolucionaria, no halló reconocimiento alguno de parte de Marx. Para Marx, solamente la revolución democrática consecuente era entonces esencial como política alemana práctica: y ella podía resultar victoriosa sólo en cuanto se criticara y desenmascarara sin reservas a la burguesía. Pero los temas de esa crítica, por el momento, sólo podían ser los grandes problemas políticos, y no las cuestiones profesionales del proletariado. En esta etapa de la revolución, había que mostrar la "traición" de la burguesía en relación con la cuestión danesa, con la polaca de los campesinos, con la de la constitución. Y no respecto de la cuestión de los salarios.

Marx definió en el *Manifiesto comunista*, con expresiones que se

volvieron célebres, las relaciones entre los comunistas y los obreros:

Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses algunos que no sean los intereses del conjunto del proletariado [...] Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.⁶

¿Quiénes son, en realidad, estos comunistas, hacia 1848? La elección del nombre se explica así: el concepto de socialista tenía por entonces un sentido desprovisto de color. Sólo quería referirse de manera genérica a uno que otro que se ocupara de cuestiones de crítica social y de la propiedad: comunista era un obrero revolucionario que luchaba contra el capital.

En aquellos tiempos, los comunistas organizados eran el pequeño puñado de quienes se habían agrupado en la Liga de los Comunistas. No constituía tampoco objeto de discusión que la política de la liga debiera ser establecida por la voluntad de los socios organizados. Solamente la enseñanza y la opinión del mismo Marx valían como genuino comunismo. Y Marx no consideraba que, fuera de Engels, hubiera una personalidad similar a la suya y cuyo juicio debiera tomarse en cuenta. Eso, en aquel momento, y también más tarde. Todos los otros hombres que desarrollaban su actividad en el movimiento junto a Marx y a Engels fueron tratados por éstos, entonces y después, con un cortante desprecio. Al respecto, resulta suficiente recordar el juicio que da el epistolario entre Marx y Engels no sólo sobre Lassalle, sino también sobre Wilhelm Liebknecht. El partido organizado no era para ellos más que un medio técnico destinado a una mejor acción sobre la clase obrera: pero nunca se orientarían, en las cuestiones serias, según el deseo de los "vagabundos". Podía suceder que el partido organizado creara dificultades: en ese caso, no habría correspondido a cuanto Marx esperaba de él, y, entonces, sería preferible separarse, o bien disolverlo, permaneciendo así sin el estorbo de un partido que quería dar su opinión y titubear, ante la masa del pueblo. Engels, con toda franqueza, ha expresado este pensamiento en una carta a Marx fechada el 13 de febrero de 1851:

Por primera vez desde hace ya tiempo, nosotros tenemos por fin la

⁶ *Ibid.*, p. 34.

oportunidad de mostrar que no necesitamos popularidad alguna, ni sostenimiento alguno de ningún partido, y que nuestra posición es absolutamente independiente de tales pequeñeces. Desde ahora en adelante, somos responsables sólo de nosotros mismos, y si llega el momento de que esos señores nos requieran, estamos en condiciones de dictar nuestras condiciones. Hasta ahora, por lo menos tenemos la tranquilidad [...] Además, en el fondo no podemos tampoco lamentarnos de una gran cosa, si *petits grands hommes* se nos escapan. ¿No hemos actuado acaso, desde ya tantos y tantos años, como si Fulano y Mengano fueran nuestro partido, cuando no teníamos ningún partido, y mientras la gente a la que, por lo menos oficialmente, considerábamos como perteneciente a nuestro partido, no comprendía siquiera los principios primeros de nuestras cosas? ¿Cómo se adapta a un partido gente como somos nosotros, que escapamos a las posiciones oficiales como si se tratara de la peste? ¿Qué nos importa a nosotros un partido, vale decir una recua de asnos que juran en nuestro nombre, porque nos creen sus iguales? A nosotros, que despreciamos la popularidad y que perdemos la cabeza en cuanto comenzamos a volvernos populares.

Esta carta fue escrita por Engels en la ira del exilio, luego de la fallida revolución, y cuando Marx y Engels se hallaban casi completamente aislados, en medio de los emigrantes. Podemos explicarnos alguna palabra especialmente violenta por el humor del momento; sin embargo, el tono fundamental de la carta nos traduce fielmente el modo de ver de Marx y de Engels. Ambos siempre se han comportado de acuerdo con este precepto, y nunca se han sometido a su partido en las cuestiones serias. Los "comunistas" del *Manifiesto* no son entonces, en la realidad, sino los mismos Marx y Engels.

Aquí se ve con claridad cómo por entonces el marxismo era introducido en la clase obrera como una cosa ajena a ella. Del sector obrero provenía entonces, en general, sólo la crítica a la situación existente y, sobre todo, a las lamentables condiciones en que se desenvolvía su propia vida. Agreguemos una fe ingenua y utópica en un futuro mejor, y, en fin, otra fe, también ingenua, en la gran revolución del pueblo, que destruiría toda autoridad prepotente y opresiva. Pero en la mente de los mismos obreros, sin consejeros extraños a ellos no se asomaba siquiera la idea de que debieran tomar las riendas de dicha revolución popular, para llevarla a través de determinadas etapas hasta la llegada de la sociedad comunista. Los obreros estaban dispuestos a luchar en las filas de la revolución popular junto a la burguesía radical y con la dirección de esa misma burguesía; y la desilusión de los trabajado-

res, sobre todo de los alemanes, cuando la burguesía "traiciona" la causa común, en 1848 y 1849, es conmovedora.

En suma: los ingenuos y no adoctrinados obreros están de acuerdo con Marx y Engels en una cosa. En primer lugar, es necesaria la revolución burguesa, la revolución del pueblo. Pero mientras los obreros están listos para hacer esa revolución fieles y obedientes al lado de la burguesía, Marx y Engels les dicen que la burguesía no se encontraría en condiciones siquiera de realizar "su" propia revolución. Aun más: los obreros deberían conducir, ellos mismos, la revolución del pueblo, así como la *Neue Rheinische Zeitung* trataba de convertirse en guía espiritual del movimiento de 1848-49.

La doctrina de la misión política de la clase obrera fue introducida en la clase misma por las cabezas más radicales entre los propios intelectuales burgueses: en este caso, por Marx y Engels. Si dicho objetivo era extraño a los obreros mismos, se ve claramente que para llevarlo a cabo no bastaba su acción autónoma. Más bien, era necesario recurrir a la ayuda de un ordenamiento fuertemente disciplinado, que siguiera de manera ciega las directivas de la vanguardia intelectual. Si la organización no hubiera querido someterse a tal disciplina, entonces habría sido necesario disolverla y construir, en su lugar, una organización nueva. Así, a través de las particulares relaciones entre la dirección intelectual radical y la masa obrera, se afirma la dictadura del grupo dirigente sobre el proletariado.

Naturalmente, la enseñanza comunista debía dirigirse paulatinamente a que los obreros reconocieran su propia función histórica según el espíritu de Marx, para cumplir luego, ellos mismos, y con sus propias fuerzas, su liberación. Pero mucho camino quedaba por delante para llegar a esto, y mientras tanto Marx y Engels debían sostener las riendas de manera autocrática, a la espera de que el movimiento obrero estuviera maduro para la tarea.

Luego del fracaso de la revolución continental de 1849, Marx y Engels se fueron a Inglaterra. La Liga de los Comunistas se había disuelto después de la derrota, y Marx no vio ya, para los decenios siguientes, la posibilidad de llevar a efecto sus propios conceptos a la cabeza de una revolución o de un partido revolucionario. Con ello, el partido había perdido su propio elemento vital, y ni siquiera en el trabajo teórico de Marx sobre el capital podía encontrarse un sustituto de la sangría sufrida. Tampoco podía considerarse a la I Internacional, fundada por Marx en 1864, como partido revolucionario, en el espíritu de la doctrina marxista. La Internacional no era un partido político unitario,

sino una amplia unión internacional entre comunidades obreras de todo tipo. Se extendía desde las organizaciones obreras burguesas liberales de Inglaterra hasta los anarquistas latinos. Los grupos más cercanos a Marx, en el seno de la Internacional, eran todavía los dos pequeños partidos obreros que se habían constituido en Alemania en los años 60: los lassallianos y el partido de Wilhelm Liebknecht. Ello no impedía que Marx y Engels criticaran continuamente, de la manera más violenta e injusta, a los dirigentes de ambos grupos.

Durante el período del conflicto prusiano, entre 1862 y 1866, Bismarck luchó contra la mayoría parlamentaria liberal y gobernó dictatorialmente, violando la constitución. Entonces Marx confió nuevamente en la revolución burguesa, en Prusia y Alemania. Aun llegó a considerar que Lassalle traicionaba al no querer compartir este punto de vista. Lassalle no creía ya en fuerza revolucionaria alguna de la burguesía alemana. Quería, en tiempos no revolucionarios, constituir por lo menos un partido clasista autónomo del proletariado, con las más claras delimitaciones contra el liberalismo: tampoco lo molestaba, durante el curso que él daba a su gran objetivo, la eventualidad de una temporaria alianza táctica con Bismarck. En cambio, Marx pretendía que el sector obrero prusiano librara en primer lugar la lucha revolucionaria contra los Hohenzollern y contra el feudalismo prusiano, según el espíritu de la *Neue Rheinische Zeitung*. Nuevamente indica a los obreros la revolución democrático-burguesa, como primera etapa por lograr: Marx y Engels formularon luego continuas críticas a la socialdemocracia alemana: aun esas críticas, hasta la que hiciera Engels al programa de Erfurt de 1891, retornan fundamentalmente a un mismo reproche. Ese reproche se dirige a la insuficiente preparación de la revolución burguesa, al opacamiento del principio republicano, a la falta de claridad ante el "estado", y así sucesivamente.

El año 1871 trajo la gran revuelta obrera de la comuna parisiense. Marx no la había instigado, y sus dirigentes nada tenían de marxistas. El hecho de que entre ellos hubiera aún miembros de la internacional no demuestra lo contrario, pues el relajamiento de las ligazones y la falta de unidad teórica de esa internacional —ya lo hemos señalado antes— eran cosas notables. La comuna había proclamado la sustitución del estado autoritario centralizador por el autogobierno y la libre asociación. Las administraciones municipales y provinciales debían ser dirigidas por representantes del pueblo, y la renta de esos representantes no podía superar el monto del salario de un obrero. A la vez debían

encarnar el poder deliberativo, el legislativo y el ejecutivo; en lugar del parlamento y de la burocracia del estado feudal-burgués de antigua derivación, debían ser utilizados funcionarios "comunales" humildes. La policía y el ejército serían el mismo pueblo armado.

El desarrollo de la comuna parisiense para nada correspondía al concepto marxista de la revolución: en efecto, Marx quería un férreo gobierno revolucionario centralizador, en el espíritu de 1793, para derrotar, con un poder concentrado en pocas manos, a quienes se opusieran a la causa del pueblo. La proclamación de un idilio federalista cooperativo en plena guerra burguesa debía aparecer a los ojos de Marx como una sentimental estupidez; pero la comuna empezó por donde Marx quería terminar, es decir, por la abolición del estado y la constitución del régimen de libertad. Y, sin embargo, ese hecho hacía posible un contacto entre las ideas de los comuneros y las del propio Marx.

Cuando la comuna sucumbió heroicamente, Marx alentó a la presidencia de la internacional para que se pusiera totalmente a favor de los obreros parisienses. En su célebre escrito de 1871 aseguró que la causa de la comuna era su propia causa: Marx dejó de lado toda discrepancia en la teoría y en la práctica, limitándose a elogiar la acción revolucionaria de los trabajadores parisienses y el derrocamiento del estado. Así, Marx se anexó la comuna de 1871: un singular procedimiento histórico, pues la insurrección comunera no fue obra suya, ni política ni teóricamente.

Aquí Marx realizó una acción rica en consecuencias: sólo de esta manera procuraba al marxismo una verdadera tradición revolucionaria. Y sólo desde entonces el marxismo se ha convertido en la causa de todos los obreros que luchan en el mundo. A causa del éxito tan grande de la comuna, Marx debía en cambio admitir que la forma política de ese movimiento, o sea la inmediata disolución del aparato centralista estatal, constituye el modelo clásico de la revolución obrera. Marx dejaba al futuro la solución de un problema: ¿cómo habría de adaptarse a este reconocimiento, más tarde, la práctica de una gran revolución obrera europea?

La I Internacional naufragó entre los años 70 y 80, a causa de sus propias contradicciones y de los métodos autocráticos de Marx. En toda Europa central y occidental, también en América, habían desaparecido todas las posibilidades revolucionarias. En las consolidadas y grandes potencias —Alemania y Francia, Austria e Italia, Inglaterra y los Estados Unidos de América—, el poder de los gobiernos era tan fuerte que una insurrección armada contra los mismos parecía cosa de locos. Por todas partes, el capitalismo to-

maba un potente desarrollo: pero, con ello, también crecían la cantidad y la importancia de los proletarios industriales.

El movimiento político obrero se reanudó poco a poco, ante todo en Alemania, luego de la caducidad de las limitaciones de las leyes antisocialistas (1890). Pero el proletariado europeo, luego de 1899, en tiempos de la II Internacional, no tenía como inmediata mira política la revolución democrática; a diferencia del proletariado de 1848, la clase obrera se movía ahora para mejorar su propia posición económica y social en el seno del estado capitalista. La clase obrera de la II Internacional aceptó también la teoría marxista; pero, en un período no revolucionario, el marxismo debía soportar una singular transformación. Debía ayudar al proletariado, sobre todo, a que se separara ideológicamente de la burguesía, es decir, a que se asegurara su propia y particular existencia en cuanto clase dentro de la sociedad capitalista. Por entonces, los partidos marxistas aceptaban totalmente las denominaciones de "socialista" o "socialdemocrático": esos obreros socialistas tampoco se dejaron dirigir ya, en los partidos y en sus propias organizaciones, por intelectuales aislados. Por el contrario, los obreros organizados reclamaban ahora el derecho a disponer de sí mismos en el ámbito de su propia colectividad.

Así, el marxismo se transformó. Antes era una teoría revolucionaria, con la que las cabezas más radicalizadas de la inteligencia burguesa querían empujar hacia adelante a las masas obreras. Ahora sería una ideología profesional, con cuya ayuda los obreros, conscientes de los problemas de su propia clase, reafirmarían y mejorarían su posición dentro de la sociedad burguesa misma. Esa transformación del marxismo, de 1848 a la II Internacional, fue un gran paso adelante, hacia la autonomía y la conciencia que de su propio valor debía tener la clase obrera. Pero también constituyó un retroceso decidido en el camino de la revolución.

Mientras tanto, en los años 90 había aún en Europa un gran país: allí el marxismo podía reconquistar las posiciones de 1848. Allí el marxismo no necesitaba aceptar los desarrollos políticos posteriores en el sentido occidental. Ese país era Rusia, y en él todavía debía suceder la revolución burguesa. Los más fuertes cerebros del sector intelectual querían cumplir dicha revolución con la ayuda de la clase obrera, es decir, a la manera marxista. De ese modo, el marxismo revolucionario de 1848 encontró en la Rusia de los zares el camino para avanzar. En el año 1893, el joven revolucionario Lenin llegaba del Volga a San Petersburgo, para dar ejecución allí al testamento de Marx.

2. LA REVOLUCIÓN RUSA (DE 1893 A 1914)

Durante el siglo XVIII, la Rusia de los zares se distinguía por la existencia de una cierta brutal modernidad. Justamente en ese siglo, que llevaba en casi toda Europa el sello del absolutismo, Pedro el Grande y Catalina II, con ideas netamente progresistas, gobernaban al país. Todavía en tiempos del congreso de Viena, Alejandro I podía permitirse el lujo de ser más liberal que Metternich y el rey de Prusia en las cuestiones europeas.

Pero con el sucesor, Nicolás I, el cuadro cambia. Las ideas de la Revolución francesa habían penetrado gradualmente incluso en Rusia: los intelectuales las acogieron con entusiasmo y comenzaron a ponerse a la par de las teorías radicales de la Europa occidental. Y el fondo de la crítica en que se empeñaron fue la miseria de la inmensa masa de los campesinos rusos, oprimidos todavía por las cadenas del servilismo de la gleba.

Rusia, en el siglo XIX, era todavía un genuino estado feudal: el zar, la propiedad de los fundos en manos de la nobleza, la iglesia, el ejército, la policía, la burocracia, por un lado. Y, por el otro, el pisoteado siervo de la gleba. En medio no había sino una escuálida burguesía comercial e industrial, y un proletariado que surgía lentamente. Para el desarrollo progresista tuvo enorme importancia el sector intelectual ruso. En su mayor parte, las inteligencias radicales más cultas e independientes provenían de la misma nobleza dominante: el padre estaba sentado en su despacho de gobernador o de jefe de policía y, al mismo tiempo, la hija, en una esquina, tiraba bombas. La historia espiritual y social de la revolución rusa muestra una inaudita autodisgregación de la nobleza: la juventud estudiosa y radical despedazaba todo aquello construido y honrado por sus propios padres en el ámbito de la nobleza. La nobleza francesa del siglo XVIII había pasado, antes de la gran revolución, por una autodestrucción similar. Cuando el ordenamiento de tipo feudal es sentido como algo intolerable por la masa del pueblo, cuando la evolución histórica ha sobrepasado de manera evidente al envejecido sistema, entonces sus mismos exponentes se disgregan y abren camino a la revolución.

En los años 60, el zar Alejandro II quería prevenir el desastre por medio de la llamada liberación de los campesinos, que fueron

declarados jurídicamente libres. Pero, en su mayor proporción, la tierra quedó en manos de los grandes propietarios y, en las aldeas, la policía siguió siendo tan omnipotente y brutal como antes de la "liberación". De ese modo, la liberación de los campesinos mostró sólo la fuerza de la presión revolucionaria, pero sin resolver ninguna de las cuestiones que angustiaban a Rusia. La bomba que en 1881 destrozó a Alejandro II fue la respuesta de los revolucionarios a la comedia de la liberación.

¿Quiénes eran los hombres y las mujeres que mataron al zar? Se trataba de conjurados pertenecientes a ese gran movimiento multiforme que durante casi medio siglo, entre 1870 y 1917 aproximadamente, fue la fuerza capital de la revolución rusa. Un movimiento que se cristalizaba bajo toda posible denominación y forma de organización. Podemos abarcarlo con el nombre de tendencia "populista". El hecho distintivo de todos los populistas (*narodniki*) era el odio feroz contra el zar y su sistema, y la fe en Rusia, sobre todo en el campesinado ruso. Su objetivo consistía en derrocar a la odiosa burocracia dominante, y remplazarla por un gobierno del pueblo. El sector campesino ruso, como aplastante mayoría y como clase característica del pueblo, debía contar con el papel determinante en ese gobierno. Los residuos de la propiedad común de los campesinos, que se habían mantenido en Rusia aun en el zarismo y en el servilismo de la gleba, debían ofrecer acaso la base para un socialismo agrario genuinamente ruso. Rusia tenía que aprender de occidente, pero no adoptar sin más las recetas occidentales.

El campesino grosero e inculto no podía encontrar por sus propios medios todas estas enseñanzas: es por ello que necesitaba de la ayuda de los intelectuales. Así, la juventud de la nobleza y de la inteligencia, anhelante de sacrificios, se dirigió "hacia el pueblo", en las aldeas, para iluminar a los campesinos y madurarlos en la rebelión. De la experiencia surgió el tipo del revolucionario ruso instruido, que luchaba con todos los medios, que utilizaba el terror contra los odiados representantes del sistema dominante, que se dedicaba al mismo ideal tanto en Suiza como en Siberia, en San Petersburgo y en Moscú. Ese revolucionario que servía al pueblo en la prisión y en la horca, y también en la buhardilla de la redacción del periódico prohibido o en la conferencia partidaria.

El movimiento "nacional-popular" formó el tipo del revolucionario ruso profesional, que no conocía otro contenido de la vida fuera de la revolución y que se dedicaba al pueblo hasta la muerte. Sin embargo, un inmenso abismo lo separaba del *mujik*. La mayor

cualidad de los "nacional-populares", llamados en general más tarde socialrevolucionarios, y también de sus grupos afines era el heroísmo revolucionario. El peor defecto: la confusión en cuanto a las teorías. Ellos no querían aceptar que Rusia no podía seguir siendo un idilio agrario en medio del mundo capitalista moderno, y no tenían respuesta alguna al problema de la transformación que la industria moderna provocaría en Rusia.

La romántica política del avestruz adoptada por los nacional-populares pretendía ignorar o excluir al capitalismo: pero durante los últimos veinte años del siglo pasado, como una planta de invernadero, surgió también en Rusia una industria pesada. Las necesidades militares del zarismo y del capital extranjero favorecieron su desarrollo. Junto al comerciante del tipo originario semiasiático, comenzó a imponerse el empresario moderno. Se reclutaron en la campaña maestranzas industriales: al principio vegetaron en miserables condiciones de vida, pero luego abrieron la lucha contra sus explotadores.

A medida que los problemas de la industria y del proletariado adquirían importancia también para Rusia, el interés de una parte de los intelectuales rusos por el socialismo y por el marxismo se volvió cada vez más fuerte. Se establecieron los principios de un partido ruso socialdemocrático, fuera de la ley, puesto que la policía del zar impedía toda actividad legal o manifiesta de los socialistas rusos en carácter de partido o de organizaciones obreras.

La Rusia de 1895 presentaba una sorprendente semejanza con la Alemania de 1845. En ambos países amenazaba de cerca la revolución burguesa, y la mayoría de la población era agraria. Pero la industria en su fase ascendente era para todas las cabezas audaces e independientes un sistema de gobierno infinitamente despreciable, y las masas populares estaban colmadas de una poderosa aspiración de libertad. También los jóvenes hegelianos alemanes iban hacia el pueblo, para realizar con su ayuda las ideas filosóficas que los animaban, de la misma manera que los intelectuales rusos se dirigían a las masas para incitarlas a la rebelión contra el zar. En fin: también la masa, y sobre todo la masa obrera, aparecía en ambos países como políticamente ignorante e inadecuada para una acción autónoma, que no requiriera guía exterior.

Todos los presupuestos del marxismo revolucionario de 1848 se renovaban en la Rusia de 1895. Sin embargo, no era posible transponer sin más y mecánicamente el marxismo original a Rusia. Es que la forma en que el movimiento marxista se presentó a los rusos de los años 90, no era ya la "liga de los comunistas", sino la de los grandes partidos obreros de la II Internacional y, principal-

mente, la socialdemocracia alemana. Se hacía entonces posible un desarrollo doble del socialismo ruso: uno en ligazón con los medios de la época y con el movimiento obrero de Europa occidental. Otro, a través de la resurrección del marxismo original de 1848. Lenin optó por el segundo camino, y creó el bolchevismo, con sus agudas diferencias respecto de la socialdemocracia occidental. Y también con su pretensión, para nada injustificada, de dar nueva vida al genuino marxismo revolucionario.

Lenin venía de una familia noble de funcionarios rusos: su hermano formó parte de una conjuración contra la vida del zar, y fue ajusticiado. Lenin mismo estaba colmado de ese odio ardiente contra el zarismo; pero aunque admirara el heroísmo de los *narodniki*, no podía unirse al movimiento de los populistas. Había una explicación: la férrea lógica y la vasta cultura científica que poseía desde joven, no le permitían correr tras el confuso sentimentalismo de ese movimiento.

Lenin reconocía que también para Rusia se hacía inevitable un desarrollo capitalista, y que el marxismo, como sistema científico, era incomparablemente superior a las fantasías de los populistas. Entonces se fijó la tarea de reunir con el proletariado industrial a un grupo de revolucionarios de ideas claras, realistas, decididos a todo. Sólo así sería posible derrocar al zar. Lenin tomó entonces de los *narodniki* la forma de ordenamiento y el carácter restringido de los revolucionarios que debían dirigirse a las masas y conducirlos. Pero si luego se hubiera pretendido adoptar una actitud de abandono frente a los movimientos espontáneos de la masa, jamás se habría de llegar a la revolución.

El surgimiento de la socialdemocracia rusa se cumplió, por lo menos en las apariencias, dentro de las mismas características de la fundación de los partidos "populistas". En los años del 70 al 90, jóvenes intelectuales entusiastas habían ido hacia los obreros, en lugar de hacerlo en dirección a los campesinos. Armados con los escritos de Marx y Engels, salieron de los barrios señoriales de sus padres para aproximarse a las miserables viviendas de los obreros de San Petersburgo y de Moscú: allí, descubrieron al proletariado. Muy pronto comenzaron a establecer inocentes cursos de instrucción, tomando así contacto con los obreros; luego, ocultamente, trataron de convertirlos al socialismo.

¡Qué distinta fue la formación de los partidos obreros socialistas de Europa occidental, por los mismos años! Se trataba casi del mismo estilo con que cincuenta años atrás Marx y Engels se habían dirigido a los obreros alemanes en Bruselas y en París, para interesarlos en la revolución.

El desarrollo posterior de la joven socialdemocracia rusa dependía del objetivo que habría de fijarse, como punto central de su propia acción. Por un lado, existía la posibilidad de llevar a primer plano los intereses clasistas de los obreros en el sentido más estricto, es decir, las cuestiones político-sociales: salario, horarios y condiciones de trabajo, viviendas obreras, etc. Por otro lado, se daba la posibilidad de plantear como objetivo más importante la lucha contra el zar. En el primer caso, los obreros habrían sido el factor decisivo para el movimiento, pero si bien de esa manera se salvaguardaba el derecho de los asociados a cooperar en las determinaciones del partido, el impulso revolucionario se debilitaría. En el segundo caso, el revolucionario profesional hubiera tenido los hilos de la situación, y el obrero simple tendría que quedar en segundo orden respecto de él. En la primera situación, era acaso posible llegar a un cierto reconocimiento legal del socialismo aun dentro del zarismo; en la segunda, no quedaba sino la lucha a vida o muerte contra el gobierno, tal como la libraban los terroristas *narodniki*.

Lenin se volvió con decisión hacia el segundo camino. Así, escribía en el año 1902:

Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países atestiguan que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia *tradeunionista*, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales. Por su posición social, también los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. Exactamente del mismo modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independientemente en absoluto del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas.¹

Y Lenin escribía también:

La conciencia política de clase no se le puede aportar al obrero más que desde el exterior, esto es, desde fuera de la lucha económica, desde

¹ V. I. Lenin, *¿Qué hacer?*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1960, t. v, p. 382. En adelante citaremos *Obras*.

fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera en que se puede encontrar estos conocimientos es la esfera de las relaciones de todas las clases y capas con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí. Por eso, a la pregunta: ¿qué hacer para aportar a los obreros conocimientos políticos?, no se puede dar únicamente la respuesta con la que se contentan, en la mayoría de los casos, los militantes dedicados al trabajo práctico, sin hablar ya de los que se inclinan hacia el economismo, a saber: "Hay que ir a los obreros." Para aportar a los obreros conocimientos políticos, los socialdemócratas deben ir a todas las clases de la población, deben enviar a todas partes destacamentos de su ejército.²

Lenin, de la manera más decidida, rechaza la forma de movimiento obrero por él llamada *tradeunionista*, y que entonces estaba especialmente caracterizada en las organizaciones obreras inglesas. No basta la lucha del sector obrero por sus propios y restringidos intereses de clase; por el contrario, los socialdemócratas rusos deben llevar la agitación y la propaganda a todos los estratos del pueblo, y sobre todo a los campesinos. El descontento cotidiano de los obreros por el trato recibido en las fábricas, etc., debe ser extendido hasta el gran descontento hacia el zarismo, como raíz de todos los males.

Lenin agrega:

En nuestro país no tenemos ni parlamento ni libertad de reunión, pero sabemos, sin embargo, organizar reuniones con los obreros que quieren escuchar a un socialdemócrata. Del mismo modo, debemos saber organizar reuniones con los representantes de todas las clases de la población que deseen escuchar a un demócrata. Pues no es socialdemócrata el que olvida en la práctica que 'los comunistas apoyan todo movimiento revolucionario'; que, por tanto, debemos exponer y subrayar nuestros objetivos democráticos generales ante todo el pueblo, sin ocultar ni por un instante nuestras convicciones socialistas. No es socialdemócrata el que olvida en la práctica que su deber consiste en ser el primero en plantear, en acentuar y en resolver toda cuestión democrática general.³

Según Lenin, la socialdemocracia debe ser el gran guía del pueblo ruso en la lucha por la democracia. Pero si ella concibe así su propia misión, entonces sólo puede tener una forma de organización: el círculo restringido y fuertemente disciplinado de los revolucionarios profesionales. El partido debe ejercer su propia influencia sobre la masa de los obreros, pero la masa no puede

² *Ibid.*, p. 429.

³ *Ibid.*, p. 432.

formar parte de él. A juicio de Lenin, en Rusia no existe la posibilidad de un partido obrero en sentido europeo occidental. Ante todo, porque la policía no lo permitiría. Pero la causa profunda de esa circunstancia es otra: un partido así constituido no estaría en condiciones de resolver su propio objetivo revolucionario. La socialdemocracia rusa no debe tener el espíritu de un secretario de sindicato, sino el de un tribuno del pueblo. Oigamos una vez más al Lenin de 1902:

Con nuestros métodos primitivos de trabajo hemos comprometido el prestigio de los revolucionarios en Rusia: en esto radica nuestra falta capital en materia de organización. Un revolucionario blando, vacilante en las cuestiones teóricas, limitado en su horizonte, que justifica su inercia por la espontaneidad del movimiento de masas, más semejante a un secretario de trade-union que a un tribuno popular, sin un plan audaz y de gran extensión, que imponga respeto a sus adversarios, inexperienced e inhábil en su oficio (la lucha contra la policía política), ¿no es un revolucionario, sino un mísero artesano! Que ningún militante dedicado al trabajo práctico se ofenda por este duro epíteto, pues, en lo que concierne a la falta de preparación, me lo aplico a mí mismo en primer término. He trabajado en un círculo que se asignaba tareas vastas y omnímodas, y todos nosotros, miembros del círculo, sufríamos lo indecible al ver que no éramos más que unos artesanos en un momento histórico en que, parafraseando el antiguo apotegma, se podría decir: ¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia en sus cimientos!⁴

De las tesis del joven Lenin, Marx hubiera suscripto cada una de las palabras: sin embargo, una parte conspicua de los socialistas rusos de entonces se levantó contra sus doctrinas. Y así surgieron dos tendencias distintas: para una de ellas, la socialdemocracia rusa debía ser un partido obrero, con la finalidad de mejorar las condiciones de clase del proletariado, cooperando también —es natural— en la lucha política contra el zarismo. Pero como la futura revolución rusa no podía ser todavía más que una revolución burguesa, también el ritmo del desarrollo revolucionario había de ser dictado por la burguesía. La otra tendencia afirmaba que la socialdemocracia rusa debía constituir una liga secreta de revolucionarios profesionales, cuyo objetivo consistiría en arrastrar a las masas a la revolución burguesa.

Las dos tendencias opuestas de la socialdemocracia rusa se enfrentaron abiertamente por primera vez en el congreso del partido celebrado en 1903 en Londres. En esa época, los socialistas rusos po-

⁴ *Ibid.*, p. 473.

dían desarrollar su actividad sin ser molestados sólo en el exterior del país. Cuando en Londres se discutió el estatuto del partido, rápidamente se llegó a la ruptura por el primer párrafo. Lenin lo formulaba así: "Es miembro del partido quien toma parte de una de sus organizaciones." En cambio, Martov proponía: "Es miembro todo aquel que actúe bajo el control del partido." A causa de esta discrepancia aparentemente insignificante, la socialdemocracia rusa se partió en dos. En la votación de las tres docenas de delegados, Lenin aventajó en un par de votos a sus adversarios: desde entonces, su fracción en el partido se llamó mayoría, o sea, los bolcheviques, mientras los secuaces de Martov tomaron el nombre de minoría, los mencheviques. Aquel grupito de emigrados rusos en Londres, que discutían entre sí y que discurrían encarnizadamente por diferencias imperceptibles, estaba construyendo en esos días la historia del mundo: entonces nacía el bolchevismo.

¿Cuál era, en realidad, el significado de la escisión entre Lenin y Martov? Por el influjo de las condiciones de la Rusia de entonces, de la ilegalidad, etc., la masa de los amigos del socialismo se había dividido a sí misma en dos sectores: el de los colaboradores activos del partido, que ejercían ocultamente su tarea política, y el del sector más grande de los simpatizantes del partido que, de alguna manera, y cómo podían, apoyaban a la socialdemocracia, pero siguiendo sin embargo en sus profesiones privadas.

De acuerdo con la fórmula de Martov, los simpatizantes también podían entrar en las filas del partido, siempre que actuaran regularmente según las órdenes de la dirección, como obreros, como estudiantes, o en cualquier otra condición. En este caso, dichos simpatizantes podían cooperar en la determinación de las directivas y en el nombramiento de los dirigentes del partido.

La opinión de Lenin era muy distinta: negaba a los simpatizantes toda influencia sobre el destino del partido, pues, para él, el partido era el círculo restringido de los conjurados activos, y ningún otro. Martov quería, aun dentro de las condiciones adversas que ofrecía Rusia, mantener en alto la idea de la libertad de decisión de las masas; Lenin no lo quería. Martov quería que la socialdemocracia rusa se pareciera al movimiento obrero de Europa occidental en esos tiempos, y Lenin, no.

Un pasaje de uno de los discursos de Lenin en la asamblea del partido resulta especialmente caracterizador. Allí, Lenin se vuelve contra Trotski, que, en la cuestión del ordenamiento del partido, seguía por entonces a los mencheviques:

El camarada Trotski demuestra haber comprendido muy mal la idea fundamental de mi libro *¿Qué hacer?* cuando dice que el partido no es una organización conspirativa (es ésta una objeción que ya me han hecho muchos otros). Olvida que en mi libro propongo toda una serie de diversos tipos de organización, desde los más conspirativos y más cerrados hasta los que son relativamente amplios y 'libres'. Olvida que el partido debe ser solamente el destacamento de vanguardia, dirigente de la inmensa masa de la clase obrera, que labora toda (o casi toda) ella 'bajo el control y la dirección' de las organizaciones del partido, pero que no toda ella se halla, ni tiene por qué hallarse, encuadrada en el 'partido'. Basta fijarse en realidad, en cuáles son las conclusiones a que llega el camarada Trotski, partiendo de su error fundamental. Nos ha dicho aquí que si fuesen detenidos un destacamento tras otro de obreros y todos los obreros declaran que no pertenecían al partido, nuestro partido sería algo muy extraño. ¿No será más bien todo lo contrario? ¿No será lo extraño el razonamiento del camarada Trotski? Para él constituye algo deplorable lo que a todo revolucionario un poco experto le alegraría. Si cientos y miles de obreros detenidos por las huelgas y las manifestaciones resultaran no ser miembros de las organizaciones del partido, esto sólo demostraría que nuestras organizaciones eran buenas y que nosotros cumplíamos con nuestra misión: realizar una labor conspirativa dentro de un círculo más o menos reducido de dirigentes e incorporar al movimiento a una masa lo más extensa posible.⁵

Realmente éstos eran dos mundos distintos. Para Trotski y para Martov, los obreros que desarrollan una actividad política y el partido son una misma cosa; para Lenin, en cambio, el partido está detrás de los obreros y por sobre ellos, como fuerza secreta que los guía. Lenin, en la polémica, hablaba en verdad no tanto del hecho de que su fórmula alejara a los obreros del partido. Lo importante es que él negaba el título de honor de miembro del partido a los intelectuales charlatanes, que no querían correr riesgo alguno. Pero esto no cambia para nada el fondo de la cuestión.

No se trata de que Lenin estimara poco a los obreros: más bien, estaba profundamente persuadido de que el futuro pertenecía al proletariado, y acogía con buena voluntad a ex obreros de fábricas en el círculo de los revolucionarios profesionales. Pero para Lenin el objetivo inmediato del obrero ruso era la obtención de la revolución burguesa por medio de la lucha: y todo el resto debía quedar subordinado a esta finalidad política.

A pesar de todos los intentos de reconstitución de la unidad del partido socialista ruso, el abismo entre bolchevismo y menchevismo

⁵ V. I. Lenin, *II Congreso del POSDR*, en *Obras*, vol. vi, pp. 498-499.

siguió insuperado hasta 1917, y aun más allá, hasta nuestros días. Realmente, el simple obrero socialista se sintió en Rusia, hasta 1917, sólo socialdemócrata, sin dar demasiada importancia a las diferencias entre fracciones: pero el grupo activo de dirigentes, tanto de emigrados como de residentes en Rusia, permaneció dividido a despecho de transitorias resoluciones de acuerdo. Sin embargo, Lenin se empeñó desde 1903 en la constitución de un partido revolucionario, según su propia concepción. Y el bolchevismo enfrentaría su primera prueba de fuego en el año 1905.

La revolución rusa de 1905 no comenzó por orden de un comité central partidario sino, contrariando el esquema leninista, por la espontánea rebelión de las masas. Cuando la derrota zarista en la guerra contra el Japón sacudió la autoridad del gobierno, el pueblo se levantó. Lenin tenía una idea clarísima del carácter de los acontecimientos de 1905, opuesto a toda acción planificada. Su mujer, la Krupskaja, cuenta en sus memorias que Lenin decía en octubre de 1905: "Yo aplazaría la revuelta hasta la primavera: pero, de todos modos, nadie vendrá a pedírnoslo."

La revolución comenzó con el "domingo de sangre", cuando los obreros de San Petersburgo, guiados por el pope Gapon, celebraron una manifestación ante el palacio del zar. Las tropas dispararon y mil muertos quedaron en la plaza. Entonces la revuelta popular se extendió por toda Rusia: durante todo el año, hasta llegar a diciembre, se sucedieron las huelgas y las demostraciones de obreros y de funcionarios, los tumultos en la campaña y las revueltas en el ejército y en la marina. El zar fue obligado a conceder la creación de un parlamento ruso: la Duma.

El punto culminante de la revolución estuvo dado por la gran sublevación de diciembre, por parte de los obreros de Moscú, que terminó con la victoria del gobierno.

Desde ese momento, la revolución inició su camino descendente. No bastaba el valor de los obreros revolucionarios para abatir al zar, pues el movimiento de campesinos y soldados todavía estaba muy aislado y no tenía coherencia. Así, el gobierno pudo reducir a la obediencia al ejército y mantener a raya a la campaña, quitando toda posibilidad de éxito a los esfuerzos de los obreros.

Lenin se ha expresado con toda claridad respecto del carácter de la revolución rusa de 1905:

La peculiaridad de la revolución rusa consiste precisamente en que, por su contenido social, fue una revolución democrático-burguesa, mientras que, por sus medios de lucha, fue una revolución proletaria. Fue democrático-burguesa porque el objetivo inmediato que se proponía, y

que podía alcanzar directamente con sus propias fuerzas, era la república democrática, la jornada de 8 horas y la confiscación de los inmensos latifundios de la nobleza, medidas todas ellas que la revolución burguesa de Francia llevó casi plenamente a cabo en 1792 y 1793. La revolución rusa fue a la vez una revolución proletaria, no sólo por ser el proletariado su fuerza dirigente, sino también porque el medio de lucha específicamente proletario, la huelga justamente, fue el medio principal para poner en movimiento a las masas y el fenómeno más característico del sinuoso desarrollo de los acontecimientos decisivos.⁶

Más adelante, Lenin habla así de los últimos meses de 1905:

El proletariado marchaba a la cabeza del movimiento. Su objetivo era conquistar la jornada de 8 horas por vía revolucionaria. El grito de guerra del proletariado de Petersburgo era: '¡Jornada de 8 horas y armas!' Para la masa cada vez mayor de obreros se hacía evidente que la suerte de la revolución sólo podía decidirse, y que en efecto se decidiría, por la lucha armada.⁷

En aquel tiempo, los obreros de San Petersburgo eran los hombres más iluminados y más animados por la más fuerte de las energías revolucionarias de toda la masa popular rusa. Si la consigna que observaban era la jornada de ocho horas, significa que preveían la existencia de la clase de los empresarios aun luego del triunfo de la revolución. Por lo tanto, consideraban que esta revolución era una revolución burguesa.

En el curso de la lucha activa contra el zar, ambas fracciones socialdemócratas marcharon de acuerdo junto a los populistas (social-revolucionarios), olvidando las diferencias teóricas que separaban a los dirigentes. No puede demostrarse que en el año 1905 los bolcheviques hayan tenido sobre las masas influencias más fuertes que las de otros grupos socialistas y revolucionarios. Aun más: la iniciativa para la constitución del célebre consejo de obreros de San Petersburgo, en octubre de 1905, partió justamente de los mencheviques. No existía en realidad por entonces un grupo dirigente especial que pudiera adjudicarse ante el pueblo ruso el monopolio de la sabiduría política: en su mayor parte, las masas obreras eran totalmente revolucionarias, y no estaban divididas en tantas y determinadas fracciones partidarias. Esta afirmación rige todavía más respecto de los campesinos, los soldados, los funcionarios y los estudiantes.

⁶ V. I. Lenin, *Informe sobre la revolución de 1905*, en *Obras*, vol. xxiii, pp. 240-241.

⁷ *Ibid.*, p. 250.

En torno a la constitución del consejo obrero de San Petersburgo, Trotski escribe:

La organización socialdemócrata, que mantenía unidos en secreto a varios centenares de obreros, y que además ejercía un notable influjo político sobre unos mil obreros de San Petersburgo, había comprendido cómo dar a unos y a otros la palabra de orden, iluminando su experiencia elemental con el relámpago del pensamiento político. Pero su fuerza no bastaba para reunir a las masas de centenares de millares de obreros mediante la viva ligazón de una organización: y ello, en cuanto cumplía la mayor parte de su propia obra en los laboratorios de la conspiración, cerrados a la masa misma. La organización de los social-revolucionarios padecía del mismo mal que afectaba a los organismos subterráneos, agudizado por la debilidad y la escasa perseverancia. Había dos hechos que volvían absolutamente indispensable la formación de una organización no partidaria: por un lado, los choques entre las dos fracciones socialdemócratas de fuerzas iguales. Por otro, la lucha entre esas fracciones y los social-revolucionarios.

El consejo de delegados obreros de San Petersburgo quedó compuesto de manera tal que comprendiera un delegado por cada quinientos obreros. Los representantes de los grandes establecimientos eran elegidos según ese principio; los menores los elegían reuniéndose en grupos. Aun los sindicatos tenían el derecho de representación ante el consejo de los obreros, que conformaba una organización revolucionaria de lucha para derrocar al zarismo. Pero en aquellos tiempos nadie pensaba que un sistema de consejos obreros pudiera tomar el lugar del naciente parlamento ruso. Todos los revolucionarios rusos, comprendidos los bolcheviques, en 1905 estaban de acuerdo en un hecho: luego del triunfo de la revolución, la asamblea constituyente nacional rusa, es decir, un parlamento que se elegiría sobre las más amplias bases democráticas, deliberaría sobre los destinos de la nación. El consejo de los obreros debía ser un instrumento de lucha para llegar a la asamblea nacional: nunca para tomar el lugar de esta asamblea.

En un artículo fechado el 25 de noviembre de 1905, Lenin habló del sistema de consejos. Su modo de ver es allí muy distinto del que mostrará más tarde, en el año 1917. La presidencia del consejo obrero de San Petersburgo había rechazado la proposición de los anarquistas, que pedían ser admitidos con sus propios delegados en el consejo mismo. Lenin consideraba que una decisión tal era absolutamente justa, precisamente en virtud de estas notables argumentaciones:

Naturalmente, si se considerase al soviét de diputados obreros como

un parlamento de obreros, o como un órgano de autoadministración del proletariado, entonces la negación de admitir a los anarquistas sería injusta. Por mínima que sea (felizmente) la influencia de los anarquistas en nuestro medio obrero, es indudable que un cierto número de obreros, sin embargo, comparte sus ideas [...]. Si los anarquistas, que niegan la lucha política, solicitan ellos mismos ser admitidos en una institución que conduce esta lucha, esta flagrante inconsecuencia sólo muestra, por supuesto, una vez más, la inestabilidad de las concepciones y de la táctica de los anarquistas. Pero, evidentemente, no se los puede excluir del parlamento o de un órgano de autoadministración por su inestabilidad⁸

Sin embargo, a juicio de Lenin, el consejo de los obreros "no es un parlamento de obreros y no es un órgano de la autoadministración del proletariado; en general, no es un órgano de autoadministración, sino una organización de combate para el logro de objetivos determinados". A tal organización pertenecen, en virtud de un acuerdo transitorio, la socialdemocracia rusa, los social-revolucionarios y aquellos revolucionarios que están fuera de los partidos. La lucha de la revolución rusa se propone "reivindicaciones democráticas urgentes, reconocidas y aprobadas por la inmensa mayoría de la población".

Pero los anarquistas se oponen a las reformas políticas y, por lo tanto, tampoco tienen nada que buscar en la alianza para la batalla que, por así decir, "guía a nuestra revolución democrática". En el seno de esta última, los anarquistas ejercerían una acción de puro entorpecimiento y confusión.

Hay algo claro: el pensamiento de los soviets tiene por principio inspirador el derecho de los obreros, aun el de los obreros revolucionarios sin partido, a disponer libremente de sí mismos. Y ese principio concuerda perfectamente con el menchevismo, y muy poco con el bolchevismo. Lenin no quería creer que la acción espontánea de las masas pudiera alcanzar un éxito revolucionario serio y duradero. Para él, un consejo de obreros tal debía representar una especie de comité central de la confusión. En el punto en que estaban las cosas dentro del movimiento revolucionario hacia 1905, los bolcheviques se veían obligados a aceptar el consejo obrero: pero ellos mismos nunca hubieran creado esa institución.

Recordemos un interesantísimo discurso de conmemoración de la revolución rusa de 1905, pronunciado por Lenin en enero de 1917; fue en la ciudad de Zurich, para el duodécimo aniversario del domingo sangriento de San Petersburgo. Allí, Lenin se refería con unas pocas palabras, al pasar, a los consejos obreros. Es

⁸ V. I. Lenin, *Socialismo y anarquismo*, en *Obras*, vol. x, p. 64.

decir, que, aun a principios de 1917, esos consejos representaban para Lenin un aspecto absolutamente marginal de la doctrina de la revolución. Sólo las experiencias de la nueva revolución rusa, a partir de febrero de 1917, alteraron fundamentalmente la concepción de Lenin respecto de los consejos obreros.

Para comprender la atmósfera del año 1905, resulta significativo el hecho de que el consejo obrero de San Petersburgo eligiera como primer presidente al joven abogado Nossar-Krustalev, que no pertenecía a partido alguno. Al respecto, dice Trotski:

De grandes recursos y de gran ligereza en las cosas prácticas, presidente enérgico y hábil, no gran orador, pero de naturaleza impulsiva, hombre sin un pasado político y sin fisonomía política: Krustalev demostró haber nacido para el papel que las postrimerías del año 1905 le reservaban. Aunque las masas obreras tenían una orientación revolucionaria y mostraban acentuado sentimiento de clase, les faltaba, en general, un carácter de partido que estuviera claramente determinado. Lo que hemos dicho sobre los consejos obreros también se adecua a Krustalev. Todos los socialistas con un pasado político eran gente de partido, y la candidatura de un hombre partidario hubiera provocado resistencias, ya desde el nacimiento mismo de los consejos obreros.

El proletariado sampetersburgués se había encomendado en enero de 1905 a un oscuro aventurero: Gapon. Del mismo modo, en octubre se confiaba al radical sin partido Krustalev. Este hecho demuestra que en aquel tiempo la dirección bolchevique, aun entre los más avanzados obreros de Rusia, era insignificante. Krustalev fue arrestado en diciembre: entonces, la presidencia del consejo obrero quedó a cargo de un triunvirato cuyo jefe político era Trotski. Las opiniones de Trotski sobre la revolución rusa eran sustancialmente distintas de las opiniones de Lenin: ya haremos varias observaciones al respecto.

La primavera de 1905 vio nacer entre los jefes de la socialdemocracia rusa una discusión fundamental: ¿cuál sería el futuro del gobierno revolucionario a constituirse luego de la caída de Nicolás II? La marcha de los acontecimientos no justificaba una especulación tan optimista, pero a pesar de ello aquellas discusiones de 1905 siguen teniendo una excepcional importancia. Ello, en cuanto demuestran con extraordinaria claridad y evidencia el estado en que se hallaban entonces tanto la teoría bolchevique como la menchevique.

El teórico más notorio de los mencheviques era Martínov. Según su concepción, la revolución rusa era una revolución burguesa. Cuando el zar cayera, la asamblea constituyente nacional ins-

tauraria un gobierno republicano burgués, destinado a obtener reformas de carácter democrático. La victoria del socialismo no era posible, por el momento, en Rusia. Y por dos razones, a saber: el bajo porcentaje de trabajadores industriales en relación al conjunto de la población rusa, y las retrasadas condiciones profesionales de las campañas. En el caso de que en el futuro gobierno revolucionario entraran algunos ministros socialistas, ellos llegarían a encontrarse en una situación desesperada. Si esos ministros permanecieran estrictamente en el ámbito de la revolución burguesa, cargarían con las responsabilidades, ante la clase obrera, de todos los desastres del capitalismo. Desastres que seguirán en pie y que hasta tomarán un mayor desarrollo. Así, la socialdemocracia resultaría comprometida a los ojos del proletariado. Pero podría darse que esos ministros libraran la batalla en el seno mismo del gobierno, pretendiendo la adopción de fuertes medidas contra la clase de los empresarios y en defensa de los obreros. Entonces, sin quererlo, se verían empujados al camino del socialismo, produciendo en la burguesía un tremendo temor. Y la burguesía retomaría el camino de la reacción. En la lucha sin esperanzas por el socialismo, dentro de un país todavía inmaduro para el objetivo, la clase obrera no puede ser sino derrotada. El resultado, acaso, sería el retorno al absolutismo, un mal menor, para la burguesía, ante la perspectiva del socialismo.

La socialdemocracia tiene entonces por delante dos peligros: el de comprometerse al servicio de la república burguesa, por un lado, y, por otro, el de suscitar con una acción honestamente consecuente la contrarrevolución. El único modo que a ella le queda para escapar a ambos peligros es mantenerse extraña al gobierno provisional revolucionario. En verdad, dicha socialdemocracia debe ayudar con todos los medios a la revolución pero, luego de la caída del zar, dejará la tarea de formar gobierno a los partidos burgueses, buscando, aun en la oposición, los intereses particulares de las clases obreras.

Por este modo de pensar, se ve que los mencheviques, de acuerdo con el punto de vista occidental, eran un partido obrero absolutamente radical: despreciaban el ocultamiento de los contrastes entre proletariado y burguesía, y tachaban de "jauresismo" el ingreso de los socialdemócratas en un gobierno burgués. El socialista francés Jaurès sostenía que los obreros franceses debían entrar en un gobierno burgués republicano, en defensa de la república: esa doctrina llevó entonces a animadas discusiones en el seno de la Internacional, y al respecto las opiniones se mostraron divididas. El congreso de la II Internacional en Amsterdam había

condenado la táctica de Jaurès, y los mencheviques querían seguir el espíritu de las decisiones de la Internacional.

Lenin, en cambio, se lanza encarnizadamente contra la táctica de los mencheviques. El concepto por él seguido puede parecer "de derecha" en relación al radicalismo "de izquierda" de los mencheviques. Pero ese concepto demuestra que para Lenin no existía diversidad de tendencias en el ámbito de la socialdemocracia occidental. Su oposición a todas las formas de socialismo no ruso era tan profunda en 1905 que, en comparación, desaparecía todo contraste de tendencias entre radicales y revisionistas.

Lenin en 1905 patrocinaba la dictadura revolucionaria democrática de obreros y campesinos: una idea genuinamente marxista, pero que en ese entonces no hubiera podido ser formulada por ningún socialdemócrata de Europa occidental, ni siquiera por el más radical de ellos. Escribía Lenin:

¿Dónde radica el embrollo de Martínov? En la confusión de la revolución democrática con la revolución socialista, en que olvida el papel de la capa intermedia, de la capa popular existente entre la "burguesía" y el "proletariado" (la capa pequeñoburguesa de los pobres de la ciudad y del campo, los "semiproletarios", los pequeños propietarios), en que no comprende el verdadero significado de nuestro programa mínimo [...] Basta pensar, en efecto, en todas las reformas económicas y políticas planteadas en este programa, en reivindicaciones como las de la república, el armamento del pueblo, la separación de la iglesia y el estado, las plenas libertades democráticas y las resueltas reformas económicas. ¿Acaso no es evidente que la implantación de estas reformas, sobre la base del orden burgués, no es concebible sin la dictadura revolucionario-democrática de las clases de abajo? ¿No es evidente que aquí no se trata exclusivamente del proletariado como distinto de la "burguesía", sino de las "clases inferiores", que constituyen la fuerza propulsora de toda revolución democrática? Y estas clases las forman el proletariado más los millones de pobres de la ciudad y del campo, que se desenvuelven en condiciones de vida pequeñoburguesas.⁹

Lenin se diferencia entonces en este aspecto de todos los otros socialdemócratas: no basa sus cálculos sólo sobre las dos clases, proletariado y burguesía, sino también sobre el fortísimo estrato ubicado entre ambas. Lenin reconoce que ese estrato intermedio no podrá ser llevado justamente al socialismo, sino a una democracia revolucionaria, conducida por el proletariado. En estos términos él concibe la aparente contradicción de una revolución burguesa con-

⁹ V. I. Lenin, *La socialdemocracia y el gobierno provisional revolucionario*, en *Obras*, vol. VIII, p. 284.

tra la burguesía, es decir, el pensamiento fundamental que Marx y Engels habían elaborado en 1848.

En todos los socialistas serios dominaba la persuasión común de que una revolución popular es posible sólo en cuanto la mayoría del pueblo la quiere verdaderamente. Entre las grandes potencias de 1905, solamente en Inglaterra los obreros industriales constituían la mayoría del pueblo. Pero en Francia, en Italia, en Rusia, en Austria-Hungría y en Japón eran una minoría relativamente exigua; y una minoría fuerte, en los Estados Unidos de América y en Alemania.

Dejando de lado las especiales condiciones de Inglaterra, la clase obrera podía ascender al poder sólo allí donde se uniera a otros estratos y a otras clases del pueblo. Una unión tal se integró en 1848 o, por lo menos, pareció posible, bajo la consigna de la democracia; pero el desvanecimiento de la situación revolucionaria en el continente europeo, alrededor de 1850, había disipado esa unión por todas partes. Los campesinos y el sector medio de las ciudades se habían unido con los partidos de la burguesía, o hasta con el feudalismo agrario; y de esta manera, en Europa occidental, todo lo que no era socialista y proletario apareció a los socialistas radicales simplemente como "una masa reaccionaria". Toda contemporización con cualquier porción de esa masa parecía un pasarse al enemigo de clase, es decir, a la burguesía.

En Rusia, por el contrario, existía todavía en 1905 una enorme clase media capaz de actuar de modo revolucionario. Ante todo, estaban los muchos millones de campesinos pobres: estas masas, en cuanto elevadas a la conciencia política, reconocían en los "partidos del pueblo", en los socialistas revolucionarios, etc., a sus propios defensores. Según el parecer de Lenin, el derrocamiento del zarismo se haría posible sólo con la movilización de este ejército de millones. El ejército, sin cuya revuelta ninguna sublevación triunfaría, estaba formado en enorme proporción por hijos de campesinos. Por cierto que junto a aliados tales no se podría abolir la propiedad privada, pero se podría expropiar al latifundio y a la iglesia, abatir el antiguo dominio del zar e instaurar la república democrática radical.

Si se tenía claro ante los ojos este objetivo, no había por qué espantarse de la alianza con la democracia pequeñoburguesa, ni tampoco del hecho de que figuras como Gapon condujeran al movimiento popular. En caso de que la coalición triunfara, la socialdemocracia no tenía por qué sentir escrúpulos de compartir el gobierno con la democracia revolucionaria. Si a esta altura de los hechos, la burguesía rica, por miedo a la verdadera democra-

cia, se retira y vuelve al zarismo y al feudalismo, no hay motivos para temer: los obreros, unidos a los campesinos, a los artesanos, a los soldados, vencerán también a estos enemigos. Con todo ello, todavía no se realizaría el socialismo en Rusia. Más aún: se permanecería en el ámbito de la propiedad privada y de sus leyes económicas: pero una democracia pura de esas características hubiera representado una inestimable conquista para los obreros, y la mejor base para un ulterior desarrollo hacia el socialismo.

El íntimo pensamiento secreto de Lenin era desde entonces, sin duda, el siguiente: en el cuadro de una alianza democrática de tales características, los bolcheviques podrían excluir a los social-revolucionarios, con sus confusiones románticas, y a los mencheviques, sin bases de sustentación en la revolución. Para ello contaban con una estricta disciplina y un gran sentido lógico. Entonces, se hubieran convertido en únicos jefes de la república democrática.

Por todo lo expuesto, vemos que la oposición entre bolchevismo y menchevismo no puede agotarse con las expresiones "derecha o izquierda", "radical o moderado", etc. Muy por el contrario: los mencheviques pensaban en 1905 a la manera de la Europa occidental moderna, y los bolcheviques a la manera de 1848. Sólo el futuro decidiría quién tenía razón. Ahora quedaba por ver si las clases medias rusas serían realmente capaces de librar una lucha democrático-revolucionaria no sólo contra el zar, sino contra la burguesía. ¿No era acaso toda la dictadura revolucionario-democrática una quimera? Una quimera, en el sentido de que los campesinos, inmediatamente después de volverse propietarios libres, por ese mismo motivo se volcarían en la burguesía, repudiando la alianza con el proletariado. Y, por otro lado, los obreros, en cuanto se hubieran enseñoreado del poder, ¿no se inclinarían hacia el socialismo? Aquella teoría de Lenin sobre el sector intermedio democrático ubicado entre las clases, ¿no era acaso íntegramente una utopía, inconciliable con la agudización internacional de los contrastes clasistas? En 1905 no era posible, todavía, proporcionar una respuesta a todos estos interrogantes.

En aquel tiempo, Lenin, con brillante ímpetu revolucionario, defendió su propia teoría ante el menchevismo:

[...] fijémonos en otra objeción de *Iskra*. Ante el grito de ¡Viva el gobierno provisional revolucionario! *Iskra* observa, con dedo admonitorio: 'La unión de las palabras "viva" y "gobierno" mancha los labios'. ¿¡Qué es esto más que huera palabrería!? Nos hablan del derrocamiento de la autocracia y tienen miedo a mancharse los labios dando un viva al gobierno revolucionario [...] Imaginémos el siguiente cuadro: la insu-

rección obrera en Petersburgo ha triunfado. Ha sido derrocada la autocracia. Se ha proclamado el gobierno provisional revolucionario. Los obreros armados gritan jubilosamente: ¡Viva el gobierno provisional revolucionario! Los neoisikristas, echándose a un lado, levantan su casta mirada al cielo, se dan golpes en el pecho lleno de fina sensibilidad moral y exclaman: ¡Te damos gracias, oh Dios, por no ser como esos publicanos, por no profanar nuestros labios con esas asociaciones de palabras blasfemas! [...]

Verdaderamente, es extraño que no teman mancharse los labios vitoreando a la república, ya que la república presupone necesariamente un gobierno, y ningún socialdemócrata ha dudado nunca de que este gobierno habrá de ser precisamente un gobierno burgués. ¿Acaso hay alguna diferencia entre dar un viva al gobierno provisional revolucionario y vitorear a la república democrática?

¡No y mil veces no, camaradas! ¡No tengáis miedo a que la más enérgica participación en la revolución republicana, participación que no debe detenerse ante nada, al lado de la democracia burguesa revolucionaria, pueda profanaros! [...] Si la clase obrera rusa ha sabido, después del 9 de enero y bajo las condiciones de la esclavitud política, movilizar a más de un millón de proletarios en una acción colectiva, firme y consecuente, bajo las condiciones de una dictadura revolucionario-democrática movilizaremos a millones de pobres de la ciudad y el campo y haremos de la revolución política rusa el prólogo de la revolución socialista europea.¹⁰

Esta última opinión de Lenin —la victoria de la república democrática rusa será el preludio a la victoria del socialismo en Europa occidental— también siguió siendo por tiempo una música del futuro: la derrota de la revolución rusa en los años 1906 y 1907 alejó del orden del día todas esas ideas.

Lenin soportó la derrota política con imperturbable tranquilidad: nuevamente debía irse a trabajar al exterior. Entre 1912 y 1914 permaneció en Galitzia, cerca de la frontera rusa, a fin de poder conducir desde allí al partido. Enseñaba a sus seguidores que superaran el período de la contrarrevolución aun adaptándose a posibilidades de trabajo permitidas por la ley. Los bolcheviques publicaban periódicos que se las arreglaban para escapar a las insidias de la censura: además, tenían una media docena de diputados en la Duma. Pero, mientras tanto, preparaban su organización de lucha ilegal, y esperaban la llegada del momento apropiado para su acción. En 1914 estalló la guerra mundial y, con ella, la cuestión de la revolución rusa se reactualizó.

¹⁰ V. I. Lenin, *La dictadura revolucionaria-democrática del proletariado y los campesinos*, en *Obras*, vol. VIII, pp. 300-301.

3. LA GUERRA MUNDIAL (DESDE AGOSTO DE 1914 HASTA FEBRERO DE 1917)

Lenin, al estallar la guerra, salió de Galitzia y se estableció en Zurich, en la neutral Suiza. Lo acompañaba su colaborador Zinóviev, orador y escritor brillante, pero que no se le podía parangonar como carácter político. Ambos, Lenin y Zinóviev, publicaron en Suiza, desde noviembre de 1914 hasta principios de 1917, un periódico en ruso: *Socialdemocrat*.

Lenin estaba convencido de que en Rusia, a partir de la guerra, se desarrollaría la revolución. Y dado que ésta surgiría de las especiales condiciones sociales acarreadas por la guerra, se hacía necesario estudiar dicha guerra del modo más exacto, con el fin de comprender sus particulares características sociales y de extraer las necesarias conclusiones.

En los primeros meses de la guerra mundial, Lenin logró formarse esa claridad de ideas que buscaba. El fruto de sus meditaciones fue el genial escrito *El imperialismo, fase superior del capitalismo*,¹ aparecido en la primavera de 1915. Ese opúsculo debía ser publicado en Rusia, de acuerdo con las normas legales; es por eso que las teorías están expuestas allí con una gran prudencia; las conclusiones revolucionarias deben ser leídas entre líneas por el lector experto. Pero, junto a los otros artículos y ensayos escritos por Lenin en la época, nos da una clara idea de su concepción del imperialismo.

Lenin distingue dos estadios en el desarrollo del capitalismo: el capitalismo inicial, que se apoya en el estímulo de la libre concurrencia, y el más avanzado, cuando dicha libre concurrencia queda sustituida por los trust, los cartels y las corporaciones. En este segundo estadio, la producción de los bienes de primera necesidad se concentra en las manos de unos pocos, y eso a lo largo de regiones y continentes íntegros. El lugar de la libre concurrencia es ocupado por el monopolio.

Mientras en el estadio del capitalismo inicial era el empresario industrial quien daba la fuerza impulsiva, ahora son las grandes instituciones financieras las encargadas de la misma. Los gigantes-

¹ V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras*, vol. XXII, pp. 193-319.

cos organismos de los trust y los grupos industriales se unen a las grandes bancas: en cada una de las ramas del comercio, lo más importante ya no es la producción en sí, sino la financiación. El capitalista típico de este periodo extremo no es ya el pionero industrial, sino el especulador de gran potencia financiera: el capitalismo genera un sector parasitario que vive de renta y que se nutre con los tributos de la humanidad.

Al transformarse en sistema parasitario y monopolista, el capitalismo ha abandonado su propio carácter progresivo: ahora ya no tiene un interés decidido por la elevación de la producción, sino que le basta asegurarse sus propias rentas con métodos autoritarios. Una gran potencia moderna no es más que la reunión de una cierta cantidad de gigantescas organizaciones financieras capitalistas en un marco nacional.

La política mundial moderna es la lucha de tales centros de potencia financiera por el dominio de todos los países y de todos los pueblos.

La tendencia liberal de la burguesía capitalista se vuelve incoherente al transformarse en capitalismo monopolista. El estado entendido como expresión de este capitalismo sólo puede mantenerse mediante una tiranía abierta, tanto en lo interior como en lo exterior. El capitalismo, en su último periodo, necesita un gran ejército y una marina fuerte, y muy bien puede ponerse de acuerdo con la autoridad monárquica, colocando a su servicio al aparato administrativo estatal. Es decir, puede utilizar para sus propios fines los residuos del feudalismo.

Así, también un estado como la Rusia de los zares, a pesar de sus retrasadas condiciones agrarias, se adaptaba al esquema imperialista moderno: justamente durante los años de la contrarrevolución, entre 1906 y 1914, el capital financiero e industrial se había desarrollado ampliamente en Rusia. Los billones de los préstamos franceses habían hecho progresar aún más la especulación y la sed de ganancias, y el corrompido, el rapaz sector de los señores ahora abrazaba en Rusia tanto al feudalismo como al capitalismo financiero. La Duma era el terreno en el que, de alguna manera, las dos fuerzas podían llegar a un compromiso: la guerra mundial era, desde el punto de vista ruso, una expedición de piratería de ese sector dominante imperialista, mediante la cual la nobleza quería apoderarse de nuevas tierras, y el capital, de nuevos beneficios.

El estallido de la guerra abre sólo aparentemente al capital financiero desarrollos de vastedad inconmensurable, pues según Lenin, por otro lado, lleva a posibilidades revolucionarias total-

mente nuevas. La guerra provoca en primer lugar la reunión de todas las fuerzas de la nación en manos de la casta dominante; la industria de guerra significa el triunfo del sistema monopolista. La administración del país íntegro no es ya sino un inmenso consorcio, que todo lo dirige unitariamente de acuerdo a determinadas reglas, desde la capital hasta la última aldea. El estado es realmente ahora el aparato centralizador de la fuerza y del dominio en su máxima perfección, y tampoco puede permitir "libertad" de ningún tipo dentro de sus propias fronteras.

Hasta entonces, la sociedad burguesa había dejado a los individuos una cierta libertad de movimientos en los países anglosajones: en cuanto comienza la guerra, todo ello termina. Inglaterra, y a continuación también los Estados Unidos de América, se transformarán, aun ellos, en máquinas centralizadoras de potencia mediante la dictadura del capital financiero y la omnipotente y unitaria economía bélica. El anillo del capitalismo, así, se ha cerrado: en todo el mundo, no tiene interrupciones.

Pero cada mes, con el avance de la guerra, aumenta la presión ejercida sobre las masas populares por el capitalismo monopolista. Éste, en tiempos de paz, con sus amplias ganancias, había podido distribuir de vez en cuando regalías a las masas: en Inglaterra y en Alemania las ganancias eran tan importantes que algo de ellas podía ser concedido a los intelectuales y empleados, a los cultivadores de los campos, aun a una parte de los obreros industriales. Por lo tanto, según Lenin, el tenor de vida de esos estratos sociales se elevaba, de manera tal que ellos terminaban por interesarse en la prosperidad del imperialismo mismo.

Con la guerra, todas estas ilusiones caen: las masas de ciudadanos y de campesinos, echadas en las trincheras, se ven obligadas a sufrir inauditos sacrificios de sangre, mientras en el interior del país se fortalece el gobierno coercitivo y se asoma el espectro del hambre. El capital ejerce una opresión inmensa, insoportable, y las masas afectadas no verán ya por delante otro camino que el de la revolución.

Introducida en Rusia, esta doctrina de Lenin consolidó aquella otra que él mismo enseñara en 1905. La unión entre los obreros y las clases medias para la realización de la revolución democrática se hacía más actual que nunca. Todo el peso de la guerra caía sobre las aldeas rusas y sobre los campesinos soldados: si el partido revolucionario indicaba un camino de salvación, sería posible desencadenar la revolución popular. Las diferencias existentes entre el trabajador de la máquina y el del arado, entre el pobre absolutamente privado de medios de producción y el que poseía un mise-

able residuo de esos medios, se limaban ante los sufrimientos comunes. Frente a todos ellos, sólo había un enemigo común: el zar, con la clase dominante imperialista.

Pero el partido obrero socialista ruso sólo podía ponerse a la cabeza de la revolución y llevarla a la victoria con la condición de que el engranaje de la máquina de guerra imperialista no lo abarcara también a él mismo. El aparato imperialista abrazaba a todo el ejército, a la administración íntegra, al conjunto del ordenamiento económico del estado; pero, además, tenía una ideología propia, basada en los conceptos de defensa del país y de tregua interna para hacer frente al enemigo exterior.

Los imperialistas, en cuyas manos estaba el poder, explicaban a las masas populares la necesidad de obedecer y de soportar sufrimientos y privaciones por el bien supremo de la patria. Decían que, en cuanto ellas no hubieran obedecido más al gobierno, la defensa del país sucumbiría y la patria conocería el desastre. Sobre todos los habitantes del país se abatiría un cúmulo tan grande de desgracias que los sufrimientos de tiempos de guerra, en comparación, parecerían insignificantes.

Lenin se lanzó a una guerra declarada contra esa ideología del imperialismo. Y defendió con energía la tesis de que, en una guerra imperialista, la socialdemocracia debía luchar para derrocar al régimen de su propio país, transformando la guerra exterior en guerra civil.

Esa teoría extrema, ¿cómo podía concordar con el reconocimiento de la nación, propio del marxismo de 1848, y en el que justamente Lenin veía su modelo? Marx y Engels, en 1848, no habían proclamado deseo alguno de que Alemania fuera derrotada; por el contrario, exigían la guerra revolucionaria y la victoria de Alemania misma contra Rusia. En los años de 1914 a 1917, ¿cuál era la actitud de Lenin ante la cuestión nacional? Es evidente que Lenin, en su carácter de hombre de la revolución democrática del pueblo ruso, debía afirmar también la idea nacional rusa y que, justamente en este campo, no podía alejarse del marxismo original, pues la unión entre obreros, intelectuales revolucionarios, campesinos y artesanos, necesaria para la victoria de la revolución rusa, sólo podía coronarse en el terreno nacional.

Ya desde el 12 de diciembre de 1914, Lenin, en un artículo notable sobre el "orgullo nacional de los rusos", decía:

¿Es que el sentimiento de orgullo nacional resulta ajeno a nosotros, proletarios conscientes de nacionalidad gran rusa? ¡Claro que no! Amamos nuestra lengua y nuestra patria, nos esforzamos por sobre todo por

que sus masas trabajadoras (es decir, las nuevas décimas partes de su población) se eleven a una vida consciente de demócratas y socialistas. Nada nos duele más que ver y sentir las violencias, la opresión y el escarnio a que los verdugos zaristas, los aristócratas y los capitalistas someten a nuestra hermosa patria. Nos enorgullece que esas violencias hayan provocado resistencia en nuestro medio, entre los gran rusos... que la clase obrera gran rusa creara en 1905 un poderoso partido revolucionario de masas y que el mujik gran ruso haya empezado al mismo tiempo a convertirse en un demócrata y a barrer al pope y al terrateniente [...]

Estamos penetrados del sentimiento de orgullo nacional, y precisamente por eso odiamos, en forma especial, nuestro pasado de esclavos [...] y nuestro presente de esclavos [...] "Un pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre", decían los más grandes representantes de la democracia consecuente del siglo XIX, Marx y Engels, maestros del proletariado revolucionario. Y nosotros, obreros gran rusos, imbuidos del sentimiento de orgullo nacional, queremos a toda costa una Gran Rusia libre e independiente, autónoma, democrática, republicana, orgullosa, que base sus relaciones con sus vecinos en el principio humano de la igualdad, y no en el principio feudal de los privilegios, que envilece a una gran nación.²

El lenguaje que Lenin utiliza aquí es el de la revolución nacional: el lenguaje de la *Neue Rheinische Zeitung* y del año 1905. Su teoría sobre la guerra mundial no encuentra entonces su propia explicación en el abandono de los conceptos nacionales. Tampoco es posible dar a la política bolchevique sobre la guerra una interpretación estrictamente moral: queremos decir que Lenin no puede haber pretendido la ruina del régimen de su propio país por indignación moral contra el imperialismo y sus sostenedores. Lenin nunca ha tratado cuestión política alguna sino sobre una base fundamentalmente realista. Para él, lo que interesaba eran los medios que permitieran alcanzar un objetivo, y se hubiera aliado con el diablo o con algo peor que el diablo si el interés de la revolución lo exigía. Atribuir su intención de que la internacional se escindiera a desdén moral contra los socialistas patriotas es algo sencillamente ridículo.

Lenin ha reprobado también el llamado pacifismo, si con este nombre se entiende la moral de la no violencia. Lenin era, y siguió siendo, el hombre de las armas y de la violencia, precisamente como lo habían sido Marx y Engels.

Una sola es la explicación plausible de la conducta de Lenin durante la guerra mundial: precisamente el interés de la revolu-

² V. I. Lenin, *Sobre el orgullo nacional de los gran rusos*, en *Obras*, vol. XXI, pp. 98-99.

ción, en particular de la revolución rusa. Lenin hacía propaganda para que el régimen de su país fuera derrocado no porque dicho régimen o su guerra fueran algo reprobable, sino en cuanto no se podía llegar a la revolución por otro camino.

En un país en guerra un partido adopta la consigna: "Abatir al propio régimen". Pues bien: no tiene sentido que ese partido no posea a la vez la fuerza y la voluntad de hacer la revolución; en caso contrario, estaría facilitando solamente la victoria del enemigo sobre su propio país. Pero si en una gran guerra, en una guerra mundial, fuertes partidos gritaran en todas las naciones combatientes la misma palabra de orden sin intenciones revolucionarias, entonces surgiría un pérfido absurdo: efectivamente, ¿qué sucedería si todos los estados "perdieran"?

La tesis de Lenin es razonable sólo como trampolín de la revolución. Cuando un partido de un país en guerra quiere llegar a la revolución, entonces debe combatir contra el régimen y contra su organismo estatal y militar. Pero así desorganiza la conducción de la guerra, y lleva a la derrota, por lo menos pasajera, de su propio estado. Se trata de algo inevitable. En la revolución francesa, el partido de la montaña se sublevó, durante la guerra, contra el gobierno girondino. De esa manera, él también arriesgó la posibilidad de la "derrota de su propio régimen", y sólo el hecho de que los girondinos cayeran tan pronto evitó dificultades en la defensa del país.

Si en los años 1848-49 la democracia alemana hubiera logrado imponer las tesis preconizadas por Marx y Engels, el problema se habría presentado de la misma manera: desde un principio habría sido necesario abatir el aparato estatal y militar de Prusia y Austria. Con las guerras que por entonces ambos países sostenían —Prusia contra Dinamarca y contra los insurrectos polacos, Austria contra Italia y Hungría—, tal acción habría significado una tendencia a la derrota del propio régimen. Y por el momento, no importa qué quiere hacer luego de la conquista del poder el partido de la revolución.

Supongamos que un partido revolucionario reproche al gobierno ineptitud y vileza en la conducción de la guerra. Y también que prometa llevarla adelante en el futuro, él mismo, de manera muy distinta. El gobierno puede replicar y decir: por lo menos ahora la acción revolucionaria paralizará y romperá la defensa del país, constituyendo así una traición efectiva y perjudicando a la patria, aunque se proclame patriotismo en alta voz.

Los gobiernos en guerra pueden hacer también reproches similares a aquellos grupos de oposición que, aun sin querer la revo-

lución, ejercen la crítica y la lucha política. Aun a estos grupos siempre se les puede echar en cara que siembran la desconfianza, que dividen al pueblo, que amenazan la unidad espiritual para la defensa del país. Se trata del espíritu de la tregua interna contra el enemigo exterior, el espíritu de llevar al más alto desarrollo la voluntad de defensa, removiendo artificiosamente en el interior del país toda lucha política.

Cualquier grupo de oposición, y con mayor razón cualquier grupo revolucionario, durante una guerra debe asumir el riesgo de comprometer la paz interior, y con ello la defensa nacional y la causa misma del país. Toda oposición manifiesta en el curso de una guerra, por lo menos momentáneamente, actúa como si esa guerra no existiera. Sólo con la emancipación de las necesidades de la tregua interna y de toda ligazón impuesta por la guerra, la oposición podrá alcanzar su propio objetivo, es decir, el derrocamiento del gobierno. Lenin, ruso, dio en 1914 la palabra de orden: "Abajo el zar": pero ello no significaba que estuviera deseando de alguna manera la victoria de Guillermo II. Lenin quería decir que el verdadero interés del pueblo ruso exigía la preparación de la revolución contra el zar, en ese preciso momento y por todos los medios.

Puede ser que, mientras tanto, esta actitud derive en una derrota del ejército ruso que combate contra Alemania. En ese caso, el hecho debe ser aceptado como un mal menor, considerando que la revolución rusa triunfante se impondrá inmediatamente, en las nuevas condiciones, aun al emperador alemán. También podría pensarse en otro camino, exactamente opuesto al anterior: el caso de un partido revolucionario que tome el poder en un país en guerra. Ese partido cooperará en la defensa nacional, aun asumirá para sí las tareas de la defensa, tomará durante la guerra el lugar del viejo gobierno. Parece que Engels imaginó casi en estos términos la asunción del poder por la socialdemocracia alemana en el curso de una guerra mundial.

Muchos liberales y demócratas, ya desde largo tiempo antes de la guerra, cultivaban en Rusia pensamientos semejantes. Ellos trataban de empujar al zarismo hacia una política exterior arrogante hasta el más posible de los extremos. Así, querían llevarlo a la guerra, calculando que de esa manera el zar, de cualquier modo, se hubiera perdido. Si Rusia padecía una derrota, el régimen perecería de manera miserable: es suficiente pensar en los efectos de la guerra ruso-japonesa. Si la guerra tuviera un curso favorable, entonces causaría en el pueblo entero un esfuerzo tan grande, exigiría una movilización tal de todas sus energías que al zarismo

de viejo estilo ya no podría mantenerse en pie: entonces, el desenlace de una lucha tan gigantesca habría de ser la transformación de Rusia en un estado liberal burgués. Ese es el motivo por el cual, siempre y justamente en el interés del zar y del feudalismo, los conservadores rusos inteligentes propusieron una política de paz: se ha dicho que el paneslavismo no era sino el partido revolucionario disfrazado.

Durante la guerra mundial, toda la burguesía liberal, casi todo el movimiento "populista" democrático y aun algunos socialdemócratas apoyaron fervorosamente la política de guerra y la defensa nacional. Pero el pensamiento recóndito de que esa guerra, de todos modos, significaría el fin del zarismo no estaba ausente. Sin embargo, Lenin, en 1914 y en los años siguientes, rechazó decididamente la idea de llegar a la revolución a través de la defensa nacional: según su modo de pensar, era necesario establecer una clara y absoluta diferenciación entre idea nacional e imperialismo, entre guerra nacional y guerra imperialista.

Naturalmente, también en 1914 existían la nación rusa, la nación francesa, y otras tantas: pero esas naciones estaban organizadas internacionalmente de manera tal que las guerras declaradas por el organismo estatal no eran guerras del pueblo, sino guerras de rapiña de una camarilla dominante. Ahora conquistaba nuevo valor la frase: "Los obreros no tienen patria", pues eran los imperialistas quienes "tenían" la patria. Solamente cuando la masa haya reconquistado su patria con la revolución, nuevamente será posible una guerra nacional rusa o alemana.

El aparato de guerra imperialista puede ser despedazado sólo por quienes no están dentro de él, pues, sin más, todos los que han caído en las fórmulas ideológicas del imperialismo son sus prisioneros. Durante una guerra imperialista, por ejemplo, un agitador de masas obreras acepta la idea de la defensa nacional: en ese caso, según Lenin, el agitador no puede organizar a la vez también la revolución, pues cada paso que cumpla en sentido revolucionario perjudicará a esa misma defensa nacional en cuya necesidad, por sobre todas las cosas, cree.

Para Lenin, el proletariado ruso debía romper durante la guerra mundial, y sin miramientos, con todos quienes apoyaban en cualquier forma la defensa nacional y la paz interna: ser partidario de la política de guerra significaba ya, absolutamente, adoptar una actitud contrarrevolucionaria. Así, Lenin proclamó la guerra sin cuartel a los grupos de los populistas nacionalistas y, al mismo tiempo, a todos aquellos socialdemócratas que se inclinaban por la paz interna ante el enemigo.

Pero Lenin se volvió, con no menor aspereza, contra los mencheviques y contra el grupo disidente de Trotski: estos sectores se mostraban por igual contrarios a la conciliación con el zar. Pero titubeaban ante la necesidad de declarar una guerra sin cuartel contra los socialdemócratas y demócratas rusos que se hubieran vuelto partidarios de la tregua interna por la defensa del país.

La guerra mundial lleva entonces a un singular desplazamiento de las respectivas posiciones de los grupos de los partidos de izquierda de 1905. En esa época, los mencheviques querían permanecer extraños a un gobierno democrático revolucionario, mientras los bolcheviques querían formar parte del mismo. En cambio, ahora los bolcheviques quedan aislados, y los mencheviques pretenden seguir actuando en acuerdo con los socialistas de la tregua nacional y con los demócratas en general. Es que Lenin, en 1905, tenía otro concepto del camino de la revolución, distinto del concepto de los años 1914 a 1916. Antes pensaba que se podía abatir al zar con la ayuda de una amplia coalición democrática y popular. Ahora, en cambio, pensaba que los partidarios de la tregua interna y de la defensa nacional, atrapados en la red del imperialismo, ya no serían aptos para la revolución. Este hecho llevaba a los bolcheviques a una nueva posición: tratar de atraerse por sí solos a las masas, dejando de lado a los dirigentes demócratas.

Por el contrario, los mencheviques, antes y ahora también, no se arrogaban el papel dirigente de la revolución rusa. Antes, es verdad, querían combatir con lealtad en las filas de la revolución, pero dejando a la burguesía el futuro gobierno de la democracia burguesa. Ahora, por lo menos, los viejos jefes reconocidos del menchevismo, que viven en el exterior, siguen oponiéndose al zar, mientras la actitud de aquellos mencheviques que todavía permanecen en la patria no es uniforme. Los jefes del partido menchevique estaban decididos a apoyar de manera eficaz una nueva revolución, en caso de que la guerra la suscitara; pero se negaban a dividir a las masas obreras rusas en dos facciones mortalmente enemigas por razones de diferencia en las concepciones sobre la guerra.

La diferencia entre bolchevismo y menchevismo sigue siendo siempre la misma, aunque en el curso del tiempo asuma las más variadas formas de programa táctico. Los mencheviques se consideran los representantes de la clase obrera rusa, con sus propias posibilidades limitadas de influencia sobre los acontecimientos, respecto de la situación general rusa. Los bolcheviques, en cambio, se consideran los dirigentes de la revolución del pueblo ruso. A decir verdad, cuando en febrero de 1917 la nueva revolución derrocó al

zar, sucedió que la gran mayoría del pueblo ruso, comprendido el proletariado, seguía todavía a los *narodniki* y a los mencheviques. Los bolcheviques continuaban siendo una minoría, aun teniendo ya libertad de propaganda. Sólo los cambios políticos, ricos de graves consecuencias, y que se sucedieron durante el año 1917, llevaron a Lenin a la cabeza de la mayoría del pueblo ruso.

El 11 de octubre de 1915, Zinóviev publicó un importante artículo titulado *La guerra y la crisis revolucionaria en Rusia*. En el período suizo, entre 1914 y 1917, Zinóviev es prácticamente el portavoz de Lenin, y nada escribe que no se adecue al modo de ver de este último. Aquí hace un balance de los primeros quince meses de la guerra, y destaca el hecho de que en 1914 las victorias del ejército ruso en Galitzia habían levantado la autoridad del zar, sirviendo además a la idea del frente interno.

Pero en 1915 las cosas cambian: con el gran desastre del ejército ruso, con la pérdida de Galitzia, con la conquista de Polonia y de Wilna por los alemanes, comienzan inmediatamente graves escisiones entre los liberales y el gobierno. Hay huelgas de obreros, insurrecciones de campesinos. Algunos jefes de la democracia, como Kérenski o Plejánov, lanzan en medio de esas crisis la consigna: "Revolución para la victoria." En aquellos tiempos, Kérenski era uno de los hombres más notables dentro del movimiento popular nacional. Plejánov, un famoso viejo socialdemócrata, uno de los fundadores de la socialdemocracia rusa, antes de 1914 había concordado en muchas circunstancias con Lenin. Pero al estallar la guerra se puso en favor de la defensa nacional: desde ese momento, Lenin lo combatía de manera implacable. Es decir: Plejánov y Kérenski creyeron en 1915 que el zar podía ser abatido al proclamarse que él constituía el principal estorbo para una guerra victoriosa. Y creyeron que Rusia sólo podía ser salvada por la democracia revolucionaria. Zinóviev dice al respecto:

Revolución para la victoria: éste es el grito de los Kérenski y los Plejánov, que se cubren con la toga de los jacobinos, evocando descaradamente las sombras de los grandes de la época de las guerras revolucionarias. En realidad, ellos son los esclavos de la monarquía zarista.

Lenin, evidentemente, estaba persuadido de que dicha táctica era absurda durante la guerra imperialista. Quien la siguiera habría de quedar atrapado en la trampa del imperialismo mismo. Los mencheviques proclamaron por entonces la necesidad de la asamblea nacional constituyente: Zinóviev la reconoce también, pero considera que la exigencia no es suficiente. Era necesario ya

ir hacia las masas con la palabra de orden de la república y de la abolición de la propiedad latifundista. Y Zinóviev cierra su propio artículo con las siguientes expresiones:

Ahora como siempre, la socialdemocracia revolucionaria lucha por la revolución democrática rusa. La guerra imperialista ha unido de manera indisoluble nuestra crisis revolucionaria a la creciente revolución socialista de occidente [...] Los intereses de los muchos millones de pequeño-burgueses y semiproletarios rusos no armonizan ni con la monarquía ni con los propietarios de tierras de tiempos del servilismo de la gleba [...] El objetivo del proletariado no consiste en abandonar los intereses democráticos de las masas, sino en liberarlas de la influencia de la burguesía, en aprovechar las experiencias de la vida para desenmascarar las ilusiones que, ayer, eran liberales y, hoy, son patrióticas. Viva la segunda revolución democrática rusa, que abre camino a la revolución proletaria mundial. Viva la victoria sobre la monarquía de los zares, no para llevar a la victoria sobre Alemania, sino para la revolución proletaria socialista de occidente. Ésta es la bandera de la socialdemocracia revolucionaria rusa.

El 13 de octubre de 1915, el mismo Lenin toma la pluma. Con el modesto título de *Algunas tesis*, indica once puntos de orientación para la propaganda revolucionaria en Rusia. Se trata de uno de los más importantes escritos de Lenin. En la primera tesis, explica que la consigna de "asamblea constituyente nacional" no es justa como programa en sí mismo. Todo depende de quién convoque esa asamblea constituyente: si se dejara la posibilidad de hacerlo al mismo zar, resultaría de ello un impedimento a la revolución. En su lugar, Lenin sugiere las tres consignas: república democrática, confiscación del latifundio y jornada de trabajo de ocho horas.

En la segunda tesis, se declara contrario a la participación de los obreros en las comisiones industriales de guerra, que se constituyan por entonces en Rusia para cooperar en la administración de guerra.

La tercera tesis proclama la necesidad de extender la propaganda socialdemócrata al proletariado agrario, a los campesinos pobres, al ejército. Y también, la necesidad de seguir desarrollando el movimiento huelguístico, exigiendo la inmediata cesación de la guerra. Entre los objetivos particulares de los obreros debía estar el de la liberación de los diputados bolcheviques en la Duma, deportados a Siberia por el gobierno desde el comienzo de la guerra.

La cuarta tesis dice así:

Los soviets de diputados obreros y otras instituciones deben ser consi-

derados órganos insurreccionales, órganos del poder revolucionario. Sólo en relación con el desarrollo de la huelga política de masas, y con la insurrección, y a medida que ésta se prepare, se desarrolle y tenga éxito, podrán ser verdaderamente útiles dichas instituciones.³

Todavía está bien lejos del pensamiento de Lenin que los consejos de obreros se conviertan en los órganos del futuro estado democrático o, aun, socialista.

Las tesis quinta y sexta consideran el carácter social de la futura revolución rusa: Lenin se mantiene absolutamente fiel a su propia convicción de 1905. Ésta podrá ser sólo una revolución burguesa, y no una revolución hecha con la finalidad de abolir la propiedad privada.

Las tesis séptima y octava se proponen explicar a los compañeros rusos del partido las razones que los han llevado a cambiar sus tesis de 1905 sobre la alianza de los partidos:

Seguimos creyendo que los socialdemócratas pueden aceptar participar en el gobierno provisional revolucionario, siempre que no sea con los revolucionarios-chovinistas [...]

La base del chovinismo revolucionario es la situación de clase de la pequeña burguesía. Ésta siempre oscila entre la burguesía y el proletariado. Ahora oscila entre el chovinismo (que le impide ser consecuentemente revolucionaria, incluso en el sentido de la revolución democrática) y el internacionalismo proletario.⁴

Para los bolcheviques, una alianza con los partidos democráticos sigue siendo admisible, pero sólo si tales partidos se declaran contra el chovinismo, es decir, contra el sistema imperialista. En las circunstancias de la época, ello significaba negar prácticamente la alianza, pues los partidos populistas, comprendido el grupo socialdemócrata de Plejánov, eran partidarios de la defensa nacional, y los mencheviques se hubieran negado a formar un gobierno de lucha contra el resto de la democracia rusa. Con gran audacia, pero en desacuerdo con la realidad de los hechos, Lenin designa aquí como sus verdaderos secuaces rusos sólo a los proletarios, calificando a los mencheviques, a la gente de Plejánov y a los grupos de características similares a éstos como pequeños burgueses.

En realidad, la mayoría de los proletarios rusos seguía entonces, y siguió hasta 1917, en el campo de los llamados partidos de la pequeña burguesía, mientras la fuerza espiritual del bolchevismo no se corporizaba en los obreros, sino en un pequeño círculo de intelectuales revolucionarios.

³ V. I. Lenin, *Algunas tesis*, en *Obras*, vol. XXI, p. 406.

⁴ *Ibid.*, pp. 406-407.

En cuanto a la tesis número nueve, ella resulta muy importante respecto de los futuros acontecimientos de 1917:

Si los revolucionarios-chovinistas triunfaran en Rusia, estaríamos en contra de la defensa de su "patria" en la guerra actual. Nuestra consigna es: contra los chovinistas, aunque sean revolucionarios y republicanos; contra ellos y en favor de la alianza del proletariado internacional con vistas a la revolución socialista.⁵

Aquí se expone la posibilidad de que una ola revolucionaria envuelva en Rusia no sólo al zar, sino también a la burguesía liberal. En este caso, el poder pasaría a manos de los demócratas del partido populista, del grupo Kérenski, de los social-revolucionarios, etc. En 1905 y luego, en todo momento hasta 1913, Lenin hubiera aceptado un régimen tal y le hubiese ofrecido su propia colaboración: pero ahora se propone combatirlo tanto como si se tratara del gobierno del zar. Efectivamente, en tiempos de paz, un gobierno de coalición de los *narodniki* y los socialistas habría sido la expresión de una verdadera revolución, es decir, de la asunción del poder por la gran masa del pueblo. Pero durante la guerra mundial, un gobierno democrático que continuara sin más la guerra era, a los ojos de Lenin, una simple comedia.

Un gobierno tal, en interés de la defensa del país, debería haber colaborado con el viejo sector de los oficiales y los industriales; habría debido mantener intactos la paz y el orden en el país y continuar, por lo tanto, con los viejos métodos policiales, sin poder llevar a cabo ninguna reforma democrática seria. Por todas estas razones —dice Lenin— ese gobierno chovinista-democrático no sería más que un biombo para el aparato feudal-capitalista del imperialismo, y debía ser combatido de la misma manera que cualquier otro gobierno imperialista en Rusia.

Pero si la situación del partido en Rusia era tal como la imaginaba Lenin, entonces los bolcheviques debían tener en cuenta de alguna manera una posibilidad: la de llevar a cabo ellos solos la revolución democrática rusa, en contraste con todos los demás partidos. En la décima tesis, Lenin se expresa así:

A la pregunta de si el proletariado puede desempeñar el papel dirigente en la revolución burguesa de Rusia, contestamos: sí, puede, a condición de que la pequeña burguesía se incline, en los momentos decisivos, hacia la izquierda.⁶

⁵ *Ibid.*, p. 407.

⁶ *Ibid.*, p. 407.

En todo este artículo, el proletariado entendido como fuerza política es, para Lenin, idéntico al bolchevismo. Una orientación a la izquierda de parte de la pequeña burguesía significaría entonces que los campesinos abandonarían los partidos populares para unirse de alguna manera a los bolcheviques.

En la undécima y última tesis está contenido poco más o menos el programa íntegro de la llamada revolución mundial:

A la pregunta de qué haría el partido del proletariado si la revolución lo llevara al poder en la presente guerra, contestamos: ofreceríamos la paz a todos los beligerantes, a condición de que obtengan su libertad las colonias y todos los pueblos dependientes, oprimidos y menoscabados en sus derechos. Ni Alemania ni Inglaterra y Francia aceptarían estas condiciones con sus gobiernos actuales. Nos veríamos obligados entonces a preparar y sostener una guerra revolucionaria, es decir, no sólo aplicaríamos, recurriendo a las medidas más enérgicas, todo nuestro programa mínimo, sino que también lanzaríamos a la insurrección, en forma sistemática, a todos los pueblos oprimidos actualmente por los gran rusos, a todas las colonias y a todos los países dependientes de Asia (la India, China, Persia, etc.); asimismo, y en primer lugar, llamaríamos a la insurrección al proletariado socialista de Europa contra sus gobiernos, a despecho de sus socialchovinistas.⁷

A esta altura de las cosas es necesario poner en claro un hecho: la guerra revolucionaria, deseada por el mismo Lenin si Alemania y los otros hubieran rechazado sus exigencias, es algo distinto de la guerra revolucionaria de que hablaban entonces Kérenski y Plejánov. ¿Por qué? Lenin considera también a la Rusia beligerante como una democracia radical burguesa, y no como un estado socialista: en este aspecto, se muestra de acuerdo con Kérenski y con Plejánov. No tiene importancia que, a continuación de la toma real del poder por los bolcheviques, las cosas, en 1918, adquirieran en Rusia un carácter muy distinto: aun Lenin imaginaba en 1915 a la revolución rusa sólo como una revolución burguesa.

Ésta sería la diferencia entre la guerra revolucionaria según Lenin y aquella misma según Kérenski: Lenin, luego de la toma del poder, destruiría por completo el aparato imperialista con sus oficiales, funcionarios, policías y con toda la organización administrativa de guerra. Ello, aun a costa de volver imposible, por lo menos temporariamente, la conducción de la guerra. En cambio, Kérenski y Plejánov habrían seguido combatiendo sobre la base del viejo aparato, para evitar la interrupción de ese manejo de la

⁷ *Ibid.*, p. 407.

guerra: así, no hubieran podido hacer en Rusia una revolución verdadera. Después de su misma victoria, la democracia rusa debería luchar con los imperialistas de ambos grupos de potencias: el de Alemania y el de la Entente. Para mantenerse en pie, tendría que constituir dos ligas: la de las naciones oprimidas de Oriente y la de los obreros socialistas de Occidente. Lenin, bien alejado de una negación de la idea nacional, quiere, en cambio, hacer de ella un arma principal para su propia lucha. Aun en este aspecto es un genuino revolucionario burgués en el sentido de 1848.

Ante todo quiere despertar a la libertad a los pueblos oprimidos del imperio zarista: los ucranianos, los polacos, los fineses, los pueblos del Cáucaso y del Turquestán. La finalidad es transformar a las clases medias nacionales de todos estos países, es decir, los campesinos, los artesanos, los intelectuales, etc., en otros tantos aliados de la democracia de la Gran Rusia. El abandono de los métodos coercitivos del zarismo no acarrearía ningún perjuicio a la Gran Rusia desde el punto de vista nacional, pues ésta se colocaría a la cabeza de una liga de pueblos liberados, adquiriendo así mayor solidez que antes.

En Asia, varios movimientos revolucionarios democráticos habían seguido a la revolución rusa de 1905. Todos estos movimientos tenían una base de oposición nacional al dominio de los europeos. China se había convertido en república; en Persia y en Turquía se habían constituido representaciones populares. En la India se había vigorizado la oposición al dominio inglés. Después de la caída del zar y en plena crisis de guerra mundial, esos movimientos debían multiplicarse. Sin embargo, los países asiáticos sólo podían ver revoluciones nacional-democráticas, en ningún lugar socialista-proletarias. Pero si los mil millones de habitantes de Asia se hubieran levantado y roto sus cadenas, entonces el imperialismo europeo habría de ser sacudido en sus propias raíces: los exponentes parasitarios del capital monopolista y, sobre todo, los de Inglaterra perderían los tributos hasta entonces extraídos del oriente.

Aquí vuelve a tomar cuerpo la teoría leninista del imperialismo considerado como última etapa del capitalismo: no sólo los obreros de las fábricas europeas son esclavos tributarios del imperialismo, sino también hasta el noventa por ciento de la humanidad íntegra. El imperialismo debe ser derrotado mediante una sublevación mundial, que sólo en pequeña parte puede ser proletaria.

Según Lenin, es la democracia rusa la encargada de organizar esa rebelión mundial contra el imperialismo. El carácter nacional y campesino de la democracia rusa ganará a los pueblos asiáticos, y

su carácter proletario sumará a los obreros de Europa occidental. El concepto de la revolución europea de 1848 se ha desarrollado en 1915 en el de la revolución mundial. Pero siempre se trata de la misma idea de liberación del hombre: el interés clasista proletario de los obreros de Europa occidental exige sólo la solidaridad con los obreros de Rusia, India y China. Pero resulta lícito dudar intensamente sobre la posibilidad de que el sector obrero europeo se sienta obligado a sacrificarse por la constitución de estados nacionales en Asia y por la elevación de los campesinos rusos.

Todos éstos, para Lenin y para los bolcheviques de 1915, eran por otro lado pensamientos de un futuro todavía lejano: por el momento, el problema consistía en abatir el poder del zar, y todo lo demás debía ser dejado al desarrollo de los acontecimientos. Tampoco Lenin, en los años de su estadía suiza, entre 1914 y 1917, tenía la posibilidad de una propaganda directa en Asia. Pero, al estar en medio de los pueblos de Europa occidental, se las ingeniaba para introducir sus propias ideas en el socialismo europeo, mientras preparaba la revolución rusa. En el capítulo siguiente mostraremos qué éxito obtuvo en ese terreno.

Los bolcheviques y los mencheviques polemizaban entre sí encarnizadamente, entre 1903 y 1917. Sin embargo, estaban de acuerdo sobre el concepto fundamental de la futura revolución rusa y, precisamente, sobre el convencimiento de que no se trataría de una revolución burguesa. Y de la misma manera pensaban aquellos socialdemócratas rusos que, durante la guerra mundial, se habían unido a los partidarios de la defensa nacional. Pero existía además otra teoría sobre la futura revolución rusa: teoría particularmente notable, encabezada por Trotski. El marxismo, en el curso del siglo XIX, había recorrido dos etapas: la primera era la organización de los obreros, con el fin de realizar la revolución democrático-burguesa. En esta etapa, los obreros obedecen las directivas de un pequeño grupo de revolucionarios profesionales, venidos del sector intelectual de la burguesía: es el tipo Marx-Engels, y también el tipo bolchevique. En la segunda etapa, los obreros han progresado al punto de deliberar ellos mismos en sus propias organizaciones, y se empeñan en mejorar sus propias condiciones de clase en el seno de la sociedad capitalista burguesa: por lo tanto, la meta revolucionaria final pasa a segundo plano, y, en aquellos países donde la burguesía tiene que hacer todavía su propia revolución, los obreros siguen el ritmo de la ofensiva burguesa. Este es el tipo de los partidos de la II Internacional en el Occidente europeo, y de los mencheviques en Rusia.

Si seguimos imaginariamente un desarrollo lógico del movimiento

obrero, llegamos a una tercera etapa: allí, la clase obrera toma con plena conciencia y por propia iniciativa sus determinaciones también propias. Pero no se conforma ya con mejorar su propia posición en la sociedad burguesa: quiere, en cambio, tomar el poder mediante la revolución. Y esta revolución no será, ya, una revolución democrático-burguesa, como en la primera etapa, sino socialista, y convertirá la propiedad privada de la burguesía en patrimonio social. Los obreros no deben ser los órganos ejecutivos de una dirección de partido, sino actuar de manera autónoma según sus propias directivas.

La tercera etapa es la realización de las ideas marxistas sobre el porvenir y corresponde a la última perspectiva de Marx, la sociedad sin clases, intentada por él sólo ocasionalmente. Para que esta tercera etapa pueda ser alcanzada, se hacen necesarios ante todo un extraordinario desarrollo del capitalismo y la destrucción de aquellas clases medias ubicadas entre la burguesía y el proletariado. Esta circunstancia volverá superflua cualquier alianza proletaria sobre bases democrático-nacionales, y colocará ante la ínfima minoría de los explotadores capitalistas a la enorme mayoría de los proletarios explotados. La tercera etapa exige que al proletariado se le imparta una instrucción superior, capaz de calificarlo, gracias a la inteligencia y a la autodisciplina, para la edificación de un mundo nuevo, pero con sus propias fuerzas.

La clase obrera europea de la generación de la guerra mundial no había alcanzado todavía el nivel de la tercera etapa: se explica entonces que los dirigentes teóricos y políticos representantes de este estadio no pudieran reunir a su alrededor más que un pequeño núcleo de secuaces. Esos dirigentes eran: en Rusia, Trotski; en la socialdemocracia polaca y alemana, los adeptos a Rosa Luxemburg; en Holanda, el grupo de la izquierda marxista que rodeaba a Gorter. Al mismo tiempo, los hombres de la segunda etapa conducían a todos los más fuertes partidos obreros de la Europa central y occidental, y los hombres de la primera etapa realizaban en Rusia la revolución burguesa.

Pero el objetivo histórico del proletariado está en el progreso del segundo al tercer estadio, sin que por ahora pueda decirse cuándo y cómo ese proletariado podrá cumplir dicho objetivo. Es justamente ése el motivo por el cual los teóricos y los políticos de la tercera etapa ocupan un lugar de importancia tan especial. Efectivamente, a pesar de todos los errores políticos y teóricos que puedan cometer en cada oportunidad, ellos representan, ya ahora, el futuro del proletariado. El juicio histórico sobre Trotski aparece por cierto complicado por el hecho de su formal ingreso al par-

tido bolchevique en 1917. Algunos años después se llegó a la ruptura irreparable entre Trotski y la dirección del partido, pero, desde entonces, Trotski sostiene que él mismo representa al verdadero bolchevismo, en oposición a los hombres que tienen las riendas de la actual Rusia. Esa actitud táctica y política de Trotski no puede servir como criterio para el análisis histórico.

Desde la revolución rusa de 1905, y luego, durante todo el período que llega hasta 1917, Trotski negó la existencia de una seria fuerza revolucionaria rusa que no fuera el proletariado. Además, sostuvo que la burguesía liberal inmediatamente habría de ponerse de acuerdo, otra vez, con el zar, ante la amenaza de una victoria de la revolución radical. Y también la democracia populista no era sino ilusión, apoyada como estaba exclusivamente en el sector campesino, retrasado, desmembrado, incapaz de una actividad revolucionaria autónoma.

En Rusia, entonces, existían según Trotski solamente dos fuerzas políticas reales: por un lado, el zar, con su séquito feudal capitalista; por el otro, la clase obrera socialista. Pero si ésta logra abatir al zarismo, no debe correr tras el fantasma de una dictadura democrática y de una revolución burguesa: sin más, debe levantar en Rusia un ordenamiento socialista. Escribía Trotski en un artículo fundamental del año 1909:

El punto de vista de los mencheviques respecto del conjunto de la revolución rusa nunca ha sido expresado con claridad suficiente. Junto a los bolcheviques, ellos hablaban de llevar la revolución hasta el fin, mientras ambos partidos concebían el hecho sólo formalmente, en el sentido de una realización de nuestro programa mínimo, luego de la cual debía iniciarse la época de normal explotación capitalista, dentro de un régimen democrático. Llevar a término la revolución presuponía de todas maneras el derrocamiento del zar y la transmisión del poder a manos de una fuerza social revolucionaria. ¿Cuál? Los mencheviques contestaban: la democracia burguesa. Los bolcheviques, por su lado: el proletariado y los campesinos. ¿Pero qué es la "democracia burguesa" de los mencheviques? No es la expresión de una fuerza determinada, realmente existente y tangible: es una categoría fuera de la historia, creada por los periodistas a base de deducciones y analogías.

Por lo tanto, la teoría menchevique, según Trotski, debía llevar a que los obreros fueran una especie de apéndice del liberalismo burgués, es decir, a que no se consiguiera nada. Pero el punto de vista de Lenin no sería menos erróneo, en tanto que los obreros conquistarían el poder pero sin servirse de él para nada, y aun limitándose a reformas de carácter burgués. Ese "ascetismo" del

proletariado victorioso sería algo absurdo, y el idilio de la dictadura democrática según el espíritu de Lenin se demostraría insostenible ya luego de los primeros días de la conquista del poder.

Efectivamente, en cuanto se hubiera logrado el poder, se llegaría a las huelgas: los empresarios cerrarían las fábricas y mandarían a paseo a los obreros, razonando así:

Ningún peligro amenaza nuestra propiedad, porque es cosa muy cierta que el proletariado por el momento no se empeña en la dictadura socialista, sino sólo en la democrática.

Pero el proletariado, que ha surgido victorioso de la revolución, ¿se adaptará a un estado de cosas tal, o abrirá las fábricas para hacerlas funcionar por su cuenta, echando de ellas a los capitalistas? Acéptese además que se llegue a constituir un gobierno de coalición según el espíritu de Lenin: un gobierno en el que, junto a los socialdemócratas, aparezcan también los representantes democráticos de los campesinos. Si estos ministros se opusieran a la estatización de las fábricas, estallarían una guerra a vida o muerte entre los obreros y el partido de los campesinos: si vencen los campesinos, Rusia verá triunfar la contrarrevolución; y si vencen los obreros, dominará el socialismo. Pero en ninguno de los dos casos se sostendrá la "dictadura democrática de los obreros y los campesinos" según el concepto de Lenin.

Es cierto que Trotski admitía un hecho: en un país agrícola y retrasado como Rusia, los obreros socialistas, aunque victoriosos, a la larga no podrían mantenerse por sí solos contra la inmensa mayoría popular campesina y pequeñoburguesa. Quedaría entonces un solo camino de salvación: la extensión de la revolución socialista, de Rusia a Europa occidental. La revolución obrera socialista puede sostenerse sólo si avanza de un país a otro; pero si queda detenida en un solo país, decaerá. Ésta es la famosa teoría de Trotski acerca de la revolución permanente.

Trotski escribía, también en 1909:

La victoria de la revolución puede dar el poder sólo a manos de aquel partido capaz de apoyarse en el pueblo armado de las ciudades, es decir, en la milicia proletaria. Al llegar al poder, la socialdemocracia se encuentra ante una profunda contradicción, que no puede ser eliminada con el ingenuo cartelón de la dictadura puramente democrática. Los límites que se ha impuesto a sí mismo el gobierno obrero no significarían otra cosa que traicionar los intereses de los desocupados, de los huelguistas, del proletariado íntegro, en nombre de la instauración de la república. El poder revolucionario se hallará ante objetivos problemas socialistas

pero, en determinada etapa, las retrasadas condiciones económicas del país se opondrán a su solución. En el cuadro de una revolución nacional no hay salida a esta contradicción. Desde el comienzo, al gobierno obrero se le presenta la tarea de unir todas sus propias fuerzas a las del proletariado socialista de Europa occidental: sólo en este camino su temporaria autoridad revolucionaria podrá actuar como prólogo a la dictadura socialista. Y así, la revolución permanente llevará al proletariado ruso a exigir la defensa de su propia clase.

Casi en los mismos días en que Lenin escribía sus memorables tesis para la acción política en Rusia, Trotski formulaba también su propio punto de vista. El día 17 de octubre de 1915 escribía en el periódico ruso de París (*Nashe Slovo*):

Al examinar las perspectivas de la revolución, se presenta la siguiente cuestión histórica central: La democracia burguesa ¿se ha reforzado en Rusia luego de 1905, o bien ha caído todavía más abajo? [...] nuestra respuesta dice: en Rusia es imposible una revolución nacional burguesa, porque no existe una democracia burguesa verdaderamente revolucionaria. Para Europa, el período de las revoluciones nacionales ha pasado, por lo menos tanto como el período de las guerras nacionales.

En las ciudades y en las campañas, los estratos inferiores del pueblo serán, cuanto más largamente, más profundamente agotados, engañados, descontentos y amargados. Ello no significa que, junto al proletariado, pueda hacer sentir su peso la fuerza independiente de una democracia revolucionaria: no existe para ella ni el material social ni el personal dirigente indispensable. Pero, sin duda, el hecho significa que la atmósfera de profundo descontento de los estratos bajos del pueblo favorecerá el ataque revolucionario de la clase obrera [...] Un creciente descontento reina en las masas de las ciudades y de los campos, pero sólo el proletariado debe ser considerado como factor revolucionario capaz de explotar esta situación y, en verdad, mucho más que en el año 1905 [...] No se trata entonces, simplemente, de un gobierno revolucionario temporario, de una forma vacía, colmada de vez en cuando por el proceso histórico con un contenido ignorado: se trata de un gobierno revolucionario obrero, para la conquista del poder por el proletariado ruso.

Desde 1903 Trotski se distingue de los bolcheviques en la cuestión organizativa, al no aceptar la dictadura de un restringido grupo de dirigentes sobre todos los obreros. Pero Lenin no pretendía esa forma de organización por voluntad de dominio, sino porque ella era necesaria para asegurar la alianza de los obreros con las clases medias en el cuadro de la revolución democrático-burguesa. Solamente un experto y autocrático organismo dirigente central, y no la masa, podía manejar las complicadas maniobras de una revolución tal.

Por el contrario, Trotski no cree en las posibilidades revolucionarias de las clases medias, y tampoco cree en la fuerza de atracción de la idea nacional, a la que considera superada, en tiempos del imperialismo. Él es un internacionalista proletario puro. Pero si los obreros pueden hacer solos su revolución, sin la idea democrática nacional, sin los campesinos, con su propia idea socialista, entonces ellos no necesitan tampoco una dictadura de dirigentes. Trotski se inclina por una democracia dentro de la clase obrera, pero al mismo tiempo aboga por el sometimiento de las otras clases, a cargo del proletariado. Por otro lado, Lenin se muestra en favor de una democracia general de la nación rusa, pero sólo mientras la dirección dominante del partido bolchevique la considere útil al objetivo fijado.

Las visiones de Lenin y de Trotski divergen ampliamente aun respecto del problema de la posición mundial futura de una Rusia revolucionaria. Trotski dice: si la revolución permanente fracasara, si no fuera posible inducir a la revolución victoriosa también a los obreros de Europa occidental, entonces la revolución rusa habría fallado. Pero Lenin tenía una salida aun para este caso: grave sería por cierto la situación de una Rusia democrática republicana según el espíritu de los bolcheviques, aislada entre las potencias imperialistas. Sin embargo, teóricamente, no habría razones para que una dictadura democrática rusa de obreros y campesinos así conformada, en el caso de un fracaso de la revolución mundial, no pudiera mantenerse aun en medio de un mundo burgués. El leninismo tiene entonces su línea de repliegue para el caso de que la revolución mundial no se realice: el trotskismo no tiene esa línea.

4. LA III INTERNACIONAL (DESDE AGOSTO DE 1914 HASTA FEBRERO DE 1917)

A la par de su ruptura con todos los otros socialistas y demócratas de Rusia, Lenin llegó también, y tenía razones adecuadas para ello, a otra ruptura. Efectivamente, Lenin se alejó de la Internacional Socialista, tratando de propagar sus propios conceptos aun entre los obreros no rusos. Así, tendía a introducir el partido revolucionario ruso, el bolchevismo, en un círculo de grupos obreros simpatizantes fuera de Rusia, para crear, en consecuencia, la nueva III Internacional.

Durante los años de 1903 a 1914 la existencia de los bolcheviques en el seno de la II Internacional se había hecho posible sólo gracias a una ficción: precisamente, la ficción de que los partidos dirigentes de la Internacional eran partidos tan revolucionarios como el de los mismos bolcheviques. Pero después del año 1914, esa premisa ya no podía ser sostenida.

El llamado derrumbe de la II Internacional en 1914 no radica en que la clase obrera socialista no pudiera impedir la guerra: aunque los socialdemócratas hubieran sido guiados por revolucionarios heroicos en todas las ocho grandes potencias, la guerra habría estallado igualmente. Entonces, en 1914, no había partidos socialistas de masas en tres de las grandes potencias: Inglaterra, Japón y los Estados Unidos. En otros tres —Francia, Austria-Hungría, Italia—, los socialistas constituían una débil minoría del pueblo. En Rusia, mientras estuvo el zar en el poder, los socialistas no poseyeron mayor ascendiente. En fin: una abundante tercera parte del electorado secundaba a los socialdemócratas alemanes, pero aun en este caso la mayoría burguesa del pueblo, apoyada en el inmenso organismo militar y policial prusiano, podía más. Para julio de 1914, el socialismo no estaba en el poder en ninguna de las ocho grandes potencias, y ninguno de los ocho gobiernos dependía de los socialdemócratas en cuanto a su existencia. Por lo tanto, los socialistas no se hallaban en condiciones de impedir la guerra, ni la Internacional tuvo culpa alguna del hecho, ni ello podía constituir el motivo de su derrumbe. Sin embargo, la Internacional se vio obligada en 1914 a eliminar ese halo revolucionario que hasta entonces la había envuelto, y esa operación semejó en mucho un fracaso.

Solamente una organización capaz de preparar un cambio bien determinado y violento, que se dará en un tiempo previsible, merece el título de partido revolucionario. Los partidos de la II Internacional, en realidad, no eran revolucionarios: ésa es la conclusión a que se llega en cuanto se los mide con dicho patrón, que es el único seriamente admisible. Tales partidos se habían quedado, de acuerdo a la subdivisión hecha anteriormente, en el segundo estadio: es decir, consideraban que la existencia del estado capitalista era una premisa para su propia actividad y, además, trataban de mejorar las condiciones de vida de los obreros dentro de ese marco.

Pero con ello entraban en una grave contradicción consigo mismos: en efecto, la teoría marxista, que habían adoptado, exigía la revolución. Ese contraste podía ser superado de dos maneras. Por un lado, estaba la posibilidad de admitir que la teoría marxista, con el cambio de condiciones acaecido, debía ser revisada. En ese caso, la socialdemocracia, aunque ligada a tendencias burguesas y sin referencia a la ideología de la meta final, debía ser sometida a determinadas reformas: esta tendencia fue llamada de los revisionistas (2a). O bien, por otro lado, estaba la actitud de los "radicales" que, en el conjunto, manejaban la dirección de la II Internacional (2b). Esta otra tendencia seguía considerando que el objetivo final de la revolución era el objeto principal de las agitaciones y de la propaganda periodística. Por lo tanto, rechazaba las reformas, no quería entrar gradual y pacíficamente en mejores relaciones, no aceptaba los compromisos con los partidos burgueses o con los gobiernos. Además, no pensaba en acción revolucionaria alguna, y en el fondo se conformaba con que la táctica "reformista" de los sindicatos obreros obtuviera pequeños éxitos cotidianos en bien de los obreros.

Está fuera de dudas que los puntos de vista de los revisionistas, en relación con las condiciones económico-políticas efectivas, eran, con anterioridad a 1914, mucho más exactos que los puntos de vista de los llamados radicales. Los revisionistas podían obtener más cosas para los obreros, podían alcanzar una mayor autoridad dentro del estado, mediante las alianzas con partidos no socialistas. Pero el radicalismo daba por su lado fe y esperanza a los obreros, en sus tristes vidas de todos los días: fortalecía la conciencia de clase del proletariado y les explicaba su conflicto con la burguesía. Por otro lado, el radicalismo del tipo 2b tenía que derrumbarse en toda crisis política seria: no podía lanzarse a la revolución, no podía actuar con tácticas reformistas, aun necesitaba que justamente la fuerza del estado burgués lo protegiera de las con-

secuencias de sus mismas tesis revolucionarias. Un verdadero revisionista estaba en condiciones mucho mejores que un radical tradicionalista del tipo descrito, en caso de necesidad de adaptación a una situación difícil.

Hay otra contradicción digna de ser señalada en la diferenciación entre radicales y revisionistas: los socialistas estaban en minoría en todos los países, y justamente el radicalismo exigía la conquista del poder político. Pero los socialistas no podían llegar al poder sino anexándose un sector de las clases medias, es decir, mediante la utilización de una táctica revisionista: y si los radicales no querían llegar a ningún compromiso, aplazaban la conquista del poder para un futuro tan lejano que aparecía fuera del alcance de una política positiva.

Por entonces, si exceptuamos a los bolcheviques rusos, no existía en ningún país un partido del primer tipo señalado, es decir, un partido de socialdemócratas entendido como partido revolucionario con la finalidad de realizar la revolución burguesa. Por ejemplo, hubiera sido bolchevismo que los socialdemócratas alemanes proclamaran antes de 1914 la lucha revolucionaria contra los Hohenzollern y los latifundistas prusianos; o que hubieran establecido una organización ilegal, con dirección central en algún lugar de Suiza, predicando apasionadamente la unión con el centro católico y con los liberales, contra los conservadores prusianos. Una táctica y una estrategia de tales características de parte de los socialistas habría sido una cosa inaudita en cualquier otro país fuera de Rusia. Desde 1866-1870, Wilhelm Liebknecht jugaba con conceptos de este tipo cuando ponía en primer plano la lucha revolucionaria contra Bismarck y contra Prusia, listo para aliarse con ese fin a todo enemigo de Prusia, burgués, pangermánico o, aun, regionalista clerical. Pero este hecho no constituía más que un episodio en la historia de la socialdemocracia alemana, y no tuvo consecuencias ulteriores.

En fin, había en Europa, antes de 1914, pequeños grupos de socialistas intelectuales: arriba los hemos designado como de un tercer tipo. Ellos estaban convencidos de que el período del capitalismo pacífico iba a ser envuelto por una época de guerras y de conmociones inauditas: los obreros, por lo tanto, debían dejar de lado las reformas y las grandes palabras, para ocuparse nuevamente de la verdadera revolución. Y esa revolución, por otro lado, con el enorme desarrollo del capitalismo moderno y con el desmembrarse del sector medio, sólo podía ser una revolución socialista obrera. Como ya hemos dicho, esa teoría poseía apenas unos pocos secuaces en Polonia, Alemania y Holanda.

¿Cuál era la posición del bolchevismo, antes de 1914, frente a las diversas corrientes de la Internacional? En Rusia, prescindiendo de los bolcheviques, se daban todas las otras tendencias del socialismo europeo, aunque traducidas en formas típicamente rusas. Hacia 1900, los revisionistas (2a) eran representados por los llamados economistas: los economistas querían que los socialdemócratas se ocuparan sólo de los intereses puramente económicos de los obreros. Luego de la derrota de la revolución de 1905, aparecieron también los liquidacionistas, que juzgaban superflua la existencia de organizaciones ilegales partidarias de la socialdemocracia. A los radicales de Europa occidental (2b) correspondían prácticamente los mencheviques, y el equivalente de los representantes de la tercera etapa era Trotski.

Para los obreros rusos, la Internacional socialista constituía una autoridad importantísima. En su lucha desesperada contra el zar, y con todas las consecuencias que de ella se derivaban, se sentían alentados por esa sensación de acuerdo con los obreros conscientes de todos los países. Lenin, en la Internacional, se veía obligado a caminar junto con aquellos grupos que, por lo menos en los discursos y en las órdenes del día, se mantenían fieles a la idea revolucionaria: es decir, junto al radicalismo oficial.

Hasta se cree que Lenin, antes de 1914, consideraba a la socialdemocracia alemana con su dirección radical partidaria como una organización no tan distinta del bolchevismo. Incluso parecería haber creído que este partido, conducido por Bebel y cuya teoría había sido establecida por Kautsky, en determinado momento se lanzaría a la revolución contra Guillermo II y contra el capitalismo alemán. Además, Lenin apreciaba la firme disciplina reinante en el partido alemán: él veía que un determinado grupo de dirigentes se mantenía sólidamente en el poder, y había tenido oportunidad de recoger reclamaciones contra los métodos autocráticos de la dirección alemana del partido. Lenin creyó, abierta, sinceramente, que el grupo dirigente reunido alrededor de Bebel ejercía sobre los obreros una dictadura partidaria bolchevique, como traducida a términos alemanes.

Se trataba de un grave mal entendido. En los partidos y en las organizaciones obreras de Europa occidental el poder de los dirigentes era a veces muy considerable. Además, la oposición tenía todas las razones como para lamentarse de los abusos de la dirección central. Pero, al final de cuentas, todas estas direcciones socialistas de partido y de asociaciones obreras se apoyaban en el voto democrático de los afiliados y, a la larga, ninguna dirección hubiera podido sostenerse contra la voluntad de los obreros orga-

nizados. Lenin se equivocaba entonces mucho al considerar, de acuerdo con el sentido de algunas de sus declaraciones anteriores a 1914, que la socialdemocracia alemana era en su esencia algo similar al bolchevismo. Tampoco bastan simplemente diferencias objetivas de opiniones para explicar el odio personal, fanático, que Lenin volcara sobre Karl Kautsky después de agosto de 1914. Puede odiar sólo quien antes amó profundamente: Lenin se desahogaba contra Kautsky luego del 14 en razón de haber tenido durante los veinte años anteriores una alta consideración respecto del sistema del mismo Kautsky.

En cuanto a Rosa Luxemburg y su círculo, Lenin apreciaba la energía revolucionaria que habían demostrado, aunque tuviera opiniones distintas en la mayor parte de las principales cuestiones. Ya en 1903 Rosa Luxemburg había protestado contra la doctrina organizativa de Lenin: ella desaprobaba la dictadura sobre el proletariado, y no podía concebir una gran revolución sino como acción espontánea de la gran masa obrera. Lenin entreveía en esa teoría de la espontaneidad un peligroso desorden. Además, Rosa Luxemburg no aprobaba la teoría leninista de la alianza entre los obreros y las clases medias, y tampoco daba a la cuestión de los campesinos y a la cuestión nacional la importancia que una y otra revestían para Lenin.

En 1912 apareció el célebre libro de Rosa Luxemburg *La acumulación del capital*:¹ allí se sostiene la opinión de que el capitalismo puede existir sólo mientras tiene a su disposición, para explotarlos, a países y a estratos populares no capitalistas. Según esa teoría, la frenética lucha librada por los estados capitalistas en pos de las colonias persigue la finalidad de explotar los últimos restos de organismos no capitalistas subsistentes en el globo. La repartición del mundo entre las potencias capitalistas pronto terminará, y entonces seguirá, por necesidad, la gran catástrofe del capitalismo, de manera que el proletariado mundial se levantará por la victoria definitiva.

Así, desde 1912, Rosa Luxemburg sostenía la tesis de la revolución mundial, pero de una revolución estrictamente socialista, no semiburguesa, como la que anunciaba Lenin en 1915. Lenin rechazó totalmente la teoría de Rosa Luxemburg sobre el imperialismo: en el trabajo que él publicó sobre el mismo tema en 1915, elogiaba al libro del socialista austriaco Rudolf Hilferding referente al capital financiero, pero hacía absoluto silencio en cuanto a la obra de la Luxemburg. Para Lenin, pensar que el capita-

¹ Cfr. Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital*, México, Grijalbo, 1967.

lismo un día debía derrumbarse por sí solo de manera mecánica le parecía una peligrosa ilusión. A su parecer, los capitalistas tendrían un camino de salida aun en las peores condiciones, siempre que no fueran afectados por la revolución organizada; pero la revolución nunca podría ser organizada con la teoría de Rosa Luxemburg, con la fe en el movimiento autónomo de los obreros, olvidando a los campesinos, etcétera.

Mucha mayor coincidencia había entre la Luxemburg y Trotski: éste negaba en 1903 la teoría de Lenin sobre la organización, y tanto como Rosa Luxemburg. Así, en 1909 publicó en el periódico polaco de la Luxemburg los principios fundamentales de su propio modo de consideración de la revolución rusa. Y luego, en 1915, habría de sostener, precisamente como lo había hecho la misma Luxemburg, que en la época del imperialismo ya eran imposibles las guerras nacionales.

Llegó agosto de 1914. Los partidos socialistas, que no podían impedir la guerra, en Alemania, en Francia, en Austria, en Bélgica, se proclamaron por la defensa nacional: y, desde un punto de vista marxista, dicha tesis era sostenible, pues ni Engels ni Marx habían negado jamás el derecho de las naciones a la vida. Pero los partidos socialistas no tenían necesidad de participar todavía en la llamada tregua interna: ellos hubieran podido representar, aun sin el riesgo de las aventuras, la posición particular del proletariado en los campos político y económico, experimentando una política socialista internacional.

Pero en el momento en que se declaraba favorable a la defensa nacional, el radicalismo oficial de la II Internacional debía abandonar íntegra la fraseología de la intransigencia, que hasta entonces la había alimentado. Así, perdió toda inclinación para la acción, y se dejó atrapar en la tregua interna. Se tuvo la impresión de un gran desastre: ahora, las tendencias 2a y 2b se confundían. Cuando surgió una autocritica en la clase obrera y en el movimiento socialista, dirigentes de primer orden, tanto del viejo revisionismo como del viejo radicalismo, tomaron posición contraria a la política oficial del partido, adherida a la tregua interna. En Alemania, se unieron en la oposición Bernstein, el fundador teórico del reformismo, y Kautski, consejero del comité directivo del partido hasta 1914.

En agosto de 1914, Lenin reconoció que la II Internacional no era revolucionaria. Entonces la abandonó, porque ya no le era útil: mientras tanto, esperaba que en algunos países europeos se formaran, como producto de la conmoción producida por la guerra mundial, nuevos grupos obreros revolucionarios. Ya el 1 de no-

viembre de 1914, proclamó la palabra de orden para la fundación de la III Internacional, en un artículo que dice:

La II Internacional ha muerto, vencida por el oportunismo [...] La II Internacional cumplió su misión, realizando una útil labor preparatoria de organización de las masas proletarias durante la prolongada época "pacífica", la de la más cruel esclavitud capitalista y del más rápido progreso del capitalismo en el último tercio del siglo XIX y comienzos del XX. La III Internacional tiene ante sí la tarea de organizar las fuerzas del proletariado para desplegar la ofensiva revolucionaria contra los gobiernos capitalistas, para librar la guerra civil contra la burguesía de todos los países por la conquista del poder político y por la victoria del socialismo.²

Lenin buscaba una explicación científica al hecho de que un derrumbe moral tan grande como el de la Internacional se hubiera podido dar; y aun en esta circunstancia recurría a su propia teoría fundamental sobre el imperialismo. Lenin definía como socialchovinismo el apoyo dado por los socialistas a la política de la burguesía de su propio país durante la guerra. Además sostenía que tales socialchovinistas se identificaban con los oportunistas, es decir, con los revisionistas de antes de la guerra, y la regla general no podía quedar desmentida por algunas excepciones personales. También el oportunismo es, para Lenin, un fruto del imperialismo.

Según su concepto, la burguesía, debido a las enormes ganancias hechas en el exterior, estaba en condiciones de distribuir prebendas a una parte de los obreros: y esas prebendas estaban representadas por los aumentos de sueldos que se pagaban a los obreros especializados. Así, en Europa y en Norteamérica, se había formado una especie de aristocracia obrera, constituida por hombres que ya habían entrado a participar de formas de vida pequeñoburguesas, y que se sentían solidarios con los intereses económicos de sus propios países. Este sector, perdido todo espíritu revolucionario, dominaba en aquel tiempo las organizaciones socialdemócratas de partido en Europa, unido a la burocracia partidaria y de los sindicatos obreros. Según Lenin, era la aristocracia obrera quien sostenía la política oportunista y socialchovinista.

La masa de los obreros pobres mal pagados, masa verdaderamente explotada, repudiaba en lo fundamental esa política: era radical y revolucionaria, pero al mismo tiempo estaba desorganizada, pues el poder se hallaba en manos de los oportunistas, y

² V. I. Lenin, *La situación y las tareas de la Internacional Socialista*, en *Obras cit.*, vol. XXI, p. 34.

los pobres trabajadores radicales no tenían la oportunidad de levantar su voz. El objetivo del socialismo revolucionario hubiera sido entonces agrupar en todos los países a la masa pobre y verdaderamente radicalizada, conduciéndola al ataque contra la aristocracia obrera y contra la burguesía.

La teoría de Lenin acerca de la aristocracia obrera no deja de tener un cierto núcleo de verdad: pero no rige como generalización, y ha llevado a peligrosas consecuencias para el movimiento obrero internacional. Hay grupos de obreros cuyos sueldos están muy por encima del mínimo necesario para la existencia y que no se distinguen en su tenor de vida respecto de la pequeña o aun de la mediana burguesía: es justo que esos sectores hallen dificultades para formarse una conciencia de clase proletaria. Así se explica cómo una parte preponderante de las maestranzas norteamericanas no se ha adherido hasta hoy al socialismo: pero la doctrina de Marx enseña también que esas condiciones sólo pueden constituir excepciones en el cuadro general del sistema de salarios.

Por ejemplo, sería una desenfadada exageración definir de no proletario el tenor de vida de los obreros metalúrgicos especializados en Alemania, en Austria y en Francia allá por 1913. Si ya el modesto tenor de vida conseguido con esfuerzo por las organizaciones alemanas de los obreros metalúrgicos hacia 1913 basta para alejarlos del verdadero socialismo, entonces el socialismo, como concepción general del mundo y también como movimiento político, estaría en bancarrota. Si alcanzan unos pocos marcos de aumento para hacer del obrero un contrarrevolucionario y un burgués, entonces el socialismo no tiene prácticamente una razón de ser. Y la política cotidiana de los socialistas revolucionarios debería mirar con terror que los salarios aumentaran, para evitar el tránsito de los obreros al campo enemigo.

En tiempos posteriores, si los secuaces de Lenin hubieran tratado de fundar nuevos partidos obreros revolucionarios según esta receta en la Europa central y occidental, habrían debido empezar sublevando a los obreros mal retribuidos y sin beneficios, contra los obreros instruidos y mejor pagados. Así, se hubiera producido una escisión profunda y hostil en la masa del proletariado, destruyendo toda real posibilidad revolucionaria del mismo. Los obreros podrían conquistar el poder en el continente sólo a condición de atraer a su propia causa a sectores relevantes de la clase media. Y la teoría revolucionaria de Lenin, durante la guerra mundial, ¿no exigía la insurrección popular conducida por los obreros contra el imperialismo? Pero de acuerdo a la teoría leninista de la aristocracia obrera, el enemigo de clase ya comenzaba en el tornero

y el carpintero especializados. Con mayor razón eran enemigos de la clase el empleado, el funcionario y el campesino; y el nuevo partido revolucionario socialista no era sino una secta de los obreros más pobres, dominados en su modo de sentir por los desocupados, llenos de odio contra quien tuviera un poco más de suerte en la lucha por la vida, y absolutamente incapaz de llegar jamás al poder político.

Naturalmente, esta profunda contradicción interior de las doctrinas de Lenin para el occidente europeo debía manifestarse sólo luego de la guerra. Ya desde 1914 Lenin había asignado a sus propios secuaces varias tareas, tanto dentro como fuera de Rusia: en Rusia, la realización de la revolución burguesa; en Occidente, la de la revolución socialista. Pero aun aquí debían surgir ciertas contradicciones del bolchevismo, en el curso de su desarrollo.

Lenin consideraba que los partidos socialistas podrían haber evitado el desastre de 1914 si hubieran excluido a tiempo a los oportunistas, es decir, a las camarillas de la aristocracia obrera y a sus dirigentes teóricos. Lenin contraponía el desarrollo político en Alemania, en Austria, en Francia y en Bélgica a las condiciones existentes en Rusia e Italia. En el primer caso, los oportunistas y los socialistas genuinos pertenecían al mismo partido y, si la situación se hubiera agravado, los oportunistas habrían tomado en sus manos las riendas de ese partido. Por el contrario, en Rusia los bolcheviques se habían separado ya oportunamente de los mencheviques, etc., y por ese motivo el proletariado ruso, aun en tiempos de guerra, era fuerte y combativo. De la misma manera, según Lenin, ya antes de la guerra la socialdemocracia italiana había alejado al grupo oportunista de Bissolati: entonces, ella podía luchar energicamente contra la política de guerra de su propio gobierno.

En realidad, los socialistas italianos conformaban un partido típico de la II Internacional, con influjos de las tendencias 2a y 2b: el partido italiano no era para nada más revolucionario que la socialdemocracia alemana. Pero en Italia, contrariamente a cuanto sucedía en Alemania y en Francia, no se había dado, en 1914 y 1915, un frente nacional único para la guerra: más aún, buena parte de los burgueses y pequeñoburgueses se mostraban contrarios a la alianza con la Entente. Por esta razón, a los socialistas italianos les resultó mucho más fácil no adoptar la política de guerra que lo que les resultó por ejemplo, a los obreros belgas. Así, la socialdemocracia italiana adquirió en su conjunto, en los años 1914 y 1915, un aspecto revolucionario que, por otro lado, no encontraba una correspondiente y verdadera fuerza revolucionaria. Este desfase llevaría luego a consecuencias trágicas.

Ya en el curso del primer año de guerra, en las filas de los partidos socialistas europeos creció el descontento por la táctica de la tregua interna: había quienes exigían que los partidos obreros retomaran su propia libertad de acción, volvieran a la oposición contra los gobiernos y se empeñaran activamente en favor de la paz. En general, los socialistas de la oposición no pensaban en una revolución; aun más, no veían todavía las premisas para esa revolución. Y ponían en primer plano una condición inmediata: la finalización de la guerra. Lenin, como revolucionario, odiaba esa tendencia moderada, la de los "kautskianos" y "pacifistas", tanto como a los socialchovinistas confesos. Nada le importaba a él la paz si es que esta paz era establecida entre gobiernos imperialistas, dando nuevas fuerzas al poder del imperialismo. No paz, sino guerra civil, era su consigna, y veía en la propaganda pacifista una subversión y una parálisis de la energía revolucionaria del proletariado.

Entre los días 5 y 8 de septiembre de 1915, en Zimmerwald (Suiza), se desarrolló una conferencia internacional de socialistas opuestos a la tregua interna y que querían ponerse de acuerdo respecto de un objetivo común propio. La invitación había sido extendida por los socialistas italianos y suizos. Desde Alemania llegaron diez delegados, de los cuales seis representaban la tendencia que más tarde formó la socialdemocracia "independiente": sus jefes eran Ledebour y Adolf Hoffman. Tres de los delegados estaban adheridos a la tendencia de Rosa Luxemburg, es decir a la Liga Espartaco, mientras Julian Borchardt representaba a un pequeño grupo no oficial. De Francia asistieron dos delegados. Los ingleses no pudieron obtener los pasaportes. Además, había presentes delegados de Bulgaria, Suiza, Noruega y Holanda.

Para representar a Rusia habían aparecido Lenin y Zinóviev por los bolcheviques, Mártoev y Axelrod por los mencheviques, Trotski por su propio grupo y, aun, dos social-revolucionarios de la izquierda radical. En fin, también hubo algún socialista polaco o letón.

Rápidamente se vio que la mayoría de la conferencia no compartía las opiniones de Lenin, sino las de Kautsky. La tregua política de guerra fue desaprobada, y se solicitó una violenta lucha de oposición a los distintos gobiernos para obligarlos a la concertación de la paz. Pero, de conformidad con las tradiciones socialistas occidentales, la mayoría rechazó toda medida hacia una acción revolucionaria, y tampoco quiso saber nada de la escisión de la Internacional. Sobre treinta delegados, Lenin obtuvo siete votos, precisamente el suyo y el de Zinóviev, el de un letón, el de un polaco (Rádek), los de dos escandinavos. Fueron los únicos que

se adhirieron a sus tesis entre los delegados de territorios no rusos, junto al delegado alemán Borchardt. Pero, en realidad, dadas las condiciones estrictamente pacíficas de Noruega y Suecia, el reconocimiento de la tregua interna por los delegados escandinavos no era más que pura teoría. El séptimo votante favorable fue el alemán Borchardt, adherido a la izquierda de Zimmerwald: ni siquiera la Liga Espartaco se puso entonces de parte de Lenin.

Por lo tanto, Lenin sufrió una absoluta derrota en el campo de la conferencia internacional de oposición socialista. Si consideramos los grandes países de efectiva importancia, vemos que sus ideas no tenían prácticamente secaces en Francia, en Italia y en Inglaterra. En Alemania, encuentran la coincidencia de unos pocos individuos aislados.

Los bolcheviques de Zimmerwald no se mostraron entusiastas; al respecto, Zinóviev, en una apreciación crítica suya, dice:

La conferencia hizo sólo sus primeros pasos tímidos e inseguros en esa dirección que nosotros denominamos de los elementos internacionales del socialismo. Ante todo, no quería tomar ninguna resolución clara y exacta sobre la crisis, no quería declarar abiertamente su guerra al oportunismo ni levantar la bandera teórica del marxismo. Ello, en la situación presente, es quizás inevitable: la evolución sigue un ritmo muy lento, pero también ella avanza [...]. Tomemos solamente como ejemplo la cuestión de la II Internacional: los promotores de la conferencia, los representantes de su mayoría, declaraban y todavía declaran su intención de no establecer una III Internacional. *Avanti*, órgano de los italianos, y *Berner Tagwacht*, órgano de R. Grimm (jefe de los socialistas suizos), tratan de demostrar que la "comisión internacional socialista" elegida por la conferencia no tiene en lo más mínimo el objetivo de sustituir al viejo "Bureau Socialista Internacional" sino que, más bien, debe llevar a que este último se reconstituya. Pero los hechos tienen su propia lógica [...]. Llegará el tiempo en que todos los socialistas sinceros coincidirán con nosotros en el grito: ¡La II Internacional ha muerto, envenenada por el oportunismo: viva la III Internacional, liberada del oportunismo!

También Lenin reconoció en sus propios comentarios la debilidad de la izquierda de Zimmerwald, aun queriendo ver en lo sucedido un "éxito". Y escribe:

[...] el éxito de nuestra línea es indudable. Comparemos los hechos. En septiembre de 1914 el manifiesto de nuestro comité central parece estar solo. En marzo de 1915 se celebra la Conferencia Internacional de Mujeres y adopta una débil resolución pacifista [...]. En septiembre de 1915 nos unimos para formar todo un grupo de la izquierda inter-

nacional, nos presentamos con nuestra propia táctica, hacemos admitir muchas de nuestras ideas en un manifiesto conjunto, participamos en la creación de la isk (Comisión Socialista Internacional), que de hecho es un nuevo Bureau Socialista Internacional, contra la voluntad del antiguo bureau, y sobre la base de un manifiesto que condena directamente la táctica de este último.

Los obreros de Rusia, cuya inmensa mayoría ha seguido a nuestro partido y a su comité central desde los años 1912-1914, verán ahora, con ayuda de la experiencia del movimiento socialista internacional, que nuestra táctica se confirma también en una escala más amplia y que nuestras ideas fundamentales son compartidas hoy por un sector cada vez más amplio y mejor de la Internacional proletaria.³

Aparece aquí, por vez primera, un pensamiento muy importante: Lenin quiere demostrar totalmente a los obreros de su propio partido que ellos no están aislados en el movimiento internacional, aunque para demostrarlo se requiera una argumentación de las más atrevidas.

Muy característico es el informe sobre la conferencia de Zimmerwald que el grupo de Rosa Luxemburg distribuyó clandestinamente, con la *Carta de Espartaco*, durante noviembre de 1915. En ese informe, que consta de casi cuatro páginas impresas, el grupo de Lenin merece sólo una observación, muy fría:

Para el manifiesto propuesto se presentó otro proyecto de los delegados rusos adheridos al comité central, de un delegado polaco, del sueco y del noruego. La aplastante mayoría de la conferencia se levantó contra dicho proyecto, al que consideró tácticamente erróneo.

Esto era todo: la gente del grupo Espartaco, el grupo de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, que por entonces eran los socialistas más radicalizados de toda Europa fuera de Rusia, veían todavía en el bolchevismo una cosa de poca importancia, aun considerándolo en el cuadro de la oposición internacional a la política de guerra.

En tiempos de paz, el Bureau Socialista Internacional había representado la unidad del movimiento obrero; pero con la guerra su actividad se había paralizado. Ahora, todo dependía de lo que hubieran tratado de hacer los opositores socialistas ante la tregua interna y la política de guerra: o la reconstitución de la vieja Internacional, o la escisión con el fin de fundar una nueva Internacional. Quienes sostenían la convocatoria del Bureau Internacional según el viejo estilo se declaraban así en favor de la supervivencia

³ V. I. Lenin, *Un primer paso*, en *Obras*, vol. XXI, p. 393.

de la II Internacional: en todo caso, la mayoría de Zimmerwald se oponía a la escisión y, por ello, declaró abiertamente que su propio órgano ejecutivo recientemente elegido —la comisión internacional socialista, esencialmente ítalo-suiza— no se proponía reemplazar al viejo Bureau, sino que ejercía sus funciones sólo de manera temporaria.

Durante la pascua de 1916, el movimiento zimmerwaldiano sostuvo su segunda conferencia. Fue en Kienthal, Suiza. El cuadro general de la reunión se presentó casi idéntico al anterior. Desde Alemania llegaron nuevamente los representantes del que más tarde sería el USPD (Partido Socialista Independiente de Alemania), además de los delegados de la Liga Espartaco y de Paul Frölich, que representaba al grupo radical de izquierda de Bremen. Estaban también los habituales y diversos grupos de Rusia y Polonia; los suizos y los italianos; algunos franceses de la oposición, y un serbio. Además de los bolcheviques y sus amigos polacos, sólo se mostraban partidarios convencidos de la tendencia izquierdista de Zimmerwald algunos suizos y el delegado radical de izquierda de Bremen. Naturalmente, en cuanto a la crítica del pacifismo, una parte de la mayoría siguió la opinión de Lenin.

La cuestión decisiva era: II o III Internacional, es decir, si se convocaba al Bureau Internacional Socialista o no se lo convocaba. Al respecto hubo votaciones sumamente confusas, para llegar, al fin, a una conclusión salomónica: que en su conjunto los partidos de Zimmerwald no pretendían la convocatoria del Bureau socialista, pero dejaban que cada uno de los partidos solicitaran la reunión del Bureau mismo. Esto significa que la mayoría permanecía todavía en el terreno de la II Internacional. Ni siquiera después de Kienthal, Lenin tuvo un fuerte eco en Inglaterra, Francia o Italia. En Alemania, sólo simpatizaban con él algunos individuos aislados y grupos locales, pero ninguna de las tendencias proletarias mayoritarias, que se extendían sobre toda Alemania. Y, hasta la victoria de la revolución rusa, este fracaso del bolchevismo fuera de Rusia seguiría sin modificaciones.

Así describe Zinóviev la conferencia de Kienthal:

Sin duda, la segunda conferencia de Zimmerwald representa un paso hacia adelante: el influjo de la izquierda se mostró mucho más fuerte que en la primera, y disminuyeron los prejuicios contra las tendencias de izquierda. ¿Pero puede decirse acaso que los dados han sido tirados, que los zimmerwaldianos se han puesto definitivamente en el camino de la ruptura con los socialistas oficiales, o que Zimmerwald se ha vuelto el germen de la III Internacional? No, esto todavía no puede ser dicho con plena conciencia [...] ¡No nos hagamos ilusiones! El ala derecha

de los zimmerwaldianos es muy fuerte; que ella se quede a nuestro lado, no es algo que se pueda garantizar [...] ¿Qué hacer entonces? ¡Luchar una vez más por nuestra solución del problema, por el camino de la socialdemocracia revolucionaria, por la III Internacional!

Lenin y Zinóviev no se hacían entonces ilusiones aunque, respecto de sus obreros rusos, ellos se mantenían firmes en la creencia de que se hallaban a la cabeza de una seria comunidad proletaria internacional. Por otro lado, las *Cartas de Espartaco* establecían definitivamente luego de Kienthal que esas conferencias de dirigentes, con sus votaciones y sus resoluciones, no servían absolutamente para nada. Y que cualquier acción real de las masas tendría más valor que todo Zimmerwald y todo Kienthal. Así estaban las cosas cuando nació la III Internacional.

Cuanto más limitados se mostraban sus éxitos reales en Europa occidental, tanto más enérgicos se volvían el odio y la lucha personales de Lenin contra la aristocracia obrera y sus dirigentes. Él abarcaba en esa denominación a todos quienes se le cruzaban en el camino: tanto a los verdaderos socialpatriotas como a los pacifistas, los kautskianos y los zimmerwaldianos de derecha. En suma, a todos aquellos socialistas que, aun no adhiriendo a la política de guerra, se negaban a organizar la revolución y la escisión de los partidos. En un escrito de octubre de 1916, Lenin retoma algunas declaraciones de Marx y Engels: en ellas se hablaba con buenas razones del “aburguesamiento” de una parte de los obreros ingleses de aquel tiempo. Lenin generaliza ese concepto, y declara como fenómeno típico de todas las naciones imperialistas la formación de “partidos obreros burgueses”, es decir, de partidos cuyos elementos esenciales están corrompidos por el imperialismo. Y agrega que al procurar todas las condiciones posibles de comodidad y de seguridad a los obreros y empleados respetables, pacíficos, reformistas y patriotas, la burguesía imperialista seduce y paga a los representantes y partidarios del partido obrero burgués:

El hecho es que los “partidos obreros burgueses”, como fenómeno político, ya han sido constituidos en todos los países capitalistas avanzados, y que sin una lucha enérgica y despiadada, en toda la línea, contra esos partidos [...] no puede ni hablarse de lucha contra el imperialismo, ni de marxismo, ni de movimiento obrero socialista [...] No tenemos ningún fundamento para pensar que estos partidos puedan desaparecer antes de la revolución social.⁴

⁴ V. I. Lenin, *El imperialismo y la escisión del socialismo*, en *Obras*, vol. xxiii, p. 117.

Según Lenin, el kautskismo no representa una tendencia independiente, porque no tiene sus raíces ni en las masas ni en ese sector privilegiado que se ha pasado a la burguesía. Pero, a su parecer, el peligro del kautskismo consiste en su intento de reconciliar al proletariado con el partido obrero burgués, propugnando la unión de los mismos y vigorizando así la autoridad de este último.

Y por eso, si queremos seguir siendo socialistas, nuestro deber es ir más abajo y más hondo, a las verdaderas masas: en ello está todo el sentido de la lucha contra el oportunismo y todo el contenido de esta lucha.⁵

Ya hemos destacado el grado de consecuencia que podía tener, de parte de los secuaces de Lenin, este descender a las "verdaderas masas". Con ello acaso se hubiera podido mantener partidos, pero nunca conquistar el poder. Pero quizás lo único que le interesaba a Lenin era formarse una sólida base, de alguna manera y en algún lugar, dentro de Europa occidental. Por el momento, interesaba encontrar de una u otra manera adherentes a la idea de la revolución mundial, y oponer una cierta fuerza a los viejos partidos oficiales socialdemócratas. Los errores tácticos e ideológicos de estos partidos revolucionarios extrarrusos podrían ser corregidos más tarde por el comité central de la revolución mundial.

Realmente Lenin nunca tuvo en demasiada consideración el ritmo del movimiento revolucionario socialista en Europa central y occidental. En un discurso que pronunció ante jóvenes obreros suizos el 22 de enero de 1917, decía: "Nosotros, los viejos, quizás no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura."⁶ Pero luego se refería a su confianza en la victoria que la más joven generación socialista de Europa traería con la futura revolución proletaria. Dos meses después, el zar fue derrocado por los obreros rusos.

⁵ *Ibid.*, p. 118.

⁶ V. I. Lenin, *Informe sobre la revolución de 1905*, en *Obras*, vol. xxiii, p. 255.

5. RUSIA DESDE MARZO HASTA OCTUBRE DE 1917

La economía rusa, después de tres inviernos de guerra, estaba completamente arruinada; la autoridad de los personajes dominantes, sepultada; la revolución, en el terreno de lo inevitable. Los enormes gastos bélicos habían agotado las finanzas del estado, y el país se ahogaba en una marea de rublos-papel. Millones y millones de trabajadores habían sido sustraídos a la agricultura por las movilizaciones y por los continuos llamados a las armas: así, la producción de los medios de subsistencia disminuía continuamente. El material ferroviario estaba desgastado por el uso y se hacía cada vez más inservible. La industria rusa, que a pesar de toda la ayuda de la Entente se hallaba todavía muy retrasada respecto de las otras grandes potencias, estaba a duras penas en condiciones de reabastecer al frente de cañones y de municiones. Y también en las fábricas, no menos que en los ferrocarriles, se robaba el material disponible para construcciones clandestinas. Escasez de materias primas y crisis de transportes llevaban el hambre y el frío a las grandes ciudades. Las masas de los campesinos, cansadas de las guerras, se hallaban en la desesperación, y el descontento de las aldeas se volcaba sobre los millones de campesinos enrolados en las armas: sobre el ejército.

En 1905, el zarismo, apoyado por la mayoría de las tropas, aún había podido dominar la revolución: pero ahora no existía un solo regimiento de cuya fidelidad al régimen pudiera confiarse largamente. Las grandes masas del pueblo estaban decididas a la revolución, para terminar de una vez con el zar y con las guerras. Además, pero por razones exactamente opuestas, la voluntad de rebelión surgía también dentro de las filas de la burguesía propietaria, que veía a Rusia arrastrada a la ruina por la corrompida e inepta camarilla del zar. Después de los fracasos de los tres primeros años de guerra, se temía que Rusia sufriera un derrumbe general, en caso de que sus destinos siguieran en manos de Nicolás II y su corte. Los círculos conservadores que rodeaban al zar, también ellos, advertían lentamente que una prolongación de la guerra llevaría a sepultar toda vieja autoridad: y desde 1916, se empeñaron en llegar a una paz por separado con Alemania.

Pero la alta burguesía liberal nada quería saber de una paz se-

mejante: después de todos los sacrificios experimentados por Rusia, ahora se debían alcanzar los objetivos de guerra nacionales. No se podía naufragar frente al puerto, sino perseverar junto a las potencias occidentales hasta la segura victoria de la Entente: así, al final, se conquistarían Constantinopla y la salida al Mediterráneo. Y si ahora el zarismo pensaba traicionar al país y renunciar a la victoria rusa por razones feudales y dinásticas, entonces para la burguesía era preferible derrocar a la dinastía. Por lo menos, los embajadores de la Entente en San Petersburgo nada tenían que objetar contra la revolución; así, las democracias burguesas de Francia e Inglaterra se habrían de liberar de la comprometedora alianza con Nicolás II, que, por otro lado, ya estaba preparado a defecionar. Podía esperarse que una Rusia burguesa y liberal continuara combatiendo con energías superiores y sin idea alguna de una paz por separado. De esa manera, en los acontecimientos rusos de marzo de 1917 se encontraron dos mareas revolucionarias: desde abajo, el movimiento de los campesinos, soldados y obreros, que exigía paz y pan. Desde lo alto, el de la burguesía liberal, que pedía la guerra y la conquista.

El levantamiento de San Petersburgo fue acompañado por el amotinamiento de toda la guarnición: el movimiento, en pocos días, se extendió triunfante a través de todo el país hasta llegar a las tropas en el frente de batalla. Los soldados y los obreros habían abatido al zar, pero el gobierno cayó en manos de la burguesía liberal. Todo había terminado, no sólo para la monarquía sino también para la Duma, el parlamento ruso compuesto mediante un refinado sistema electoral reaccionario. Pero los diputados liberales de la Duma constituyeron un comité, a partir del cual inmediatamente se desarrolló el centro de resistencia de la burguesía. Por su lado, los obreros y soldados victoriosos se remitieron a la tradición del año 1905, y renovaron los consejos de obreros y soldados: el soviét era el centro de resistencia de los demócratas y socialistas. El contraste entre las dos fuerzas de la revolución se centraba, en San Petersburgo, entre el comité de la Duma y el consejo de obreros y soldados.

Para marzo de 1917, en Rusia se delineaba la siguiente situación política: las clases conservadoras, es decir, los propietarios de tierras, los nobles, los oficiales y los altos funcionarios, todos se unieron a la burguesía liberal. Los conservadores y los liberales de tiempo atrás ahora luchaban juntos por la propiedad privada y por la victoria. Según la buena tradición campesina, las masas de soldados se sumaron a los *narodniki*, e igual cosa hicieron los campesinos. En esa época, el partido dirigente de los populistas estaba

constituido por los social-revolucionarios. Los obreros industriales se repartieron entre bolcheviques y mencheviques. En cuanto a los pequeños grupos separados y a los partidos menores de la Rusia de entonces, no corresponde tomarlos en cuenta.

Los social-revolucionarios tenían la aplastante mayoría del pueblo y, a través de los soldados, aun el poder material; a la derecha de ellos se encontraba la minoría burguesa, y a la izquierda, la socialista. Sin embargo, los social-revolucionarios no tomaron el poder, convencidos como estaban, exactamente de la misma manera que los socialdemócratas, de un hecho: la revolución rusa que había expulsado al zar no podía ser sino una revolución burguesa. Por ello, estaban listos para dejar el gobierno en manos de la burguesía liberal, reservándose el papel de una oposición leal, encargada de controlar al gobierno mismo y de llevarlo al camino de la democracia.

La concepción de los social-revolucionarios respecto del problema del gobierno se identificaba con el viejo punto de vista de los mencheviques, tal como éstos lo habían mantenido en el año 1905. Los órganos de control democrático sobre el gobierno serían los consejos que, sobre el modelo de San Petersburgo, se iban constituyendo en todo el país: consejos de obreros y soldados en la ciudad, consejos de campesinos en los pueblos, consejos de soldados en el frente.

Los social-revolucionarios y los mencheviques estaban de acuerdo también respecto del predominante problema de la guerra, y no menos de cuanto concordaban ante el problema del gobierno. La república rusa debía exigir la conclusión de la paz según el punto de vista adoptado por la oposición socialista europea, por la mayoría zimmerwaldiana, etc. Es decir: una paz de compromiso, sin anexiones ni reparaciones de guerra. En este sentido, Rusia habría debido presionar sobre los pueblos de la Entente, de Alemania, de Austria, con el fin de procurar la paz mundial de acuerdo con el socialismo internacional. Pero para ellos una paz separada de parte de Rusia aparecía como algo imposible, pues traía consigo el peligro de que el militarismo alemán oprimiera a toda Europa. A los ejércitos de Guillermo II debía contraponerse la república rusa, y el pueblo ruso debía defender su propia revolución hasta tanto se hubiera firmado la paz general.

Así, en los soviét se constituyó el bloque de la mayoría social-revolucionaria y menchevique. El consejo sanpetersburgués de obreros y soldados, como representante de todos los otros consejos, celebró su compromiso con el comité liberal de la Duma, y entonces nació el gobierno provisional, que era un ministerio de la

burguesía liberal. El conocido *narodniki* Kérenski entró en el gobierno en virtud de su propia autoridad personal, no como representante oficial de los soviets.

El verdadero poder ejecutivo se encontraba en una situación singular desde marzo de 1917. La vieja policía había sido sometida en todas partes por la revuelta de los soldados: por las calles, armados, dominaban los obreros y soldados, dirigidos por el soviets. Con todo, la vieja burocracia aún se mantenía en pie, comenzando por los ministerios hasta llegar a las últimas oficinas. El problema del funcionamiento efectivo del compromiso entre el nuevo gobierno y los consejos persistía. En el frente, se daba el mismo contraste entre los oficiales y los consejos de soldados: si la guerra debía ser continuada realmente, entonces se hacía necesario elevar nuevamente la autoridad de los viejos oficiales zaristas ante los consejos, o bien crear un nuevo cuerpo de oficiales. La reconstrucción definitiva de una nueva Rusia debía ser obra de una asamblea constituyente nacional, tal como la habían preconizado siempre los revolucionarios rusos; pero la fecha de las elecciones todavía no podía ser fijada.

¿Qué actitud tenían los bolcheviques en este singular estadio incipiente de la revolución burguesa rusa? Pronto fue claro que Lenin había exagerado la posibilidad de conducir su propio partido desde Suiza, a través de todos los frentes de combate. De las decisivas modificaciones que Lenin había aportado a las doctrinas bolcheviques luego de 1914, poco llegaba a ser conocido por los partidos obreros en Rusia: y ese pequeño porcentaje no los había convencido. El bolchevique más autorizado entre los que habían permanecido en la patria era, entonces, Kámenev: en noviembre de 1914 fue deportado a Siberia junto a los diputados bolcheviques de la Duma, y después de la revolución volvió a San Petersburgo para publicar allí el periódico bolchevique *Pravda*.

Kámenev y sus amigos más cercanos compartían todavía el antiguo punto de vista bolchevique, tal como lo había representado el partido hasta 1914: él no aceptaba de manera alguna las nuevas ideas de Lenin. Su objetivo era siempre llevar adelante la revolución rusa del estadio burgués-liberal hasta la dictadura democrática de los obreros y los campesinos, es decir, hasta un gobierno de coalición popular-socialista, con el ideal del perfeccionamiento de la democracia. Lenin, por otro lado, ya desde fines de 1914 no quería saber nada de una coalición tal. Kámenev y los viejos bolcheviques aún se mostraban partidarios de una especie de frente único de toda la democracia, y no daban ninguna importancia a las diferentes actitudes de cada uno de los partidos democráticos

ante la guerra. Lenin, en cambio, quería justamente dividir a la democracia rusa en relación con el problema de la guerra, y no lo espantaba el peligro de que el bolchevismo se viera obligado a seguir su camino en el aislamiento.

Sólo cuando pudo retornar a Rusia, en abril, Lenin retomó las riendas del partido, para rechazar en violentas discusiones la tendencia de Kámenev. Pero aquí no terminó el litigio entre Lenin y el viejo bolchevique: duraría por todo el año 1917 y aun estallaría impetuoso justamente en el momento de la toma del gobierno por los bolcheviques. Con Lenin, también volvió a Rusia Zinóviev: este hombre había sido en el exilio un compañero fiel del trabajo de Lenin. Había sostenido la teoría de este último, desde 1914 hasta 1916, en docenas de brillantes artículos. Pero en cuanto pisó suelo ruso, Zinóviev se volvió incierto, y se pasó al sector de Kámenev. Luego, rechazó la toma del poder por los bolcheviques y se empeñó en la más violenta oposición contra el mismo Lenin, durante octubre y noviembre de 1917. Más adelante veremos con mayor detalle las razones que en 1917 indujeron justamente a las más viejas y experimentadas inteligencias del partido a la oposición contra Lenin.

Cuando Lenin recibió las primeras noticias detalladas sobre la revolución rusa (Suiza, marzo de 1917), llegó a un descubrimiento rico en consecuencias: el sistema de los consejos como forma moderna y consecuente de la revolución democrático-socialista. Si consideramos el bolchevismo a partir de 1903, veremos que los consejos no representaron en su sistema papel alguno durante catorce años; si partimos, en cambio, desde 1893, desde la llegada de Lenin a San Petersburgo, el período se extiende a veinticuatro años. Pero Lenin era un empirista absoluto dentro de su coherencia tanto política como teórica: nunca vacilaba en modificar su propia doctrina en virtud de nuevos hechos. Y en ello estaba en perfecto acuerdo con Marx, que pensaba que la revolución no traduce sólo la teoría en realidad, sino que la continúa directamente.

Un aspecto de los hechos rusos de marzo de 1917 sacudió por sobre todas las cosas a Lenin: el carácter singular asumido por el dualismo de poder. Por un lado, estaba el gobierno provisional de los liberales, es decir, un gobierno imperialista como tantos, pero que se diferenciaba de los gobiernos imperialistas de Inglaterra, Francia y Alemania en cuanto ya no disponía de los órganos ejecutivos inferiores, la policía, etc. Luego, desde abajo, se oponía al gobierno burgués ruso un nuevo poder, constituido por los soviets. Allí, Lenin entreveía los débiles indicios de un gobierno obrero absolutamente nuevo, comparable desde el punto de vista histórico

sólo con la Comuna parisiense de 1871. Entonces, Lenin estableció que todo cuanto Marx dijera sobre la forma de estado de la Comuna, en su célebre escrito de 1871, también se adecuaba a los soviets rusos de 1917.

El estado típico de los nuevos tiempos era el aparato centralizador de la fuerza, como el que dominaba por completo en el continente europeo y que, con la guerra, también se había afirmado en Inglaterra y en América. La guerra imperialista había reforzado inmensamente la eficiencia y la organización de ese aparato. Ahora se vio cómo el pueblo, espontáneamente, comenzaba a romper la máquina del estado ruso: el aparato militar imperialista se había detenido, en cuanto los soldados comenzaron a obedecer ya no a los oficiales, sino sólo a los consejos de soldados. El aparato civil estaba ahogado, en cuanto los obreros armados se pusieron en el lugar de la policía, siguiendo también ellos exclusivamente las instrucciones de sus propios soviets.

La esencia del estado feudal-burgués centralista era la separación de la autoridad y de las masas populares: por la calle manda el policía armado y vestido con su uniforme, y el pueblo desarmado debe obedecerle. Esa manera de mandar puede variar mucho de acuerdo con las condiciones sociales y constitucionales: el policía de la Rusia de los zares era algo muy distinto del que actuaba en Inglaterra y Francia. Pero a todos les es común una circunstancia: la de pertenecer a un organismo separado de la masa del pueblo, opuesto a ésta como depositario del poder estatal.

En cambio, en el estado del tipo de la Comuna, pueblo y policía son la misma cosa: la masa popular está armada y es ella misma, por sus propios medios, la que mantiene el orden. Tampoco existe ya un ejército del viejo estilo: los trabajadores armados son a la vez soldados. En las ciudades y en los pueblos, la administración pública corre por cuenta de fideicomisarios del pueblo instalados en las oficinas. Ellos no se distinguen del resto de los habitantes ni en el aspecto ni en las rentas, y son controlados constantemente por la masa, que puede sustituirlos en cualquier momento.

Dicha comunión es ya por sí misma la ruina y la disolución del viejo estado. Así lo quería Marx, que en este aspecto coincidía con los anarquistas. Cuando la masa del pueblo quiso aplastar un aparato estatal feudal o centralizador siempre llegó, en la historia, a intentos de este tipo. Así sucedió con las comunas de las ciudades medievales, con los cantones de campesinos suizos, con las comunidades originarias de América del Norte y, en fechas más recientes, con la Comuna parisiense de 1871 y con los soviets

rusos de 1917. Pero este tipo de intentos nada tiene que ver con el llamado gobierno ruso de los soviets, que se formó luego de 1918 hasta llegar a nuestros días: el curso de esta obra tratará de demostrarlo en extenso.

Una organización "comunal" o soviética de tales características no necesita en sí misma ser socialista. Podríamos imaginarnos un sistema de consejos absolutamente radical y consecuente, pero respetuoso de la propiedad privada, por ejemplo, en un cantón de campesinos. Sin embargo, esa forma extrema de la democracia constituye, según Marx, la premisa para el socialismo, que puede ser perfeccionado sólo dentro de un alto nivel de libertad humana.

Lenin veía con claridad que aquel singular gobierno doble no podía durar mucho tiempo en Rusia. Había dos posibilidades: la primera, que el gobierno provisional se mantuviera en el poder, poniéndose entonces nuevamente en condiciones de extender hacia abajo los órganos de su propia autoridad. En ese caso, el policía hubiera reaparecido en las ciudades rusas, acaso con otro uniforme y con otro nombre, pero idéntico en esencia al agente de seguridad pública del zar. El pueblo estaría desarmado otra vez, y en el ejército se reconstituiría la vieja disciplina, deponiendo los soldados su autoridad ante los oficiales.

Pero existía también una segunda posibilidad. Pues la evolución podía seguir el camino opuesto, y los consejos se consolidarían. En este caso, dichos consejos deberían encontrar aun la fuerza para disolver los viejos ministerios y para expulsar a los altos funcionarios y oficiales. Pero entonces, junto con las otras autoridades depuestas, también hubiera caído en Rusia el gobierno provisional, quedando sólo los consejos.

Así Lenin llegó a su propia consigna: "Abatir al gobierno provisional liberal, y dar todo el poder a los consejos." La democracia rusa, representada por los consejos, organizada políticamente en los social-revolucionarios y en los socialdemócratas, quiere la paz: el gobierno provisional no puede darla, por el hecho de ser un gobierno imperialista de la alta burguesía, que se propone conquistas territoriales. La democracia rusa quiere libertad: y la tiene abundante, por el momento, gracias a los consejos; pero el gobierno provisional no la quiere para nada, y más bien querría reponer un aparato estatal de viejo estilo. Además, los campesinos rusos quieren la tierra, y los obreros exigen pan: el gobierno provisional nada puede dar de todo ello. Defiende la propiedad privada, aun la terrateniente, y nunca aprobará las injerencias dictatoriales en la distribución de las provisiones, sin las cuales la escasez y el hambre no pueden ser vencidas.

Dado que la alta burguesía liberal, por fuerza, debe rechazar los principios democráticos de "paz, libertad, pan, tierra", es ridículo que la democracia misma tolere al gobierno provisional. La democracia rusa, es decir, los consejos, debe tomar el poder. Lenin permanece fiel a su propia tradición política en el hecho de no proponer ahora exigencias de tipo socialista, sino radicalmente democráticas. Y así su vieja idea de la coalición revolucionario-democrática reaparece, con un particular ropaje. Los bolcheviques no tenían por entonces sino una exigua minoría en los consejos. "Todo el poder a los consejos" significaba, en la primavera y el verano de 1917, el gobierno de los social-revolucionarios y mencheviques. ¿No era ésta una contradicción ante la tesis repetida a sus secuaces por Lenin desde 1914, sobre la imposibilidad de una alianza con los demócratas chovinistas?

Lenin distingue aquí entre los politicastos activos del partido social-revolucionario y las masas de campesinos y soldados, que adherían a los social-revolucionarios por antigua tradición. Aunque los partidos democráticos oficiales toleraran al gobierno de la alta burguesía, el estado de ánimo de los campesinos democráticos, que querían la tierra, y el de los soldados democráticos, que querían la paz, tenía que transformarse radicalmente, de manera paulatina. Si los consejos llegaban al poder, el gobierno no habría de pasar a manos de la dirección del partido social-revolucionario, sino a las de la misma masa. Y esa masa por su naturaleza era más bien una masa revolucionaria sin partido, antes que una masa fraccionada en partidos.

Ya en 1905 se había visto el aspecto que tenían los consejos revolucionarios rusos. Si ahora se hubiera traducido a realidad la consigna: "¡Todo el poder a los consejos!", la inmensa masa popular revolucionaria habría sido incluida en los consejos mismos, quedándoles a los bolcheviques la tarea de influir en los consejos por medio de una política bien entendida. Aun en 1917 Lenin no renuncia al principio de la dictadura rígida y al centralismo partidario; cuando recomienda el sistema de los consejos, no se coloca realmente de parte del federalismo y de la espontaneidad de las masas. Es verdad que Lenin había construido su propia máquina partidaria, pero los consejos no eran obra suya; los consejos constituían una creación de la masa popular misma, y Lenin quería utilizarlos para golpear de muerte al imperialismo ruso, pues en las condiciones de 1917 sólo ellos podían cumplir ese objetivo. Y en la primavera y el verano de 1917 tampoco lo preocupaba cómo más tarde, después de una plena victoria de la democracia rusa, el bolchevismo centralizador y autocrático se pon-

dría de acuerdo con la idea federalista y anárquica de los consejos.

En cuanto a la cuestión de la guerra, y coherentemente con la actitud tomada desde 1914, Lenin estaba por la inmediata ruptura con la Entente, mientras el gobierno provisional, cubierto por el consejo de obreros y soldados de San Petersburgo, quería seguir luchando por la causa común de los aliados. Para fortalecer al partido de los enemigos de la Entente, el comando supremo del ejército alemán permitió a Lenin su reingreso a Rusia, a través de Alemania. A Lenin le resultaba realmente indiferente de quién viniera la ayuda, con tal de volver a pisar el suelo ruso: si sus planes resultaban, él mismo, Lenin, sería para el imperio alemán un enemigo mil veces peor que los por entonces ministros de la república rusa. Y es cierto, además, que debería acostumbrarse a ser mirado con rencor por sus compatriotas, como agente del comando supremo alemán.

En cuanto llegó a San Petersburgo, Lenin hizo conocer su modo de considerar las cosas a través de diez tesis, ricas de contenido, que aparecieron en *Pravda*. La primera tesis establece que la guerra librada por Rusia sigue siendo una guerra de rapiña imperialista aun luego de la caída del zar, y que no se deben hacer concesiones de ninguna clase al concepto de defensa nacional. La segunda tesis exige que de la primera etapa de la revolución, ya lograda, se pase a la siguiente. En las tesis tercera, cuarta y quinta leemos:

Ni el menor apoyo al gobierno provisional; demostrar la falsedad absoluta de todas sus promesas, principalmente de la renuncia a las anexionaciones [...] Reconocer que en la mayor parte de los soviets de diputados obreros nuestro partido está en minoría, y, por el momento, en una minoría débil, frente al bloque de todos los elementos pequeñoburgueses y oportunistas, sometidos a la influencia de la burguesía y que llevan dicha influencia al seno del proletariado [...] Explicar a las masas que los soviets de diputados obreros son la única forma posible de gobierno revolucionario, por cuya razón, mientras este gobierno se someta a la influencia de la burguesía, nuestra misión sólo puede consistir en explicar los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas. Mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando, al mismo tiempo, la necesidad de que todo el poder del estado pase a los soviets de diputados obreros, para que, sobre la base de la experiencia, las masas se desprendan de sus errores. No una república parlamentaria —volver a ella desde los soviets de diputados obreros sería dar un paso atrás—, sino una república

de los soviets de diputados obreros, obreros agrícolas y campesinos, en todo el país, de abajo arriba.¹

En ese entonces, Lenin no tenía, por lo que se ve, demasiado interés por la asamblea nacional constituyente. Es que consideraba a la democracia de los soviets como algo menor que la democracia parlamentaria. Pero en 1917 no se declaró todavía contrario por principio a la asamblea nacional; pensaba en la posibilidad de que esta asamblea pudiera ser una especie de tránsito al ordenamiento del país según los consejos de obreros.

La tesis sexta exige la expropiación del latifundio. Y en las tesis séptima y octava se dice:

Fusión inmediata de todos los bancos del país en un banco nacional único, sometido al control de los soviets de diputados obreros. Nuestra tarea inmediata no es la "implantación" del socialismo, sino la simple instauración del control de la producción social y de la distribución de los productos por los soviets de diputados obreros.²

Lenin rechazaba entonces explícitamente la "institución del socialismo". Por el momento, él quería conformarse con el control sobre el capitalismo, ejercido por los trabajadores; quería contraponer a la economía del capitalismo, regulada por el interés, una economía de acuerdo al interés de las masas, sin que ello implicara la expropiación de los empresarios. La tesis novena exige la convocatoria inmediata de la asamblea del partido de los bolcheviques, para cambiar el nombre y el programa del partido mismo.

El programa debe acoger las nuevas concepciones de Lenin, que él se ha formado desde 1914 en torno al imperialismo y al estado. El nombre del partido ya no sería el de "socialdemócrata" sino el de "comunista"; se trataba de un cambio de profundo significado simbólico, pues "comunistas" se habían llamado Marx y Engels en 1848. El nombre de "socialdemócratas" se había vuelto típico de los partidos de la II Internacional, no revolucionaria. Desde ese momento en adelante, el partido de Lenin debería manifestar aun a través de su propio nombre el retorno al marxismo original de 1848, y el hecho de no tener nada en común con la "comprometida" socialdemocracia. Finalmente, la tesis décima exigía la renovación de la Internacional.

Mucho esfuerzo le costó a Lenin imponer ese programa al partido, y lo hizo contra la oposición de los viejos bolcheviques del

¹ V. I. Lenin, *Tareas del proletariado en la actual revolución*, en *Obras*, vol. xxiv, pp. 12-13.

² *Ibid.*, p. 13.

tipo de Kámenev. Éste pensaba que un partido obrero socialista, en caso de tomar el poder sin recurrir a ninguna coalición y con la oposición de todos los demás partidos y tendencias, no puede realizar sino una revolución socialista. Lenin consideraba aventurado, de conformidad con la doctrina seguida por los bolcheviques hasta entonces, la posibilidad de lanzarse sin más a la revolución socialista en Rusia, país agrario. Y rechazaba de la manera más absoluta el propósito de introducción del socialismo en Rusia. Contra Kámenev, sostenía que la dictadura revolucionaria y democrática de los obreros y campesinos, en realidad, ya estaba en los consejos, y no en una futura y enigmática coalición de los llamados partidos democráticos. Que la verdadera consigna bolchevique sea entonces: "¡Todo el poder a los consejos!"

Por otro lado, los temores de los viejos bolcheviques no eran infundados, y es significativo que justamente entonces Trotski se haya unido al partido bolchevique. Trotski veía la situación del mismo modo que Kámenev, pero infería de ello consecuencias opuestas: pensaba que Lenin preparaba muy decididamente la segunda revolución, para la cual los bolcheviques debían asumir el poder solos, descartando a todos los pequeñoburgueses demócratas y agrarios. Pensaba que esa preparación correspondía en realidad al objetivo socialista, y no importaba qué fórmulas utilizara Lenin en sus tesis. Lenin no estaba de acuerdo con Trotski en las palabras, pero sí en los hechos: así, este último pudo volverse bolchevique en el verano de 1917. Y al hacerlo no abandonó en lo más mínimo sus convicciones fundamentales, sino que vio en la táctica leninista de marzo de 1917 un acercamiento a sus propias doctrinas.

Trotski no llevó consigo a los bolcheviques una cantidad notable de adherentes pero, en cambio, aportó su propia personalidad revolucionaria, que pudo desarrollarse tan brillantemente en los críticos tiempos que estaban por llegar. Cuanto mayor era la oposición hallada por Lenin en los jefes del viejo bolchevismo, más se aproximaba a Trotski, en cuya irreductible fuerza activa veía el mejor apoyo para sí mismo. En ese entonces, Stalin no era todavía más que un funcionario bolchevique de absoluto segundo plano. La actividad revolucionaria común de Lenin y de Trotski, por el momento, hizo pasar a un segundo plano la diferencia de opiniones teóricas existentes entre el bolchevismo y el trotskismo.

En mayo de 1917, el gobierno liberal burgués, que había tomado el poder en marzo, estaba ya en el final de sus propios recursos. Durante esos meses se comprobó qué débil era en Rusia el liberalismo burgués. En Europa central y occidental, la sociedad burguesa se había desarrollado orgánicamente en el curso de siglos:

ella estaba ligada con infinidad de hilos a las clases medias y, en general, a las masas populares. Pero en Rusia la burguesía estaba artificiosamente injertada en el tronco de la sociedad, y se mostraba ajena a las masas. En Rusia, el campesino y el pequeñoburgués, mientras permanecían sumisos y obedientes, eran fieles al zar; si luego se les despertaba la conciencia de sí mismos, se volvían "rojos" y revolucionarios. Nunca liberales.

En 1917, entonces, el liberalismo burgués constituía en Rusia una mísera minoría del pueblo. No había llegado al poder político en virtud de su fuerza propia, sino sólo en cuanto los demócratas y los socialistas, por apego a la teoría de la revolución burguesa, querían también un gobierno burgués. La tregua interna, acordada al gobierno por el soviét de San Petersburgo, no servía para nada, pues el liberalismo ruso, tal como lo había predicho con justeza Lenin, era incapaz de satisfacer exigencia alguna de las masas. Sobre todo la cuestión de la paz llevaba a protestas cada vez más agrias contra el ministro, de parte de los obreros y de los soldados: si el gobierno pretendía la continuación de la guerra por todos los medios con el fin de conquistar territorios, las masas estaban atormentadas por la nostalgia de la paz.

En mayo, la crisis gubernamental, que se estaba incubando llegó a su fase aguda: los soviets se encontraron ante la cuestión de asumir el poder o dejar de hacerlo. El período liberal de la revolución había terminado: ahora empuñaba el timón la democracia. Los social-revolucionarios, como partido representante de los campesinos y los soldados, dejaron la política de abstención y entraron en el gobierno. Se presentaba un problema: sus aliados en los soviets, los mencheviques, ¿aceptarían ministerios también?

Toda la tradición menchevique desde 1905 estaba contra la participación en el gobierno; pero también en mayo se habían decidido a no romper aquella alianza con los social-revolucionarios celebrada al comienzo de la revolución. Los mencheviques, junto con los social-revolucionarios, tenían por todos lados la mayoría dentro de los soviets: juntos, ambos partidos representaban en aquel tiempo el pensamiento del soviets, es decir, la democracia rusa. Y así, los mencheviques consideraron que era un deber representar a la causa popular, en las nuevas condiciones, aun dentro del gobierno.

En relación con 1905, mayo de 1917 trajo consigo un mundo dado vuelta: ahora los mencheviques formaban parte de la coalición democrática de gobierno, y los bolcheviques quedaban fuera de ella. Era una desafortunada resolución de los mencheviques, que decidiría el destino de ese partido: efectivamente, se veía con claridad que, dadas las relaciones entre las fuerzas de la futura coa-

lición, los social-revolucionarios tendrían los hilos de la misma. Los mencheviques estaban ligados a la táctica de los *narodniki*; podían vencer con ellos, pero también con ellos naufragar. Los bolcheviques hacían siempre una política nacional que se refería a toda Rusia; los mencheviques, sólo una política obrera, de la cual podían sacar muy poca fuerza, dadas las especiales condiciones rusas. Así, en una coalición democrática, los bolcheviques hubieran podido fortalecerse, mientras los mencheviques quedarían comprometidos en la caída junto a los social-revolucionarios. Si los mencheviques no hubieran entrado en mayo al gobierno, en octubre no habrían sido un partido desgastado. Es significativo que el hombre más notable entre los mencheviques, Mártoff, no aprobara la política de gobierno de su propio partido. A la cabeza del pequeño grupo disidente de los mencheviques internacionalistas, Mártoff tomó en 1917 una especie de posición intermedia entre el gobierno y los bolcheviques, pero sin llegar a ejercer un influjo que fuera notable sobre las masas.

Aun luego de la reorganización del gabinete, en mayo de 1917, un cierto número de miembros liberales del gobierno permaneció en su propio lugar. De esa manera, Rusia, formalmente, hasta octubre se hallaba gobernada por una coalición de liberales, social-revolucionarios y mencheviques. No es éste el lugar para seguir todos los desplazamientos de personas y grupos en el seno del gobierno de coalición, entre mayo y octubre: el poder político estaba decididamente en manos de los ministros social-revolucionarios, con Kérenski a la cabeza.

Este medio año llevó al movimiento de los *narodniki* a una espantosa bancarrota política, y mostró que las múltiples críticas hechas en el pasado por los socialistas rusos a los "populares nacionales" estaban hasta demasiado justificadas. Es cierto que ese movimiento podía producir campeones heroicos, pero, en cuanto llegados al poder, su confuso romanticismo se rompía en el contacto con la realidad, y ellos quedaban atrapados en las redes de la guerra imperialista. Ya la actitud tomada ante la cuestión de la guerra era de por sí discutible: los *narodniki* apoyaron la paz general, pero rechazando la paz por separado.

Acaso se hubiera podido inducir a los soldados rusos a que mantuvieran todavía por un tiempo sus propias posiciones contra los ataques del comando supremo alemán, para proteger así la revolución rusa ante Guillermo II. Pero el gobierno de Kerenski se dejó persuadir por los representantes de la Entente y por los viejos generales zaristas en cuanto a que la república rusa mostrara su propia fuerza con una ofensiva militar. Dadas las condiciones de

espíritu de los soldados rusos en ese momento, la decisión de la ofensiva de julio contra los alemanes y austriacos era un formidable error psicológico, comparable por la gravedad de sus consecuencias sólo a la decisión de los almirantes alemanes cuando lanzaron una vez más su flota contra Inglaterra, en octubre de 1918. Con la preparación y la ejecución de la ofensiva de julio, el gobierno de Kerenski agotó su propia fuerza moral: la ofensiva, luego de algunos éxitos iniciales, fracasó por completo, dejando tras de sí en el sector ruso política y militarmente un montón de ruinas.

Además la política interna de Kerenski no llevaba a frutos mejores que los de su política para la paz: los social-revolucionarios en el poder no lograban decidirse a resolver rápidamente el problema de la tierra. Los campesinos esperaban de un mes para otro, inútilmente, que las propiedades fueran confiscadas; y de idéntica manera, los obreros esperaban leyes capaces de conjurar el hambre y la crisis económica. Los social-revolucionarios, que no sabían resolver las cuestiones urgentes y cotidianas, se dejaron arrastrar además a un increíble error: el aplazamiento de la convocatoria de la asamblea nacional de todas las Rusias. Ellos no temían una derrota electoral sino, más bien, una victoria demasiado grande: en ese entonces, los votos parlamentarios hubieran dado una clara mayoría a los social-revolucionarios y, entonces, el partido, apoyado por la voluntad del pueblo, tendría que gobernar y actuar por sí solo. El partido, justamente, temía esta posibilidad.

En lugar de celebrar elecciones para formar la asamblea nacional, el gobierno estableció conferencias de todo tipo, parlamentos provisionales y demás. Así, junto a los delegados de los soviets se reunía la mayor cantidad posible de representantes nombrados por las organizaciones burguesas: esos productos artificiosos, que no tenían la menor autoridad, debían fortalecer al gobierno de coalición. Los social-revolucionarios seguían en la coalición con los liberales, aunque la debilidad de estos últimos fuera notoria a los ojos de todos: así se podía justificar la ineficacia del gobierno con las necesidades de la coalición misma. Pero había algo mucho más importante que todas esas reuniones: el congreso de los consejos de todas las Rusias, compuesto por delegados de todos los consejos de obreros, soldados y campesinos. Una comisión que asumía el cargo de comité ejecutivo estaba en reunión permanente. Los social-revolucionarios tenían también, en la primavera y el verano de 1917, el absoluto dominio de esta institución.

En el frente, la política de la ofensiva fortaleció la autoridad de los oficiales zaristas: detrás de la consigna de la disciplina los soldados radicalizados eran sometidos a control, y aun se llegó

a fusilarlos. Los viejos oficiales pronto volvieron a sentirse tan seguros que el general Kornílov hasta pudo intentar un golpe de estado contrarrevolucionario. Su aventura se quebró contra la oposición cerrada de los consejos, y entonces la disolución del ejército siguió fatalmente su curso. Los soldados sintieron que la revuelta de Kornílov había sido posibilitada por la política de Kerenski, y perdieron la confianza en un gobierno que prolongaba la guerra. En el campo, la impaciencia de los campesinos llevaba a un creciente estado de inquietud: también ellos empezaron a identificar al gobierno de Kerenski con los propietarios de tierras y a alejarse de los viejos jefes social revolucionarios.

Así, el gobierno de Kerenski socavó él mismo el terreno en que debía afirmarse. ¿Era realmente necesario un desarrollo tal? Luego de la caída del zarismo, de los terratenientes y de la alta burguesía, Rusia exigía una república democrática de campesinos, no un gobierno obrero socialista. El avance de la revolución hubiera sido absolutamente incompatible con una constitución parlamentaria y con la conservación de la propiedad privada burguesa. Si los social-revolucionarios en el gobierno hubiesen hecho elegir a tiempo la asamblea nacional, se habrían dado una autoridad real: es necesario no olvidar nunca que la rebelión bolchevique de octubre ya no se lanzaba contra un gobierno democrático-parlamentario constituido legalmente, sino contra gobernantes que se habían elegido a sí mismos y que, hasta el momento, habían impedido la reunión del parlamento. La consigna del movimiento bolchevique no era "dictadura del proletariado contra la democracia", sino justamente la opuesta: "democracia contra gobernantes autocráticos".

Por fin Kerenski se decidió a realizar elecciones para la asamblea nacional: pero ya era demasiado tarde. Si en el verano de 1917 los social-revolucionarios hubieran tenido a sus espaldas una asamblea nacional con reuniones periódicas, si hubieran hecho votar por el parlamento de todas las Rusias la expropiación de los latifundios, acaso entonces se habrían podido mantener en el poder; y entonces quizás también el frente se hubiera podido mantener en la defensiva durante el invierno de 1917-18.

Pero así, los fracasos de los social-revolucionarios llevaban a la necesidad de que los bolcheviques fueran los encargados de cumplir el programa de la revolución del pueblo ruso. Desde el verano de 1917 se veía claramente que la revolución rusa no podía ser dirigida sino por los *narodniki* o los bolcheviques: no había un tercer competidor serio, porque ni los liberales, ni los mencheviques, ni otro grupo cualquiera gozaban, en virtud de su propia historia y de su propio programa, del ascendiente necesario para

una tarea de tales dimensiones. Después del fracaso de los social-revolucionarios, fueron los bolcheviques quienes salvaron la revolución rusa. Si en el otoño de 1917 aun Lenin hubiera naufragado, Rusia habría visto no una tranquila evolución democrática, sino un espantoso caos anárquico: las masas inmensas del pueblo ruso estaban ya lanzadas; los campesinos no querían soportar más a los propietarios; los soldados, a los oficiales; los obreros, a los capitalistas. Ninguna fuerza del mundo hubiera podido frenarlos en su ciega rabia, una vez rota la histórica autoridad de los social-revolucionarios.

El caos salvaje habría desembocado luego de cierto tiempo en el descalabro de Rusia, en los *progrom* y en el terror blanco. Los bolcheviques han preservado al pueblo ruso de todas estas posibles derivaciones; y así, a pesar de todos sus experimentos y de todos sus errores, salvaron a la revolución. Pero no fueron los bolcheviques quienes hicieron la revolución rusa: Lenin y Trotski advirtieron, digamos, que a las doce hubiera estallado la gran revolución anarquista. Entonces, cinco minutos antes de las doce, ellos proclamaron la sublevación bolchevique, creando de esa manera la sensación de que el inaudito acontecimiento de las doce había sucedido en razón de sus órdenes: así fue como ganaron la autoridad necesaria para empezar a gobernar Rusia.

En julio, el partido de los bolcheviques, reclamó la atención de las masas con su lucha encarnizada contra la ofensiva de Kérenski. En San Petersburgo, el partido celebraba manifestaciones contra el gobierno; pero Kérenski, que todavía era el más fuerte, mandó tropas de confianza a la capital y denunció a los bolcheviques como enemigos de la revolución rusa y como agentes de Alemania, iniciando una dura persecución. Los periódicos bolcheviques fueron clausurados y los funcionarios del partido, arrestados. Trotski fue a la cárcel, y Lenin debió ocultarse en la ilegalidad.

Pero justamente en cuanto los otros partidos y las demás tendencias de Rusia perseguían encarnizadamente a los bolcheviques, Lenin apareció pronto ante los ojos de las masas como la única fuerza real que podía oponerse al gobierno. Cuanto más Kérenski, los social-revolucionarios, los mencheviques, faltaban a sus promesas, más se esparcía entre las masas la convicción de que Lenin tenía razón. Cuando Kornílov intentó su revuelta militar, Lenin, sin tener en cuenta cuanto había sucedido, proclamó la defensa del gobierno contra los generales blancos. Los marinos de Cronsadt, un cuerpo escogido de tropas bolcheviques, llegaron a San Petersburgo para proteger al gobierno de Kérenski contra Kornílov: así, los bolcheviques aparecieron sin más como defensores

de la revolución, y recuperaron en parte el reconocimiento legal. Trotski fue liberado, pero Lenin debió permanecer todavía oculto en Finlandia.

Septiembre mostró el cambio del estado de ánimo popular: en San Petersburgo, Moscú y muchas ciudades de provincia los bolcheviques conquistaron la mayoría en los soviets; sectores cada vez más vastos de las tropas se les unieron. Los regimientos con que Kerenski había ocupado San Petersburgo en julio, ya desde mucho tiempo atrás se habían pasado a los bolcheviques. En las campañas, el descontento de los campesinos contra el gobierno dominante crecía semana tras semana. Exteriormente, todo estaba aún tranquilo: pero Lenin comprendía que el poder lo aguardaba.

En agosto y septiembre de 1917, escribió su famoso libro *El estado y la revolución*:³ allí, una vez más, sostenía su propia doctrina sobre los consejos y la comuna. Al mismo tiempo, le interesaba profundamente la tremenda crisis económica que oprimía entonces a Rusia: la escasez, la crisis de los transportes, la ruina de las fábricas —todos desastres que el zarismo había dejado como herencia a la república—, se habían vuelto aún más graves a partir de marzo. También durante septiembre, Lenin escribió el opúsculo *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*.⁴ Este fue el programa económico de los bolcheviques en la vigilia de la toma del poder.

En este escrito Lenin considera la situación económica rusa con espíritu quizás de excesiva agitación y de excesivo optimismo. Remite los males que sufre Rusia especialmente al “sabotaje” de la clase de los empresarios. Es cierto que ese sabotaje no dejaba de aparecer ante la radicalización de la revolución: pero Lenin exageraba la importancia de la mala voluntad de los capitalistas y disminuía los factores objetivos que llevaban al desastre económico ruso. Así, podía mostrar su persuasión de que un severo control sobre la producción, ejercido por las masas, haría imposibles los acaparamientos capitalistas y ayudaría a que Rusia volviera a vivir condiciones soportables.

Lenin proclama en primer lugar cinco mandamientos “democrático-revolucionarios”:

- 1] Fusión de todos los bancos en un banco único y control por el estado de sus operaciones, o nacionalización de los bancos.
- 2] Nacionalización de los consorcios capitalistas, es decir, de las aso-

³ V. I. Lenin, *El estado y la revolución*, en *Obras*, vol. xxv, pp. 371-487.

⁴ V. I. Lenin, *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*, en *Obras*, vol. xxv, pp. 309-356.

ciaciones monopolistas más importantes de los capitalistas (consorcio del azúcar, del petróleo, del carbón, metalúrgico, etcétera).

3] Abolición del secreto comercial.

4] Agrupación obligatoria (es decir, agrupación obligatoria) de los industriales, los comerciantes y los patronos en general.

5] Organización obligatoria de la población en cooperativas de consumo o fomento y fiscalización de estas organizaciones.⁵

En cuanto a la nacionalización de los bancos, Lenin dice:

Si se confunde con tanta frecuencia la nacionalización de los bancos con la confiscación de los bienes privados, la culpa la tiene la prensa burguesa, que propala esa confusión para engañar al público. La propiedad sobre los capitales con que operan los bancos y que se concentran en ellos se acredita por medio de certificados impresos o manuscritos, a los que se da el nombre de acciones, obligaciones, letras de cambio, recibos, etc. Con la nacionalización de los bancos, es decir, con la fusión de todos los bancos en un solo banco del estado, no se anularía ni modificaría ninguno de esos certificados. Quien poseyese quince rublos en su libreta de ahorros seguiría poseyendo los mismos quince rublos después de implantada la nacionalización de los bancos, y quien poseyese quince millones seguiría poseyéndolos, aun después de tomada esa medida, en forma de acciones, obligaciones, letras de cambio, resguardos de mercancías, etcétera.⁶

Un poco más adelante, Lenin agrega, sobre el mismo tema:

La nacionalización de los bancos reportaría enormes ventajas a todo el pueblo, y particularmente no a los obreros (pues los obreros poco tienen que ver con los bancos), sino a la masa de campesinos e industriales modestos. El ahorro de trabajo que ello representaría sería gigantesco, y suponiendo que el estado conservase el mismo número de empleados de banca que hasta aquí, se habría dado un gran paso en el sentido de universalizar el uso de los bancos, multiplicar sus sucursales, hacer más accesibles sus operaciones, etc., etc. Serían precisamente los pequeños propietarios, los campesinos, quienes podrían obtener créditos en condiciones muchísimo más fáciles y accesibles.⁷

Lenin estaba, por entonces, todavía muy lejos del pensamiento de la abolición de la propiedad privada: ya lo vemos. El programa bolchevique, en vísperas de la revolución de octubre, aún comprende la "facilitación del crédito para los pequeños propietarios". Se trata hasta de un programa pequeñoburgués. Como ejemplo

⁵ *Ibid.*, p. 319.

⁶ *Ibid.*, p. 320.

⁷ *Ibid.*, p. 322.

para la nacionalización de los trust, Lenin cita el caso de la industria del petróleo y, entre otras cosas, dice:

Fijémonos en la industria del petróleo. Esta industria ha sido ya "socializada" en escala gigantesca por el desarrollo anterior del capitalismo. Dos o tres reyes del petróleo manejan millones y cientos de millones, dedicándose a cortar cupones y a embolsarse beneficios fabulosos de un "negocio" que ya hoy está, de hecho, técnica y socialmente organizado en escala nacional y es dirigido ya por cientos y miles de empleados, ingenieros, etc. [...] Para hacer algo serio, hay que pasar de la burocracia a la democracia, y hay que pasar por procedimientos verdaderamente revolucionarios, es decir, declarando la guerra a los reyes del petróleo y a los accionistas, decretando la confiscación de los bienes y el encarcelamiento contra todo el que postergue la nacionalización de la industria del petróleo, oculte los ingresos o falsee los balances, sabotee la producción o no adopte las medidas conducentes a elevarla. Hay que apelar a la iniciativa de los obreros y los empleados, convocarlos a ellos inmediatamente a conferencias y congresos y poner en sus manos una determinada parte de los beneficios, a condición de que se hagan cargo del control en todos sus aspectos y velen por el aumento de la producción.⁸

Por lo tanto, hasta los "reyes del petróleo" no deben ser expropiados por principio, sino sólo en cuanto cumplan actos de sabotaje contra la producción y su control. Respecto de la reunión de las industrias en cartels obligatorios, Lenin cita directamente la administración alemana de guerra. Y dice:

Repetimos una vez más que, de por sí, esta sindicación no altera en lo más mínimo las relaciones de propiedad ni priva de un solo *kopek* a ningún propietario. Hay que subrayar con fuerza esta circunstancia, pues la prensa burguesa no cesa de "asustar" a los pequeños y medianos propietarios diciéndoles que los socialistas, en general, y los bolcheviques, en particular, quieren "expropiarlos"; esta afirmación es una mentira a sabiendas, ya que los socialistas, aun en el caso de una revolución socialista completa, no expropiarán a los pequeños campesinos, pues no quieren ni pueden hacerlo. Nosotros hablamos únicamente de las medidas inmediatas y más urgentes, ya aplicadas en la Europa occidental y que una democracia medianamente consecuente habría adoptado también en Rusia sin demora, para conjurar la inminente catástrofe que nos amenaza.⁹

Todas las medidas propuestas por Lenin en el citado opúsculo son radical-democráticas y según el capitalismo de estado, es decir, absolutamente no comunistas. En la espantosa miseria en que se debate Rusia, las masas de obreros y de empleados deben dedicarse activamente al control sobre la producción, deben saber con pre-

⁸ *Ibid.*, pp. 326-327.

⁹ *Ibid.*, p. 335.

cisión que sucede en sus fábricas, en sus bancos, etc., impidiendo que los intereses colectivos resulten perjudicados. Desde arriba, el estado debe centralizar cada una de las industrias y también los bancos, para obligar a que unas y otros cumplan un trabajo racional. Un capitalismo de estado centralizador y de esas características ya sería un paso hacia el socialismo.

Además, el mismo socialismo es definido por Lenin de manera en extremo moderada: “[...] el socialismo no es más que el paso siguiente al monopolio capitalista de estado”.¹⁰ O también: “[...] el socialismo no es más que el monopolio capitalista de estado puesto al servicio de todo el pueblo y que, por ello, ha dejado de ser monopolio capitalista”.

Entonces, Lenin no quería la abolición de la propiedad privada en Rusia, no quería la expropiación del sector medio, sino sólo la concentración de la economía nacional, para el bien del pueblo, según un programa de capitalismo de estado. Con este programa económico de Lenin, en aquel tiempo, hubieran podido declararse solidarios aun hombres políticos de las izquierdas burguesas de Europa central y occidental. Y si el programa no hubiera estado ligado a una democracia política desenfrenada y al dominio ilimitado de la masa pobre armada, hasta en la misma Rusia esos sectores lo hubiesen aceptado. Lenin no se diferenció de todos los otros partidos rusos en razón del control sobre la producción y del capitalismo de estado, sino en virtud de las consignas: “¡El poder a los consejos!” y “¡La tierra para los campesinos y la inmediata terminación de la guerra imperialista!”

Lenin se lanzó a la revolución de octubre todavía con la mejor voluntad de realizar en Rusia sólo la revolución burguesa, aunque de manera radical y consecuente. Pero las masas, rápidamente, en el proceso de la revolución, se mostraron como las más fuertes. Y ellas pasaron a la orden del día, superando la teoría económica bolchevique, tal como Kámenev lo temía y como Trotski lo esperaba.

¹⁰ *Ibid.*, p. 348.

6. LA TOMA DEL PODER POR LOS BOLCHEVIQUES Y EL COMUNISMO DE GUERRA (DE 1917 A 1922)

Desde septiembre de 1917 Lenin alimentaba la persuasión de que el partido bolchevique llegaría al poder por medio de la revolución. Sobre todo en octubre, desde su escondrijo de Finlandia, apabulló a la dirección central del partido en San Petersburgo, con cartas y artículos: allí exigía la sublevación, considerando con exactitud cada posibilidad y ofreciendo la solución apropiada para cada dificultad. Esos escritos de Lenin son únicos en su mezcla de ardiente pasión y fría reflexión. Se veía con claridad que la preocupación de Lenin era la posibilidad de un caos anárquico como ocaso del gobierno de Kerenski: entonces el momento justo hubiera pasado ya para los bolcheviques, que no habrían podido reconquistar la ventaja perdida.

En las fracciones del partido, el grupo Zinóviev-Kámenev se mostraba contrario a la insurrección: es que seguían vislumbrando como consecuencia de ella un aislamiento de los bolcheviques y cierta aventura socialista de catastrófico final. Pero Lenin, con la ayuda de Trotski, impuso su propia opinión. El 10 (23) de octubre, ante la presencia de Lenin, se realizó la decisiva sesión secreta de la dirección central del partido. Con todos los votos a favor menos dos, se adoptó una resolución por la cual el único medio para salvar la revolución, y también a Rusia, sería la sublevación, destinada a transmitir todo el poder a manos de los soviets. Así, el partido tuvo las manos atadas.

El 25 de octubre de acuerdo con el calendario ruso (7 de noviembre para el europeo) debía reunirse en San Petersburgo el congreso de los consejos de todas las Rusias: debido al cambio de votos respecto de los del verano, existía la posibilidad de que los bolcheviques obtuvieran en este congreso la mayoría. Si el congreso decidía que toda la autoridad pasara a los consejos, entonces también habría debido asumir el poder, es decir, derribar al gobierno de Kerenski. Ésta es la razón por la cual el 25 de octubre se convertía en la jornada decisiva: ella debía ser el día de la rebelión.

Los dos sectores tomaron sus respectivas medidas para tener ese día la superioridad militar en las calles de San Petersburgo. Los

regimientos allí instalados, en general eran partidarios de los bolcheviques; entonces el gobierno dispuso que la mayor parte de las tropas partiera hacia el frente. Si el alejamiento de la guarnición hubiera prosperado, el gobierno habría podido disolver ese día el congreso de los consejos con un puñado de tropas de asalto formadas por oficiales. Pero, con la instigación de los bolcheviques, las tropas se negaron a marchar.

El soviet de la ciudad, que estaba totalmente sometido a la influencia bolchevique, constituyó un comité revolucionario militar, y todas las tropas de la capital declararon que en el futuro sólo obedecerían a dicho comité, ya no al Estado mayor. La fuerza de impulso del comité revolucionario militar estaba representada por Trotski; y con esa resolución de las tropas, la revolución hubiera vencido en la capital aun antes de que se disparara un solo tiro. El 24 de octubre, el comité revolucionario militar ocupó la central telefónica de San Petersburgo, y a la noche siguiente se produjo la ocupación de otros edificios públicos. El 25 fue tomado el palacio de invierno, sede del gobierno; los ministros resultaron apresados y Kérenski logró huir. Al mismo tiempo, según el programa prestablecido, se reunió el congreso de los consejos de todas las Rusias, y cuando se anunció la ocupación del palacio de invierno, la minoría partidaria del gobierno abandonó la sala. La mayoría proclamó la toma de posesión del gobierno por los consejos, de acuerdo con la tesis bolchevique.

Kerenski trató de reunir tropas ante San Petersburgo, para marchar con ellas al asalto de la capital. Pero sufrió una derrota absoluta, y se refugió en el extranjero. En pocas semanas, las tropas, las ciudades y las poblaciones campesinas rusas se pasaron en su integridad del lado de los bolcheviques: allí donde surgían oposiciones a la revolución, se las derrotaba con leve esfuerzo. Hay un hecho importante para destacar: la revolución bolchevique podía apoyarse en la única representación popular existente por entonces en Rusia, es decir, en el congreso de los consejos, que había sido elegido verdaderamente por las masas. En cambio, las tan variadas comisiones artificiosamente reunidas por Kerenski no tenían base alguna en el pueblo. Al final de su gobierno, Kerenski se había decidido a convocar las elecciones para la asamblea nacional, pero dichas elecciones se celebraron sólo a la par de la revolución bolchevique. En el momento crítico, entonces, la asamblea no existía.

El grupo Kámenev-Zinóviev se opuso hasta el último momento al estallido de la revolución: y aun después de la victoria siguió mostrándose pesimista. El 4 (17) de noviembre, Zinóviev y Ká-

menev salieron de la dirección central del partido, con el fin de poder expresar con libertad sus opiniones. Ellos exigían que los bolcheviques ofrecieran inmediatamente un compromiso a los social-revolucionarios y a los mencheviques, para constituir así un gobierno formado por todos los partidos soviéticos. Esta tendencia fue apoyada aun por una cierta cantidad de viejos bolcheviques. Hasta Losovski la defendió en una carta abierta. Aparece de todas maneras destacable que los dos futuros presidentes de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja, Zinóviev y Losovski, al estallar la revolución consideraran que ella era justamente una insensata aventura. Sin embargo, la propaganda de ellos mismos se basaría luego íntegramente en la revolución de octubre.

El 4 (17) de noviembre, la situación todavía no se había aclarado: aún no se sabía bien cómo sería acogida la revolución en el frente y en las provincias. Una huelga general de los empleados vino a paralizar la acción de los gobernantes bolcheviques. Partidos enteros y grupos políticos rusos se habían declarado adversos a la revuelta bolchevique y, además de ello, hasta un fuerte grupo dentro de la misma dirección del partido se unió a los opositores. La situación parecía desesperante; pero Lenin y Trotski no retrocedieron un solo paso.

El día 7 (20) de noviembre, *Pravda* publicó una memorable proclama, redactada por Lenin mismo. En ella se leía:

Avergüencense, pues, todos los que no tienen fe, todos los que vacilan, todos los que dudan, todos los que se han dejado intimidar por la burguesía o influir por los gritos de sus cómplices directos o indirectos. Entre las masas de obreros y soldados de Petrogrado, de Moscú, de otras partes, no hay sombra de vacilación. ¡Unánime y firme como un solo hombre, nuestro partido monta guardia en torno al poder de los soviet, en torno a los intereses de todos los trabajadores, de los obreros y campesinos pobres en primer término!¹

La situación se aclaró rápidamente. Se vio qué vasta había sido la victoria bolchevique en el campo. La huelga de los empleados fracasó, y aun el grupo Kámenev-Zinóviev volvió a las filas del partido. La actitud de los dos jefes de grupo durante aquellas críticas semanas demostró una vez más la solidez con que la tesis de la dictadura democrática de obreros y campesinos se había radicado en el partido bolchevique. Aquellos viejos bolcheviques podían imaginar a la revolución rusa sólo como una subversión democrá-

¹ V. I. Lenin, *Del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique)*, en *Obras*, vol. xxvi, p. 288.

tico-burguesa, a realizar mediante la coalición de todos los partidos democráticos y socialistas. Y en nombre de esta teoría se rebelaron contra Lenin, justamente en las más graves semanas de la historia bolchevique.

Después de este episodio, Lenin, con admirable objetividad, confió nuevamente las tareas más importantes a Zinóviev y a Kámenev. Y no les reprochó las incertidumbres en que habían incurrido durante la revolución. De la misma manera había dado por terminada la añeja disputa con Trotski, cuando éste se puso a disposición de su política.

El movimiento bolchevique fue transportado en esos días por una ola de simpatía: el hecho impidió también su aislamiento político. Los social-revolucionarios, principales enemigos del bolchevismo, se dividieron, y el nuevo partido de los social-revolucionarios de izquierda dio los más importantes servicios a la Rusia de los soviets en el primer semestre de su existencia. Tal como lo anotamos antes, las masas campesinas habían sido desilusionadas amargamente por el gobierno de Kerenski. Esas masas esperaban que un gobierno de social-revolucionarios echara de las tierras a los propietarios: en cambio, debieron asistir al hecho de que los ministros social-revolucionarios, con la ayuda de la fuerza constituida, protegieran a los propietarios mismos.

Los dirigentes social-revolucionarios locales de los campesinos se rebelaron contra la dirección del partido y, pronto, aun notables funcionarios se unieron a la oposición. Así, durante la revuelta bolchevique, los social-revolucionarios se escindió en un ala derecha, que seguía fiel a Kerenski, y un ala izquierda, que exigía la expulsión de los propietarios y el tránsito de los consejos al poder. El 25 de octubre (7 de noviembre), el congreso de los consejos de todas las Rusias debía tomar posición ante la revuelta: entonces, los social-revolucionarios de derecha y los mencheviques abandonaron la sala. Pero los de izquierda se quedaron con los bolcheviques, y contribuyeron a la constitución del poder de los soviets. Luego, algunos jefes de los social-revolucionarios de izquierda formaron parte del consejo de los comisarios del pueblo, en el nuevo gobierno de la revolución. Sólo en razón de la paz de Brest-Litovsk los social-revolucionarios de izquierda salieron de la coalición con los bolcheviques e iniciaron contra ellos una oposición implacable.

Así, Lenin, en los primeros meses del poder soviético, pudo realizar por lo menos su propio viejo programa, y establecer una alianza con un partido de campesinos democrático-revolucionario y no chovinista. Durante los meses de julio a octubre de 1917, las

masas de obreros y de soldados rusos se pasaron sin más a los bolcheviques; mientras tanto, la mayor parte de los campesinos siguió siendo social-revolucionaria, volviéndose, de amiga del gobierno, como era, en ferozmente enemiga de aquél.

En verdad, cuando poco antes de la revolución de octubre cada uno de los partidos presentó su propia lista de candidatos para la elección de la asamblea nacional, los social-revolucionarios todavía no estaban divididos. Social-revolucionarios de derecha y de izquierda, amigos de Kérenski y amigos de Lenin, todos convivían pacíficamente en la misma lista: así, las elecciones para la asamblea constituyente llevaron a un resultado singular. Kérenski, aun perdiendo todo apoyo de la masa popular, obtuvo la mayoría de los votos: de los 36 millones de votos recogidos, los bolcheviques tuvieron 9 millones, los mencheviques, 700 000, sin contar el Cáucaso, y 1 400 000 con esa región donde, en Georgia, gozaban de mayor popularidad; finalmente, los social-revolucionarios consiguieron 21 millones, y los distintos partidos burgueses, 5 millones.

La gran masa de campesinos que había dado su voto a los social-revolucionarios se proponía con ello un apoyo a la expropiación de las tierras, y no a Kérenski; pero a la cabeza de las listas de los social-revolucionarios, casi por todos lados estaban los partidarios de Kérenski que, así, obtuvieron sus propios mandatos. En enero de 1918 se reunió la asamblea nacional; entonces Lenin se mostraba decidido a combatirla porque no quería dejarse arrebatar el fruto de una revolución victoriosa por una mayoría parlamentaria que no tenía en lo más mínimo detrás suyo a la mayoría del pueblo.

El gobierno de los soviets exigía de la asamblea nacional el reconocimiento de la revolución de octubre, del nuevo gobierno y de su programa: y como la mayoría de la asamblea se negó a hacerlo, bolcheviques y social-revolucionarios de izquierda abandonaron la sala. El comité central ejecutivo, es decir, la representación permanente del congreso de consejos de todas las Rusias, decidió por lo tanto que la asamblea nacional quedara disuelta. El parlamento, así cercenado, fue dispersado violentamente. Si Lenin hubiera celebrado en ese momento nuevas elecciones, el gobierno de los soviets, sin duda, habría obtenido una aplastante mayoría en todo el país. Pero no se llegó a esta situación: la nueva constitución rusa no incluyó la existencia de un parlamento, porque, según las ideas de Lenin y de los bolcheviques, los consejos eran la mejor forma de la democracia, y un parlamento particular hubiera sido algo superfluo junto al congreso de los consejos de todas las Rusias.

Antes de tomar el poder, los bolcheviques habían prometido a los rusos libertad y tierra, paz y pan: y ahora se pusieron a la obra, inmediatamente, para mantener sus propias promesas. El gobierno bolchevique dejó de lado a los viejos funcionarios y oficiales y, por todos lados, confió los puestos directivos a los consejos: así debía realizarse verdaderamente la libertad. El nuevo gobierno puso en vigor el control de los obreros sobre las industrias, para avivar la producción y para procurar a las ciudades los medios de sustento y los artículos de primera necesidad. Ofreció la paz a las potencias adversarias, y dio facultades a los campesinos para que se apoderaran de todas las tierras de los patrones. ¿Cómo se concretó ese programa del gobierno de los consejos?

En primer lugar, la idea de Lenin para el control sobre la producción se mostró irrealizable: los obreros armados, entusiasmados por su propia victoria, no se podían contener en los límites de una reforma tan moderada. Echaban de las fábricas a los directores y se apoderaban de la dirección. En todo y para todo se verificaban las profecías de Trotski. La revolución burguesa resultaba entonces sobrepasada por el impulso espontáneo de los obreros, en las ciudades y en los establecimientos industriales.

Sólo gradualmente Lenin se adaptó a este cambio. Todavía en la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado*,² aceptada por el congreso de los consejos rusos en enero de 1918, hallamos una fórmula de compromiso:

Se confirma la ley de los soviets sobre el control obrero y el Consejo Superior de Economía del Pueblo, con objeto de asegurar el poder del pueblo trabajador sobre los explotados y, como primera medida, para que las fábricas, talleres, minas, ferrocarriles y demás medios de producción y de transporte pasen por entero a ser propiedad del estado obrero y campesino.³

En el papel quedaba escrito entonces que debía darse un primer paso para la expropiación de los establecimientos industriales, mientras en realidad la expropiación era ya cosa cumplida. Sólo el 28 de junio (11 de julio) de 1918, apareció el decreto de nacionalización general de la gran industria. Cotejemos con esta circunstancia el hecho de que el decreto referido a la abolición de la propiedad terrateniente privada había salido ya el primer día de gobierno, 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917.

² V. I. Lenin, *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado*, en *Obras*, vol. xxvi, pp. 405-407.

³ *Ibid.*, p. 405.

En *Vida económica y reconstrucción económica en la Rusia de los soviets desde 1917 hasta 1920*, obra oficial, de Larin y Kritzmán, se dice:

A duras penas encontraríamos a alguien capaz de creer que la revolución en curso es una cosa artificiosa. A fines de 1917, en cuanto se despojó a la burguesía del poder político, la voluntad de clase del proletariado, no frenada ya por medios coercitivos, se expresó en una expulsión anárquica de los empresarios y en la toma de posesión de la dirección de las fábricas por los obreros. Consecuencia de ello fue necesariamente la disolución de las antiguas relaciones comerciales, y a menudo aun la clausura de las industrias. La gestión en manos de los obreros, y especialmente la ejercida de modo elemental sobre una base restringida por obreros de cada establecimiento, se mostró en general incapaz de dirigir a esos mismos establecimientos, porque esa aptitud se adquiere sólo con la práctica. El objetivo del poder soviético en el campo de la economía nacional consistía sobre todo en dar orden y unidad de programa al movimiento elemental de la masa proletaria y campesina.

Y los mismos autores escriben también:

La consigna del proletariado era el control sobre los empresarios, y en virtud de ese control debía impedirse que ellos emprendieran trabajo alguno sin previo acuerdo con los consejos de fábrica. La resolución de noviembre trató de llevar a efecto dicho programa. El decreto de constitución de los consejos obligaba a los empresarios a que instituyeran en todos los establecimientos el control de los obreros, pero a la vez ese control se mostró como una medida incompleta y, por lo tanto, irrealizable. El control obrero, tomado como consigna, significa que el poder del proletariado está creciendo pero que, al mismo tiempo, todavía no está maduro: entonces era la expresión de la debilidad del movimiento, aún no superada. Los empresarios no aceptaban seguir gestionando sus propios establecimientos con la única finalidad de enseñarles a los obreros la dirección de los mismos (y éste era precisamente el objetivo secreto del control obrero luego de la revolución de noviembre). Por su lado, los obreros, llenos de odio contra el capital, no se avenían a seguir voluntariamente como objetos de la explotación de los empresarios. Por todas estas razones, y a pesar de la falta de preparación, se llegó a dejar que los obreros se apoderaran de los establecimientos, aun allí donde nominalmente se trataba sólo de un control obrero.

De todas estas consideraciones resulta que no fueron los bolcheviques quienes expropiaron a los empresarios rusos, sino, espontáneamente, los obreros, contra el deseo de los bolcheviques mismos. Lenin no tuvo otra posibilidad que la legalización, a pesar suyo,

de cuanto habían hecho los obreros. El gobierno soviético, entonces, se dedicó a reunir a cada uno de los establecimientos expropiados, constituyendo órganos directivos para cada industria: así intentaba alcanzar una producción planificada.

Entonces surgieron inauditas dificultades. La situación económica del país, que ya era seria en 1917, se acercó a lo catastrófico en 1918-19. Cuando Rusia suscribió la paz por separado, la Entente dejó de facilitarle la vida económica: más aún, inició con su propia flota aquel bloqueo que dejó al país fuera del mundo. Y cuando en 1918 los alemanes ocuparon Ucrania, la Rusia de los soviets se vio sin el carbón de los campos del Donetz y sin el petróleo del Cáucaso. Debido a la falta de combustible y al estado de consunción de las máquinas, la mayor parte de las industrias rusas se precipitó en una decadencia completa: muchísimas fábricas quedaron inactivas, y los obreros retornaron a sus pueblos.

El estado de los medios de transporte era desesperante. El caos dominaba a lo largo del país. Una y otra cosa hicieron que los alimentos fueran llevados en cantidades insuficientes a las ciudades, cuyas poblaciones interiores, entre 1918 y 1920, padecieron tremendamente. La posesión de rublos papel, completamente depreciados, no daba a nadie la posibilidad de mejorar su condición de vida; así, se había desvanecido toda diferencia entre ricos y pobres, todo desnivel entre las distintas clases sociales. La igualdad de los hombres se había vuelto realidad en una especie de comunismo del hambre.

Lenin había expresado, especialmente en el otoño de 1917, esperanzas de una salvación económica: ninguna de ellas se verificaba. Y de ello no eran culpables ni Lenin ni su partido: se trataba de una consecuencia de la guerra mundial y de aquella otra, civil, aun aniquiladora, y que Rusia debió soportar luego de la primera.

En las campañas, la revolución bolchevique se halló ante cuatro clases: los latifundistas, los campesinos ricos (o sea, los *kulaks*), los pequeños campesinos y los peones agrarios. Desde la abolición del servilismo de la gleba, y especialmente desde la revolución de 1905, los propietarios habían vendido parte de sus tierras. Como compradores, aquellos campesinos con posibilidades de dinero fueron progresando; así, entre la nobleza y la masa de pequeños campesinos se fue constituyendo una clase de campesinos propietarios que, en los pueblos, ejercían también la usura. Las tierras administradas directamente por los propietarios, y también las propiedades de los ya citados campesinos ricos, ocupaban a los peones agrarios. La mayor parte de las tierras pertenecientes a los seño-

res no eran cultivadas directamente por los propietarios, sino que resultaban cedidas en arriendo a campesinos pobres. Y las condiciones de estos últimos aparecían como especialmente miserables, a causa de los sacrificios a que estaban expuestos por toda suerte de tasas e impuestos.

Los pequeños arrendatarios y los trabajadores de los campos se declararon en favor de la revolución social, mientras que los propietarios y los campesinos ricos se mostraban partidarios del orden existente. La revolución llevó a la expropiación absoluta de los propietarios, y también los campesinos ricos debieron ceder a la población pobre de las campañas una parte notable de sus propiedades. Así, aun los peones agrarios recibieron en general parte de la tierra; de las cuatro clases de la campaña, desaparecieron dos, y las dos que seguían en pie, los campesinos ricos y los pequeños arrendatarios, se asimilaron entre sí.

Hacia el año 1919 empezaron a mostrarse en toda Rusia los resultados de la revolución agraria: ya entonces se había constituido por todos lados una masa uniforme de pequeños propietarios de campos. Los campesinos sabían cuánto debían reconocer a la revolución bolchevique, y estaban listos para impedir aun con el sacrificio de sus propias vidas el retorno a las antiguas condiciones. Además, sólo con la ayuda voluntaria de la masa agraria era posible crear el ejército rojo y vencer a los generales de la contrarrevolución; pero en las cuestiones económicas, los campesinos mantenían su egoísmo. Ya habían soportado bastante hambre con el zar y durante la guerra: ahora querían comer hasta hartarse. Aceptaban llevar mercancías a las ciudades sólo luego de adecuadas compensaciones, mientras los pagos hechos en rublos de papel depreciados no los alentaban ni a la producción ni a la venta.

El gobierno soviético envió a las campañas todo cuanto de mercancías podía procurar la paralizada industria rusa, para ofrecer a los campesinos compensaciones por los productos alimenticios: pero, a pesar de ello, el abastecimiento de la ciudad siguió siendo insostenible. Para alimentar al ejército rojo y para dar por lo menos un poco de pan a los obreros, finalmente se recurrió a confiscaciones forzadas, y así el campesino dejó de estar contento con su nueva propiedad, a la que no podía explotar económicamente. Dado que no existían ni dinero serio ni libre comercio, el campesino no estaba en condiciones siquiera de valorizar sus propias superproducciones, que le eran quitadas en cuanto se las descubría. De 1918 a 1920, entonces, las ciudades y los campos, los obreros y los campesinos estaban unidos contra la contrarrevolución aristocrática: es cierto. Pero psicológica y económicamente se

hallaban en franca oposición, y el gobierno de los soviets no estaba en condiciones tampoco de llenar el abismo que dividía a unos y otros.

En cuanto tomaron el poder, los bolcheviques ofrecieron la paz a todas las naciones beligerantes. Pero la Entente no tomó siquiera en consideración las propuestas de los "traidores". En cambio, Alemania y Austria concluyeron de buena gana un armisticio con Rusia, e iniciaron las negociaciones de paz en Brest-Litovsk. Durante las tratativas, se mostró la impotencia militar de la Rusia de los soviets. El ejército, totalmente desmoralizado, se desbandó: los soldados campesinos se apresuraron a volver a sus pueblos, para no estar ausentes en la nueva subdivisión de las tierras.

El comando supremo alemán, que en esos tiempos ejercía el verdadero poder gubernativo, aprovechó sin contemplaciones la debilidad rusa: el país derrotado vio cómo se le imponía una paz que, a la larga, volvía imposible su propia existencia. Y lo que más importaba no era la pérdida de las regiones limítrofes occidentales: Polonia, Finlandia, las provincias bálticas. Más grave era la sustracción de Ucrania, de toda la región meridional rusa. Ello significaba perder el granero del país y los más importantes yacimientos de carbón y de petróleo. También separaba a Rusia del Mar Negro. La llamada Ucrania libre estaba en manos de las tropas alemanas, que se aventuraron hasta el Cáucaso: el territorio que le quedaba a la Rusia de los soviets estaba rodeado en occidente y en oriente por las tropas alemanas. Sólo parecía una cuestión de tiempo que el general Ludendorff diera también la orden de ocupar Moscú.

Así, sobre la Rusia revolucionaria, en la primavera de 1918, se desató una espantosa catástrofe nacional. Desde el punto de vista humano es perfectamente comprensible que muchos bolcheviques notables y aun los social-revolucionarios de izquierda no quisieran firmar una paz tal y prefirieran morir luchando. Pero Lenin hizo pesar toda su fuerza y toda su autoridad para que la paz de Brest-Litovsk fuera aceptada. Pensaba: cuando se está desarmado, es imposible hacer la guerra, y los gestos teatrales no cambian el aspecto de las cosas. La Rusia de los soviets debía aceptar cualquier paz, para ganar tiempo. Es necesario aprovechar la dilación conseguida, fortalecerse militar y económicamente, esperar la revolución alemana.

Ya desde que formulara la tesis del cese a cualquier costo de la guerra imperialista, Lenin había tenido que hacer las cuentas con un riesgo similar al de la paz de Brest-Litovsk. Si la defensa nacional era hecha pedazos, podía crearse una situación en la que

el nuevo gobierno revolucionario quedaría sin defensa: Kérenski y los partidos que lo apoyaban, para evitar Brest-Litovsk, habían seguido la guerra y hasta osado la tan mentada ofensiva. Aquel que no admitiera ese modo de defender al país también debía aceptar las consecuencias: la manera de actuar de Lenin era absolutamente lógica, y él pudo persuadir al partido, luego de violentas discusiones, en cuanto a la necesidad de esa política.

Dos hechos liberaron a Rusia del peligro alemán: la derrota militar alemana en el verano y el otoño de 1918, y la revolución de noviembre. Pero la oposición de la Entente se intensificaba: ella veía en el estado bolchevique, que había concertado la paz por separado con Alemania, un enemigo directo. Ya en el verano de 1918 comenzó la revuelta de las legiones checoslovacas: se trataba de cuerpos de voluntarios, formados por prisioneros austríacos de nacionalidad checa y constituidos por el gobierno del zar. Dada la debilidad militar de los soviets, los checoslovacos, que se consideraban parte de los ejércitos de la Entente, se apoderaron de la línea del Volga, y desde allí se preparaban para marchar sobre Moscú.

El gobierno soviético, con esfuerzos inauditos, logró juntar tropas capaces de luchar: Trotski fue designado comisario del pueblo para la guerra, y puso en juego toda su energía con el fin de constituir el Ejército Rojo. En septiembre, las tropas rojas reconquistaron Kazan y rechazaron del Volga a los checos: era la primera victoria militar del Ejército Rojo en un combate serio.

Luego de la derrota de Alemania, la Entente renovó sus esfuerzos para abatir a la Rusia de los soviets: viejos generales del zar fueron financiados por Inglaterra, Francia, Japón. Se les dio todo el material bélico necesario. Desde el Mar del Norte y el Báltico, desde el Ártico y el océano Pacífico llegaban las Guardias Blancas con los auxilios de la Entente. Los más peligrosos enemigos del gobierno de los soviets eran: en oriente, el general Kolchak; en el sur, el general Denikin.

La guerra civil se desarrolló con tremenda crueldad: los blancos trataban de atemorizar a la población de obreros y de campesinos con los fusilamientos en masa, vengándose de la revolución. Los bolcheviques, al terror blanco oponían el terror rojo. Pueden mantenerse distintas opiniones sobre actos de violencia singulares cumplidos por el gobierno de los soviets en los años de la guerra civil, respecto de los fusilamientos en masa, etc. Pero desde un punto de vista histórico y general es necesario reconocer que el pueblo ruso, en ese momento, se vio obligado a defenderse de una despiadada contrarrevolución.

Luego de muchos y azarosos combates, que se prolongaron hasta 1920, el ejército rojo venció en todos los frentes. En Asia, el gobierno de los soviets ocupó todos los países que antes habían pertenecido al gobierno zarista: reconquistó el Cáucaso y, en Europa, Ucrania y las costas del Mar Negro. Sin embargo, en occidente permanecieron independientes de Rusia tanto Finlandia como los estados bálticos y Polonia. Las victorias militares del año 1918 proporcionaron a los bolcheviques una extraordinaria autoridad dentro del país: la vergüenza de Brest-Litovsk ya había sido borrada. Los obreros y campesinos rusos podían jactarse de haber rechazado victoriosamente el asalto de las grandes potencias imperialistas reunidas. Luego de este hecho, los conceptos de bolchevismo y de revolución rusa se asimilaron, ante los ojos de las masas.

Los bolcheviques, con las armas, habían llevado a término la guerra decisiva contra los oficiales y los propietarios de tierras zaristas: Trotski y Lenin habían triunfado sobre Kolchak y Denikin. Todos los otros partidos, liberales, mencheviques, social-revolucionarios, etc., habían quedado despedazados en el choque entre los dos sectores adversos. En la guerra civil, los bolcheviques adoptaron este principio: quien no está con nosotros está contra nosotros. Así, hicieron penetrar en las masas la persuasión de que todos los partidos no bolcheviques eran contrarrevolucionarios.

Cuando la guerra civil hubo cesado, la revolución ya había vencido a sus propios enemigos: pero al mismo tiempo el pueblo ruso había perdido la libertad democrática apenas conquistada y representada por los consejos obreros. Desde San Petersburgo hasta el océano Pacífico se extendía sólida y omnipotente la bolchevique dictadura de partido.

En 1918 se había visto cómo la existencia de la Rusia de los soviets dependía de la institución de un ejército capaz de combatir; pero un ejército así requería unidad de mando y solidez de disciplina. Un regimiento no era apto para el combate si un coronel, al dar una orden cualquiera, debía pedir el parecer de una docena de soldados: por eso, Trotski constituyó el nuevo ejército con la completa abolición de los consejos de soldados. Para los puestos de mando, en parte se utilizó a viejos oficiales del zar, colocándoles al lado, con fines de control, a comisarios bolcheviques. Luego, con el paso de los años, también se logró instituir un cuerpo de oficiales jóvenes, sinceramente revolucionarios. Las primeras tropas rojas estaban formadas por voluntarios, pero pronto debió recurrirse a la conscripción obligatoria.

La creación del ejército rojo era en aquel tiempo una amarga necesidad para la Rusia de los soviets; pero ella provocó la primera brecha en el sistema de los consejos. Según Lenin, una de las obras principales del ordenamiento por consejos hubiera sido la abolición del ejército como formación extraña y contrapuesta a la masa del pueblo: ahora, de nuevo existía en Rusia un ejército que respondía a un ordenamiento central, separado de la masa popular y formado en parte por soldados de oficio. Los soviets locales ya no tenían en 1918 autoridad alguna sobre los regimientos del ejército rojo, de guarnición o de tránsito; así, quedaba reconstruido un importante elemento del estado autoritario de cuño burgués.

Debe señalarse que amplios estratos del pueblo ruso advirtieron el cambio de ruta, y se declararon contrarios a la institución del ejército rojo. En su libro *El nacimiento del ejército rojo*, allá por 1922, Trotski escribía:

La clase de los campesinos, abandonada a sí misma, es incapaz de reunir un ejército que responda a un ordenamiento central: ella no llega más allá de tropas de voluntarios locales, cuya "democracia" primitiva no sirve a menudo sino para cubrir la dictadura personal de los jefes. Y estas tendencias guerrilleras, en las que se refleja el carácter de los campesinos en la revolución, encontraron su más completa expresión en los social-revolucionarios de izquierda y en los anarquistas. También se extendieron a una parte notable de los comunistas, especialmente en el círculo de los campesinos, de los ex soldados y de los suboficiales.

La rebelión contra el centralismo burocrático de la Rusia zarista cumplió un papel importante en la revolución: los distritos, las gobernaciones, las circunscripciones y las ciudades hicieron lo imposible para documentar su propia autonomía. La idea del "poder local" tomó en los primeros tiempos un carácter excepcionalmente caótico: para los social-revolucionarios de izquierda y para los anarquistas esa idea estaba ligada a reaccionarias doctrinas federalistas. Para las masas, ella representaba una reacción incontestable y originalmente sana contra el viejo régimen, que ahogaba toda iniciativa. Pero la contrarrevolución acrecentó su presión y aumentaron los peligros exteriores: entonces, a partir de ese momento, las primitivas tendencias autonomistas se volvieron cada vez más peligrosas, tanto desde el punto de vista político como, y principalmente, desde el punto de vista militar. Esta cuestión, sin duda, alguna vez tendrá gran importancia en Europa occidental, especialmente en Francia, donde los prejuicios del autonomismo y del federalismo son más fuertes que en otros lugares. La celosa supresión de esos prejuicios, bajo la bandera del centralismo proletario revolucionario, aparece como condición preliminar para la futura victoria sobre la burguesía.

Las tendencias de oposición "de izquierda" (en realidad, de los intelectuales agrarios) buscaban por sí solas una fórmula teórica generali-

zadora en la institución del ejército, declarando al ejército centralizado como ejército del estado imperialista. De acuerdo con su propio carácter, la revolución hubiera debido terminar no sólo con la guerra de posiciones (la guerra sobre frentes fijos), sino también con el ejército centralizado: la revolución debía ser edificada sólo sobre la elasticidad, sobre el ímpetu intrépido y la habilidad de maniobra. Su poder de combate estaría dado por el pequeño núcleo autónomo de tropas de todas las armas que, separado de la base, se apoyaría en la simpatía de las poblaciones, cayera a las espaldas de los enemigos, etc. Para decirlo en pocas palabras, la táctica de la guerrilla sería promovida a la condición de táctica de la revolución. La grave experiencia de la guerra civil liquidó rápidamente estos prejuicios.

Trotsky quería un ejército rojo centralizado, no sólo para alcanzar una eficacia militar, sino porque en él veía el instrumento que sometería a las masas caóticas de los campesinos a la conducción del proletariado socialista. Para Trotsky, los opositores al ejército rojo son "federalistas reaccionarios", anarquistas y social-revolucionarios de izquierda. Al afirmar esto, olvida que la Comuna de París de 1871 fue obra de federalistas anárquicos, y que la esencia de los conceptos soviéticos del 17 era, también ella, un anticentralismo anárquico antiestatal. Quizás el "centralismo proletario revolucionario" sea una necesidad de la revolución y de la guerra civil; pero su antepasado es el terror francés de 1793, que nada tiene de común con el sistema de los consejos obreros.

En los años 1918-1920, paralelamente a la constitución del ejército, en Rusia se produjo un retorno general al centralismo estatal. La lucha contra los conjurados antirrevolucionarios hizo necesaria la institución de una policía política con poderes amplísimos, y que respondía a un ordenamiento absolutamente centralizador. Era la famosa Checa (llamada luego GPU). Muchas fábulas se han difundido a su respecto en Europa: aquí será suficiente destacar que la Checa ha sido siempre un fiel instrumento del estado centralista, un órgano ejecutivo del gobierno, es decir, del partido bolchevique. Y que no ha seguido nunca una conducta política divergente de la gubernamental, y tampoco le ha sido dada autoridad política alguna extraña a la dirección del partido. Toda la responsabilidad por la acción de la GPU, tanto en lo bueno como en lo malo, recae sobre el partido bolchevique: en absoluto sobre un órgano especial y secreto.

Junto al ejército y a la policía centralista, que se separaban del pueblo, se agruparon los órganos administrativos centralistas. Cada rama de la industria, en toda Rusia, fue recogida en un trust, con el fin de poder dar una base unitaria a la producción.

Para esta finalidad se utilizaron los órganos centrales para la economía general del país, para el comercio, para el transporte y para los bancos. También se centralizaron la administración, la justicia y la instrucción, y todas las cuestiones de importancia fueron reguladas de acuerdo a decretos inapelables del gobierno.

En 1917, los soviets locales habían destruido al antiguo estado; pero ahora un nuevo estado aún más fuerte los tenía sujetos, y no les dejaba sino miserables tareas comunales. Y este potente aparato estatal centralista ¿estaba sometido por lo menos a un control democrático, ejercido por el congreso de los consejos de todas las Rusias? En 1918 se vio claramente que el gobierno de los consejos era en Rusia una pura ficción: y lo mismo ha seguido siendo hasta nuestros días.

Formalmente, de acuerdo con la constitución de 1918, Rusia es gobernada por los soviets: los órganos estatales inferiores son los soviets locales de los pueblos y las ciudades. Y los delegados de estos últimos constituyen los consejos regionales, provinciales, etc. La autoridad suprema del estado se encuentra formada por el congreso nacional ruso de los consejos y, durante el tiempo que corre de una a otra reunión del congreso nacional, está confiada a una representación del mismo, es decir, al comité ejecutivo central. A partir de éste se forma luego el consejo de los comisarios del pueblo, que corresponde al llamado gabinete de los países europeos.

Pero todo este sistema complicado no es sino un biombo para la dictadura del partido bolchevique. Para que los consejos puedan tener vida, las elecciones deben ser libres: el elector debe poseer la libertad de elección entre distintos candidatos, y estos últimos la facultad de ilustrar con libertad sus propios puntos de vista, en la prensa y en los actos públicos.

En las condiciones creadas por la guerra civil, esa libertad de elección de los candidatos desapareció paulatinamente, primero con la exclusión de los partidos burgueses, como partidos contrarrevolucionarios, impuesta inmediatamente después de la toma del poder por los bolcheviques. Luego, fueron excluidos el partido de Kerenski, el de los social-revolucionarios de derecha y el de los mencheviques. Al final, en la primera mitad del año 1918, quedaron sólo dos partidos autorizados por la ley: los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda.

Los social-revolucionarios de izquierda hubieran tenido la posibilidad de organizar a los campesinos revolucionarios: de ello podía esperarse el desarrollo de un sistema de dos partidos, que comprendería, junto al partido urbano y bolchevique de los obreros, el campesino y agrario de los social-revolucionarios de iz-

quierda. El juego de estos dos partidos y la lucha legal de competencia entre ambos hubiesen podido salvar la democracia en el seno de los soviets: pero también los social-revolucionarios de izquierda sufrieron el mismo trágico destino de todo el movimiento de los *narodniki*. Ellos no estaban en condiciones de mantener dentro de las masas de campesinos la sólida posición que tenían en un principio, y pronto no cumplieron otra función que la de apéndice de los bolcheviques. Después de la paz de Brest-Litovsk se alejaron de la alianza y, cuando en el verano de 1917 algunos social-revolucionarios de izquierda cometieron atentados e intentos de revuelta contra el gobierno soviético, entonces también ese partido fue puesto fuera de la ley, y celosamente destruido.

Desde el verano de 1918 hasta hoy, el partido bolchevique detenta en Rusia el monopolio de la vida política y, con ello, aun la democracia de los consejos está condenada a muerte. Efectivamente, en las elecciones para los consejos sólo vale el voto dado por bolcheviques o por hombres extrapartidarios pero fieles al gobierno; así al elector no se le deja posibilidad de opción, y cae en las manos del partido dominante. Además, todo miembro bolchevique de cada uno de los soviets está obligado a actuar estrictamente según las órdenes de su propio partido. Los bolcheviques de cada soviet constituyen la "fracción bolchevique", y esta fracción debe votar siempre según las órdenes impartidas en cada oportunidad por la correspondiente subdirección del partido.

Así, en Rusia se produce una doble superposición paralela de abajo arriba: un gobierno aparente, constituido por los consejos, y uno verdadero, es decir, el partido bolchevique. Las organizaciones locales de partido eligen la asamblea partidaria, y ésta establece la línea de conducta del partido mismo, eligiendo también su dirección central. Luego, además, dicha dirección dispone dictatorialmente de todo el aparato del partido: para abatirlo se necesitaría una especie de revolución. Hasta ahora, nunca la asamblea del partido ha podido derrotar al comité central, que sin embargo se halla bajo su control.

El comité central del partido bolchevique es el verdadero gobierno de Rusia: él toma las decisiones importantes, y el consejo de los comisarios del pueblo no es sino su órgano técnico ejecutivo. Así, el partido bolchevique, desde los primeros meses de la toma del poder, ha logrado que los consejos se vuelvan inofensivos. Estos, como órganos de la voluntad espontánea de las masas, en realidad eran desde un principio algo como cuerpos extraños en la doctrina bolchevique del partido: Lenin, en 1917, los había utilizado únicamente para derrotar al aparato estatal imperialista.

Inmediatamente, instauró su propio aparato estatal en sentido genuinamente bolchevique: es decir, como el dominio de una pequeña minoría disciplinada de revolucionarios profesionales sobre la gran masa desordenada.

Pero los bolcheviques no han abolido los soviets —cosa que en Rusia hubiera sido técnicamente posible—; en realidad, los han mantenido y explotado como símbolo decorativo de su propio dominio. Sólo en razón del simbolismo bolchevique de 1918 y de los años posteriores es que el sistema de los consejos entra en contraste con la democracia: los verdaderos y vitales soviets son la más radical democracia que se pueda imaginar. Pero los soviets bolcheviques, a partir de 1918, constituyen el símbolo de la dominación de una pequeña minoría sobre la masa del pueblo. Algo similar sucede con el concepto "dictadura del proletariado". Para la antigua teoría, la dictadura proletaria no es sino la dominación de la gran mayoría de los pobres y los trabajadores sobre la pequeña minoría de los ricos y los explotadores: concepto idéntico entonces al de la democracia proletaria. A partir de 1918, los bolcheviques llaman dictadura del proletariado a su forma del estado ruso mientras, en realidad, se trata de una dictadura ejercida sobre el proletariado y el resto del pueblo por el partido bolchevique o, mejor dicho, por el comité central de ese partido.

Lenin justificaba la dictadura de partido, tal como rige en Rusia desde 1918, por las necesidades de la guerra civil. Además, argumentaba acerca de las especiales condiciones rusas, en virtud de las cuales no hubiera sido posible igualar a la minoría proletaria con la gran mayoría agraria del país. Trotski aprobaba el derrotero seguido por el partido, aún por el momento, teniendo en cuenta el interés de la victoria sobre los generales blancos y también el del sometimiento de los campesinos.

En marzo de 1917, el partido bolchevique no tenía más que un millar de afiliados; pero luego de la toma del poder, ese millar creció a centenares de millares, y el comité central del partido debió preocuparse por frenar la corriente demasiado fuerte de nuevos miembros. Con las ventajas que ahora traía el hecho de pertenecer al partido dominante, había que vérselas con toda suerte de comunistas de ocasión. Trotski concordaba con Lenin en el alto concepto sobre el papel que el partido debía cumplir. Pero, sin embargo, subsistía una diferencia: para Lenin y para los viejos bolcheviques, el partido, en el fondo, se identificaba siempre con el viejo núcleo, encargado ahora de funciones directivas. En cambio, para Trotski, era la masa de los obreros del partido mismo, organizados. Esta diferencia resultaba superada en

tanto Lenin permaneció con su inalcanzable autoridad entre el aparato del partido y la masa de los afiliados. Pero el conflicto se agudizó luego de su muerte.

Los bolcheviques tenían en relación con las nacionalidades rusas la misma actitud que habían asumido hacia los soviets luego de la toma del poder. Fiel a su programa, Lenin en 1917 y 1918 había dado plena autonomía a todos los pueblos rusos: los ucranianos, los pueblos del Cáucaso, del Turquestán, etc., obtuvieron gobiernos autónomos. Ellos podían desarrollar, sin ser molestados, su propia cultura, su propia lengua. Y nadie trataba de imponerles la nacionalidad rusa. En todos estos países se constituyeron repúblicas independientes de consejos obreros, que se unieron a la Gran Rusia en la federación de repúblicas soviéticas. Pero en cada una de estas repúblicas de consejos el poder real era desempeñado por la organización comunista local; los partidos comunistas de Georgia, de Ucrania, etc., dependían y todavía dependen, de alguna manera, de la dirección central del partido en Moscú. En realidad, cada uno de los pueblos de Rusia tiene su propia independencia cultural, pero nada pueden hacer si no les es permitido por el directorio bolchevique central. Por lo tanto, la democrática autonomía de gobierno no es una ficción menor para las distintas nacionalidades que para los mismos habitantes de la Gran Rusia.

En los años 1918-1920 los obreros rusos padecieron el hambre: en la guerra civil debieron sujetarse a sufrimientos y privaciones interminables. En cuanto a la democracia de los consejos obreros, recién conquistada, ya la habían perdido. Sin embargo, habían adquirido un bien, del que estaban infinitamente orgullosos, y por el cual, con total voluntad, se ofrecían a los más graves sacrificios: dentro de los límites de la memoria, siempre habían existido ricos y pobres, dominadores y dominados. Ahora, en las necesidades de la guerra civil, toda diferencia había desaparecido. La burguesía estaba hecha pedazos; todos los hombres eran ahora iguales en todas las ciudades rusas, todos debían conformarse con las mismas y escasas raciones. Si alguien gozaba de una ventaja, era justamente el obrero. El concepto del dinero ya no tenía sentido. El campesino bien podía llamarse teóricamente patrón de su pedazo de tierra, pero en realidad no podía hacer nada con él, pues no podía comprar o vender libremente y, además, veía cómo confiscaban sus provisiones de trigo.

Entonces, en apariencia, la Rusia de los soviets no sólo había llegado al socialismo, si por tal, según el criterio de Lenin, entendemos simplemente la estatización de los grandes monopolios, sino que, superado ese punto, había alcanzado el comunismo en

su forma más avanzada, es decir, la igualdad de todos en los derechos y en los bienes, la abolición de las clases y la victoria sobre el dinero. Haber vivido la más grande conmoción de todos los tiempos era como un sueño para el obrero ruso; y cuando hubiera terminado la guerra civil con sus duras necesidades, debía desarrollarse libremente la vida paradisíaca de la sociedad sin clases sociales.

En esta embriaguez comunista del proletariado ruso, sus dirigentes encontraron una gran fuerza y, a la vez, un gran peligro. Todo podía ser pedido a esos obreros entusiastas: todo lo soportó Lenin no había tenido nunca como mira, al asumir el poder, un día fueran arrancados de sus ilusiones por la dureza de los hechos, incalculables habrían de ser las consecuencias del desgarramiento. Lenin no había tenido nunca como mira, al asumir el poder, un salto así al comunismo, y tampoco había tenido ese sentido el cambio de nombre de la vieja socialdemocracia rusa por el de partido comunista. Es cierto que el gobierno soviético, en las declaraciones oficiales dictadas entre 1918 y 1920, se inclina a poner bien en evidencia su propia misión socialista, la destrucción de la burguesía y la liberación de los trabajadores. Pero Lenin siguió todavía escéptico en cuanto a los resultados efectivamente logrados.

Así es como, en un opúsculo crítico del año 1920, dice:

En Rusia (después de más de dos años de haber derribado a la burguesía) estamos dando todavía los primeros pasos en la transición del capitalismo al socialismo o fase inferior del comunismo. Las clases siguen existiendo y existirán durante años, en todas partes, después de la conquista del poder por el proletariado. Es posible que en Inglaterra, donde no hay campesinos (pero existen, sin embargo, pequeños patronos), este plazo sea más corto. Suprimir las clases no sólo significa expulsar a los terratenientes y a los capitalistas —esto lo hemos hecho nosotros con relativa facilidad—, sino también suprimir a los pequeños productores de mercancías; pero a éstos no se los puede expulsar, no se los puede aplastar; con ellos hay que convivir, y sólo se puede (y se debe) transformarlos, reeducarlos, mediante una labor de organización muy larga, lenta y prudente.⁴

Lenin veía que los muchos millones de pequeños campesinos de Rusia seguían existiendo a pesar de todas las leyes dictatoriales del comunismo de guerra, y que ellos no constituían elementos de un estado proletario, sino burgués. La política de violencia contra los campesinos era acaso una necesidad de tiempos de la guerra

⁴ V. I. Lenin, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, en *Obras*, vol. xxxi, p. 38.

civil y de la escasez, pero por cierto no podía conformar una institución para el poder soviético. Lenin estaba decidido a buscar un compromiso con los campesinos, en cuanto la paz retornara al país: pero la paz, para la Rusia de 1918-1920, parecía algo bien lejano. Primero fue sometida al férreo yugo de la potencia militar alemana; luego apareció la amenaza de la Entente, y en el país mismo estaba la enorme masa de los campesinos, amigos de muy poco confiar. ¿Cuánto tiempo habrían resistido los soldados campesinos del ejército rojo si, un día, un gran ejército anglo-francés hubiera marchado realmente sobre Moscú?

Los bolcheviques, absolutamente en contra de sus propios planes, habían llegado a constituir un estado socialista. Es decir, habían llegado a realizar en Rusia la política de Trotski: y, por lo tanto, debían aceptar las conclusiones por él formuladas cuando aseguraba que una revolución obrera rusa podía ser salvada sólo mediante una revolución obrera europea. Desde 1918 hasta 1920, Lenin y todos los dirigentes bolcheviques siguieron la doctrina de Trotski sobre la revolución permanente, ingeniándose para que la revolución se extendiera por Europa central y occidental. El objeto era encontrar apoyo en gobiernos obreros victoriosos en Europa, y salvar así la revolución rusa. Ésta es la causa que hizo del éxito de la III Internacional en los años que van de 1918 a 1920 una cuestión de vida o muerte para los bolcheviques.

7. LA III INTERNACIONAL EN LA CULMINACION DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO (DE 1919 A 1921)

La III Internacional ya había sido proclamada por Lenin desde 1914; pero, como lo hemos demostrado arriba, hasta 1917 esa idea no encontró eco en las masas obreras europeas. Sin embargo, las cosas cambiaron profundamente desde el día de la conquista del poder por los bolcheviques: "La palabra es como un sendero trazado en el mar, pero los hechos dejan detrás de sí un surco profundo". Poco hubiera impresionado a los obreros europeos el mero cumplimiento de la revolución burguesa en Rusia: pero el hecho de que los bolcheviques fueran el primer gobierno del mundo capaz de terminar verdaderamente con la odiada guerra provocaba sobre ellos un efecto mucho más profundo. La noticia de que en Rusia el socialismo había sido traducido en realidad sacudió como un terremoto al proletariado de todas las naciones.

Ahora, de golpe, se mostraba en su clara realidad esa conmoción que desde muchos años atrás era para los obreros sólo un sueño. Estaba ya probado que no resultaba imposible expropiar a los empresarios, dejar de lado el dinero y dar las fábricas a los obreros. La orientación inicial de Lenin (revolución burguesa en Rusia, revolución socialista en Europa), no hubiera recogido sino escasos consentimientos entre los obreros europeos: acaso podía ser teóricamente justo recomendar el socialismo a los obreros alemanes e ingleses y, mientras tanto, instaurar el capitalismo en la propia casa. Pero ésta no era la base para un movimiento obrero de masas, y los obreros extranjeros hubieran podido responder a los agitadores bolcheviques que empezaran ellos con el socialismo en su propio país. Pero los obreros rusos, en el invierno 1917-1918, habían expropiado las fábricas, contra el deseo de Lenin: y ese decidido salto hacia adelante creó la base de la III Internacional como movimiento de masas.

Mientras las leyes de guerra impidieron la comprensión recíproca entre los obreros europeos, el profundo e íntimo cambio del proletariado del continente no llegó a expresarse. Ese cambio se mostraría con elemental furor luego del fin de la guerra, en los años 1919-1920: millones de obreros europeos abandonaron a sus propios antiguos dirigentes, a sus propias tradiciones y organizaciones, para acercarse a Moscú.

Estos obreros habían sido golpeados por la experiencia de la guerra y por la crisis económica de la desmovilización, y creían en la caída inminente del capitalismo y en la victoria de la revolución mundial. Ya hemos descrito las tres tendencias del socialismo europeo anterior a 1914: a la derecha, la minoría revisionista (2a); en el medio, la gran corriente del radicalismo oficial (2b), y, a la izquierda, el pequeño grupo revolucionario de Rosa Luxemburg, Gorter, etc. (3). La guerra mundial había acarreado la bancarrota moral del radicalismo oficial y, al mismo tiempo, los secuaces de la vieja derecha y del viejo centro se habían subdividido en los dos nuevos campos de la defensa nacional y de la oposición. En 1919 y 1920, millones de obreros socialistas se pasaron a la izquierda revolucionaria, pero no se detuvieron en las ideas de Rosa Luxemburg, sino que siguieron directamente hasta el bolchevismo. Ellos querían ponerse a las órdenes del directorio ruso, y llevar a cabo la revolución, siguiendo las disposiciones de Lenin y de Trotski.

Los viejos jefes de la izquierda socialista europea reconocían realmente la inmensa obra cumplida por los bolcheviques, y estaban listos para colaborar con ellos en la revolución. Pero en los detalles mantenían todavía una actitud crítica, sin advertir ni siquiera un momento las diferencias entre las doctrinas bolcheviques y las propias. Esta anotación vale tanto para la Liga Espartaco como para la izquierda holandesa. Rosa Luxemburg, en el otoño de 1918, trazaba desde la cárcel unas notas sobre la revolución rusa donde afloraban nuevamente todas sus viejas cuestiones contra Lenin. Luxemburg destaca cómo Lenin explota a los campesinos y a la idea nacional. Y también cómo en Rusia se aniquilaba no sólo la democracia burguesa, sino aun la proletaria. En oposición, ella sostenía que el socialismo no puede ser traducido en realidad sino mediante la más alta actividad y energía de las masas, y que estos caracteres sólo pueden desarrollarse en plena libertad. Escribía Rosa Luxemburg:

Con la opresión de la vida política en todo el país, también la vida de los mismos soviets debe languidecer cada vez más. Sin elecciones generales, sin absoluta libertad de prensa y de asociación, sin libre juego de opiniones, la vida se apaga en cada institución pública y se vuelve un simulacro de vida, en el que sólo la burocracia permanece como elemento dinámico. Nadie puede substraerse a esta ley: la vida pública se adormece paulatinamente, algunas docenas de dirigentes partidarios dotados de energía indomable y de idealismo ilimitado conducen y gobiernan: por debajo de ellos, unas pocas cabezas eminentes tienen efectivamente los hilos en las manos, y una élite del sector obrero es llamada de vez en cuando a las reuniones, para aplaudir los discursos de los jefes, para votar de

manera unánime resoluciones ya aprobadas. En sustancia, entonces: es el dominio de un grupo, por cierto una dictadura, pero no la dictadura del proletariado, sino de un puñado de politiqueros, dictadura en el sentido burgués, en el sentido de la dominación jacobina.

Rosa Luxemburg, y también Gorter, consideraban así, sobre todo, los aspectos burgueses del bolchevismo, su carácter jacobino. Y nada querían saber con esos aspectos. En cambio, la grandes masas sólo veían la acción socialista en desarrollo en Rusia, y querían seguir su ejemplo. Verdaderamente, luego de todas las experiencias de la guerra, a los obreros de la Europa continental no les había quedado ninguna nostalgia por la democracia: a los ojos de los obreros, el parlamento burgués estaba ya desvalorizado, y tampoco los había ayudado el derecho democrático a asumir papeles directivos dentro de sus propias organizaciones proletarias. Hubieran preferido la áspera dictadura de estilo ruso, con tal de llegar al socialismo.

En los años 1919 y 1920, la mayoría de los obreros socialistas franceses, italianos, alemanes y también los que pertenecían a la desaparecida Austria-Hungría eran decididos partidarios de la unión con los bolcheviques. Y la ola bolchevique se mostraba poderosa aun en los Balcanes, en Escandinavia, en Polonia, en los estados anteriormente integrantes de la periferia del imperio ruso. Todos esos proletarios socialistas veían en los bolcheviques a los hombres capaces de llevar a la victoria la concepción universal socialista: nada sabían, nada comprendían del carácter revolucionario burgués del bolchevismo ruso.

Y los obreros europeos no socialistas ¿en qué posición se encontraban por entonces respecto de la revolución rusa? Los anarquistas y los sindicalistas españoles tenían detrás de sí a la mayoría de los obreros, y ejercían cierta influencia en Francia e Italia. También ellos se proponían la sociedad socialista, pero negándose a reconocer toda autoridad estatal o todo poder dominador, aunque se ejercieran en nombre del socialismo. Rechazaban la política de partido y la acción parlamentaria: querían reunir a las masas en sindicatos revolucionarios, que se separaran con decisión de las organizaciones obreras socialdemócratas. Los sindicalistas no simpatizaban mucho con el sistema autoritario de partido existente en la Rusia de los soviets: sin embargo, trataban de estrechar relaciones con Moscú, atraídos por el imponente espectáculo de la revolución rusa, y deseaban un acuerdo con los bolcheviques sobre los puntos controvertidos de los respectivos programas.

En Inglaterra, la gran mayoría de los obreros, hasta 1914, acompañaban todavía a los partidos burgueses. Había, es cierto, millo-

nes de obreros organizados, pero sólo pequeños grupos se declararon en favor del socialismo antes del comienzo de la guerra. Fue la experiencia de la guerra, justamente, la que provocó en ellos un profundo cambio. El partido socialista obrero logró millones de nuevos adeptos, y también dentro de la clase obrera inglesa surgieron, a partir de 1918, vivas simpatías por la Rusia de los soviets. Sin embargo, en Inglaterra la tendencia hacia una táctica revolucionaria bolchevique siguió siendo muy limitada.

En el continente europeo, la ola bolchevique arrastró a una parte de los obreros cristianos y partidarios de la paz económica. Al respecto, basta citar la actitud de los mineros alemanes de Mansfeld y del territorio del Sarre, de la cuenca del Ruhr y de la Alta Silesia, con posterioridad a 1918.

Pero en la clase obrera no sólo se daban la tendencia socialista, la anarcosindicalista y la burguesa. Existía una cuarta tendencia, no fácilmente cualificable desde el punto de vista de la organización, pero con aspectos absolutamente particulares. Podríamos designarla como tendencia radical utopista. Forman parte de ella los más pobres entre los obreros, los desesperados y los amargados de la vida: no sólo odian con pasión a la sociedad burguesa, sino también a todo estrato social cuyo destino haya sido un poco mejor que el de ellos. Rechazan toda política de compromiso; sólo desean la acción radical. Con fanática desconfianza atacan toda forma de organización y de conducción, y se consideran traicionados cada vez que se los somete a una disciplina o una regla. Este radicalismo utopista tiene algún punto de contacto con el sindicalismo, pero debe ser diferenciado claramente respecto del mismo: el sindicalismo, justo o no, constituye una clara visión universal, con bases científicas, una táctica determinada y determinados objetivos. En cambio, el radicalismo utopista, como pura expresión de sentimiento, no es capaz de imponerse un orden o un sistema cualquiera. Ahora, también esos obreros radicales utopistas se unieron con los demás a la corriente bolchevique.

La revolución de noviembre de 1918 y el descalabro de las monarquías militares en Alemania y Austria-Hungría parecieron justificar todas las profecías de los bolcheviques. En Berlín y en Postdam, en las ciudades del dominio del kaiser, ahora dictaba ley el consejo de los obreros y los soldados. Ahora, verdaderamente, la revolución mundial daba un nuevo giro a la guerra mundial, y el movimiento que se había iniciado en San Petersburgo en octubre de 1917 se extendió avasallador de país en país.

Pero pronto fue evidente que en Alemania, a pesar de los consejos de obreros y soldados, por el momento la única triunfante era

la revolución burguesa. Justamente la historia de la revolución alemana demuestra que la forma de los consejos en sí misma nada tiene que ver con el socialismo. Los obreros radicales intentaron empujar la revolución alemana del estado burgués al socialista; ese intento llevó a la derrota de enero de 1919 y al asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. Y sin embargo, era comprensible que, desde Rusia, el gobierno Ebert-Scheidemann fuera considerado como un gobierno Kérenski alemán y que se le predijera la misma suerte. Sobrevinieron la grave crisis social italiana, el fermento en todos los estados sobrevivientes de Austria-Hungría, en los Balcanes y en los estados periféricos, la manifiesta radicalización del proletariado francés e inglés. En la primavera de 1919, por breve tiempo, surgieron también las dos repúblicas de consejos obreros de Hungría y de Baviera. Así, el terreno maduró para llevar a la III Internacional de la idea a la organización.

En marzo de 1919, se celebró el primer congreso de la III Internacional: Moscú vio su fundación formal. Debido a las dificultades que todavía había que superar para todo viaje a Rusia, sólo pocos delegados extranjeros pudieron tomar parte del congreso. Ese primer congreso mundial no era más que el comienzo. Sólo el segundo, realizado en julio y agosto de 1920, fue una verdadera y representativa reunión de la mayoría de los obreros europeos, junto a importantes delegaciones de los otros lugares del mundo. Sólo a partir de esa asamblea, la Internacional Comunista empezó a tener un programa claro y una determinada fisonomía política.

Desde el principio, el partido socialista italiano, orgulloso de su fidelidad a los principios conservada durante la guerra, entró a formar parte colectivamente de la III Internacional. La mayoría del partido socialista francés estaba lista para cumplir el mismo paso.

En Alemania, la Liga Espartaco se había sumado a la III Internacional: la liga, desde fines de 1918, se llamaba Partido Comunista de Alemania (KPD). En la liga, ya desde tiempos de la guerra, el pequeño grupo marxista dirigente agrupado alrededor de Rosa Luxemburg se oponía a una base formada por radicales utopistas. El partido, debido al estado de ánimo de sus miembros, se había dejado envolver en los infelices combates de enero de 1919, contra la voluntad de Rosa Luxemburg. Cuando murieron Liebknecht y la Luxemburg, la dirección del KPD fue asumida por Paul Levi. En la asamblea del partido realizada en Heidelberg, Levi cumplió con decisión el alejamiento de los obreros radicales utopistas. Así, el partido de Levi se debilitó aún más, y los obreros excluidos de él fundaron, junto con algunos teóricos de tendencias

sindicalistas, el Partido Comunista Obrero de Alemania (KAPD). Pero también este partido era una pequeña minoría del proletariado alemán.

En 1920, la mayoría de los obreros socialistas alemanes pertenecían al Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD), que avanzaba siempre notablemente respecto de los antiguos socialistas mayoritarios. Los socialistas mayoritarios, por lo menos en ese momento, no querían ir más allá de la república democrático-burguesa; en cambio, el USPD exigía la constitución de un estado socialista, y se encontraba preparado para entrar en la III Internacional. Tampoco el KAPD quería cortar relaciones con Moscú.

Adherían además a la III Internacional la mayoría de los obreros balcánicos, checos y noruegos. No había país en la tierra donde no se hubieran constituido ya grupos comunistas más o menos numerosos. La vieja II Internacional se estaba deshaciendo y la conducción del proletariado mundial parecía haber pasado definitivamente a Moscú.

Sin embargo, para Lenin y para los bolcheviques del año 20, lo importante no era obtener la dirección moral de la clase obrera internacional: esto les servía muy poco. El verdadero objetivo consistía en ayudar a que alguno de los países principales de Europa viera nacer y triunfar una revolución socialista. Así, el anillo en que las potencias capitalistas tenían ahogada a la Rusia de los soviets, se rompería. Luego, los bolcheviques habrían de encontrar en los nuevos gobiernos obreros el apoyo económico, moral y acaso militar necesarios para mantener en pie el socialismo imperante en Rusia, contra los campesinos.

Había dos países donde la revolución obrera parecía tener posibilidades mayores que en otros sitios: Alemania e Italia. Allí, aparentemente, la mayoría del proletariado se declara en favor de la III Internacional. Allí, el ordenamiento burgués dominante se encontraba en completa disolución. Si un día se hubieran constituido las repúblicas de consejos obreros en Alemania e Italia, entonces también en los países ubicados entre éstos y Rusia, en los estados limítrofes, en Polonia, en la que había sido Austria-Hungría, en los Balcanes, la victoria del comunismo quedaría asegurada. Y así la unión de las repúblicas de consejos obreros se hubiese extendido hasta el Rhin y los Alpes.

Al respecto, los partidos comunistas, especialmente en Alemania e Italia, tenían asignadas tareas muy difíciles; el problema era que en ningún país europeo existían partidos revolucionarios experimentados a la manera del partido de los rusos. Lenin tenía plena conciencia de la dificultad, pero no contaba con mucho tiempo

para perder: se hacía necesario crear rápidamente en los más importantes países europeos partidos comunistas combativos y, luego, lanzarlos a la lucha. En cuanto Lenin se propuso seriamente el objetivo de preparar la revolución obrera en Europa, se desvanecieron para él todas las fórmulas de agitación, que dieron paso a la fría valoración de los actos. La primera condición para la victoria consistía en que el partido comunista revolucionario lograra atraerse a todo o a casi todo el proletariado de su propio país: la teoría de la aristocracia obrera contrarrevolucionaria no podía concordar con esta exigencia. Lenin, en realidad, nunca abandonó explícitamente dicha teoría, concebida en tiempos de la guerra, pero la dejó de lado en cuanto a toda consecuencia práctica que pudiera tener.

Escribía Lenin en 1920:

El capitalismo lega inevitablemente al socialismo, por una parte, las viejas diferencias profesionales y corporativas entre los obreros, formadas en el transcurso de los siglos, y por otra los sindicatos, que sólo muy lentamente, a lo largo de los años, pueden transformarse y se transformarán con el tiempo en sindicatos de industrias más amplios, menos corporativos (que engloban a industrias enteras y no sólo a corporaciones, oficios y profesiones). Después, a través de estos sindicatos de industria, se pasará a suprimir la división del trabajo entre los hombres, a educar, instruir y formar hombres universalmente desarrollados y universalmente preparados, hombres que lo sabrán hacer todo. Hacia eso marcha, debe marchar y llegará el comunismo, mas sólo dentro de muchos años. Intentar hoy anticiparse en la práctica a ese resultado futuro de un comunismo llegado al término de su completo desarrollo, solidez y formación, de su íntegra realización y de su madurez, es lo mismo que querer enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años. Podemos (y debemos) emprender la construcción del socialismo, no con un material humano fantástico ni especialmente creado por nosotros, sino con el que nos ha dejado como herencia el capitalismo. Ni qué decir tiene que esto es muy "difícil" pero cualquier otro medio de abordar el problema es tan poco serio que no merece la pena hablar de ello.¹

Lenin, en este fragmento, y con un examen absolutamente desapasionado, presenta las diferencias existentes entre los obreros europeos. Pero de ello no resulta que los más pobres deban eliminar a aquellos compañeros suyos que gozan de una posición un poco mejor: por el contrario: deben unirse todos juntos para instaurar el socialismo, con la guía del partido comunista. Pero justamente en Europa, la gran masa de los obreros calificados está or-

¹ V. I. Lenin, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, en *Obras*, vol. XXXI, p. 44.

ganizada en sindicatos: si el partido comunista quiere conquistar a las masas, debe afirmarse sólidamente en las ligas sindicales existentes, sin dejarse engañar por el hecho de que los dirigentes de las mismas sean, en distintos aspectos, "reaccionarios", enemigos de la revolución y de la III Internacional. En ningún caso los comunistas deben abandonar su acción en los sindicatos obreros, porque si, en virtud de una actitud radical, se van de los sindicatos reaccionarios, renuncian a la conquista de las masas y a la revolución misma.

Así, Lenin llega a un claro rechazo del radicalismo utopista y de ciertas ideas sindicalistas. La cuestión de los sindicatos obreros es uno de los problemas más importantes de la política obrera actual. A través de ella se distingue si un partido efectivamente quiere ser guía de las masas, o bien una secta con fórmulas de apariencia radical. Al proclamar la conquista de los sindicatos como objetivo principal de los comunistas, Lenin reconoce qué importancia tienen para el proletariado en general los obreros calificados y mejor remunerados. Y también niega que el partido comunista pueda estar formado solamente por los desocupados y por los más pobres de los obreros. Lenin no consideraba entonces la conquista del proletariado por los comunistas como un minucioso trabajo de organización paciente y constante, que duraría muchos años. No se tenía tanto tiempo por delante. En cambio, pensaba en una tempestuosa transformación de los sindicatos obreros socialdemócratas, en el curso de un movimiento revolucionario.

Lenin, en 1920, escribió un singular opúsculo contra el radicalismo utopista y contra el sindicalismo: *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*.² Lenin exigía absolutamente que los comunistas participaran de las elecciones y de los trabajos parlamentarios, y que asumieran con seriedad una determinada posición como partido político ante todas las cuestiones políticas de cada país. Según Lenin, el partido comunista no debía dejarse arrastrar a aventuras y lanzarse siempre hacia adelante sin reflexionar; en cambio, aun debía aprender a contraer alianzas y compromisos y, en caso necesario, hasta aprender a tomar el camino de la retirada.

El folleto de Lenin sobre el extremismo conscientemente debía molestar y provocar a los radicales utopistas: Lenin sabía que el radicalismo proletario sentimental, sin frenos, no tenía otro efecto que el de la disolución y la disgregación. Nada se podía edificar con él, nada se podía llevar a cabo que fuera coherente. Además, todo

² *Ibid.*, pp. 11-111.

movimiento que se apoyara en el radicalismo utopista perdía el crédito de grandes masas populares. Por ejemplo, Lenin hubiera preferido perder en Alemania los acaso cincuenta mil obreros del partido comunista obrero más que, por aliarse a éste, alejar a los cinco millones de afiliados al partido socialista independiente. La lucha librada en 1919 contra el partido obrero comunista de Paul Levi seguía fielmente el espíritu de Lenin. Naturalmente, si los comunistas obreros y los sindicalistas se hubieran mostrado dispuestos a reconocer sus propios errores y también a colaborar, habrían sido bienvenidos. Pero sus doctrinas no debían ejercer influjo alguno en la Internacional Comunista.

Los partidos comunistas no debían conquistar sólo al proletariado europeo. Los campesinos y las otras clases medias debían ser atraídas o por lo menos neutralizadas. El patrimonio de esas clases medias no debía ser expropiado ni en las ciudades ni en los campos. En 1920, Lenin consideraba a la revolución socialista en Europa como un tránsito de los grandes monopolios al estado, expropiación de los grandes trust, de los cartels y de los bancos a través del estado obrero. Además, seguía fiel a su propio concepto fundamental: mantener el capitalismo de estado y el centralismo económico de la guerra mundial, pero expulsando de la dirección de esta administración centralizadora al pequeño grupo de magnates del capital. Un cambio de esas características hubiera sido absolutamente posible en la Europa de 1920, con sus insostenibles miserias, crisis y contradicciones. En los análisis de la situación mundial realizados por Lenin durante aquellos años nada hay de fantástico.

En la primera sesión del segundo congreso mundial de la Internacional Comunista (julio de 1920), Lenin pronunció un discurso donde exponía sus propios principios, adaptando su propia teoría del imperialismo a la nueva situación. Y habla de nuevo del exigu número de pueblos imperialistas, parasitarios, que viven de la explotación de los otros países. Lenin comprende entre los dominios coloniales, en un sentido más extenso, aun a países nominalmente independientes, como China o los estados de la América del Sur. Luego considera como resultado principal de la guerra mundial el hecho de que ahora también Alemania y la ex Austria-Hungría han sido rebajadas por las potencias vencedoras al rango de países coloniales. Para Rusia, la Entente ha establecido el mismo destino: ¿quiénes son los beneficiarios de la inmensa miseria mundial?

Lenin hace este cálculo: los Estados Unidos de América tienen cien millones de habitantes, Japón, cincuenta millones al igual que Inglaterra. Si agregamos los pequeños estados neutrales que se han

enriquecido durante la guerra, se llega a doscientos cincuenta millones de hombres. Lenin no comprendía a Italia y a Francia en la categoría de los verdaderos vencedores, porque una y otra se habían endeudado fuertemente por entonces con el capital anglosajón. En el conjunto, Lenin veía así al mundo: mil quinientos millones de hombres explotados y reducidos a la desesperación por doscientos cincuenta millones.

Pero tampoco esos doscientos cincuenta millones forman un todo homogéneo: también en estos países un pequeño número de grandes magnates de la finanza se opone a la gran masa de la población. Dado el inaudito empobrecimiento y dadas las deudas que afligen a todas las regiones del mundo, los países vencedores no pueden vender sus propias mercancías y, así, aun entre ellos se extienden la carestía y la desocupación. Las deudas y la depreciación de las monedas han arruinado por completo el mecanismo de la economía mundial imperialista.

Pero, sin embargo, Lenin insiste en su convicción: no es posible fundar esperanzas sobre una caída automática del capitalismo. Siempre los imperialistas podrán encontrar una vía de salida, mientras no sean abatidos por la revolución consciente y preparada de los oprimidos. Y a tal revolución deben concurrir los proletarios y los pueblos coloniales.

La unión de proletarios revolucionarios de los países capitalistas avanzados con las masas revolucionarias de los países donde no hay, o casi no hay proletariado, con las masas oprimidas de los países coloniales de Oriente, esta unión se convierte en realidad en el presente congreso.³

Los indios y los chinos también se levantarían contra el imperialismo: se trataba de llevar el movimiento soviético aun a los países no capitalistas. "No serán (soviet) obreros, pero serán soviet campesinos o de trabajadores." Ahora como antes, para Lenin la revolución mundial no es una cuestión típica del proletariado, sino la revuelta democrática de la humanidad contra el imperialismo.

Naturalmente, no debían esperarse grandes revoluciones a breve plazo en Asia o en África, capaces de llevar un alivio a la Rusia de los soviet: sólo la propagación de la revolución en Europa central podría acarrear un solícito socorro. Lenin, en 1920, recomendó a los obreros alemanes que por un tiempo, y en el bien de su futura victoria, reconocieran el tratado de Versalles, así como Rusia

³ V. I. Lenin, *II Congreso de la Internacional Comunista. Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista*, en *Obras*, vol. xxxi, pp. 222-223.

había tenido que reconocer el tratado de Brest-Litovsk: la Alemania soviética, así, hubiera debido darse una pausa en beneficio de su propia reconstrucción. Los obreros italianos, para llegar al poder, tenían que aliarse con las masas de campesinos y de arrendatarios. En el caso de una victoria de la revolución de los obreros y campesinos italianos, Lenin preveía el bloqueo por Francia e Inglaterra: sin embargo, pensaba que Rusia, seguramente a través de un ataque del ejército rojo por Hungría hasta el Mar Adriático, podría llevar cierta ayuda a una Italia soviética.

Lenin no esperaba por un tiempo ninguna revolución comunista en Inglaterra: en cambio, preveía una victoria electoral socialista y la conquista del poder por vías parlamentarias de parte del partido de los trabajadores. Los distintos y pequeños grupos comunistas de Inglaterra debían reunirse en un partido unitario y sostener, en primer lugar, dentro de la lucha parlamentaria, al partido laborista. Naturalmente, contra los partidos burgueses. Solamente más tarde los comunistas podrían asumir en Inglaterra el lugar del partido laborista. Lenin pensaba, y con justicia, que un gobierno socialista de trabajadores en Inglaterra mejoraría la posición internacional de la Rusia de los soviet.

Ya hemos mostrado cómo en 1919 y 1920 los obreros europeos, desde los más diversos campos, convergían hacia la III Internacional. Estos obreros estaban convencidos ahora de la necesidad de una expresa revolución con la guía y según el espíritu de los bolcheviques. Junto a ellos aparecían los radicales utopistas, tan rudamente atacados por Lenin. Pero además de la desviación de izquierda, que le hubiera podido arruinar la revolución, había también un peligro de derecha, al que Lenin consideraba todavía como algo peor.

La guerra había destruido el viejo radicalismo de la II Internacional: la actitud de los radicales no obligaba a acciones verdaderamente revolucionarias, y ya no eran posibles en esos partidos que habían votado los créditos de guerra. En general, tampoco era posible en esa Internacional, que podía alimentar un "reformismo" tal. Muchos obreros europeos, aun muchos funcionarios y dirigentes del movimiento obrero, no querían renunciar a la vieja actitud radical de intransigencia y de oposición a todo compromiso, ni adaptarse a la necesidad de no pensar en el objetivo final, de no hablar del objetivo final. Todavía estaban muy lejos de querer realizar el socialismo con la rebelión: pero en los años 1919 y 1920, buscaban un nuevo apoyo espiritual, y creían encontrarlo en el bolchevismo.

Aquí estaba la heroica acción revolucionaria, la realización del

socialismo, la ruptura decisiva con el capitalismo. Quien entrara a formar parte de la III Internacional tendría algo de estas conquistas, lavaría la "vergüenza" de 1914. También se podría, con referencia al período radical prebélico, desarrollar la vida de las organizaciones. El desarrollo típico de esta concepción tuvo lugar en Italia.

Ya se ha mostrado en qué circunstancias absolutamente exteriores y accidentales el partido socialista italiano integro había llegado a rechazar los créditos de guerra. Ese partido había evitado así el pecado original de 1914, y podía entrar sin escisiones en la III Internacional, continuando sin interrupciones la tradición anterior de la guerra. En Italia, entonces, se constituyó una sorprendente situación: no sólo los radicales de antes de la guerra, en su conjunto (2b) formaban parte de la III Internacional, sino también los reformistas (2a).

Entre los secuaces europeos de la III Internacional había por lo tanto una multicolor mezcla de tendencias y de convicciones. Junto con los reformistas y con los radicales oficiales del tipo de preguerra, encontramos allí revolucionarios activos, decididos a imitar el modelo bolchevique y, además, radicales utopistas, socialistas y viejos seguidores de Rosa Luxemburg. Los jóvenes partidistas comunistas europeos hubieran podido alcanzar gradualmente una unidad de todos estos elementos, mediante la autocrítica y las experiencias propias de las masas. Pero no había tiempo para un desarrollo orgánico tal: era necesario constituir rápidamente en las principales naciones europeas partidos comunistas aptos para el combate, capaces de pasar sin retrasos a la revolución.

Pero el presupuesto de un partido combativo, de acuerdo con la concepción bolchevique, era una fuerte y combativa dirección partidaria, y para que ella se pudiera constituir se hacía indispensable alejar sin miramientos de las posiciones directivas del partido a todas aquellas personas sospechosas de la menor vacilación durante la revolución.

Justamente ése fue el motivo por el cual Lenin pretendió del partido socialista italiano el alejamiento del viejo grupo revisionista, dirigido por Turati. Ante esta exigencia, el partido socialista italiano se dividió en tres sectores: el ala derecha, con el mismo Turati; el ala izquierda, que adoptó la concepción leninista y, en fin, una vasta corriente de centro, correspondiente más o menos a la de los radicales de la preguerra, y conducida por Serrati. Este grupo de Serrati desaprobaba en el fondo, con decisión, la actitud del ala derecha, pero el mismo Serrati temía que, con la expulsión de los secuaces de Turati, el movimiento obrero italiano quie-

dara disgregado. Prefería salir del partido él mismo con sus propios secuaces.

Lenin escribió frases sumamente significativas sobre la situación italiana:

Serrati no ha comprendido la peculiaridad del momento de transición por que atraviesa Italia, donde, según opinión general, son inminentes batallas decisivas del proletariado contra la burguesía por la toma del poder estatal. En tales momentos, no sólo es absolutamente imprescindible separar del partido a los mencheviques, reformistas y partidarios de Turati, sino que inclusive puede resultar útil separar de algunos puestos responsables a excelentes comunistas, capaces de vacilar y que revelan su vacilación en buscar la unidad con los reformistas.⁴

Lenin continúa diciendo que quiere aportar un ejemplo tangible. Y cuenta que inmediatamente antes de la revolución rusa de octubre, y rápidamente luego de la misma, un grupo de óptimos comunistas rusos había caído en un error, "que actualmente se recuerda de mala gana entre nosotros". Lenin describe aquí las vacilaciones del grupo de Zinóviev y Kámenev en tiempos de la revolución de octubre. Recuerda cómo esos hombres, en el momento decisivo, renunciaron a la dirección del partido, sin que ello fuera para nada una desgracia. Efectivamente:

En víspera de una revolución y en los momentos de la más encarnizada lucha por la victoria, las menores vacilaciones dentro del partido son capaces de malograrlo todo, de hacer fracasar la revolución, de arrancar el poder de las manos del proletariado, pues este poder no es firme todavía, ya que los ataques que se lanzan contra él son aún demasiado fuertes. Si en tales momentos los líderes vacilantes se alejan, eso no debilita, sino que refuerza, tanto al partido como al movimiento obrero y a la revolución. Italia atraviesa ahora por tales momentos.⁵

Según Lenin, el Partido Socialista Italiano no solamente debía excluir al grupo de Turati; también debía permitir que se fueran Serrati y sus amigos. El partido, como consecuencia de estas decisiones, habría de vigorizarse en el momento de la revuelta. Luego de la victoria de la revolución, los elementos sinceros que se habían alejado en el momento de la revolución reconocerían sus propios errores, y volverían. Dice Lenin al respecto:

Incluso es probable que parte de los mencheviques italianos, partida-

⁴ V. I. Lenin, *A propósito de la lucha en el seno del Partido Socialista Italiano*, en *Obras*, vol. xxxi, p. 370.

⁵ *Ibid.*, p. 370.

rios de Turati, regresarían también y serían admitidos en el partido luego del período de las mayores dificultades, tal como regresaron a nosotros (hemos vivido tres años difíciles después de la revolución) parte de los mencheviques y eseristas, quienes en 1917-1918 se hallaban del lado opuesto de la barricada.⁶

Resulta claramente de las palabras de Lenin que él no imaginaba en lo más mínimo un estado duradero de las cosas. Un estado en virtud del cual, en cada país de Europa, debía existir un partido comunista "puro" contra un "impuro" partido socialdemócrata. Él sólo pensaba en la situación que se determinaría durante el estadio agudo de la revolución. Las masas quieren la lucha declarada, y esperan una conducción fuerte y decidida, que les dé la señal. Lo que interesa no es la cantidad de afiliados del partido comunista en el momento de la revuelta: interesa que ese partido arrastre consigo a las masas y que la dirección no sea seguida por holgazanes, entorpecedores de la acción revolucionaria.

El partido tranquilamente puede mandar a paseo a un buen millar de afiliados radicales de izquierda, si esto le sirve para mantener el contacto con millones de obreros. De la misma manera puede expeler a los dirigentes dudosos, aunque ello le haga perder otra parte de afiliados. Así, para el núcleo que ha quedado, la victoria será más segura, y los obreros y funcionarios, que mientras tanto se han mantenido apartados, volverán al partido comunista. La escisión no es entonces un fin en sí mismo, sino simplemente un medio táctico para facilitar la revolución; la meta sigue siendo la reunión de la clase obrera con los dirigentes efectivamente ligados al proletariado.

Lenin intentó organizar la revolución en Europa durante los años 1919 y 1920: ese intento fue un grandioso experimento, pero había que superar dificultades gigantescas para que pudiera llegar a triunfar. La tradición de la clase obrera europea había sido hasta entonces democrática, de común acuerdo: democrática, en el sentido de que la política obrera siempre fue decidida según el libre derecho de las masas a disponer de sí mismas. El tránsito del proletariado de la política reformista a la revolución parecía concebible sólo en este sentido: que la masa misma cambiara sus propias opiniones y que luego creara por sí las formas correspondientes a dicho cambio. Pero ahora se hacía necesario recorrer con la mayor rapidez el camino opuesto. En cada país debía crearse un directorio revolucionario del partido, con poderes dictatoriales sobre los

⁶ *Ibid.*, p. 372.

afiliados e ilimitada autoridad sobre las masas. Ese directorio conduciría la revolución.

En Rusia, el dichoso país de los revolucionarios profesionales, era posible erigir un directorio tal, pero en Europa no había hombres capaces de cumplir la tarea. Aun admitiendo que un revolucionario de esa laya se ocultara tras las apariencias de algún redactor de periódicos obreros o de algún fideicomisario de fábrica, ¿con qué método hubiera sido posible descubrirlo tan rápidamente? En la misma Rusia, el directorio central bolchevique conducido por Lenin no había conquistado la confianza de las masas sino paulatinamente, con una evolución que duró años y años. Entonces ¿cómo podía arrastrar consigo a la mayoría del pueblo una dirección improvisada del partido en Alemania o en Italia?

Por lo tanto, la dirección central comunista europea podía ser constituida sólo con medios mecánicos de autoridad. El hecho de ser o no revolucionario se podía reconocer por ahora solamente en cuanto uno aceptara o no de buena gana las resoluciones emanadas de los rusos. Por eso se establecieron 21 condiciones que todo partido debería aceptar si quería entrar en la III Internacional. El tenor de la séptima de esas condiciones es el que sigue:

Los partidos que deseen pertenecer a la Internacional Comunista deben admitir la necesidad de romper completa y absolutamente con el reformismo y la política "centrista", y hacer la propaganda de esta ruptura entre los más amplios círculos de sus afiliados. De lo contrario no es posible una política comunista consecuente. La Internacional Comunista exige incuestionable y perentoriamente que esta ruptura se efectúe en el plazo más breve. La Internacional Comunista no puede aceptar que los reformistas declarados, como por ejemplo Turati, Modigliani y otros tengan el derecho de ser considerados miembros de la III Internacional. Tal estado de cosas llevaría a la III Internacional a parecerse en mucho a la difunta II Internacional.⁷

Aquí se entiende por "centristas" la tendencia intermedia del socialismo. En las condiciones vigésima y vigésima primera, se dice:

Los partidos que deseen ingresar ahora en la III Internacional, pero que todavía no modificaron radicalmente su táctica, deben hacer lo necesario, antes del ingreso, para que su comité central y los más importantes organismos centrales de su partido estén compuestos, por lo menos en dos terceras partes, de camaradas que ya antes del II Congreso de la Internacional Comunista se hayan manifestado públicamente, con toda

⁷ V. I. Lenin, *Condiciones de ingreso en la Internacional Comunista*, en *Obras*, vol. xxxi, pp. 199-200.

claridad, en favor del ingreso en la III Internacional. Las excepciones pueden admitirse con el visto bueno del comité ejecutivo de la III Internacional. El comité ejecutivo de la Internacional Comunista tiene el derecho de hacer excepciones también con los representantes del "centro", mencionados en el parágrafo 7.

Aquellos afiliados al partido que rechacen las condiciones y las directivas planteadas por la Internacional Comunista, deben ser expulsados del partido. Lo mismo rige para los delegados a los congresos extraordinarios del partido.⁸

Se concede entonces automáticamente una confianza a aquellos dirigentes europeos que desde cierta fecha se han declarado en favor de la III Internacional, y no a quienes hubieran cumplido ya acciones revolucionarias. Y con mecnicidad no menor se cierra el acceso a la III Internacional a personas citadas por sus nombres, que durante la guerra pertenecieron a la tendencia kautskiana. Eran éstos los "centristas", combatidos tan ásperamente por Lenin en tiempos de Zimmerwald, y que ocupaban una posición intermedia entre él y los denominados socialpatriotas. Si el comité ejecutivo de la III Internacional tenía el derecho de hacer alguna excepción dentro de estos nombres, ello no significaba que el método mejorara. Pero quien no aceptaba las 21 condiciones era expulsado. Un ejemplo: la asamblea del partido socialista independiente de Alemania podía votar con referencia al ingreso en la III Internacional, y la mayoría podía aprobar las 21 condiciones. Pero los delegados de la minoría, por el solo hecho de haber votado contra las 21 condiciones, quedarían excluidos del nuevo partido comunista.

Con la adopción de esos métodos, en los partidos obreros debía crearse una atmósfera de proceso a las opiniones y de caza a los herejes. Había fuerzas valiosas que se alejaban, no porque podían claudicar en la revolución, sino en cuanto no sostenían determinadas tesis. Quedaba por ver si los sobrevivientes, los que decían sí, podían llevar efectivamente la revolución a la victoria. Pero Lenin estaba ahora sobre rieles obligados, de los que no podía salir: para salvar al socialismo en Rusia, se hacía necesario incrementar sin vacilaciones la revolución europea. Y si en Europa no había partidos o comités centrales revolucionarios, era indispensable crearlos, bien o mal, y de cualquier manera.

La aceptación de las 21 condiciones fue la acción más importante del II congreso mundial. Ellas muestran el espíritu de la Internacional Comunista en ese período tan breve de su predominio en la conducción de la revolución socialista internacional: recor-

⁸ *Ibid.*, p. 203.

demos que no vivió más allá de 1921. Era el espíritu de una dura intolerancia pero, a la vez, de una fuerte voluntad revolucionaria. La primera de las 21 condiciones exige que cada partido desarrolle una propaganda y una agitación verdaderamente comunistas y, sobre todo, que el concepto de la dictadura del proletariado sea explicado a las masas. La segunda condición exige el alejamiento programático de todos los reformistas y centristas en cuanto a los puestos de responsabilidad: el partido se reserva el derecho a disponer de esos puestos.

La tercera condición ordena que cada partido, junto a su propio aparato legal, cree una organización ilegal, porque en casi todos los países de Europa y América la lucha de clases entra en la fase de guerra civil, y en dicho período la acción legal no es suficiente. La cuarta condición exige una sistemática propaganda comunista dentro del ejército. La quinta, muy importante, se refiere a la unión entre los obreros y las poblaciones de las campañas:

Es necesaria una regular y sistemática agitación en el campo. La clase obrera no puede consolidar su victoria si no tiene a su lado por lo menos a una parte de los obreros agrícolas y campesinos pobres, y sin neutralizar con su política a una parte del campesinado restante. El trabajo comunista en el campo adquiere en la actualidad una importancia primordial. Se hace necesario realizarlo principalmente a través de obreros comunistas revolucionarios vinculados con el campo. Renunciar a este trabajo, o confiárselo a elementos indignos de confianza, semirreformistas, equivale a renunciar a la revolución proletaria.⁹

La sexta condición impone la ruptura con la "hipocresía del socialpacifismo". En cuanto a la séptima, ya la hemos reproducido; la octava exige que cada partido comunista luche por la liberación de todos los pueblos coloniales, aun de aquellos de las colonias del país propio del partido. La novena condición contiene la rectificación del radicalismo utopista y del sindicalismo en la cuestión de los sindicatos obreros.

Todo partido que desee pertenecer a la Internacional Comunista tiene el deber de realizar persistente y sistemáticamente un trabajo comunista en los sindicatos, cooperativas y otras organizaciones de masas. Dentro de los sindicatos es necesario formar células comunistas, que con prolongado y tenaz trabajo deben ganarlos para la causa del comunismo. Estas células tienen el deber de desenmascarar a cada paso de la labor cotidiana la traición de los socialpatriotas y las vacilaciones del

⁹ *Ibid.*, p. 199.

"centro". Deben estar íntegramente subordinadas al partido en su conjunto.¹⁰

En la décima condición hay, sin duda, una cierta confusión. Los comunistas de cada país deben seguir activamente su propio trabajo en los sindicatos socialdemócratas: pero cuando la dirección central de los sindicatos de todo un país se encuentra en manos de los comunistas, entonces debe salir de la vieja internacional socialdemócrata de los sindicatos, la llamada Internacional de Amsterdam, para entrar en una nueva Internacional, la Internacional Sindical Roja. Si la revolución se hubiera extendido rápidamente de país en país, la conquista de las direcciones centrales sindicales de los distintos países por los comunistas habría debido cumplirse automáticamente. En ese caso, la constitución de la nueva Internacional de los sindicatos hubiese avanzado paralelamente al desarrollo de la Internacional Comunista. Pero si la revolución vacilaba, entonces, en el seno de cada uno de los sindicatos, por ejemplo en el de los obreros metalúrgicos alemanes, surgirían fuertes divergencias respecto de la unión con Moscú o con Amsterdam. Y de esta disputa fácilmente podía nacer el peligro de una escisión, aunque el partido comunista se hubiera empeñado con la mayor pasión en su trabajo de propaganda dentro de los sindicatos. La cuestión de los sindicatos, desde 1920 hasta hoy, ha sido una de las más graves dificultades de la Internacional Comunista.

La undécima condición se ocupa de los parlamentos, justificando la actitud política en el parlamento mismo antes de la revolución, en contraste con cuanto decían al respecto los sindicalistas. Sin embargo, los miembros comunistas del parlamento deben someterse incondicionalmente a la dirección central del partido, y ejercer siempre una propaganda y una agitación verdaderamente revolucionarias.

Las condiciones que van de la decimosegunda a la decimonovena tienen un contenido esencialmente organizativo. Todos los partidos comunistas deben estar constituidos de manera bolchevique. El comité central estará munido "de amplios poderes y de gran autoridad [...] de grandes prerrogativas": a sus miembros se les exige "una disciplina férrea". Todo ello se basa en la necesidad de una dirección absolutamente unitaria del partido de la revolución, en una época de guerra civil. Esa forma de organización recibe el nombre de "centralismo democrático", pues la dirección central del partido ha de estar sostenida por la confianza de los afiliados.

Pero ante una dirección tan autoritaria, la oposición dentro del

¹⁰ *Ibid.*, p. 200.

partido se encuentra en una posición bien difícil. El comité central nombra a todos los funcionarios, dispone de todos los periódicos del partido, puede expulsar a afiliados molestos. Es decir: puede preparar a su placer el congreso del partido, y procurarse así el voto de confianza de los afiliados, que necesita hasta el congreso siguiente.

Los afiliados y los grupos locales de un país, entonces, están sometidos incondicionalmente a la dirección del partido: de la misma manera está sometida esa dirección al comité ejecutivo de la Internacional Comunista. Dicho comité es elegido en el congreso mundial, y su mayoría se halla constituida por delegados no rusos. Pero la verdadera política de la Internacional Comunista es fijada solamente por los representantes del partido comunista ruso. Toda resolución del comité ejecutivo implica obligación de obediencia, en general, por parte de todos los partidos comunistas. Una oposición en el seno del partido comunista jamás, en condiciones normales, podrá ganar algo contra su propia dirección central; pero si consigue atraerse al comité ejecutivo, es decir, a los dirigentes del partido bolchevique ruso, de golpe se hará dueña de la situación. En este caso, la vieja dirección del partido cae ante la doble presión, y la oposición toma sus hilos con el patrocinio del comité ejecutivo.

Una coordinación tal del movimiento obrero internacional resultaba soportable realmente sólo en tiempos de guerra civil. Y aun en este caso había que preguntarse si una gran revolución popular se hubiera dejado guiar con métodos de comando militar. En tiempos pacíficos, esta organización de la Internacional Comunista entre los obreros europeos debía llevar a las más graves crisis. Zinóviev fue nombrado presidente de la Internacional Comunista y Losovski asumió la dirección de la Internacional roja de los sindicatos. Ambos trataron de borrar el recuerdo de sus propias vacilaciones en el otoño de 1917 mediante una redoblada energía revolucionaria.

Ahora se trataba de realizar en Europa las decisiones del segundo congreso mundial. La memorable asamblea del partido socialista independiente de Alemania, que debía decidir la actitud a tomar respecto de las 21 condiciones, se reunió en Halle. El mismo Zinóviev tomó parte del encuentro, y pronunció allí un discurso de cuatro horas, donde expresó con habilidad magistral el punto de vista bolchevique. La mayoría de los delegados aceptó las 21 condiciones, y la mayoría del partido socialista independiente, por lo tanto, se fundió con el viejo partido comunista de Alemania (Liga Espartaco). Así se constituyó el nuevo gran Partido Comunista Uni-

ficado de Alemania. En Francia, la mayoría de la asamblea del partido socialista se declaró favorable a las 21 condiciones, fundando el partido comunista francés. En Italia, naturalmente, tanto la tendencia turatiana de derecha como el centro de Serrati rechazaron las 21 condiciones: de esa manera, solamente una minoría del viejo partido socialista pasó a constituir el definitivo partido comunista italiano. En Inglaterra, los distintos pequeños grupos que se habían declarado favorables a las decisiones del segundo congreso mundial se fusionaron en el partido comunista inglés.

En los países más importantes de Europa se había logrado constituir los distintos partidos comunistas en el espíritu del II congreso mundial. Ello había sido posible, naturalmente, sólo a costa de importantes defecciones y del alejamiento de amplios estratos de obreros, socialistas o sindicalistas. Pero los redactores de las 21 condiciones ya desde el principio habían hecho las cuentas con esas pérdidas. Por otro lado, en 1920, lo que interesaba no era que el partido comunista de un país tuviera detrás de sí el 20, 30 o 40% de los votos de los electores. Y tampoco interesaba qué porcentaje de obreros de un país estaba organizado en el partido mismo. Lo verdaderamente decisivo sólo era que el partido comunista lograra arrastrar en su acción revolucionaria a la mayor parte del pueblo. Pero ahora se abrían dos interrogantes decisivos. El primero consistía en la posibilidad de que los partidos comunistas de Europa llevaran o no a la victoria tan pronto sus propias revoluciones como que sirvieran para aliviar a la Rusia socialista. El segundo interrogante se refería a la misma Rusia de los soviets: ¿podría ella esperar y resistir tan largamente en su gravísima crisis interna, de manera de permitir que la revolución europea se hiciera sentir?

8. EL GRAN CAMBIO DE RUTA DE 1921 (LA NEP Y EL III CONGRESO MUNDIAL)

El invierno 1920-21 fue para la Rusia de los soviets excepcionalmente duro y difícil. En 1920, con la derrota del general de los blancos Wrangel, terminaba la guerra civil; así, las últimas tropas contrarrevolucionarias fueron expulsadas del suelo ruso. Luego de combates de variados desenlaces, también se había concertado la paz con Polonia.

Pero el estado de las poblaciones rusas no mejoró por el fin de la situación de guerra. Como si no bastaran tantos males, la cosecha de 1920 había sido infeliz: en las campañas y en las ciudades dominaba el hambre. La oposición pasiva y la aversión de los campesinos por el sistema comunista crecían; en las ciudades, las industrias, en su mayor parte, estaban todavía inactivas. Tampoco el estado desesperante de los medios de transporte había podido ser mejorado en tiempos de la guerra civil.

El hambre y el frío llevaban la desesperación entre los obreros: al proletariado ruso se le había exigido que, en los frentes de batalla, combatiera contra los polacos y blancos, y que los venciera. Que, en las fábricas, trabajara y produjera. Esos obreros rusos habían dado lo humanamente posible, en la esperanza de llevar la paz al país y la victoria de la revolución al mundo. Pero ahora, cuando finalmente la paz había sido lograda, las privaciones se hacían todavía mayores. Nacía la duda de que el gobierno pudiera aguantar; y de ese gobierno se esperaban hechos que, de alguna manera, aliviaran los sufrimientos del pueblo.

La inaudita tensión en que el partido bolchevique se veía obligado a trabajar en esos días desembocó hacia fines de año en una singular discusión. El tema de la discusión era la cuestión de los sindicatos. Por entonces, el partido comunista tenía unos seiscientos mil afiliados. En los hechos, no había sido posible mantener al partido dominante de un país de 130 millones de hombres dentro de los estrechos límites de los revolucionarios profesionales: el partido bolchevique, por fuerza, se había convertido en un partido de masas. Sin embargo, se trataba de conservar intacta la tradición bolchevique, con la sólida autoridad de los órganos dirigentes y con la disciplina impuesta a los afiliados: no se aceptaban nuevas inscripciones sino con gran prudencia.

El partido dominante no era sólo una pequeña minoría del pueblo: también era una minoría del proletariado ruso. Pero la organización de los sindicatos constituía algo muy distinto. Obligatoria para todos los obreros, empleados y funcionarios de la Rusia de los soviets, en 1920 llegó a abarcar más o menos unos 6 millones de miembros. De esos 6 millones, en realidad, solamente un millón correspondía a obreros de fábrica propiamente dichos.

Todos los rusos que podían quedar comprendidos dentro del proletariado, dándole a la palabra su sentido más amplio, pertenecían a los sindicatos. Y la dirección de estos sindicatos, de manera similar a la de los soviets, se hallaba en manos de los comunistas: sin embargo, y a pesar de la severa disciplina partidaria, entre estos últimos surgían divergencias sobre el modo de ver distintas cuestiones. Por ejemplo, había diferencias entre quienes tenían puestos directivos en los sindicatos y aquellos ocupados en el ejército rojo o en el comisariado del pueblo para las relaciones exteriores. Los comunistas ubicados en la dirección de los sindicatos debían escuchar las reclamaciones y las quejas de sus miembros, convirtiéndose así involuntariamente en portavoces del malestar general de los obreros.

Cuanto más se agravaban las condiciones de vida de los obreros rusos, peor se volvía el estado de ánimo dentro de los sindicatos, y más enraizaba en muchos obreros la convicción de que hubiera sido posible recibir mayor cantidad de alimentos y de combustibles si los sindicatos mismos acrecían su autoridad dentro del estado. Así se había llegado a la cuestión fundamental de la Rusia de los soviets. En Rusia, como ya hemos dicho, dominaba la dictadura del proletariado: el estado era el estado de los obreros. ¿No era absurdo entonces que los obreros mismos, como miembros de sus propios sindicatos, llevaran reclamaciones y protestas contra un estado que era de ellos? Absurdo o no, era un hecho que los obreros rusos, a causa de los errores de la burocracia partidaria, se sentían olvidados en favor de los soldados y los campesinos. Así, para fines de 1920, los lamentos de los sindicatos llevaron a un interrogante: ¿qué era en realidad el estado de los soviets, y en qué relación se encontraba dicho estado con los obreros?

El descontento por la situación existente era poco menos que general. Y había dos caminos posibles para cambiar esa situación: uno era que los representantes de los sindicatos se lanzaran a defender sin contemplaciones los intereses de los obreros, aunque ello estuviera en desacuerdo con la política general del estado y con el pensamiento de la burocracia dirigente. Y al actuar así, los sindicatos habrían reconocido, por lo menos indirectamente, que

la Rusia de los soviets no era un estado obrero. Por el otro —es la segunda posibilidad—, se transitaba un camino diametralmente opuesto, incluyendo sin más a los sindicatos en el aparato estatal. Y, en ese caso, quedaría demostrado una vez más que Rusia no podía ni debía ser sino un estado obrero.

Trotsky recomendó una reforma en este último sentido: él quería superar, a través de la movilización de las fuerzas vivas de todo el proletariado, la crisis en que se debatía la Rusia de los soviets. Los sindicatos y el aparato estatal debían sostenerse recíprocamente. El objetivo de Trotsky, a pesar de toda la prudencia demostrada en la formulación de sus propias propuestas, era claro: alrededor de los sindicatos, en Rusia debería instaurarse nuevamente la democracia obrera. Seis millones de miembros de los sindicatos habrían de tomar activamente en sus manos la producción y la economía del país: se asomaba aquí la tesis de la democracia de la producción. Y si ello sucedía entonces se daría fin al dominio exclusivo de las altas autoridades del partido.

Lenin comprendió inmediatamente el significado de esta manobra de Trotsky contra el sistema de organización bolchevique, y buscó enérgicamente una solución. Así, declaró abiertamente ante la oposición que Rusia no era un estado de obreros, sino de obreros y campesinos y que, por ello, se hacía necesario tolerar que los sindicatos patrocinaran sus exigencias aun contra las autoridades estatales. Por el contrario, programas como el de la democracia de la producción no podían llevar sino a sepultar la dictadura del partido bolchevique y a comprometer la suerte de la revolución. Lenin echó en la balanza toda su autoridad, y entonces logró derrotar la opinión de Trotsky dentro del partido.

Durante la discusión sobre los sindicatos, los hombres que cubrían cargos de responsables en la Rusia de los soviets se cuidaron bien de llamar a las cosas por sus verdaderos nombres, conformándose con alusiones. La finalidad era no sembrar el pánico en el pueblo. Mientras tanto, el objetivo de Trotsky aparecía claro: ninguna concesión a los campesinos, y consiguiente desarrollo de la democracia obrera. En cambio, Lenin no quería debilitar de ninguna manera la dictadura pero, en el peor de los casos, admitía las concesiones a los campesinos. Según parece, ya desde 1920-1921, había concebido las ideas fundamentales de la llamada "nueva política económica".

A pesar de la derrota sufrida en las votaciones partidarias, Trotsky siguió dirigiendo el ejército rojo y también permaneció como miembro influyente del comité central del partido mismo. Lenin no pensaba siquiera la posibilidad de separarse de él por una di-

vergencia de puntos de vista en la cuestión de los sindicatos. En aquel invierno de 1920-1921, Trotski reconoció que por el momento no estaba en condiciones de imponer sus propias ideas al partido bolchevique. Si aun durante varios años se había tenido la impresión de que el bolchevismo se volvía "trotskista", ahora quedaba demostrado lo contrario. Y con todo ello, Trotski no concebía de manera alguna una posible movilización de las masas contra el partido, junto al cual había hecho la revolución rusa. Entonces se acomodó a la voluntad de Lenin y de la mayoría del partido, y en la primavera siguiente, la del año 1921, no opuso ninguna resistencia al decisivo cambio de ruta hacia la nueva política económica.

Pero no todos los otros miembros del partido comunista ruso compartieron la prudente reserva de Trotski: así, durante la discusión sobre los sindicatos, se fue constituyendo en el partido el ala radical de la oposición obrera, encabezada por dos ex obreros metalúrgicos, miembros influyentes del partido ya desde años atrás. Eran Schliapnikov y Lutovinov. Entre las tesis que sostenían, se planteaba esta exigencia:

La organización administrativa de la economía nacional está sometida a la conferencia de productores de todas las Rusias, reunidos en sindicatos profesionales, y éstos eligen los órganos centrales para la administración de la economía de la República en su conjunto.

Esto significaba, en pocas palabras, dejar de lado al partido bolchevique y remplazarlo por el gobierno autónomo de las masas populares productivas. Lenin designaba la doctrina de la oposición obrera como una desviación anarcosindicalista. Pero lo que en el fondo querían Schliapnikov y sus compañeros era el retorno a la democracia pura de los consejos de 1917, tal como la había exaltado entonces el mismo Lenin en *El estado y la revolución*.

Schliapnikov y su grupo no salieron de los límites de la propaganda legítima dentro de las jerarquías y los órganos del partido bolchevique. Pero otros hijos de obreros y de campesinos que vestían el uniforme de soldados no se imponían estas limitaciones: en marzo de 1921 se produce la sublevación de Cronstadt.

La isla fortificada de Cronstadt, frente a San Petersburgo, es la base principal de la flota rusa del Báltico. Desde 1905, la marina rusa había sido uno de los principales focos revolucionarios: en 1917, los marinos de Cronstadt habían formado un núcleo especial de tropas bolcheviques. Muchos integrantes de la vieja guardia habían muerto en los frentes de la guerra civil, o habían sido

transferidos a otras guarniciones por el gobierno soviético. Pero la gran tradición revolucionaria siempre estaba ligada a Cronstadt. Justamente allí, en marzo de 1921, los marinos y los soldados se sublevaron contra el gobierno de los soviets y tomaron el poder, que pasó a las manos de un comité revolucionario provisional de marinos, soldados y obreros de Cronstadt. Entre otras cosas, el programa de los revolucionarios decía:

Visto que los soviets de hoy ya no reflejan la voluntad de los obreros y campesinos, los soviets deben ser reelegidos inmediatamente, en base al voto secreto y a la libre propaganda de todos los obreros y campesinos. Libertad de prensa y de palabra para los obreros y los campesinos, para los anarquistas y para los partidos socialistas de izquierda. Libertad para los sindicatos y para las ligas de campesinos. Liberación de todos los socialistas encarcelados, y también de todos los obreros y soldados que han sido apresados por sus tendencias. Abolición de todas las secciones de propaganda comunista en el ejército: ningún partido podrá ser favorecido en cuanto a la propaganda ni recibir dineros del estado con ese fin. Igualdad de las raciones para todos los trabajadores. Pleno derecho de los campesinos a disponer de la tierra, siempre que no utilicen mano de obra auxiliar.

Esto es en esencia lo mismo que pretendía también la oposición obrera: abatir la dictadura de partido y volver a la democracia de los consejos. Es un hecho que todos los enemigos del gobierno soviético emigrados saludaban con alegría la revuelta de Cronstadt, trataban de ayudar a los revoltosos, y ya suscribían en parte su programa: "soviets sin comunistas". En la agitación contra la revuelta, el gobierno de los soviets aprovechó ampliamente esta circunstancia, poniendo bien a la luz la simpatía de los contrarrevolucionarios blancos por los insurrectos. Sin embargo, Lenin nunca juzgó a la insurrección de Cronstadt como un simple amotinamiento de guardias blancas, al estilo de las de Denikin y Wrangel: más aún, vio en ella el síntoma de una profunda escisión entre los bolcheviques y las masas populares.

El gobierno de los soviets hizo lo imposible para que el peligroso incendio no se extendiera. Tropas escogidas del ejército rojo pasaron sobre el Báltico congelado y, con graves pérdidas, tomaron por asalto la fortaleza. Pero el tremendo peligro no quedaba superado: aquello que había sucedido hoy en Cronstadt podía repetirse mañana en otros veinte lugares de la Rusia de los soviets. La revolución había dado a las masas la idea del comunismo pero, a la vez, también les había llevado el hambre y había ahogado toda libertad. Aunque no pudieran recibir pan, por lo menos, la escl-

vidud, evidentemente, ya no la querían soportar. La tesis de Trotski sobre los sindicatos, las exigencias de la oposición obrera y la revuelta de Cronstadt se ubicaban en una misma línea. Y ello a pesar de que, justamente, fuera el ejército rojo de Trotski el encargado de reconquistar Cronstadt.

En aquellas tormentosas semanas, Lenin reconoció la necesidad de actuar rápidamente. Él no quería conceder a las masas la democracia pero, en compensación, quería darles el pan, aun con el sacrificio de la idea comunista. La esperanza de que una revolución europea salvara solícitamente a la Rusia de los soviets no había pasado de ser una ilusión. En 1921, Trotski escribía estas palabras respecto del estado de ánimo con que los gobernantes rusos habían seguido el I y II congresos mundiales de 1919 y 1920:

El I congreso tuvo lugar cuando, luego de la guerra, el comunismo, como movimiento, apenas nacía. Entonces se tenía cierto derecho a creer, a esperar que el asalto casi instintivo de las masas obreras envolvería en sus carreras a la burguesía. Una burguesía que aún no había tenido tiempo de encontrar, después de la guerra, una nueva orientación, un nuevo punto de apoyo [...] Y el asalto fue realmente poderoso. El número de caídos era grandísimo: pero la burguesía ha resistido este primer ataque y, justamente por ello, se ha vigorizado en la seguridad de sí misma como clase.

El II congreso del año 1920 se reunió en un momento muy crítico: ya se veía que con un solo ataque, en pocas semanas o en pocos meses, la burguesía no sería abatida. Para ello se requería una preparación política y organizativa más seria. Pero, al mismo tiempo, la situación era muy grave. Como se recuerda, el ejército rojo marchaba sobre Varsovia y, dada la situación revolucionaria en Alemania, en Italia y en otros países, podía confiarse en que el choque militar, que tomado en sí mismo, no podía naturalmente tener ninguna importancia, agregado a las otras fuerzas que se enfrentaban en Europa, por lo menos podría sacar a la avalancha revolucionaria de su momentáneo punto muerto. Pero no sucedió nada de eso: nosotros fuimos rechazados nuevamente.

El ejército ruso, en el verano de 1920, libró algunos afortunados combates contra los polacos y se lanzó hacia el oeste en una furiosa persecución hasta Varsovia. Así se exponía a un gran riesgo, por cuanto, numéricamente débil y mal equipado, fácilmente podía llegar a una derrota que hubiera sido decisiva. Pero esa ofensiva era un desesperado intento político de Lenin: se trataba de ver si la marcha de las tropas rusas por el corredor polaco podía desencadenar la revolución obrera en Alemania. Pero nadie se movió en Alemania, y las tropas rusas tuvieron que retirarse.

En septiembre de 1920, los obreros italianos ocuparon las fábricas,

pero el hecho no originó revolución política alguna. En marzo de 1921, los mineros comunistas de Alemania central (Mansfeld) se trabaron en luchas armadas con la policía: el comité central del KPD (Partido Comunista de Alemania) quiso ayudar a los mineros proclamando la huelga general. Pero sólo una pequeña parte de los obreros alemanes siguió la consigna comunista, y la huelga general fracasó por completo. La revolución, aparentemente, no estallaría por un tiempo ni en Alemania ni en Italia, para no hablar de otros países. Y ya que los partidos comunistas de Alemania e Italia no podían cumplir la tarea que de ellos esperaba el II congreso mundial, la Rusia de los soviets debía pensar en ayudarse a sí misma.

Lenin había entrado en la revolución de octubre de 1917 con un programa social sumamente prudente: nunca prometió a las masas el advenimiento del comunismo en Rusia. El comunismo de guerra se había formado en los años del 18 al 20 no por la fuerza de voluntad de Lenin y de la teoría bolchevique, sino debido a las circunstancias. Y aun durante esos años, Lenin siguió mostrándose muy escéptico respecto del grado de éxito social alcanzado: Lenin no creía que de golpe se pudieran abolir los muchos millones de pequeñas propiedades agrícolas.

En la primavera de 1921, Lenin dio comienzo a la retirada del comunismo de guerra hacia la "nueva política económica" (llamada NEP por las iniciales de las palabras rusas correspondientes). Entonces cesaron las confiscaciones forzadas de trigo: los campesinos debían consignar al estado una determinada parte de la cosecha, a manera de impuesto en especie. Todo el resto quedaba a disposición de los mismos campesinos, que podían venderlo como mejor les pareciera. Así, de golpe, se reconstruía la propiedad privada del campesino ruso, ahogada por el comunismo con sus confiscaciones. A la vez, se creaba un mercado libre, y nuevamente se posibilitaba la existencia del pequeño comercio y de la pequeña industria. De ello se derivaba el retorno a una economía basada en el dinero, al estímulo de las otras naciones: y si el comunismo había trabajado hasta entonces por la abolición del dinero, ahora se tenía que tratar de estabilizar nuevamente la moneda nacional, el rublo. El estado mantenía en su poder la gran industria, los ferrocarriles, los bancos y el monopolio del comercio con el exterior. Pero, a pesar de ello, la propiedad privada quedaba reconstituida.

La NEP descartó toda idea general de igualdad entre los hombres, tal como había dominado en el régimen del comunismo de guerra, aunque no se tratara sino de la igualdad ante el hambre. Ahora existía de nuevo una minoría de obreros junto a una mayo-

ría de campesinos y de otros integrantes de clases medias. Y todavía las condiciones económicas de los campesinos propietarios de tierras eran mucho mejores que las de los obreros de las fábricas, en las ciudades. Además estaba el ejército rojo, con sus oficiales y suboficiales de carrera; estaba el ejército de funcionarios estatales y partidarios de toda especie. Estaban los empleados y los técnicos fabriles, los maestros, los médicos, los literatos y los artistas. Todas estas profesiones podrían desarrollarse de nuevo, en cuanto percibieran determinadas y suficientes recompensas en dinero por sus propios servicios. La gris igualdad del comunismo de guerra se transformaba, con la NEP, en una policroma multitud de clases y de condiciones, entre las cuales, para ser sinceros, el obrero de las fábricas se hallaba en el último peldaño. La relación de este estado social de hecho con la llamada dictadura política del proletariado era algo que debía quedar demostrado por el desarrollo de la NEP en los años posteriores.

La nueva forma de economía que se constituyó en Rusia con la NEP fue llamada por Lenin capitalismo de estado. En julio de 1921, durante el III congreso mundial de la Internacional Comunista, se expresaba así respecto del tema:

El impuesto en especie implica, como es lógico, la libertad de comercio. El campesino, después de entregar el impuesto en especie, tiene derecho a canjear libremente su trigo excedente. Esta libertad de cambio implica libertad para el capitalismo. Lo decimos abiertamente y lo subrayamos. De ningún modo lo ocultamos. Nuestras cosas irán mal si se nos ocurriera ocultarlo. La libertad de comercio, repito, implica libertad para el capitalismo, pero, al mismo tiempo, es una nueva forma del mismo. Esto significa que, hasta cierto punto, creamos de nuevo el capitalismo. Y no lo ocultamos. Se trata del capitalismo de estado. Ahora bien, una cosa es cuando se trata de una sociedad en la que el poder pertenece al capital, y otra muy distinta cuando está en manos del proletariado. En el primer caso el capitalismo de estado significa que es reconocido y controlado por éste en beneficio de la burguesía y contra el proletariado. En el estado proletario, por el contrario, se hace eso mismo en beneficio de la clase obrera, con el fin de mantenernos frente a la burguesía, todavía fuerte, y luchar contra ella.¹

El socialismo sigue teniendo para Lenin el mismo significado restringido, limitado, que tenía en 1917. Lenin, sin más, llama fábricas socialistas a aquellas fábricas pertenecientes a un estado obrero, o aun obrero y campesino; pero esas fábricas socialistas, a su

¹ V. I. Lenin, *III Congreso de la Internacional Comunista. Informe sobre la táctica del P.C.R.*, en *Obras*, vol. xxxii, p. 484.

parecer, son posibles también en el cuadro de un sistema económico de capitalismo de estado. Lenin consideraba que el capitalismo de estado, aun luego de la revolución de octubre, era un progreso dentro de las retrasadas condiciones en que se hallaba Rusia.

[...] el desarrollo del capitalismo controlado y regulado por el estado proletario (es decir, del capitalismo "de estado" en este sentido de la palabra) es ventajoso y necesario (claro que sólo hasta cierto punto) en un país de pequeños campesinos, extraordinariamente arruinado y atrasado, porque puede acelerar un desarrollo inmediato de la agricultura por los campesinos.²

Una vez que el estado se hubiera puesto a la cabeza de los bancos, del comercio exterior y de los ferrocarriles, entonces podría regular y controlar al capitalismo privado, así como éste debía desarrollarse a partir del campo y de las clases medias. En el ordenamiento de las pequeñas empresas había, según Lenin, un socorro de decisiva importancia para el estado: la cooperativa. En uno de sus últimos trabajos —marzo de 1923—, él expresaba los siguientes pensamientos al respecto: es necesario elevar fuertemente el nivel cultural de los campesinos rusos, de manera de reunirlos en cooperativas agrarias civilizadas. Lenin pensaba que, a través del completo desarrollo de esta organización consorcial, Rusia hasta podía alcanzar el socialismo. Y decía:

[...] el régimen de cooperativistas cultos, cuando existe la propiedad social sobre los medios de producción y cuando el proletariado ha triunfado como clase sobre la burguesía, es el régimen socialista [...]. Ahora tenemos el derecho de afirmar que para nosotros el simple desarrollo de cooperación se identifica (salvo la "pequeña" excepción indicada más arriba) con el desarrollo del socialismo, y al mismo tiempo nos vemos obligados a reconocer que se ha producido un cambio radical en todos nuestros puntos de vista sobre el socialismo. Este cambio radical consiste en que antes nuestro objetivo fundamental era, y así debía ser, la lucha política, la revolución, la conquista del poder, etc. Mientras que ahora el centro de gravedad cambia hasta desplazarse hacia la organización pacífica del trabajo "cultural" [...]. Esta revolución cultural es hoy suficiente para que nuestro país se convierta en socialista, pero presenta increíbles dificultades, tanto en el aspecto puramente cultural (pues somos analfabetos) como en el material (pues para ser cultos es necesario cierto desarrollo de los medios materiales de producción, es indispensable determinada base de material).³

² V. I. Lenin, *III Congreso... Tesis del informe sobre la táctica del P.C.R.*, en *Obras*, vol. xxxii, p. 452.

³ V. I. Lenin, *Sobre la cooperación*, en *Obras*, vol. xxxiii, pp. 433-437.

Mucho queda por decir sobre las importantes consecuencias teóricas surgidas de la doctrina leninista de las cooperativas. Por cierto, en los años del 21 al 23, una unión tal de los campesinos rusos en cooperativas era un proyecto para el futuro. Antes se hacía necesario pensar en las haciendas agrarias aisladas y en el capitalismo de estado. Justamente en cuanto había emprendido la transformación del comunismo de guerra en capitalismo de estado, Lenin recusaba absolutamente toda concesión a cualquier forma de democracia. En Rusia no era posible conducir a la pequeña minoría de los obreros contra la gran mayoría de los pequeños propietarios, en especial al surgir nuevas formas de capitalismo, sino con una rígida dictadura. Por las mismas razones, en el seno del proletariado, el comando debía ser manejado por el partido comunista que, a su vez, debía obedecer a una disciplina fuerte y unitaria.

Lenin, al volverse hacia la NEP, consiguió totalmente en los primeros años cuanto deseaba: la dictadura bolchevique se mantuvo y, domada el hambre, se desvaneció el descontento de las masas. La economía rusa, luego de siete años de decadencia y de desastre, volvió a despertarse. Al mismo tiempo, las relaciones de los bolcheviques con el exterior y con el proletariado obrero extranjero cambiaron radicalmente.

La Rusia regida por el capitalismo de estado ya no estaba obligada de ninguna manera a desencadenar la revolución mundial: ella podía vivir en paz aun en medio del mundo capitalista. Lenin, desde 1921, estaba ocupado en atraer el capital extranjero para la reconstrucción del país. Tierras, minas, bosques, etc., debían ser dados en concesión a empresarios extranjeros, y esos empresarios tenía que construir fábricas, y ceder una parte de sus ganancias al estado soviético como arriendo o como impuesto, disponiendo libremente del remanente. Lenin consideraba que aun esas grandes empresas capitalistas extranjeras en Rusia resultaban perfectamente compatibles con el cuadro de su capitalismo de estado. Pero, a pesar de los esfuerzos del gobierno de los soviets, relativamente pocas de esas concesiones han sido distribuidas en Rusia, desde 1921 hasta hoy.

A partir de 1921, todo un grupo de potencias extranjeras reconoció formalmente a la Rusia de los soviets. Otras la reconocieron de manera tácita. El país entró como comprador y como vendedor en el mercado internacional capitalista. En las capitales extranjeras se instalaron embajadores y encargados comerciales de los soviets: de ambas partes, la capitalista y la soviética, se empezaron a establecer relaciones recíprocas y también a hacer las cuentas entre una y otra. Lloyd George, el estadista inglés, trató de atraer al go-

bierno de los soviets al ámbito de sus planes para la reconstrucción de Europa. Él fue quien invitó a Rusia a la conferencia de Génova de 1922: de allí nacería el famoso pacto de Rapallo, entre Rusia y el gobierno burgués de la república alemana.

En julio de 1921, durante el III Congreso mundial de la Internacional Comunista, se mostró plenamente el cambio sustancial producido en Moscú respecto del modo de considerar la situación mundial. El III congreso, a propuesta del partido comunista ruso, aceptó unas tesis sobre la situación mundial: ellas distinguían en el movimiento revolucionario, en primer lugar, un período de cuatro años, desde marzo de 1917 (caída del zar en Rusia) hasta marzo de 1921 (levantamiento de los obreros de Alemania central). Luego se destaca: "Esta poderosa ola no consigue, sin embargo, destruir al capitalismo mundial, y ni siquiera al capitalismo europeo." A continuación, se dice:

Durante el año transcurrido entre el II y el III Congreso de la Internacional Comunista, son parcialmente derrotadas una serie de sublevaciones y de luchas de la clase obrera (avance del ejército rojo sobre Varsovia en agosto de 1920, movimiento del proletariado italiano en septiembre de 1920, sublevación de los obreros alemanes en marzo de 1921).

El primer período del movimiento revolucionario posterior a la guerra, que se caracteriza por su violencia elemental, por la muy significativa imprecisión de los objetivos y de los métodos y por el gran pánico que se apodera de las clases dirigentes, parece haber finalizado en gran medida. El sentimiento que tiene la burguesía de su poder como clase y la solidez exterior de sus órganos de estado indudablemente se han fortalecido. El miedo al comunismo se ha debilitado, si no es que desapareció completamente. Los dirigentes de la burguesía alardean del poder de su mecanismo de estado e incluso toman en todos los países la ofensiva contra las masas obreras, tanto en el frente económico como en el político.⁴

El objetivo final, ahora y siempre, sigue siendo la victoria de la revolución mundial, y se niega también que el capitalismo pueda levantarse nuevamente de manera definitiva. Pero, por el momento, el proletariado está obligado a la defensiva, y no puede luchar por la conquista del poder, debiendo limitarse a combates parciales y a parciales reivindicaciones en el terreno económico. En las conclusiones del III congreso, leemos:

Toda la agitación y la propaganda, toda la acción del partido comu-

⁴ Tesis sobre la situación mundial y la tarea de la Internacional Comunista, en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista* (segunda parte), Córdoba (Arg.), Cuadernos de Pasado y Presente, n° 47, 1973, p. 8.

nista deben estar impregnadas de la creencia de que, en el terreno del capitalismo, no es posible ningún mejoramiento duradero de la situación de las masas del proletariado, que sólo la derrota de la burguesía y la destrucción del estado capitalista permitirán trabajar para mejorar la situación de la clase obrera y restaurar la economía nacional arruinada por el capitalismo. Pero esa creencia no debe llevarnos a renunciar al combate por las reivindicaciones vitales actuales e inmediatas del proletariado, en espera de que se halle en estado de defenderlas mediante su dictadura [...] Toda objeción contra el planteo de reivindicaciones parciales de este tipo, toda acusación de reformismo bajo pretexto de estas luchas parciales, derivan de esa misma incapacidad de comprender las condiciones reales de la acción revolucionaria que ya se manifestó en la oposición de ciertos grupos comunistas a la participación en los sindicatos y a la utilización del parlamentarismo. No se trata de predicar siempre al proletariado los objetivos finales sino de hacer progresar una lucha concreta que es la única que puede conducirlo a luchar por esos objetivos finales.⁵

El tema central de las discusiones del III congreso mundial versaba sobre las luchas sostenidas en marzo por los obreros alemanes: es decir, sobre la llamada "acción de marzo". Ya lo hemos recordado: en Alemania central, encendidas por iniciales razones locales, habían estallado luchas entre la policía y los obreros. El partido comunista alemán —también lo hemos dicho— trató de socorrer a los amigos del partido en la Alemania central, proclamando una huelga general para todo el país. Estos hechos originaron en el partido comunista alemán la denominada "teoría de la ofensiva". Dicha teoría pretendía que un partido revolucionario, constante y decididamente, debía tomar la ofensiva para la conquista del poder, aun prescindiendo de las condiciones desfavorables.

Una teoría de estas características tiene algo de fantasioso y de aventurero: pero, si queremos juzgarla bien, nos veremos obligados a recordar las tesis y las conclusiones del II congreso mundial en el verano del 1920, que había expresado, literalmente:

El proletariado mundial se halla en vísperas de una lucha decisiva. La época en que vivimos es una época de acción directa contra la burguesía. La hora decisiva se acerca. Pronto, en todos los países donde existe un movimiento obrero consciente, la clase obrera tendrá que librar una serie de combates encarnizados, con las armas en las manos.⁶

⁵ *Tesis sobre la táctica*, en *Los cuatro primeros congresos*, cit., pp. 43-44 y 46.

⁶ *Resolución sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria*, en *Los cuatro primeros congresos*, cit., primera parte, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 43, p. 131.

Si el II congreso tenía razón, entonces, países como Alemania e Italia se hallaban en el estadio de la guerra civil abierta. Pero en la guerra civil —y esto lo han dicho y lo han sostenido siempre Marx, Engels y Lenin—, la única forma posible de lucha para los insurgentes es la ofensiva audaz y sin contemplaciones. El error cometido por el partido comunista alemán en marzo de 1921, con su teoría de la ofensiva, no era en realidad otra cosa que el error del II congreso mundial, con su concepción exaltada y exagerada de la situación europea. En cambio, en la tesis del III congreso mundial el error de la Internacional, es decir, el error de Lenin y de Zinóviev también, fue silenciado, mientras el de la acción de marzo quedó atribuido exclusivamente al partido comunista alemán.

Las conclusiones del congreso son las que siguen:

La acción de marzo fue una lucha impuesta al Partido Comunista Unificado de Alemania por el ataque del gobierno contra el proletariado de Alemania central.

Durante este primer gran combate que el partido comunista unificado tuvo que sostener después de su fundación, cometió una serie de errores, el principal de los cuales consistió en que, en lugar de destacar claramente el carácter defensivo de esta lucha, con su grito de ofensiva proporcionó a los enemigos inescrupulosos del proletariado, a la burguesía, al partido socialdemócrata y al partido independiente un pretexto para denunciar ante el proletariado al partido unificado como un factor golpista. Este error fue además exacerbado por un cierto número de camaradas del partido que presentaron a la ofensiva como el método de lucha esencial del Partido Comunista Unificado de Alemania en la actual situación.⁷

Lenin y los otros dirigentes, en las discusiones verbales del congreso, criticaron la acción de marzo con aspereza aún mayor. Los obreros europeos debían extraer de este congreso una persuasión: por lo menos durante un buen tiempo, todo pensamiento de revolución armada era cosa de aventureros y, entonces, se hacía necesario orientarse nuevamente hacia luchas parciales y pacíficas de índole económica, en el estilo de la preguerra.

Las tesis del III congreso mundial pueden recibir las objeciones más fuertes, tanto por el juicio que proporcionan sobre los hechos como por la conexión lógica del razonamiento. La concepción general de la época de la revolución mundial, así como la había desarrollado Lenin en su gran discurso ante el II congreso, seguía respondiendo a la verdad. En las otras partes del mundo, fuera de

⁷ *Tesis sobre la táctica* en *Los cuatro primeros congresos...*, cit., segunda parte, Cuadernos de P y P nº 47, p. 51.

Europa, el levantamiento de los pueblos coloniales contra el imperialismo continuaba su camino: en Europa y en los Estados Unidos de América se mostraban, con intensidad creciente, las íntimas contradicciones del capitalismo: las deudas de guerra, las consecuencias de los tratados de paz de 1919, la depreciación de las monedas, la desocupación. Todo ello estaba presente tanto en 1920 como en 1921 o en 1932. Nada había cambiado entre el primero y el segundo congresos, en estas condiciones fundamentales de la época de la revolución mundial.

Pero ni siquiera en las más importantes naciones europeas se había verificado cambio decisivo alguno desde el verano de 1920 hasta el de 1921. Los sacrificios sufridos durante las luchas de marzo eran muy dolorosos para las familias obreras afectadas: sin embargo, en el cuadro general de la evolución alemana posterior a la guerra, la acción de marzo no fue sino un episodio insignificante, que no podía compararse, por ejemplo, al golpe de mano de Kapp, en 1920, o a los hechos de 1923. Ninguno de los problemas que apremiaban a Alemania había sido resuelto en 1921. Más aún: la tensión franco-alemana, la disputa por las reparaciones y el progresivo derrumbe de la moneda y de la economía alemanas debían llevar a una nueva y aguda crisis para un futuro inmediato. Ello sucedió en 1923.

Lenin había acertado al prever que en Inglaterra la conquista del poder sucedería por vía parlamentaria de parte del partido obrero, como primera etapa de la evolución. Esta perspectiva era tan justa en 1920 como en 1921: nada había cambiado. Tampoco habían acaecido mayores cambios entre el verano de 1920 y el de 1921 en la relación de las fuerzas sociales y políticas francesas. En Italia, al fortalecerse el fascismo, se había delineado una situación de guerra civil declarada: pero tampoco aquí se había llegado a una decisión.

Es decir: entre el II y el III congresos, no habían cambiado ni las condiciones generales del mundo ni la situación europea. Lo que había cambiado era sólo la Rusia de los soviets. Lenin, en el verano de 1920, instigando y forzando la revolución alemana, esperaba instaurar en países como Alemania e Italia gobiernos obreros amigos del soviets. Así se explica la sobreexcitación de las conclusiones del II congreso. Hacia el verano de 1921, Rusia se había replegado sobre sí misma: el país se acomodaba a una existencia que no requería la propagación de la revolución, y Lenin ya no creía en el éxito inmediato de la revolución obrera europea. Para el III congreso, la acción de marzo asumía entonces un significado simbólico: ahora, y de manera totalmente injustificada, dicha ac-

ción aparecía como el fin de aquel período revolucionario activo del movimiento obrero europeo iniciado durante la guerra mundial. Pero, en realidad, la importancia de la acción de marzo consistía para la Internacional Comunista sólo en su virtual coincidencia con el cambio de orientación de la NEP. A través de la crítica a la acción de marzo, el III congreso mundial demostraba los errores de la vieja táctica, no adecuada ya a los tiempos.

Por cierto que se hubiera justificado una corrección de ciertas exageraciones del II congreso referentes a la extensión general de la guerra civil, por ejemplo. Pero, ahora, el III congreso caía en el error opuesto. Dado que Lenin ya no creía en la posibilidad de una revolución europea en tiempos previsibles, dejaba de lado la situación agudamente revolucionaria todavía vigente en Italia y en Alemania.

Había una total posibilidad de que los obreros triunfaran en Italia aun sobre los fascistas, tomando así el poder. También en Alemania, el tremendo descalabro social y económico podía llevar a la creación de un régimen obrero socialista. Entre los objetivos finales, las tesis del III congreso plantean también la victoria del proletariado italiano unido contra el fascismo, y la del comunismo en Alemania. Pero, en cuanto a la situación cotidiana, esas tesis aceptan la acción defensiva del proletariado, orientando a los obreros hacia luchas parciales de carácter fundamentalmente económico. Los partidos comunistas de Europa central y occidental habían sido constituidos desde arriba y de manera sumamente artificiosa: pues bien, aparece como algo muy dudoso que esos partidos, en general, fueran capaces de una acción revolucionaria. Pero, a pesar de ello, además eran frenados por la actitud del III congreso mundial.

En los años 1919 y 1920, la mayoría de la clase obrera europea estaba con la III Internacional. Ahora, a causa de las escisiones y de las expulsiones de vastos estratos obreros, los comunistas, nuevamente, constituían una minoría. El Alemania, el partido socialista alemán, reforzado por aquel sector del partido socialista independiente que no se había unido a la III Internacional, contaba con una cantidad de afiliados ampliamente superior a la de los comunistas. Y no de otra manera, los socialdemócratas, en 1921, tenían la decidida mayoría de los obreros en Inglaterra, Italia, Suecia, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Austria, Suiza. A los comunistas les quedaba la mayoría de los obreros organizados sólo en Francia, Checoslovaquia y Noruega. En los estados periféricos, en los Balcanes, en Polonia y en Hungría el movimiento comunista era sofocado por la fuerza de los gobiernos. Los sindicalistas, que en Es-

pañía tenían la mayoría de los obreros, también rompieron sus relaciones con la III Internacional, y lo mismo hizo en Alemania el pequeño Partido Comunista Obrero (KAPD). Fuera de Europa, y por todas partes, el influjo comunista era muy débil.

En tales circunstancias, y durante los años posteriores a 1921, hubiera sido posible una reconstrucción de la Internacional Socialista capaz de abrazar nuevamente a la mayoría de los obreros. En el conjunto de las naciones, los comunistas se habían reducido a una minoría: pero durante un gran movimiento revolucionario, una minoría activa puede transformarse en la mayoría del pueblo: el ejemplo de los bolcheviques rusos en 1917 lo demuestra. Pero ahora, el III congreso mundial confiaba a los partidos comunistas la tarea de reconquistar en todo lugar la mayoría de la clase obrera, a través de la conducción hábil y exitosa del proletariado en su lucha cotidiana. Y esta tarea era irrealizable. El hecho era que la socialdemocracia gozaba de una larga y afortunada tradición en la conducción de la lucha económica, sobre todo en los sindicatos. Los comunistas, a lo sumo podían derrotarla en el campo de la revolución, jamás en el de la lucha por los salarios: los comunistas habían conquistado vastas masas de obreros europeos por el hecho de haberlas arrancado a las luchas pacíficas de cada día para lanzarlas a la gran lucha política, a la decisiva lucha política. En cambio, ahora, los mismos comunistas tendrían que llevar de nuevo a los obreros a las luchas particulares, es decir, a ese terreno donde los organizadores socialdemócratas, instruidos por la experiencia, eran imbatibles.

Por otro lado, podía suceder que así se hubiera llegado a un estado de cosas duradero. En Europa, una minoría de obreros comunistas estaría contra una mayoría socialdemócrata, de manera tal que ambas, mayoría y minoría, concurrieran a un mismo objetivo, es decir, a los éxitos particulares. Y ambas querrían trabajar juntas en los sindicatos. Pero entonces, en ese caso, nuevamente debería adquirir valor de actualidad esta cuestión: ¿para qué servía todavía la existencia del partido comunista? Hasta el III congreso, la diferencia entre los comunistas y los socialdemócratas había sido clara e inequívoca: los comunistas sostenían la necesidad de la revolución obrera inmediata y violenta, mientras los socialdemócratas negaban la posibilidad de esa revolución inmediata. Pero ahora, también los comunistas aplazaban el objetivo final para un futuro tan lejano que no se podía contar con él. Ellos aseguraban a los obreros, es verdad, que más tarde harían la revolución, y que entonces los socialdemócratas los traicionarían nuevamente: pero

una escisión estable del movimiento obrero no podía justificarse sólo sobre la base de este pagaré.

Las conclusiones del III congreso mundial tienen, en definitiva, un carácter ambiguo y contradictorio. Y ese carácter se explica por el hecho de que Lenin, y en general los bolcheviques dirigentes, alimentaban por entonces dudas sobre el futuro de la Internacional Comunista. Si un día se renovaba la poderosa ola revolucionaria, entonces los partidos comunistas podrían volver también renovados a la lucha. Pero, por el momento, no les quedaba otra posibilidad que un acercamiento a la socialdemocracia. En octubre de 1921, el comité ejecutivo de la Internacional Comunista propuso a los partidos y a los sindicatos socialdemócratas la creación del "frente único" para luchar por los intereses urgentes del proletariado.

El autorizado marxista holandés Gorter ha expresado de la manera más significativa el pensamiento de los cerebros críticos del movimiento obrero europeo sobre el III congreso mundial. Gorter, inmediatamente después de la clausura de dicho congreso, escribía:

El III congreso de la Internacional moscovita, o rusa, por ahora ha sellado la suerte de la revolución mundial. La tendencia que pretendía realizar seriamente la revolución mundial, es decir, y ante todo, la revolución inglesa, alemana y europea occidental, ha sido expulsada de la Internacional rusa. Los partidos comunistas de la Europa occidental y de todo el mundo que todavía permanecen en la Internacional rusa ya no serán sino instrumentos para la conservación de la revolución rusa y de la república de los soviets. La revolución en Europa occidental, la revolución mundial ha sido dejada de lado para que la revolución rusa pueda existir todavía cierto tiempo. La revolución mundial, entonces, está condenada a vivir largamente en estado de agotamiento.

La revolución rusa no era comunista y proletaria sino aparentemente. En realidad, tenía esas características sólo en exigua proporción, y en gran parte aparecía como campesina y democrática [...] De esta contradicción, ocultada durante un buen tiempo, surgió también la táctica interna de la república de los soviets y del partido comunista: la dictadura de los dirigentes, la ciega obediencia, la supercentralización, etcétera.

A la cabeza de la III Internacional hay un partido más interesado por la democracia burguesa y campesina que por el proletariado. Ese partido se verá obligado a acentuar tal actitud y ese partido obliga, u obligará a la Internacional, cada vez más, a tomar la misma posición. Se trata de un partido que, con una mano, ayuda al capitalismo alemán e inglés, a través del comercio exterior y de las concesiones mientras, con la otra mano, apoya al proletariado de las mismas naciones. Y la táctica de esta III Internacional, esta Internacional rusa, se corresponde en todas las naciones y en todos los partidos con idéntica duplicidad. Una III

Internacional obligada entonces a la conciliación, obligada al oportunismo por la democracia rusa y por el capital mundial. Para esa internacional, la revolución se volverá cada vez más pura palabra, acaso alternando con golpes de mano.

Los juicios de Gorter influidos por su simpatía personal hacia el Partido Comunista Obrero de Alemania, son quizás excesivos. Pero la cuestión fundamental es planteada con justeza: el gobierno de la Rusia de los soviets, con su capitalismo de estado ¿estaría en condiciones de dirigir la lucha del proletariado mundial contra el capitalismo?

9. EL LEGADO DE LENIN (DESDE 1922 HASTA 1924)

Un ataque de apoplejía arrancó a Lenin de su trabajo en 1922. Entre fines de ese año y principios de 1923 su estado de salud mejoró, al extremo de permitirle el dictado de alguna conferencia y la redacción de artículos. Luego sufrió una recaída y, en enero de 1924, murió. Lenin, luego de la realización de la revolución rusa, había asegurado la paz a su pueblo, terminando con la guerra exterior y con la guerra civil. Al instituir la NEP había domado el hambre, dando a los hombres de las ciudades y de las campañas la tranquilidad de la vida cotidiana. Convertido en jefe de todas las Rusias, vivía en el Kremlin, pero ello no significó que abandonara las condiciones modestas y sin pretensiones de su existencia de perseguido político en una habitación amueblada de Zurich. Todas sus acciones estaban guiadas por una objetividad absoluta; nunca se dejó asaltar por su estado de ánimo personal. Lenin aparecía a los ojos del pueblo como el simple hombre de pueblo, que con él compartía todas las penas y que era accesible a todos. Lenin evitaba todo gesto retórico: no los necesitaba para causar impresión. Hegel había dicho: "Robespierre elevó el principio de la virtud por encima de cualquier otra cosa; puede asegurarse que él tomó muy en serio la virtud." La expresión puede ser referida perfectamente a Lenin.

Lenin gozó en los últimos años de su vida una infinita veneración de parte de las masas populares rusas. Su cuerpo fue embalsamado y enterrado en el mausoleo de la Plaza Roja de Moscú donde, desde entonces, una multitud se reúne para visitar "al santo de la revolución rusa". Él mismo se habría asombrado si alguien le hubiese predicho esa denominación póstuma suya: pero todo su pudor y su modestia no le impidieron encarnar en sí mismo el mito de la revolución rusa.

La gran pasión de su vida había sido liberar de los zares a Rusia. Lenin vio a la revolución rusa en el más amplio cuadro de la revolución mundial, pero la verdadera obra de su vida tenía sus raíces en la tierra rusa. Durante los treinta años de su vida política, permaneció absolutamente fiel a sí mismo, y en las cuestiones fundamentales y decisivas jamás alteró sus propias convicciones, a pesar de todos los cambios tácticos de ruta.

Sería absoluta falsedad querer ver en la NEP la confesión de

que su ideal socialista había fracasado. La NEP, más bien entra de manera totalmente orgánica en la concepción sobre la revolución rusa y sobre la futura economía rusa defendida por Lenin hasta 1917. El episodio del comunismo de guerra, entre 1918 y 1920, no fue obra de Lenin: se trató de una transformación transitoria de sus planes, de una transformación obligada por el apremio de los hechos. Ni siquiera en los años del 18 al 20 renegó Lenin de sus propias ideas fundamentales sobre el capitalismo de estado, en cuanto advirtió teóricamente la situación rusa.

Lenin dejó al partido bolchevique la tarea de mantener unidos, políticamente, a los obreros y a los campesinos rusos: la unión económica correspondiente debía efectuarse entre la economía de estado en la gran industria, en los transportes, en los bancos y en el comercio exterior, por un lado; y, por el otro, la economía privada en las haciendas de los campesinos y en el pequeño comercio. La NEP había estabilizado tanto la situación rusa que el período de la enfermedad de Lenin pasó sin graves turbaciones: aun, luego de la muerte del jefe, el partido bolchevique pudo continuar con toda tranquilidad el gobierno del país.

La más importante de las consecuencias de la proclamación de la NEP fue el retorno a la estabilidad de la moneda, y en 1924, luego de una larga preparación, se llegó a superar plenamente la inflación, creándose un nuevo rublo estable. El monopolio del estado sobre el comercio exterior permitía regular con exactitud la balanza internacional de los pagos de la Rusia de los soviets: el país, por principio, no compra en el exterior más mercancías de las que puede pagar mediante su propia exportación. El gobierno de los soviets satisface puntualmente sus propios compromisos con los proveedores extranjeros, y nunca contrae deudas que superen sus propias posibilidades de pago. Así, al mismo tiempo, se imposibilita la realización en el exterior de alguna maniobra especulativa sobre la moneda.

Dentro del país, en 1924 la circulación monetaria fue adecuada a la circulación de las mercancías, y cesó la emisión arbitraria de moneda. Naturalmente, Rusia debió soportar las duras consecuencias de esa deflación a partir de 1924: a todas las administraciones y empresas se les impuso una estricta economía. La industria del estado, de alguna manera, debía ser redituable. Cada uno de los trust estatales debía atenerse a una contabilidad exacta; los obreros debían dar el máximo trabajo, y los salarios habían de regularse sobre los beneficios de las fábricas.

Después de la institución de la NEP, se produjo un decidido progreso en la reconstrucción de la industria rusa: en 1922, ella

estaba reducida al 15% de la producción prebélica. Para 1924, ya se había llegado al 45%. Es cierto que todavía en 1924 el equipamiento técnico de la industria rusa se hallaba aún en absoluto retraso: faltaban los medios para modernizar las viejas fábricas de tiempos del zar y, por eso, los establecimientos industriales rusos trabajaban con dificultad, produciendo sólo a precios muy elevados. El número de los verdaderos obreros en las industrias creció de 1.200.000, en 1922, a 1.600.000 en 1924. Al mismo tiempo, y venciendo grandes dificultades, también fue posible volver a la eficiencia a los ferrocarriles, organizando así un tráfico seguro.

La economía agraria rusa debió soportar todavía una mala cosecha en 1921 pero, a partir de ese año, comenzó la mejoría. Los impuestos que el campesino ruso debía pagar fueron calculados de manera muy medida: primero se los fijó como pagos en especie; luego, desde 1924, en forma de usuales pagos en moneda. Desde 1920, la situación de las propiedades agrícolas se había estabilizado nuevamente, y ya no se producían usurpaciones por el estado. Poco a poco, naturalmente, volvieron a formarse diferenciaciones sociales en la campaña. Con la renovada posibilidad de ganar dinero, se constituyó una clase de campesinos pudientes, que continuaban la vieja tradición de los kulaks mientras, por otro lado, las familias de los campesinos pobres no tenían tierras para distribuir a sus hijos. Entonces, esos hijos de campesinos se volcaban a las ciudades y aumentaban la oferta de trabajo en el mercado obrero, contribuyendo así al acrecentamiento de la desocupación, tan característica de la Rusia de los años de la NEP. En 1924, el número de desocupados alcanzaba ya el millón. Dada la insuficiencia de socorros del estado, esos desocupados trataban de arreglárselas con pequeños comercios ocasionales u otros expedientes similares. Se formó también una nueva clase de trabajadores agrarios.

En virtud de todos estos hechos, la igualdad entre los hombres, que regía en tiempos del comunismo de guerra, se había desvanecido por completo en los primeros años de la NEP. En Rusia el dinero volvía a ser la unidad de medida, y los hombres se distinguían según cuánto dinero ganaban, y según cómo lo ganaban. Debajo del pequeño grupo dirigente del partido bolchevique estaba el ejército de millones de empleados públicos, ocupados por el estado, por el partido, los sindicatos y las cooperativas; hombres de oficio de todas las categorías posibles, ingenieros y técnicos en las fábricas del estado, maestros en las escuelas superiores e inferiores, oficiales y suboficiales en el ejército rojo. Ríkov, un jefe del gobierno ruso, presidente del consejo de comisarios del pueblo luego de la muerte de Lenin, decía sobre el aparato estatal ruso:

Uno de los instrumentos más importantes de nuestro trabajo es el aparato de los soviets. En la actualidad, ese aparato cuenta con muchos centenares de miles de empleados, y una mayoría aplastante ha mantenido sus propias ideas y sus propias costumbres, las de la vieja sociedad, arrastradas aun al nuevo ordenamiento. Ese aparato soviético, en su gran mayoría, permanece entonces indiferente ante los objetivos más vitales del partido y de la clase obrera. Por lo tanto, no puede llevar en su propio trabajo la sistemática y consciente perseverancia que es indispensable para una celosa realización de las tareas asignadas por el partido mismo. En el funcionamiento cotidiano del aparato soviético, con esa situación, se vuelve inevitable la aparición de actitudes, de deslices pequeños burgueses y burocráticos.

El mismo Lenin, aun en marzo de 1923, escribía respecto de "las dos tareas principales, que representan toda una época. Una, reorganizar nuestro aparato, que no sirve en absoluto, y que tomamos íntegramente de la época anterior."¹ Durante los cinco años de luchas aquí no se logró crear —era imposible hacerlo— algo que fuera serio. Y sin embargo, el aparato estatal del gobierno soviético es mucho mejor que la burocracia zarista, y podemos compararlo, teniendo en cuenta las circunstancias, aun con la administración de los otros países. La crítica áspera que le hicieron Lenin, Ríkov y muchos otros dirigentes bolcheviques, tiene una explicación: ellos sentían ese aparato como un elemento extraño, es decir, el elemento burgués, el principio opuesto a la idea del estado proletario.

Pero el ejército de millones de hombres del aparato soviético tampoco puede ser distinto sólo en cuanto el gobierno lo utiliza para ejercer la dictadura sobre las masas populares. O democracia viva, verdadero gobierno de los soviets, o bien gobierno del aparato estatal. En Rusia no era posible, ni es posible, un tercer camino. De la misma manera, es inevitable que, con la marcha de los años, la gente que integra el aparato gubernativo tome los modos de una nueva sociedad burguesa, como aquella que tiene una cultura más elevada, que trabaja sólo con el cerebro, que tiene su existencia asegurada, que dispone de la administración estatal y de la producción.

Junto con los miembros del aparato estatal, en la Rusia del 24 estaban los grandes y pequeños campesinos, los comerciantes y artesanos, los profesionales libres (médicos, actores, escritores, etc.) y, finalmente, los obreros. Tampoco el proletariado era ya uniforme en 1924: existía una amplia gradación de sueldos, según el

¹ V. I. Lenin, *Sobre la cooperación*, en *Obras*, vol. xxxiii, p. 436.

trabajo y la calificación del obrero y, en la base de la pirámide social, estaba el millón de desocupados.

Así se había desvanecido el sueño de la igualdad comunista, que durante largos años ocupó las mentes de los obreros rusos. No era fácil realizar el cambio a que debía someterse el proletariado ruso de manera tal que el estado soviético no sufriera daño alguno. El tránsito fue posibilitado por el hecho de que Lenin, aun luego de 1924, había calificado decididamente al sistema estatal ruso como una dictadura del proletariado. Éste es el nombre que, hasta hoy, se le ha dado al sistema de gobierno vigente en Rusia. El gobierno y el partido bolchevique han repetido siempre a los obreros rusos que el estado es el de ellos: no el estado que sigue los intereses ocasionales de cada obrero en particular, pero sí el estado de la clase obrera en su conjunto.

Se pretendía que todo cuanto sucedía en Rusia se hiciera en beneficios de la dictadura proletaria: los compromisos, las aparentes injusticias en los casos particulares, los sacrificios que hasta ahora se exigían a los obreros, todo ello quedaba explicado con las necesidades del estado proletario. Realmente no era cosa fácil para el obrero común convencerse de que él mismo ejercía la dictadura de clase sobre su propio director técnico; o, para el tranviario, sobre el empleado bien remunerado del cual dependía; o, para el desocupado, sobre el dueño del negocio de productos alimenticios de lujo, a través de cuya vitrina lanzaba una ávida mirada.

Desde 1921, en la Rusia de Lenin coexistían una realidad del capitalismo de estado y una mitología proletaria. Lo extraño es que, en el fondo, nadie escondía la verdad: Lenin y sus seguidores siempre han hablado con toda sinceridad respecto de las condiciones objetivas pero, en cuanto todo el complicado sistema era presentado como una dictadura del proletariado, el terreno de la realidad, sin embargo, se enrarecía.

Los comienzos de esta mitología proletaria arrancan del año 1918, cuando en Rusia la democracia de los consejos fue remplazada por la dictadura partidaria, aunque el estado ruso siguiera siendo llamado estado de los consejos, y manteniendo la ficción de que en Rusia todo sucedía en nombre del gobierno de los consejos mismos. Por otro lado, las primeras raíces de la mitología bolchevique del proletariado se encuentran ya en Marx y en Engels.

Según Marx, el camino justo debe ser señalado al proletariado por los comunistas: lo que éstos hacen es, en realidad, la acción del proletariado como clase en el sentido histórico, aunque un gran número de obreros "retrasados" proteste. El proletariado no debe

buscar de ninguna manera el enriquecimiento egoísta del obrero como individuo: su gran misión es, en cambio, la liberación de la humanidad. El proletariado tiene para ofrecer al servicio de su propio objetivo sacrificios más graves que los de las otras clases populares. En este sentido, Marx y Engels consideraban su propia política, en la *Neue Rheinische Zeitung* por ejemplo, como política proletaria. Con el mismo espíritu, Lenin y los jefes del partido bolchevique podían concebir su estado como estado del proletariado, y todas sus propias acciones como acciones del proletariado.

La realización de la revolución burguesa, la liberación de los campesinos y la de las naciones oprimidas, todo esto, y otras empresas parecidas, son para Marx y para Lenin tareas de la clase obrera. Se trata de cosas en sí mismas simples y claras: la mitología empieza sólo cuando el proletariado confundía las posiciones alcanzadas en el desarrollo burgués con las etapas del desarrollo todavía por cumplir, es decir, con las etapas del progreso proletario y socialista.

La dictadura del proletariado es a la vez la cumplimentación del socialismo. Pero Lenin había admitido siempre que la Rusia de los soviets no era un estado puramente socialista, sino una forma de capitalismo de estado, que presentaba elementos burgueses junto a elementos socialistas: aquí se producía una grave contradicción entre mitología y realidad. Pero, en su célebre ensayo sobre la institución de las cooperativas en 1923, Lenin señaló el camino que un día permitiría superar esa contradicción si se logra elevar culturalmente a los campesinos rusos y reunirlos en cooperativas, entonces el socialismo será alcanzado.

Naturalmente, al mismo tiempo en Rusia había que preocuparse por el progreso de la industria estatal, por el desarrollo técnico de su eficiencia, por el acrecentamiento cada vez mayor del número de obreros ocupados en ella. Lenin demostraba un interés particular por los planes de electrificación: la industria de estado, mejorada así en sus posibilidades productivas, debía ofrecer las condiciones básicas para las cooperativas agrícolas, realizando con ellas el intercambio de los productos. Y esto sería socialismo.

Tal era el testamento económico dejado por Lenin a su partido y al pueblo ruso. Si él tenía razón, ello significaba que Rusia todavía no había alcanzado el socialismo en los años de 1921 a 1924. Acaso lo podía alcanzar en pocos años, cuando se superaran las dificultades de la deflación y de la estabilización de la moneda, sin nuevas experiencias dramáticas y, sobre todo, incrementando el desarrollo organizativo en el país mismo, independientemente del progreso de la revolución mundial.

Dentro del nombre "socialismo" se puede entender todo lo que se quiera. La palabra es multiforme, y no puede oponerse a sus variadas interpretaciones. Pero, con referencia a Lenin, el sentido del socialismo debe ser entendido estrictamente de acuerdo con el espíritu del marxismo; en la crítica de la concepción socialista de Lenin no se puede utilizar sino la definición marxista. Y lo que Marx entiende económicamente con el nombre de socialismo es algo que surge con total claridad de *El capital* y de sus otros escritos.

Marx distingue tres grados: la forma primordial, donde los productores, los artesanos y los campesinos son los propietarios de los géneros de producción en que trabajan. El segundo grado es el estadio capitalista: allí los trabajadores han sido separados de la propiedad de sus medios de producción, porque éstos ahora pertenecen a una minoría, y la masa expropiada debe producir los medios mismos en beneficio de los patrones. En el tercer estadio, el estadio socialista, la masa de trabajadores reconquista los medios de producción. Los expropiadores ahora se vuelven expropiados. Pero de ello no deriva el retorno al primer estadio, no se vuelve a una subdivisión de los géneros de producción entre pequeños propietarios sino que la producción sigue siendo centralizada, por otro lado, en bien de la comunidad. Y, a la vez, en lugar de la economía comercial con su explotación del mercado, con la lucha por la ganancia y con la acumulación de los superbeneicios, en la sociedad socialista aparece la economía regulada por la necesidad.

La revolución rusa, en 1917, había quebrado la economía agraria latifundista. Pero luego llevó nuevamente a la pequeña hacienda y a la pequeña posesión, de acuerdo con un desarrollo que nada tiene que ver con el socialismo. Más aún: la reunión en cooperativas de diez o de cien pequeños propietarios no altera el panorama. En los hechos, un consorcio así organizado producirá mercancías; hará ganancias y las acumulará, constituyendo por lo tanto un elemento burgués en el cuadro de una economía también burguesa, basada en el dinero.

La teoría leninista de las cooperativas agrícolas es incompatible con la economía marxista: y, sin embargo, Lenin ya ha obtenido con anticipación la absolución por estos "pecados contra el marxismo". Y la ha obtenido justamente de Marx mismo.

En los últimos años de su vida, Marx había seguido con apasionada atención el desarrollo revolucionario en Rusia, que culminó con el asesinato del zar Alejandro II. Como ya hemos dicho, a la cabeza de la revolución estaban por entonces los *narodniki*, es decir, aquellos intelectuales que querían liberar al sector campesino

ruso. El proletariado industrial no representaba todavía un papel político en Rusia. Los *narodniki* presumieron que ciertos restos de propiedad común, aún existentes en ciertas aldeas rusas, podían tener un desarrollo ulterior. Ellos decían que un socialismo rural, basado en la comuna campesina, un día tomaría el lugar del zarismo: Rusia, así, podría saltar los estadios de desarrollo de Europa occidental, el capitalismo industrial y el socialismo proletario, pasando directamente del feudalismo de tiempos del zar a un socialismo agrario nacional.

Los revolucionarios rusos le pidieron varias veces a Marx, en los últimos años de su vida, juicios sobre la cuestión. Si Marx no hubiera sido más que un teórico del socialismo, habría debido responder a los *narodniki* que sus ideas nada tenían de común con las propias. Pero Marx no era sólo un teórico de la economía; en primera línea, era un revolucionario. Por ello recibió con alegría el movimiento de los *narodniki*, y aun les facilitó a éstos teóricamente la unión con sus propias doctrinas.

En 1882 salió una edición rusa del *Manifiesto comunista*. Marx y Engels las precedieron con las siguientes palabras:

El *Manifiesto comunista* se propuso como tarea proclamar la desaparición próxima e inevitable de la moderna propiedad burguesa. Pero en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es poseída en común por los campesinos. Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa —forma por cierto ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra— pasar directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente? La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida a una evolución comunista.²

Los *narodniki* habían dado un valor excesivo a la importancia de la propiedad colectiva en Rusia: en realidad, esa propiedad había desaparecido por completo al empezar la revolución rusa. Lo importante es que Marx, en 1882, reconociera y justificara la existencia de un socialismo rural ruso junto al socialismo proletario

² Marx y Engels, *Prefacio a la edición rusa del Manifiesto del Partido Comunista*, 1882, en *Obras escogidas en dos tomos*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1955, t. I, p. 16.

occidental. Marx reconocía entonces un particular desarrollo nacional ruso sobre bases rurales, pues solamente así era concebible una victoria revolucionaria contra el zar. Naturalmente, Marx creía posible el desarrollo comunista de los campesinos rusos sólo con la victoria de la revolución obrera socialista en Europa occidental, de manera tal que la Rusia socialista agraria pudiera hallar un socorro en el socialismo proletario occidental.

Lenin, en 1923, abría con las cooperativas agrarias un camino hacia el socialismo: así podía ligarse a esas concepciones de Marx pero, a la vez, volvía a las teorías de los *narodniki*. Hay algo de trágico en el hecho: Lenin, luego de haber combatido sin cuartel al movimiento político populista durante treinta años, al final de su propia vida tuvo que acercarse a las concepciones que atacaba. Las necesidades del desarrollo social son más fuertes que la voluntad de las organizaciones de partido. Podía haberse dado una circunstancia: que la revolución rusa hubiera superado no sólo el feudalismo sino también el gran capital privado. Pero si además de ello el proletariado industrial no se hubiera bastado para empuñarlo, entonces se habría visto obligado a seguir un camino intermedio que, a través del capitalismo de estado y de los consorcios rurales, condujera a un "socialismo" nacional ruso, de tinte *narodniki*. Lenin, cuando viejo, estaba preparado para ese camino, y Stalin lo siguió.

Marx, el europeo occidental, sólo podía concebir la revolución *narodniki* en correlación con la revolución obrera occidental y paralelamente a ella. En cambio, Lenin debía hacer las cuentas, desde 1921, con una evolución rusa en el marco de un mundo que seguía siendo capitalista. Si leemos con atención los últimos artículos y discursos de Lenin, veremos cómo él concentraba sus propios pensamientos absolutamente sobre Rusia, y cómo pretendía realizar lo que entendía por socialismo sólo con la fuerza de la misma Rusia. Además, pensaba que las relaciones internacionales tendrían valor para el país en cuanto pudieran asegurar su territorio de la posibilidad de una intervención militar extranjera. Ya no hay referencias a un apoyo positivo de la revolución mundial a Rusia: así, desde el punto de vista ruso, la III Internacional había perdido toda razón de existir. Es cuestión de preguntarse por qué Lenin y sus sucesores la mantuvieron en pie.

Los adversarios del bolchevismo a menudo afirman que la Rusia soviética se sirve de la III Internacional en favor de su propia política exterior, o que esa internacional es un instrumento para sujetar a los obreros extranjeros a Rusia. Ambas interpretaciones, ante un examen objetivo de los hechos, resultan falsas. Para la

política exterior rusa sería algo muy útil que un partido comunista dependiente de Rusia dominara a un país europeo importante; pero, desde 1921, los comunistas no han logrado conquistar el poder en país alguno fuera de Rusia. Además, no tenían la menor esperanza de que ello sucediera, y tampoco han podido ejercer ningún influjo serio sobre los gobiernos en el poder.

La política exterior rusa, si quiere tener éxito, debe hacer las cuentas con los gobernantes, los partidos y los gobiernos existentes: y las relaciones rusas con Mussolini, con Kemal Pashá, con la república alemana, con Inglaterra, no están facilitadas por la existencia de los respectivos partidos comunistas: más bien, están entorpecidas. La diplomacia rusa trabajaría mejor y con mayor éxito si no estuviera comprometida por la existencia de la III Internacional. La organización de la diplomacia rusa, como también la del comercio exterior, es absolutamente independiente de la organización de la III Internacional. Es verdad que las dos se conectan al mismo punto, a la dirección central del partido comunista ruso. Pero quien tiene el poder en Rusia sabe muy bien que, si pretende el éxito de su propia política exterior, no debe mezclarla con la Internacional Comunista.

Además, la Rusia de los soviets tendría un fuerte interés en que los obreros de todo el mundo la viesen con buenos ojos. Pero la mayoría del proletariado internacional, desde 1921, está de nuevo junto a la socialdemocracia, y los continuos ataques comunistas contra los funcionarios socialdemócratas, por cierto, no pueden hacer avanzar la amistad con Rusia. Un socialdemócrata no puede ser amigo de Rusia gracias al partido comunista sino, solamente, a pesar del partido mismo. La actividad de la Internacional Comunista, en lugar de abrir, cierra el camino para que la Rusia de los soviets alcance a la mayoría de las clases obreras europeas y americanas. Más adelante demostraremos cómo la existencia de la III Internacional incluso ha dañado las relaciones de la Rusia de los soviets con los pueblos asiáticos que luchan contra el imperialismo.

Entonces, los partidos comunistas extranjeros no pueden aportar ninguna ayuda real a la reconstrucción rusa y, por otro lado, constituyen un grave perjuicio para las relaciones rusas con el exterior. Resulta ampliamente extraño que el gobierno soviético no se haya alejado de la III Internacional ya desde un buen tiempo atrás. En realidad, los gobernantes bolcheviques, en los últimos diez años, han intentado dos veces la liquidación de la Internacional Comunista: con la táctica del frente único en los años de 1921 a 1923 y con la acción por la unión de los sindicatos, de 1925 a 1927. Pero ambas

acciones fueron conducidas por Moscú con titubeos y contradicciones, de modo que fracasaron completamente.

¿Cuál es la fuerza secreta que ha atado entre sí a la Rusia de los soviets y a la Internacional Comunista durante el último decenio? Es la mitología proletaria socialista, de la que ni siquiera el bolchevismo puede prescindir en Rusia, y cuya importancia para la política exterior rusa aun se ha acrecentado luego de 1928. Si en Rusia hay verdaderamente dictadura del proletariado, entonces la clase obrera internacional, o por lo menos su sector revolucionario, deben reconocerlo. Si todas las organizaciones obreras internacionales aseguran que la Rusia de los soviets es un estado burgués, el gobierno soviético no se hundiría seguramente, pero ello dificultaría aún más sus relaciones con los obreros rusos.

El reconocimiento y el apoyo moral desde el exterior siempre tuvieron gran importancia para los revolucionarios rusos. Poco importa que los emigrados rusos recibieran en su exilio ocasionales socorros en dinero o en viviendas: lo más importante era que los revolucionarios conservaran la convicción de su participación en el gran movimiento internacional por la libertad. De manera similar, ya los *narodniki* de los años 1870 a 1890 exigían en cierto modo que Marx y Engels aprobaran su propia obra. Igualmente los socialdemócratas rusos de la preguerra eran fervientes miembros de la II Internacional, y durante la guerra mundial Lenin buscaba en el movimiento de Zimmerwald un sólido apoyo moral para la futura revolución rusa. De 1918 a 1920, los bolcheviques esperaban directamente su propia salvación material por la III Internacional: durante la revuelta de Cronstadt, en 1921, era de decisivo interés que todos los monárquicos y guardias blancos del extranjero se pusieran del lado de los marinos de Cronstadt, mientras todos los obreros revolucionarios europeos debían apoyar al gobierno de los soviets.

El III congreso mundial, en el verano de 1921, y el IV congreso, hacia fines de 1922, aprobaron explícitamente la NEP rusa y la declararon de necesidad para los intereses del proletariado internacional y del socialismo. Lenin y sus secuaces estaban sinceramente persuadidos de que la revolución rusa de 1917 había sido el más grande acontecimiento histórico del proletariado mundial. También creían que todos los obreros de todos los países estaban obligados a reconocer y a ayudar a la Rusia de los soviets. Por otro lado, como es comprensible, todos los partidos socialdemócratas europeos trataban de defenderse de los constantes ataques comunistas, criticando a la Rusia soviética y sosteniendo las tesis de los jefes mencheviques que habían emigrado de Rusia.

Los dirigentes de la Rusia de los soviets pretendían oponer al menchevismo y al "antibolchevismo" de la socialdemocracia internacional una fuerza en la que se pudiera confiar totalmente. La primera condición exigida por los bolcheviques a un partido comunista extranjero era el reconocimiento del carácter proletario y socialista del poder soviético: por lo tanto, en su propaganda la Internacional Comunista no debía colocar en primer plano la realidad del capitalismo de estado en la Rusia de los soviets, con todos sus compromisos, sino la mitología proletaria y revolucionaria. La resolución del III congreso mundial, tomada en julio de 1921, a propósito de la táctica del partido comunista ruso, constituye el clásico ejemplo de esa mitología soviética rusa. Allí leemos la siguiente conclusión:

El III congreso mundial de la Internacional Comunista, luego de haber escuchado el discurso del camarada Lenin sobre la táctica del Partido Comunista de Rusia y de haber tomado conocimiento de las tesis anexas, declara:

El III Congreso mundial de la Internacional Comunista admira al proletariado ruso, que luchó durante cuatro años por la conquista del poder político. El congreso aprueba por unanimidad la política del Partido Comunista de Rusia que desde el comienzo reconoció en toda situación los peligros que la amenazaban, que permaneció fiel a los principios del marxismo revolucionario, que siempre supo encontrar los medios de aplicarlos, que aun en la actualidad, después del fin de la guerra civil, concentra siempre —mediante su política respecto a la clase campesina en el problema de las concesiones y la reconstrucción de la industria— todas las fuerzas del proletariado, dirigido por el Partido Comunista de Rusia con el objeto de mantener la dictadura del proletariado en Rusia, hasta el momento en que el proletariado de Europa occidental venga en su ayuda.

Expresa su convicción de que sólo gracias a esta política consciente y lógica del Partido Comunista de Rusia, ésta es aún la primera y más importante ciudadela de la revolución mundial. El congreso condena la política de traición de los partidos mancheviques que fortalecieron, gracias a su oposición contra la Rusia soviética y la política del Partido Comunista de Rusia, la lucha de la reacción capitalista contra Rusia y que tratan de retrasar la revolución social en todo el mundo. El congreso mundial invita al proletariado de todos los países a ubicarse al lado de los obreros y de los campesinos rusos para realizar la revolución de octubre en el mundo entero. ¡Viva la lucha por la dictadura del proletariado! ¡Viva la revolución socialista mundial! ³

³ Resolución sobre la táctica del partido comunista ruso, en *Los cuatro primeros congresos...* (segunda parte), Cuadernos de PyP n° 47, p. 116.

Como vemos, desde 1921 a 1923 se fue gestando una grave contradicción entre la práctica revisionista y la oratoria ruso-revolucionaria de la Internacional Comunista. En esos años, la táctica de los comunistas se apoyaba en la unidad del frente. Se decía: los comunistas y los socialdemócratas no tienen una unidad de puntos de vista acerca del objetivo final, pero el proletariado, en su conjunto, tiene tareas cotidianas apremiantes. Los obreros deben defender sus propios salarios, sus propios horarios de trabajo, sus propias conquistas sociales y su propia libertad política contra la ofensiva patronal. Y el obrero comunista se encuentra tan interesado por estas cosas como el socialdemócrata, el cristiano o aquel obrero que no pertenece a ningún partido. La minoría comunista obrera no puede conducir por sí sola esta grave lucha cotidiana, que ha de ser librada por todo el proletariado reunido.

Por esta razón, los comunistas entrarán en los partidos socialdemócratas y en los sindicatos, para proclamar que, aun sin compartir las mismas ideas respecto de la dictadura del proletariado, hay un acuerdo sobre el pedazo de pan a que todo obrero tiene derecho. De allí la necesidad de luchar juntos "por el pedazo de pan".

La Internacional Comunista buscaba su propia coartada revolucionaria aun durante la época de su táctica en favor de la unidad del frente; entonces se veía que los dirigentes socialdemócratas no sabían luchar siquiera por las más pequeñas reformas sociales. En las acciones comunes, la masa obrera, en su conjunto, sería llevada nuevamente a la conducción de los comunistas. Y de las luchas económicas particulares resurgirían las luchas revolucionarias por el poder. Pero todas estas consideraciones no alteraban en lo más mínimo un hecho real: la táctica del frente único, manejada con coherencia, debía traer como consecuencia la liquidación del partido comunista.

Es cierto que un partido, sin renunciar por ello a su propia existencia, puede aliarse a otro para determinados objetivos: pero, por principio, esta circunstancia no puede acarrear una dependencia de la política propia respecto de la política de un partido afín, y para todo un período histórico. ¿Qué fue de los partidos liberales ingleses luego de la guerra mundial, y a causa de la táctica de frente único con los conservadores? ¿Cuál era el destino reservado en Alemania a los nacionalistas alemanes y el partido popular alemán, entre los años 1930 y 1932, como consecuencia de sus tácticas de frente único con los nacionalsocialistas?

Se veía con claridad que los comunistas, después de 1921, irían a pura pérdida en virtud de esa interdependencia con los social-

demócratas. Efectivamente, ellos, en el frente único, eran los más débiles, y la política de tal frente único debía ser socialdemócrata, y no comunista. Los jefes de la Internacional Comunista inventaron también un tema político para las acciones económicas del frente único: se trataba del gobierno obrero. Los comunistas deberían tratar de conquistar la mayoría parlamentaria, junto con los socialdemócratas, y ascender luego también con ellos al poder.

A principios de 1923, el congreso del partido comunista alemán, reunido en Leipzig, hizo la siguiente descripción del gobierno obrero:

No es ni la dictadura del proletariado ni un pacífico modo parlamentario de llegar a ella. Es más bien un intento de la clase obrera, en el cuadro y originalmente con los medios de la democracia burguesa, por ejercer una política obrera con el apoyo de órganos proletarios y de movimientos de masa proletarios.

Esto significaba un intento de trasladar al continente europeo cuanto Lenin había recomendado en 1920 para Inglaterra. Un gobierno obrero tal, asumiendo el poder por vías pacíficas y legales, no puede gobernar sino en el marco de la sociedad burguesa y según la constitución burguesa. Y por ello no se le daba como programa económico el socialismo, sino una política fiscal radical-burguesa, con la participación del estado en las utilidades de las grandes empresas, con la llamada toma de posesión de los valores reales, y así sucesivamente.

La creación de un gobierno obrero de esas características, aunque encuadrado en la constitución democrático-burguesa, constituye de todas maneras un notable éxito de la clase obrera: así lo prueba la historia de los gobiernos laboristas en Inglaterra. Pero los comunistas, al adelantarse con tales propuestas, sin más perdían su propia posibilidad de existencia como partido independiente. Efectivamente, el gobierno obrero parlamentario es una exigencia en esencia socialdemócrata. Y no se mantiene en pie ni siquiera esa única delimitación entre comunistas y socialdemócratas: los primeros estrechan alianzas sólo en el seno del socialismo mismo, mientras los socialdemócratas lo hacen también con los burgueses. En Alemania, por ejemplo, la táctica del frente único se extendía aun a los obreros cristianos, de modo que también los jefes de los sindicatos cristianos de centro hubieran sido comprendidos en un gobierno alemán totalmente obrero.

El comité ejecutivo de la Internacional Comunista pasó entonces de la tesis del gobierno obrero a la consigna del gobierno obrero

y campesino, que se debía tratar de instituir en todos los países. En ese momento, las posibilidades teóricas de coalición eran casi ilimitadas. En Europa occidental, en definitiva, ¿qué cosa puede no ser comprendida dentro de la denominación de "partido de los campesinos"?

Si alguien observara todo desde un punto de vista extraño a la cuestión, quedaría sorprendido al advertir que los mismos afiliados al partido, llevados por la Internacional Comunista en 1919 y 1920 a la aceptación de la tesis de la revuelta y de la revolución mundial, soportaron desde 1921 a 1923 el revisionismo comunista. Pero es necesario no olvidar que, luego de la guerra mundial, la Internacional Comunista se había vuelto el recolector de todos aquellos funcionarios y obreros que querían la continuidad del radicalismo de preguerra. La reconstruida Internacional Socialdemócrata de la posguerra surgió del revisionismo: este revisionismo, es cierto, llevó a que los partidos socialdemócratas no se distinguieran siempre con la debida energía de la política y la ideología pequeñoburguesas. Pero, a la vez, y ello sin duda constituye un progreso, se había superado la fraseología de la preguerra, radical sólo en apariencia.

En cambio, la Internacional Comunista, desde 1921 hacia adelante, muestra un típico retorno al radicalismo oficial anterior a 1914, con la pasividad política, con una táctica reformista velada, con la borrachera del objetivo final. Aquello que para los obreros radicales había sido hasta 1914 el estado del futuro, se había vuelto ahora la Rusia de los soviets. Dirigir la mirada hacia ella, tal como se la imaginaba, era para los obreros el consuelo de sus duras penas cotidianas, y representaba la esperanza en un futuro mejor. A pesar de los compromisos y de las maniobras tácticas hechas por la Rusia soviética y por la Internacional Comunista, no se abandonaba la fe: los comunistas, se pensaba, son los jefes de la revolución mundial. Lo que hacen no lo hacen por oportunismo: es necesario tener confianza en ellos, aunque la táctica que emplean no siempre sea comprensible, y siempre se debe retemplar el ánimo en el ejemplo de la revolución rusa.

Así, desde 1921, en la Internacional Comunista encontraremos la tendencia a la mitología desde arriba y la tendencia a la mitología desde abajo: ése es el secreto de la existencia de la Internacional misma. Hay una contradicción notable, aunque absolutamente comprensible: la Internacional Comunista crítica de la manera más áspera a la II Internacional, tal como ésta era antes de 1914 y, sin embargo, la III Internacional sigue el camino de la II Internacional. La crítica comunista a la II Internacional elimina el "pecado

original" de 1914, permitiendo así que la vieja fraseología subsista. En cambio, la Internacional Socialista de la posguerra, de alguna manera debe confesar ese "pecado" y, por lo tanto, no puede utilizar ya las viejas fórmulasseudorradicales.

La Internacional Comunista podía conservar buena parte de sus propios adherentes aun luego de 1921 precisamente debido a aquella combinación entre su praxis reformista y no revolucionaria con su fraseología de apariencia radical, orientada hacia la Rusia de los soviets. Ella estaba en condiciones de satisfacer no sólo al obrero deseoso de seguir con el radicalismo de preguerra sino también, hasta cierto punto, al proletario utopista-radical, que podía desahogar así su odio contra los dirigentes socialdemócratas, contra el estado y contra la sociedad, además de sus propias y confusas esperanzas revolucionarias. Pero un gran movimiento obrero no puede vivir sólo de mitología en una época de fermento revolucionario tan mundialmente difundido. La crisis se asomaría cuando la ruda realidad de los hechos golpeará las frágiles paredes de la Internacional Comunista, cuando, bajo su violencia, por lo menos una parte de los afiliados y funcionarios comenzara a reflexionar.

La Internacional Comunista vivía de la mezcolanza entre la teoría revolucionaria rusa y la praxis reformista. En cuanto uno de los dos elementos era tomado en serio, la casa de vidrio se derrumbaba. Podía suceder que un comunista estuviera seriamente convencido de que la clase obrera debía tratar de llegar en tanto a útiles reformas, y no a la revolución: entonces, las frases de la revolución rusa eran para él disonancias. Y en ese caso, reparando en la praxis reformista de la Rusia soviética, llegaba a preguntarse hasta qué punto podía justificarse la existencia de los comunistas junto a los partidos socialdemócratas.

Pero también un comunista podía tomarse en serio la fraseología revolucionaria, proponiéndose preparar realmente la revolución en su propio país: y entonces debía reconocer inmediatamente que el comité ejecutivo de la Internacional Comunista, con su táctica del frente único, etc., constituía un estorbo para la revolución. Y en este caso, profundizando en las contradicciones de la Internacional Comunista, a la vez encontraba sus raíces en el capitalismo de estado ruso, que se hacía pasar por dictadura del proletariado.

Así, a partir de 1921 se fueron formando en la Internacional Comunista las ramificaciones de "derecha" e "izquierda", en oposición al centro, que se mantenía fiel. Ambas ramificaciones tenían motivos de divergencia absolutamente opuestos, pero con el rasgo común de una crítica marxista a las condiciones imperantes

en la Rusia de los soviets. Los jefes de la Internacional Comunista no veían en las dos tendencias sino una invasión del antibolchevismo dentro del propio reino, y trataban de sofocar a la oposición misma con todos los medios organizativos posibles.

Para reducir a la oposición a la impotencia en sus propios rangos, esos dirigentes se valieron de aquella disciplina de hierro utilizada por el partido comunista con el fin de conducir la guerra civil: toda divergencia, por más débil que fuera, en cuanto a las opiniones doctrinarias oficiales, era temida por los hombres de gobierno rusos como si ocultara el fin de todo, es decir, la duda acerca del carácter socialista-proletario del estado soviético. Por ello, tanto en Rusia como en la Internacional Comunista, todo opositor fue considerado desde 1921 como un contrarrevolucionario y un antibolchevique, que debía ser combatido con todos los medios posibles. Así, desde 1921 en adelante, en la Rusia de los soviets y en la Internacional Comunista, toda opinión crítica independiente ha sido ahogada por la proscripción oficial. El estado de los bolcheviques se parece al reino del emperador en la inmortal fábula de Andersen: el emperador puede ir a pasear desnudo, porque todo moralista que no vea sus aparentes vestidos es eliminado. Y así el emperador da vueltas por el estado bolchevique, mientras a su derecha y a su izquierda surgen los funcionarios del partido, eliminando a todo aquel que se aventure a gritar: "¡El emperador está desnudo!".

En 1921, Paul Levi y sus amigos fueron expulsados del Partido Comunista de Alemania. Levi había sido uno de los poquísimos socialistas alemanes que se declararon en favor de Lenin desde antes de la toma del poder por los bolcheviques: ya en el invierno de 1920-21, él empezó a dudar de que Alemania estuviera en las vísperas de una revolución proletaria, poniéndose así con anticipación en el mismo camino que luego tomaría la III Internacional. En tiempos de la acción de marzo, Levi ya no era presidente del partido, sino miembro del parlamento y uno de los más autorizados jefes del partido mismo. Levi desaprobó de manera muy áspera la acción de marzo y escribió respecto de ella un opúsculo: en esas páginas encontraremos todo aquello que Lenin y los otros dirigentes bolcheviques dirían luego, en el III congreso mundial, contra la acción mencionada.

Podría haberse esperado entonces que el comité ejecutivo de la Internacional Comunista, después del congreso mundial, confiara solemnemente el cargo de presidente del partido a Levi, como el mejor bolchevique alemán. En lugar de ello, fue expulsado del partido y de la Internacional Comunista. El hecho es que Levi

había comenzado a describir, junto con los errores del partido comunista alemán, incluso los vicios del comité ejecutivo, además de hablar objetivamente de la situación en la Rusia de los soviets. Levi no quería participar en la glorificación mitológica de todo cuanto sucedía en Rusia: es por ello que su presencia en la Internacional Comunista resultaba ya imposible. Más tarde, volvería a la socialdemocracia.

También buena parte de los afiliados al partido comunista alemán habían criticado ásperamente la actitud de Paul Levi, pero a causa de una fundamental divergencia de opiniones políticas. En oposición a ellas, esos afiliados creían todavía en la inminente revolución obrera alemana, y querían apresurarla por cualquier medio. Aquella tendencia de la Internacional Comunista que desde 1921 desaprobaba la conducta revisionista del comité ejecutivo, oponiéndose al frente único y al gobierno obrero, constituía la denominada izquierda.

También el Partido Comunista de Italia en su casi totalidad pertenecía a la oposición de izquierda: su conductor era Bordiga, hombre notable tanto por su carácter como por la agudeza de su espíritu teórico. Casi todos los núcleos que podrían haber significado un apoyo para la nueva orientación del comité ejecutivo ya se habían separado junto con Serrati: es revelador que el mismo Serrati, con el cambio de condiciones, hubiera vuelto a la Internacional Comunista. El comité ejecutivo desplegó la máxima energía para arrancar a Bordiga de la dirección del Partido Comunista de Italia y para instaurar en su lugar una dirección central de confianza. Pero, mientras tanto, los fascistas lograban victoria tras victoria y, en 1922, Mussolini asumía el poder.

En Alemania, la dirección central del KPD (Partido Comunista de Alemania), con la presidencia de Brandler, trató de conservar exactamente la orientación del comité ejecutivo y de los congresos mundiales. A pesar de la objetiva disgregación política y económica de la Alemania burguesa de 1923, consiguiente a la ocupación del Ruhr y a la inflación, la dirección central del KPD rechazó la propaganda en favor de la dictadura del proletariado y de la revolución socialista, ateniéndose firmemente a las posiciones del frente único y del gobierno obrero. Al principio, esa política dio resultados prácticos en Sajonia y en Turingia: allí se instauraron gobiernos socialdemócratas que, con la ayuda de los votos comunistas, se adueñaron de la dieta. Luego, hacia octubre, y en ambas provincias, los comunistas se atribuyeron algunos ministerios, de manera de dar vida por primera vez a la forma de gobierno obrero publicitada por los comunistas. La dirección

central del KPD esperaba extender gradualmente este sistema de gobierno, desde Sajonia y Turingia hasta el resto de Alemania.

La oposición de izquierda del KPD, apoyada por las organizaciones de Berlín y de Hamburgo, rechazó decididamente la política del comité central, considerando que ella disipaba toda posibilidad revolucionaria en Alemania. Entonces, presentó su protesta ante Moscú, pero los dirigentes de la Rusia soviética se atuvieron a la táctica revisionista. Sólo en agosto de 1923 se produciría en Rusia un cambio de opinión al respecto. Se pensaba en el fermento creciente existente en Alemania, especialmente luego de la espontánea huelga general obrera que había dado el último empujón al gobierno burgués conservador de Cuno. Este fue sucedido por Stresemann, que representaba un gobierno de coalición entre los socialdemócratas y el centro burgués. Los franceses se habían establecido sobre el Rhin y el Ruhr, como si estuvieran en su propia casa; en Baviera se preparaba la revuelta Kahr-Hitler. La moneda alemana naufragaba en la nada. La disgregación del Reich y la guerra civil avanzaban.

Ahora, aun los jefes bolcheviques creían en una revolución obrera alemana y exigían que el KPD se pusiera a la cabeza del movimiento. Por otro lado, la victoria de una revolución obrera en Alemania ya no era en 1923 algo de interés vital para la Rusia de los soviets. Y ello más aún en cuanto ese gobierno se entendía muy bien con el gobierno alemán burgués, en el cuadro del pacto de Rapallo. Pero si en Alemania, a pesar de todo, realmente llegaba a estallar la revolución, la III Internacional podría reconquistar su propia fama de revolucionaria.

Sin embargo, ahora se vio que la Internacional Comunista evidentemente no se hallaba en condiciones de llevar al pueblo a la revolución. El comité central del KPD, presidido por Brandler, siguió con su propia agitación revisionista y no revolucionaria en favor del gobierno obrero, aun luego de agosto de 1923. Al mismo tiempo, la revolución era preparada en secreto, sin la colaboración de la gran masa del pueblo, es decir, en forma de conspiración; mientras tanto, toda clase de aventureros y de espías entraban en las organizaciones secretas comunistas. En octubre de 1923 debía comenzar la lucha declarada: pero entonces, la dirección del partido reconoció que no estaba en condiciones de combatir, y así toda la actividad del KPD terminó en una pompa de jabón.

En Sajonia y Turingia, el gobierno del Reich, con la ayuda de la Reichswehr, disolvió los gobiernos obreros, sin encontrar resistencia. En Hamburgo, luego de un equívoco, algunos centenares de obreros comunistas tomaron las armas, pero después de un san-

griente combate fueron aplastados por la policía. En el resto de Alemania no hubo ningún hecho político o militar. Resuelto el conflicto del Ruhr y estabilizado el marco, en el invierno de 1923-24, la burguesía alemana pudo retornar al poder con solidez.

El mes de octubre de 1923, luego de la toma del poder por Mussolini en Italia, significaría una segunda derrota, esta vez definitiva, de la Internacional Comunista. Lo deprimente no era el fracaso de una revolución obrera en Alemania, en tanto pueden existir diversas opiniones sobre la factibilidad de una revolución tal en la Alemania de 1923, y aun sobre las distintas maneras de dirigirla. Pero sí había un hecho desolador: la absoluta ineficiencia e inutilidad demostradas en esa oportunidad por la táctica comunista. Los dirigentes rusos no habían visto durante dos años la menor posibilidad de una revolución en Alemania: luego, de golpe, descubrieron la inminencia de esa revolución pero, en lugar de hacer de ella un levantamiento popular, la convierten en una comedia de conjurados.

La burocracia del partido comunista había dirigido sus ojos hacia Moscú, obedientemente, durante todo el tiempo, sin atreverse a pensar con su propia cabeza. Sólo se propuso mantenerse en la línea de conducta trazada por el comité ejecutivo. Se ve claramente que un cuerpo de funcionarios del partido regido por una disciplina tan mecánica no puede conducir una revolución; desde que los partidos de la Internacional Comunista no sirven sino como eco de la mitología soviética rusa, han perdido toda aptitud para cualquier acción política seria. Y desde octubre de 1923 la Internacional Comunista de Europa ya no había intentado acción revolucionaria alguna.

En Alemania, a fines de 1923, los afiliados al KPD estaban amargados sobremanera por el derrumbe de la política del partido, y se volcaron hacia la tendencia de izquierda, que ya desde 1921 criticaba con tanta acritud la conducta del comité central. Ahora también el comité ejecutivo intentó una maniobra de retirada, confesando algunos errores menores, pero endilgándole a Brandler la culpa principal por la derrota de octubre. Sin embargo, Brandler se había orientado constantemente de acuerdo con las directivas del comité ejecutivo, y su política, hasta el último momento, había sido aprobada por los dirigentes rusos. Pero Moscú esperaba que, de esta manera, con el sacrificio injusto de Brandler y mediante un compromiso con las izquierdas, los obreros del KPD serían conservados para la III Internacional. Entre fines de 1923 y principios de 1924 existía total posibilidad de que el KPD que-

dara destrozado. Su derrumbe hubiera acarreado la disolución de la Internacional Comunista.

Lenin, ya enfermo, no había cumplido papel alguno en las directivas particulares de la III Internacional durante los años 1922-1923; pero la conducta de la Internacional Comunista, que llevó directamente a la derrota y a la parálisis, había sido indicada por el mismo Lenin en el III Congreso mundial: ésa es la verdad de los hechos.

El legado de Lenin comprende tanto el fortalecimiento interno y el restablecimiento de la Rusia de los soviets en el signo de la NEP como el ocaso y la disgregación de la III Internacional Comunista.

La larga enfermedad de Lenin planteó súbitamente, en 1922, la cuestión de su sucesión: era evidente que dicha sucesión no podía recaer en una determinada persona cualquiera, sino en el partido bolchevique en su conjunto. Ello, prácticamente, significaba el fin de la "vieja guardia", el núcleo de viejos bolcheviques que habían constituido el partido junto con Lenin desde 1903.

Así, la dirección pasó de Lenin a manos de Zinóviev y Kámenev. Pero ambos eran ante todo políticos y teóricos: entonces, se hacía necesario que su acción fuera completada con la de un organizador práctico. Ese organizador era Stalin. Se trataba de un viejo bolchevique del pueblo de los georgianos o grusos, como ellos se llaman, en el Cáucaso. Los georgianos han dado todo un grupo de cerebros de primer orden al movimiento revolucionario y socialista ruso: aun entre los más notables mencheviques de 1917 había muchos georgianos. Recordemos que la nacionalidad no significaba nada dentro de la organización revolucionaria rusa de tiempos del zar: grandes rusos, ucranianos, hebreos, polacos, letones y georgianos trabajaban juntos en perfecto acuerdo.

Stalin es un revolucionario ruso que se formó culturalmente antes de la guerra. El hecho de provenir de la pequeña nación georgiana a lo sumo ha contribuido a interesarlo de manera especial, durante su exordio político, por la posición del socialismo ante la cuestión de las nacionalidades. Es una tontería literaria querer relacionar de algún modo a Stalin con el romanticismo circasiano. En febrero de 1913, Lenin escribía desde Galitzia a Máximo Gorki diciéndole que compartía su opinión sobre la necesidad de ocuparse seriamente por la cuestión de las nacionalidades. Y agregaba: "Tenemos aquí a un portentoso georgiano, que escribe para *Prosveschenie* un extenso artículo, en el que ha reunido todos los materiales austriacos y otros."¹ El "gruso" era Stalin, que, escapado precisamente entonces de Siberia, había vivido cierto tiempo en Cracovia y en Viena.

Stalin, desde 1917 en adelante, avanzó paulatinamente, colocándose en primer plano gracias a su habilidad de organizador. Es cierto que en la primavera de 1917 perteneció a la tendencia de com-

¹ V. I. Lenin, *Obras*, vol. xxxv, p. 83.

promiso encabezada por Kámenev, y también que sólo lentamente adhirió a la táctica de Lenin. Pero en 1922 estaba al frente de la dirección del aparato del partido bolchevique, con el cargo de secretario general. El triunvirato Zinóviev-Kámenev-Stalin ha gobernado Rusia entre 1922 y 1925. No hubo necesidad de crear una nueva forma de régimen para los tres hombres: las decisiones importantes eran tomadas, como antes, por la dirección central del partido comunista. Pero ellos, en toda circunstancia grave, y luego de consultar entre sí, tenían actitudes comunes. Después, sus propuestas eran aceptadas por la dirección central o, en representación de ella, por el comité, es decir, por el buró político del partido.

Ese gobierno de viejos bolcheviques significaba la exclusión de Trotski. Aunque éste siguiera siendo miembro del comité central y comisario del pueblo para la guerra, el triunvirato no lo consultaba en las decisiones políticas más importantes. Trotski gozaba de una fortísima autoridad en las masas del pueblo ruso: sin embargo, el círculo de los viejos bolcheviques lo consideraba como un intruso, y era cosa sabida que él tenía opiniones muy distintas respecto de las cuestiones más importantes de política y de organización. Mientras Lenin estaba y conservaba en sus propias manos las riendas del partido, las contradicciones entre los viejos bolcheviques y Trotski fueron superadas: pero en cuanto tuvo que abandonar la conducción, el abismo volvió a abrirse.

A fines de 1923, Trotski inició abiertamente la oposición contra los tres hombres. Sostenía que una camarilla burocrática se había apoderado del partido; que el derecho de los afiliados a decidir, independientemente y de acuerdo con la propia conciencia, se había perdido; que, en el campo internacional, la nueva dirección caía de derrota en derrota. Decía: no hay por qué asombrarse del tan miserable naufragio de la revolución alemana de 1923, pues a la cabeza del partido bolchevique y de la Internacional se encontraban los mismos hombres que también habían querido arruinar la revolución rusa de 1917. Trotski sostenía que él, junto con Lenin, había llevado la revolución a la victoria, contra la oposición de los "oportunistas" Zinóviev y Kámenev.

¿Qué justificación moral tiene ahora la llamada vieja guardia, como para conducir al partido y al movimiento obrero internacional con sistemas dictatoriales? Un viejo grupo dirigente puede tener sus méritos históricos, pero siempre existe el peligro de una fosilización, de una degeneración de ese grupo, tal como sucediera con la dirección de la socialdemocracia alemana en la preguerra. El partido comunista ruso sólo podía ser salvado por el control demo-

crático a cargo de sus miembros y, además, por la introducción de nuevas y jóvenes fuerzas. Se ve claro que Trotski, con estas declaraciones, atacaba la esencia misma del bolchevismo, es decir, la construcción jerárquica del partido de abajo hacia arriba y, también, la autoridad histórica de la antigua dirección central bolchevique. Pero en caso de que la dictadura interna del partido fuera sacudida, entonces tampoco la dictadura del partido mismo sobre el pueblo ruso, la dictadura tal como se había ido formando en los últimos años hubiera podido mantenerse en pie. Ello, en cuanto una cosa presupone la otra. Entre fines de 1923 y principios de 1924, en el partido bolchevique surgió una vivaz discusión en favor y en contra de Trotski. Trotski encontró entusiastas adhesiones en la juventud, y especialmente en la juventud proletaria culta de las universidades obreras: pero el conjunto de la organización del partido se le oponía, y la organización dominaba sobre los afiliados. Dominaba tanto como para llevar decididamente a una votación contraria a Trotski y favorable al triunvirato, durante el congreso partidario de 1924. Trotski fue depuesto de la dirección del ejército rojo, y a continuación se retiró de la política activa. La dictadura del partido y la NEP podían seguir su curso sin ser perturbadas.

A principios de 1927, el número de afiliados al Partido Comunista de Rusia subió a 1.200.000. De ellos, cerca de 600.000 eran funcionarios y miembros de las más diversas especies de la organización partidaria y, a su vez, entre estos 600.000 afiliados, había un cuarto de millón de ex obreros y 15.000 ex campesinos. Además, en el partido figuraban 150.000 campesinos que no habían abandonado su propia condición, y 450.000 obreros que trabajaban en las fábricas. Los empleados (miembros de la organización) y los campesinos comprendían por lo tanto casi las dos terceras partes de los miembros del partido; y los obreros de las fábricas, algo más de un tercio.

El aparato gubernativo ruso es reconstituido constantemente por ex obreros y ex campesinos inteligentes: este principio es en sí mismo un principio de selección absolutamente sano. Ni siquiera una verdadera dictadura del proletariado podría desechar la colaboración de hábiles fuerzas en las oficinas; pero estas fuerzas deben someterse al control constante de las masas, manteniendo así el contacto con ellas. En cambio, en el sistema dictatorial ruso el funcionario, apoyado por la disciplina del partido y del estado, manda sobre el pueblo: así el ex proletario, que entra a formar parte del aparato estatal o partidario, se aleja psicológica y concretamente de la clase obrera.

La relación numérica entre obreros y no obreros afiliados al partido comunista ruso es característica: pero lo importante no es la situación que se ha ido estableciendo dentro del rango de los afiliados comunes, sino la de los órganos directivos. En 1927, se calculó que esos órganos estaban constituidos por sólo un décimo de obreros fabriles. Y no olvidemos que tales órganos tienen la responsabilidad de las decisiones, no sólo en la dirección central, sino también en cada una de las jurisdicciones regionales. Así, la organización gubernativa del capitalismo de estado, en el curso de su propio desarrollo, se había vuelto independiente de las clases productoras.

La reconstrucción de la industria rusa fue otro paso hacia adelante a partir de 1924: en 1927, el número de obreros efectivamente ocupados en las fábricas alcanza a 2.300.000. Desde ese año prácticamente se llega a la producción de preguerra. La industrialización progresa sin interrupción desde 1921, y no sólo en los últimos años. Durante los seis años que van del 21 al 27 fue necesario reconstruir casi a partir de la nada; pues bien, la producción alcanzada en ese lustro es digna de admiración mayor que la que puede despertar el éxito de los últimos años, cuando ya se tenía una base sólida. Igualmente, el programa prestablecido para el desarrollo económico del país, aun referido a muchos años por delante, tiene la misma antigüedad de la Rusia de los soviets, y no presenta innovaciones excepcionales desde 1928.

El salario real del obrero ruso sube de manera notable hasta 1925; luego, desciende en 1926, y en 1927 vuelve a ascender. Naturalmente, los obreros protestaban contra el poder de las direcciones de las fábricas, responsables efectivas de su alistamiento y de su despido. En las disputas entre los obreros y las direcciones de fábrica decidían dictatorialmente los órganos administrativos estatales, a través de procedimientos arbitrales inapelables.

La producción, entre 1924 y 1927, también creció en la campaña. Durante estos años, Rusia ya no tuvo que soportar escasez de alimentos: todos podían comprar en las tiendas, sin sujeción a racionamiento, cuanto producto alimenticio les viniera en gana, y de todas las calidades, mientras pudieran pagarlos. Por otro lado, los bienes industriales siempre eran más escasos y más caros que en el resto de Europa.

El bienestar provocó también en la campaña diferenciaciones sociales. Es algo incontestable que los kulaks, los usureros de las aldeas y los campesinos ricos, formas típicas de la burguesía agraria rusa, crecieron en cantidad y en importancia. No hay datos fidedignos sobre el porcentaje de población perteneciente todavía

al sector de los kulaks: la condición de kulak no depende tanto de la vastedad del terreno poseído, como de las sumas de dinero a disposición con fines especulativos: este hecho trae apareadas dificultades para una estadística exacta. Además, entre el gobierno ruso y la oposición, en aquellos años, se daba un disentimiento acerca del número y naturaleza de los kulaks: ambos sectores se reprochaban recíprocamente una valoración mínima o excesiva del peligro de los kulaks. Y cada una de las partes utilizaba la estadística agraria para su propia tesis en el seno del partido comunista.

La cantidad de trabajadores de los campos nos da cierta base para juzgar las diferenciaciones sociales en la campaña. En 1927, su existencia se calculaba en 1.600.000; vivían en condiciones miserables, y sólo un 20% estaba comprendido en los sindicatos. Las remuneraciones no llegaban al monto de las de preguerra, y el horario de trabajo muy raramente bajaba de las diez horas diarias. En la mayor parte de los casos, la jornada de trabajo no tenía límites fijos, por lo menos en la práctica, y el asalariado recibía con irregularidad, con retrasos extraordinarios, su paga.

Sólo los kulaks podían ser considerados como dadores de trabajo para los trabajadores de la campaña: el medio y el pequeño campesino ruso no empleaban mano de obra extraña. Podemos dar como cosa cierta que, en 1927, había más trabajadores del campo que kulaks y que existían por cierto muchos centenares de millares de agricultores del tipo de los kulaks. En 1928 se les quiso imponer a estos últimos un impuesto extraordinario: el gobierno estableció que el impuesto afectara a un 2 o 3% del total de las factorías del país. Así, de una estimación global de veinte millones de propiedades agrícolas para toda Rusia, llegaríamos a calcular cerca de medio millón de kulaks pudientes.

El desarrollo de los kulaks desde 1925 hasta 1927 dio lugar a singulares contratos de arrendamiento: había muchos campesinos pobres que, aun poseyendo su pedacito de tierra, no contaban con animales de tiro ni con utensilios suficientes que les permitieran cultivarlo bien. Así, esos campesinos pobres estaban obligados a arrendar sus propias tierras a los kulaks. Éstos las trabajaban con sus caballos y sus arados, y al pobre campesino le daban, como canon de arriendo, un escaso porcentaje de la cosecha. Se recurría a tan extraño tipo de contrato en virtud de las dificultades que hubiera encontrado la adquisición de la tierra por el más rico dentro de la legislación soviética. Así, en contraste con la situación normal, ya no era el más pobre, sino el más rico, quien se convertía en arrendatario. Observadores objetivos han designado las re-

laciones de campesinos pobres y trabajadores de la tierra con los kulaks como una especie de nuevo servilismo de la gleba.

La población total de la campaña rusa era de 100 millones de almas: dentro de ese total, los trabajadores de la tierra, para no hablar de los kulaks, alcanzaban un pequeño porcentaje. Pero la formación de dos estratos sociales junto a los pequeños y medianos campesinos mostraba, sin embargo, cuál era la tendencia del desarrollo económico. Resultaba muy triste pensar que, luego de diez años de la victoriosa revolución de octubre, todavía pudiera darse una explotación tan grande de trabajadores y de pequeños campesinos, como también de sus familias.

Los hijos de los pequeños campesinos rusos no tenían trabajo: entonces, afluían a las ciudades y, así, el número de desocupados creció hasta los dos millones, en 1927. Bajo el manto de la llamada dictadura del proletariado, en Rusia se agudizaban las contradicciones de clase, entre 1924 y 1927: si crecía el número de obreros ligados a las industrias, no crecía menos el de los desocupados. Si el salario efectivo de los obreros aumentaba, no aumentaban menos los beneficios de los kulaks y de los comerciantes. Y así, entre la denominada gente de la NEP, fue apareciendo uno que otro nuevo millonario. Estaban por ejemplo quienes trabajaban tras la apariencia de un supuesto consorcio que, por ejemplo, no era sino una cooperativa de compradores de tejidos. Y esa cooperativa compraba sus productos a desgraciados trabajadores a domicilio, pagándoles precios irrisorios: detrás de dicho "consorcio" se escondía un afortunado especulador millonario. Entonces, la burocracia partidaria en el gobierno debía mantener el equilibrio entre todas las fuerzas contrastantes de la sociedad rusa y, por ello, los dirigentes no podían dejar de advertir con claridad cuál era la marcha de las cosas.

Desde 1924, Stalin propuso ideas suyas, propias, sobre el futuro ruso. Tales ideas no tardaron en ponerlo en áspero conflicto con sus dos compañeros de gobierno. La importantísima doctrina de Stalin se ha vuelto la teoría fundamental del bolchevismo desde fines de 1924 hasta hoy, y es la doctrina de la posibilidad del socialismo en un solo país. Como ya lo hemos indicado, esta teoría se encuentra ya en las últimas obras de Lenin, las del año 1923: pero Lenin no la coloca todavía en clara formulación y en el centro de todo el trabajo del partido. Ella, más bien, resulta indirectamente de sus consideraciones. En cambio, Stalin ha sido quien expresara por primera vez claramente esa concepción, basando la práctica del bolchevismo en sus postulados.

En abril de 1924, Stalin todavía expresaba la vieja tesis estrictamente marxista. Escribía:

Para derribar a la burguesía bastan los esfuerzos de un solo país, como lo indica la historia de nuestra revolución. Para el triunfo definitivo del socialismo, para la organización de la producción socialista, ya no bastan los esfuerzos de un solo país, sobre todo de un país tan campesino como Rusia; para esto hacen falta los esfuerzos de los proletarios de unos cuantos países adelantados.²

Pero en diciembre del mismo año, Stalin explicaba que sus proposiciones de abril eran falsas: se hacía necesario reverlas. Ahora dividía la cuestión en dos interrogantes. Primer interrogante: ¿existe en Rusia una absoluta garantía contra una restauración del ordenamiento burgués? Una garantía tal significaría la exclusión absoluta de toda posibilidad de intervención militar extranjera en Rusia: y para ello, como lo admite todavía el mismo Stalin, hubiera sido necesaria la victoria de la revolución obrera por lo menos en algunos países avanzados.

En segundo lugar, se trata de la posibilidad de establecer una sociedad íntegramente socialista en un solo país: Stalin contesta el interrogante con una decidida afirmación. El camino que lleva al socialismo no es sino el que ya Lenin mostrara en 1923: una acentuada industrialización de Rusia, a la par de una reunión de los campesinos en cooperativas. Con una audaz política de partido, el sector preponderante de los campesinos rusos podría ser absorbido en la sociedad socialista.

Para Stalin, los campesinos rusos no son la misma cosa que los campesinos de los países europeos. En estos últimos, ellos han recibido su propia tierra de la burguesía liberal, cuando esa burguesía combatía contra el feudalismo; así, los campesinos se han convertido allí en reserva de la burguesía. Por el contrario, los campesinos rusos han recibido la tierra y la paz del proletariado, transformándose por lo tanto en una reserva del proletariado mismo. Además, en Europa la economía rural sigue su propio desarrollo con la égida del capitalismo, y con todas sus crisis. También, con el empobrecimiento progresivo de estratos cada vez más amplios de la población rural. En Rusia, en cambio, el poder de los soviets impide el ascenso del capitalismo y, por lo tanto, el desarrollo del sector agrícola está dirigido hacia el socialismo.

Si la economía rusa se encuentra en el camino del socialismo

² J. Stalin, *Cuestiones del leninismo*, en *Obras*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1954, vol. 8, p. 66.

absoluto, entonces para ella ya no rige la designación de "capitalismo de estado". Stalin reconoce que Lenin tuvo razón al llamar en 1921 capitalismo de estado al sistema de gobierno establecido en Rusia con la introducción de la NEP. Pero ya en 1923, con el crecimiento de los elementos socialistas, esa denominación de capitalismo de estado había sido superada y ahora, en 1925, no tiene siquiera sentido.

La doctrina de Stalin lleva a un extraordinario resultado: por lo menos en apariencia, la contradicción entre mitología y realidad en la Rusia de los soviets queda conjurada. En Rusia existe la dictadura proletaria, y su programa es el socialismo absoluto que, según Stalin, se está instituyendo con la abolición absoluta de los elementos capitalistas. El retraso del socialismo, que Lenin debió cumplir transitoriamente en 1921, desde hace largo tiempo ha concluido: el sueño del obrero ruso, la sociedad socialista, ya se vuelve realidad.

Es bien cierto que Stalin puede alcanzar este gran resultado sólo en cuanto ha hecho, a la manera del Lenin de 1923, una revisión de la doctrina económica marxista en sentido narodniki. La teoría stalinista dice que el campesino ruso no es un campesino como los otros, sino un socialista en potencia: se trata de una doctrina genuinamente narodniki. El campesino sigue siendo campesino y productor aun en la cooperativa, y el obrero ruso sigue sometido a la dictadura de los funcionarios semiburgueses del partido aun en la plena afirmación del socialismo stalinista. Stalin, por lo tanto, no ha resuelto la contradicción de la Rusia de los soviets, sino que la ha desplazado a otro plano: es como decir que desde 1925 la mitología soviética consiste en la pretensión de la teoría bolchevique oficial por hacer pasar el socialismo nacional ruso por un genuino socialismo marxista.

Sin embargo, si pensamos en la manera nacional de los burgueses, la teoría de Stalin representa un gran paso hacia adelante para el pueblo ruso: hasta 1925, existía el constante peligro de que la nostalgia utópico-comunista del proletariado ruso paralizara todo trabajo práctico de reconstrucción, echando al estado a peligrosos experimentos. Si no surgía una revolución en Europa como socorro —y no había siquiera que pensar en ella—, el contraste entre las aspiraciones ideales de los obreros y la realidad objetiva del país hubiera hecho naufragar la revolución. Por lo contrario, Stalin indica a los obreros rusos una meta más difícil y sólo alcanzable a precio de sacrificios, aunque, sin embargo, alcanzable. Con el método de Stalin, la clase campesina, aun a costa de vencer serios problemas, puede llegar a formar parte orgánica de la economía sovié-

tica, Rusia no debe por necesidad naufragar en el caos de la utopía, pero tampoco volver al capitalismo privado de Europa occidental: Rusia puede conservar las conquistas de la revolución y modernizarse decididamente.

Todo ello puede lograrse si se dan dos premisas: la primera premisa es un absolutismo dogmático en la misma Rusia, que prohíba toda crítica independiente sobre el marxismo y el socialismo. Las viejas dificultades reaparecerán en cuanto el pueblo ruso deje de pensar que el socialismo de Stalin es el verdadero socialismo. Por ello, Stalin y el partido que él conduce no toleran ningún diversionismo teórico de la doctrina dominante, presentada como el único leninismo propiamente dicho. Además, la teoría del socialismo nacional-ruso significa separar la evolución soviética rusa de la revolución mundial, aunque Stalin camine todavía a la sombra de la III Internacional.

La nueva teoría stalinista no acarreo cambio inmediato alguno a la industria de la Rusia de los soviets. De 1925 a 1927 se perseveró en el trabajo de reconstrucción de la industria con los medios que se tenían a disposición, con una estricta economía y mediante la defensa de la moneda estabilizada. En las campañas, en cambio, hubo novedades más importantes. Stalin sabía, como lo sabían todos los bolcheviques, que los kulaks y los usureros de las aldeas eran enemigos del sistema de los soviets, y que los campesinos más pobres eran quienes fundamentalmente simpatizaban con el proletariado de las ciudades. Pero la masa más importante de la clase agraria rusa no estaba constituida ni por los kulaks ni por los campesinos pobres, sino por aquel estrato de los llamados campesinos medios. Se trataba de los campesinos que gracias a su pedazo de tierra tenían qué comer, pero sin poder acumular ningún beneficio. Y en 1925, Stalin planteó como el objetivo más importante del partido la creación de una sólida alianza con los campesinos medios.

Los campesinos medios no sólo debían obedecer a las imposiciones del poder estatal, sino también adherir plena y conscientemente al sistema de los soviets: así sería posible llevar a la clase de los campesinos medios al camino de las cooperativas, contando con su espontánea voluntad. Stalin proclamó la consigna de la desaparición de los últimos restos del comunismo de guerra. Los funcionarios del partido y del estado no debían ejercer presión alguna sobre los campesinos; las elecciones de los soviets regionales serían libres, y si se supiera que las autoridades habían presionado en su desarrollo quedarían anuladas, dando lugar a otra convocatoria.

Stalin quería vigorizar la democracia de los soviets, aunque sólo

fuera en el campo de las administraciones locales autónomas. El partido bolchevique conservaba su propio monopolio de partido político único en el país: quedaba prohibida la constitución de cualquier otro partido y la propaganda en favor de él. Sin embargo, ahora a los campesinos se les permitía elegir a placer, para la administración de las aldeas, hombres extraños a los partidos políticos y extraídos de la clase misma de los campesinos. Además, los bolcheviques locales tenían libertad de acción, siempre en los límites de la ley. Sin duda, se trataba de cierto aflojamiento en la dictadura de partido: además, debía evitarse toda violencia en la exención de los impuestos agrícolas, y el monto de esos impuestos había de ser devuelto en gran parte a la administración local. Así, los campesinos, en el soviets de la aldea, dispondrían por sí mismos sobre el empleo del dinero proveniente de los impuestos que habían pagado.

Con estas concesiones, Stalin quería aislar a los kulaks enemigos del estado, contraponiéndoles un frente de campesinos medios y pobres, fieles al gobierno. Sin embargo, los éxitos que el gobierno soviético pudo obtener con esa táctica de amistad hacia los campesinos, entre 1925 y 1927, siguen siendo dudosos.

A través de las elecciones libres de los soviets de las aldeas, pudo verse que los kulaks dominaban, que los otros campesinos dependían de ellos, y que la nueva administración de las aldeas se hallaba bajo el control de esos mismos kulaks. Y allí donde la administración local estaba sujeta a la influencia kulak, el campesino pobre era tratado mucho peor que el rico para la tasación, y eran los kulaks quienes recibían las devoluciones de los créditos del estado dirigidos a mejorar la economía agrícola. Ya en el año 1925 los kulaks habían llegado al extremo de comprar los productos de los campesinos pobres y medios, y ello en grandes extensiones del país. Entonces, acumulaban el trigo en sus propios graneros y no lo cedían mientras no hubiera escasez en el mercado, provocando la subida del precio del pan hasta niveles fantásticos.

A pesar de todo, Stalin, en los años que van del 25 al 27, no se atrevió a actuar con medios coercitivos contra los kulaks: él temía que una acción de policía pudiera ser mal comprendida por la clase media de los campesinos. Los campesinos medios podían creer que se estaba volviendo a un régimen de comunismo de guerra, con sus sistemas de violencia: en este caso, la masa campesina, presa de pánico, se hubiera levantado contra el gobierno de los soviets, y la conquista pacífica de los campesinos medios para la institución del socialismo fracasaría.

Los kulaks organizaban mientras tanto la contrarrevolución eco-

nómica en los pueblos de la campaña: pronto seguiría la contrarrevolución política. Durante ese tiempo, Stalin no se apartó de su táctica de adiestramiento pacífico de los campesinos. En aquellas regiones donde se hacía sentir con mayor intensidad la especulación sobre el pan por los kulaks, el gobierno procedió a amplias distribuciones de trigo proveniente de sus propios depósitos: así procuraba una disminución en los precios y obligaba en parte a los kulaks a que librarán las reservas acumuladas.

En esta titulada lucha del omnipotente gobierno de los soviets contra los kulaks había algo de tragicómico. Si estas relaciones hubieran debido continuar algún otro año más, ¿qué quedaría de la dictadura del proletariado?

Para Stalin, la conquista de los campesinos no era un objeto en sí mismo: se pretendía conseguir que los campesinos fueran capaces de efectuar progresos de tipo socialista. Pero su política también podía ser interpretada de manera muy distinta: en el partido comunista se llegó a formar un grupo particularmente favorable a los campesinos. Ese grupo, en las discusiones partidarias, tomaba el nombre de derecha, y eran sus jefes Ríkov, presidente del consejo de comisarios del pueblo, y Bujarin, el más conocido de los teóricos marxistas del partido y autor de notables obras científicas. Estos hombres opinaban que Rusia, a pesar de todos los progresos de sus industrias, era y seguiría siendo un país agrícola. Por lo tanto, el bienestar y la prosperidad del país dependían en absoluto de la economía agraria, y era urgente hacer todo lo necesario para elevar las posibilidades de producción y el nivel de vida de los campesinos. Ellos pensaban además que el desarrollo de una clase agrícola acomodada no acarrearía daño alguno al gobierno de los soviets: mientras el estado soviético tuviera en sus manos la gran industria, el comercio exterior y el monopolio de los bancos, los campesinos ricos nada podrían contra él. ¿Qué puede hacer el campesino con sus ganancias extraordinarias? A lo sumo, suscribir títulos de préstamos al estado con una buena tasa de interés, o llevar su propio dinero a la caja de ahorro estatal más cercana. De todas maneras, la ganancia acumulada por los kulaks o por los comerciantes afortunados volvería para beneficio del estado.

Bujarin, Ríkov y sus más estrechos amigos aceptaban sin reservas la teoría de los últimos años de Lenin, y también la de Stalin, referidas al socialismo en un solo país: ello les daba el derecho a llamar "socialista" a la economía de la Rusia de los soviets, a pesar de todas sus contradicciones internas. En un discurso dirigido a los campesinos en 1925, Bujarin les lanzó la consigna: "¡Enriquezcanse!" Con el valor que le proporcionaba su condición de teórico del

gobierno, Bujarin provocó enorme impresión. Ahora se creía ver con claridad la nueva orientación: y muchos obreros rusos, muchos viejos bolcheviques se decían que ahora la avidez de ganancia de los kulaks debía aceptarse como verdadero socialismo y que, con esta palabra, socialismo, se hacía un cínico juego, preparando el retorno de Rusia al capitalismo. Stalin, para calmar la excitación producida en el partido y en la clase obrera, declaró oficialmente que él no aprobaba la consigna dada por Bujarin.

En realidad, Stalin no estaba de acuerdo incondicionalmente con el grupo Bujarin-Ríkov: ambos querían eternizar la situación de la NEP, tal como era en 1921, y también la situación de las concesiones a los grandes campesinos, pensando que se trataba de la única manera de hacer política socialista en Rusia. En cambio, Stalin quería servirse de las condiciones del momento sólo como de una base sobre la cual se pudiera y se debiera seguir construyendo. Y sin embargo, ni Lenin en sus últimos años, ni Stalin, estaban absolutamente exentos de culpa en este malentendido: al renunciar al socialismo crítico marxista, al remplazarlo por la arbitraria creación del "socialismo en un solo país", se corría el riesgo de que gente de toda laya pusiera dentro de ese "socialismo" todo lo que se le ocurriera. No habría por qué asombrarse de esta circunstancia.

Es algo singular que Tomski, el más notorio de los jefes de sindicatos rusos, estuviera entre los secuaces de Bujarin y Ríkov. Tomski es un escéptico, un político realista, que había aceptado como un hecho indiscutible el carácter agrícola de la economía rusa: a su parecer, el obrero ruso no debía correr tras quimeras, sino tratar de procurarse, en las condiciones del momento, el mejor tenor de vida posible. Y si el país se dejaba arruinar por los experimentos utópico-socialistas, el más perjudicado sería justamente el obrero, que volvería a sufrir hambre. Tomski representaba a esa minoría, formada especialmente por obreros calificados y mejor remunerados que, cansados de revoluciones, no querían saber ya nada de mitología socialista. Ellos se proponían proteger y mejorar sus propias condiciones de vida con la ayuda de los sindicatos, y tampoco les molestaba que el estado, poco a poco, retomara un carácter semiburgués. Los obreros calificados, en ese caso, no sufrirían en su situación profesional. Entre Tomski y el estado de los soviets existía aproximadamente la misma relación vigente entre un socialista europeo occidental y su estado burgués capitalista: esto explica cómo Tomski desde 1925 a 1927, fue justamente el más ferviente patrocinador de la unión entre los obreros rusos y los sindicatos socialistas europeos.

Está claro que el grupo de derecha del partido bolchevique, es decir, la tendencia Bujarin-Ríkov-Tomski, se servía de la teoría del "socialismo en un solo país" como de un cómodo biombo que le permitía liberarse de toda mitología socialista-comunista. Stalin, en cambio, quería llevar la mitología al plano de la realidad, valiéndose de la misma teoría.

El régimen soviético mostraba una impotencia aparentemente incurable frente a los kulaks y comerciantes: esa impotencia despertó nuevas esperanzas entre los intelectuales rusos de derivación burguesa, que en parte se habían infiltrado en el aparato estatal, y en parte vivían en el exilio. Ahora ellos tenían la impresión de que Rusia estaba acelerando el ritmo de retorno al ordenamiento burbués, iniciado ya en 1921. Ellos creían que Stalin y Bujarin se aprestaban a reconstituir el estado nacional burgués, a pesar de sus formulaciones socialistas; o también que el ala derecha del partido los empujaba de manera irresistible hacia la restauración del viejo orden. Así se constituyó un grupo de intelectuales rusos que, tanto en el territorio nacional como en el exterior, empezó a tomar abiertamente partido por el gobierno de los soviets y por Stalin. Pero estos hombres no consideraron ya necesario ligarse de alguna manera al socialismo y al comunismo, y se dedicaron a escribir sus propios artículos favorables a Stalin en su carácter de patriotas rusos burgueses. Un pequeño empleado de los soviets, Ustrialov, logró justamente cierta fama en aquellos años, como portavoz de los sostenedores burgueses de Stalin.

Ante el partido y la clase obrera, la amistad de este grupo era algo tremendamente comprometedor para el gobierno soviético. Cada artículo elogioso de Ustrialov perjudicaba a Stalin más que cien violentos ataques periodísticos de los guardias blancos emigrados, pues parecía que ahora la contrarrevolución burguesa podía considerar a los dirigentes de la Rusia de los soviets como propios. Stalin fue obligado varias veces a establecer distancias con el pequeño empleado Ustrialov, en largas y explícitas declaraciones durante sus discursos para las asambleas partidarias, y también en las ceremonias oficiales de la Rusia soviética.

Hacia fines de 1924, luego de que Trotski fuera derrotado y dejado de lado en la discusión partidaria, Stalin había formulado su propia teoría. La doctrina del socialismo en un solo país se desarrollaba con provocadora acritud contra la idea trotskista internacional de la revolución permanente: sin embargo, por ahora Trotski permaneció en silencio, esperando las consecuencias que la actitud de Stalin tendría sobre el partido. La crisis no tardó en llegar: en 1925 se produjo la ruptura entre los tres hombres de gobierno.

El núcleo de los verdaderos bolcheviques, conducido por Zinóviev y Kámenev, desaprobó la teoría y la política agraria de Stalin como una desviación oportunista del marxismo y el leninismo. Stalin, con la ayuda del grupo Ríkov-Bujarin, obtuvo la mayoría en la dirección central, quedando así solo a la cabeza del partido y del gobierno. Pero la tensión dentro del partido mismo creció: centenares de viejos bolcheviques, entre los cuales se hallaba la viuda de Lenin, la Krúspskaja, se declararon contra Stalin y Bujarin. Decían: la revolución no se ha hecho para que, al final de cuentas, se enriquezcan los kulaks.

Toda la organización leningradense del partido bolchevique se rebeló contra la dirección central. La memorable XIV asamblea del partido comunista ruso, en diciembre de 1925, llevó a borrascosas discusiones. Stalin tenía en sus manos toda la organización del partido y, por lo tanto, la mayoría de la asamblea había sido elegida entre sus adherentes. Pero este hecho no tenía demasiada importancia en cuanto al verdadero estado de ánimo de los afiliados y de la clase obrera.

Trotski persistía en su silencio. Sólo en 1926 los rusos supieron asombrados que Trotski se había aliado con Zinóviev en la lucha contra el gobierno de los soviets y contra la dirección del partido. Para Trotski se trataba de una gran satisfacción personal: justamente eran los viejos bolcheviques, sus más encarnizados enemigos de principios durante veinte años, quienes pedían ayuda. Todavía en las discusiones de 1923 y 1924, Zinóviev y Kámenev habían abierto un verdadero fuego graneado contra Trotski y el trostkismo, sin que Trotski se quedara atrás. Stalin, ya entonces, tuvo una conducta mucho más moderada en su contra; y cuando Zinóviev y Kámenev pidieron la expulsión de Trotski del partido comunista ruso, fue Stalin quien lo impidió. Ahora, luego de dos años, los enemigos de antes se tomaban del brazo para pasar a la oposición.

Era evidente que el guía espiritual de la oposición sólo podía ser Trotski; sólo él tenía una teoría efectivamente diferenciada de la opinión de Stalin. Los viejos bolcheviques, en realidad, nada podían decir contra Stalin, sino simplemente reprocharle algunos errores y desviaciones. Pero a pesar de sus íntimas contradicciones, la oposición de izquierda estalló contra Stalin, en 1926 y 1927, con perfecta unidad y con creciente encarnizamiento. Se le echaba en cara la preparación del termostato de la revolución rusa: el 9 de termostato de 1794, Robespierre fue abatido por los capitalistas franceses, y parecía que el día correspondiente de la revolución rusa se acercaba.

Es verdad que Stalin dominaba siempre el partido y el aparato

estatal, pero de su lado estaban los secretarios del partido, Ustrialov, los kulaks y la gente de la NEP (es decir, los comerciantes y los acaparadores enriquecidos). Y también los jóvenes profesores "rojos" de la escuela de Bujarin que, alrededor de la consigna "¡enriquezcanse!", formaban una pretendida teoría leninista. Contra él estaban, Trotski y la Krúpskaia, Zinóviev y Kámenev, los más viejos miembros del partido, gente que conocía los sufrimientos de Siberia y las luchas de la guerra civil. En 1927, Stalin corría el peligro de ser llevado a un frente de batalla absolutamente insostenible: es decir, una alianza con elementos en todo o a medias burgueses, contra el proletariado ruso y contra el espíritu de la vieja revolución. Y en una batalla tal no podía sino perder o, si vencía, abrir las puertas a la contrarrevolución.

La oposición lanzaba sus golpes más fuertes contra Stalin especialmente respecto de la política internacional, y no tanto de la interna. Todo el desarrollo de la III Internacional, desde sus principios hasta aquel invierno de 1923-24, durante el cual el partido comunista alemán había sido puesto ante el problema de su misma existencia, era objeto de críticas. No olvidemos que la amarga desilusión de los afiliados por el caso Brandler había provocado el paso de la mayoría del partido mismo a las filas de la oposición de izquierda. La izquierda alemana podría haber echado las culpas del desastre alemán, abierta y decididamente, a la Internacional: en ese caso, se hubiera podido producir una escisión dentro del partido. Y la escisión hubiera sido gravísima para el comité ejecutivo del partido y para los órganos directivos rusos.

Pero la izquierda alemana no era entonces tan fuerte como parecía. El grupo dirigente de izquierda, es cierto, se había hecho una idea clara sobre la mitología rusa: pero no había llevado esa claridad de ideas a la masa de afiliados del partido comunista alemán, que todavía creían en la Rusia de los soviets. Esa masa, además, cargaba las culpas de los errores cometidos de 1921 a 1923 sobre las espaldas de la dirección central alemana, pensando que el comité ejecutivo y los dirigentes rusos no estaban suficientemente informados. Los dirigentes de la fracción de izquierda, por no haberse atrevido a combatir abiertamente la mitología rusa hasta 1923, ahora se volvían prisioneros de la mitología misma.

La tendencia coherente de izquierda —llamada por sus adversarios "ultraizquierda", en señal de desprecio— no podía romper el fuego contra los amigos de un compromiso con Rusia. En 1924, la izquierda se las entendió con el comité ejecutivo, y todos juntos echaron sobre Brandler la culpa de los errores cometidos en Alemania. Así, para los miembros del comunismo alemán, la gloria

revolucionaria del comité ejecutivo y de la dirección rusa permaneció intacta. A cambio de ello, el comité ejecutivo dejó que la izquierda tomara las riendas del partido comunista alemán. De esa manera, el éxito aparente de la izquierda alemana en el congreso partidario de Frankfurt (1924) llevaba consigo los gérmenes de la futura derrota: efectivamente, la izquierda ya no tenía ningún punto de apoyo alemán y, por otro lado, había dado nuevas fuerzas a la autoridad de la III Internacional.

En 1924 se celebró en Moscú el V Congreso de la Internacional Comunista, que terminó con una orgía de radicalismo verbalista, sin seriedad alguna. Zinóviev atacó una vez más a la política "oportunist" de Brandler, definiendo la táctica seguida en Sajonia durante 1923 como una "trivial comedia parlamentaria". Para corresponder, la dirección central de la izquierda alemana se declaró contra Trotski y dio un voto de confianza al triunvirato gobernante en Rusia. Sin embargo, ya no era posible seguir la política de frente único según el estilo de los años 1922-1923. Zinóviev recalcó un concepto: el gobierno obrero no debía entenderse sino como una expresión más para significar la dictadura del proletariado. Así, la concepción del gobierno obrero, en sustancia, había perdido todo valor, y el frente único entre comunistas y socialdemócratas, también a causa de las íntimas contradicciones de la III Internacional, naufragaba definitivamente.

La teoría del socialismo en un solo país, desarrollada por Stalin, influiría profundamente también sobre la Internacional. Según la doctrina de Stalin, Rusia puede llevar a cabo el socialismo con sus propias fuerzas sólo si el proletariado internacional impide una intervención armada capitalista contra la Rusia de los soviets. Los comunistas, en efecto, al representar una minoría dentro de la clase obrera mundial, no están en condiciones de asegurar por sí solos la satisfacción de esta necesidad. Por lo tanto, se trataba de procurar a la Rusia de los soviets una alianza directa con la mayoría de la clase obrera internacional: la socialdemocracia.

La unidad del frente estaba recién sepultada en su vieja forma, y resurgía con una forma nueva: esta vez se eligió el método de la unificación de los sindicatos obreros. Se estaba dispuesto a renunciar a la Internacional roja de los sindicatos: ésta abrazaba a los sindicatos rusos, además de organizaciones sindicales mayores y menores, de Francia, de Checoslovaquia, de Alemania y de los países asiáticos, etc. Mientras tanto, la gran mayoría de los obreros europeos organizados pertenecían a la llamada Internacional de los Sindicatos de Amsterdam, que era socialdemócrata. Ahora, la In-

ternacional Sindical Roja propuso a la de Amsterdam la celebración de un congreso mundial conjunto, para establecer la unidad.

Si este congreso se hubiera realizado, habría significado un paso decisivo hacia la liquidación del comunismo internacional. En realidad, entre 1925 y 1927, los dirigentes rusos negaban decididamente su interés por la disolución de la III Internacional: pero imaginemos por un momento que aquel congreso se hubiera cumplido, proclamando la unidad de los sindicatos internacionales. A la cabeza de la nueva Internacional figurarían juntos comunistas rusos y socialdemócratas ingleses y alemanes: ella hubiera conducido toda actividad internacional de la clase obrera. Aun en cada uno de los países socialistas y comunistas, juntos, librarían la lucha económica cotidiana. Pero entonces la existencia separada de la Internacional Comunista y de los partidos comunistas se hubiera vuelto tan superflua que en los mismos obreros habría nacido la aspiración incontrastable a la unificación política.

Stalin y sus compañeros debían ver claro tales consecuencias de su acción por la unidad del movimiento mundial de los sindicatos obreros. Ellos querían estrechar al extremo las relaciones entre la Rusia de los Soviet y el proletariado internacional. Si los obreros organizados de todos los países europeos estaban en favor de Rusia, ya no podría temerse un ataque armado extranjero. Y, por otro lado, el precio a pagar por tamaña ventaja era hasta insignificante: no se trataba en el fondo más que de la renuncia a un romanticismo revolucionario ya envejecido. Con el agregado de que, en Rusia, ese romanticismo ya no era tomado en serio por nadie.

Es comprensible que fueran sobre todo los miembros de la llamada derecha del partido comunista ruso, los del círculo de Bujarin y Tomski, quienes trabajaran por la unidad proletaria internacional. Así, los comunistas rusos de derecha pensaban librarse también de aquellos restos de mitología proletaria de la revolución, tan perturbadores del desarrollo interno del país. Y, mientras existiera la Internacional Comunista, dicha unidad seguiría sin resistencia alguna todas las conversiones y maniobras ordenadas desde Moscú. Pero si la dirección del partido comunista alemán permanecía en las manos del ala izquierda, siempre, de ese lado, podían temerse perturbaciones.

En 1925, una acción dirigida con brillante habilidad diplomática por Bujarin permitió que el comité ejecutivo despedazara al ala izquierda alemana. Una parte de ella, el grupo Thälmann, se plegó sin reservas a los deseos rusos, y constituyó la nueva dirección central, fiel al comité: los otros jefes de la vieja izquierda alemana fueron excluidos de toda actividad política y expulsados

durante los años posteriores. La masa de afiliados al partido comunista alemán había perdido toda fuerza revolucionaria combativa desde la derrota de 1923 y, justamente por ello, se aferraba tenazmente al mito ruso: sólo unos pocos grupitos aislados abandonaron el partido junto con los jefes de izquierda. Pequeños núcleos separados de la izquierda del partido comunista se estaban formando en Alemania y en otros países fuera del partido oficial, y trataban de unirse a la oposición rusa guiada por Trotski: así, el frente de combate ruso se extendía al exterior. En Alemania y en Francia, durante 1926 y 1927, los grupos de izquierda difundieron fervientemente los documentos en que Trotski y Zinóviev atacaban la política de Stalin.

Por otro lado, las premisas rusas para la unificación internacional de los sindicatos obreros fueron recibidas con gran desconfianza por los dirigentes socialdemócratas del continente europeo. Los rusos obtuvieron más éxitos entre los jefes de los sindicatos obreros ingleses: éstos, que visitaban Rusia, publicaban informes favorables sobre las impresiones recibidas, y se declaraban por la alianza con los obreros rusos. Entre los sindicatos rusos y los sindicatos ingleses se llegó a un acomodamiento especial: ambas organizaciones querían trabajar juntas por los intereses obreros internacionales y por la unión de los sindicatos.

En ese frente único anglo-ruso, Tomski representaba la fuerza viva. Entre 1925 y 1927, los dirigentes sindicales obreros de los dos países entraban en contacto de vez en cuando para intercambiar opiniones sobre la situación internacional. Los sindicatos ingleses en la práctica se identificaban con el partido laborista; y en ese bloque entre los bolcheviques rusos y los socialistas ingleses, en realidad, el pequeño partido comunista inglés era dejado de lado. En esos años, la amistad de los obreros ingleses tenía suma importancia para el gobierno de los soviets. La razón era que los hechos asiáticos habían empeorado tremendamente las relaciones entre Rusia e Inglaterra, y los conservadores ingleses amenazaban con la guerra a Rusia.

En 1926, en Inglaterra estallaba la gran huelga general. Pero los sindicatos ingleses debieron interrumpirla sin haber obtenido resultados. La clase obrera inglesa se repuso con sorprendente rapidez de la derrota sufrida: el gobierno ruso y Tomski se cuidaron bien de criticar a los sindicatos ingleses. Había una gran necesidad de los amigos ingleses, y no era cuestión de molestarlos. Desde tiempos de la guerra hasta hoy, el movimiento obrero inglés ha realizado con sus propias fuerzas un progreso maravilloso, y no necesita la enseñanza de los maestros rusos. Pero de acuerdo con la vieja cos-

tumbre oratoria de la Internacional Comunista, los jefes de los sindicatos ingleses, que habían interrumpido la huelga general, fueron llamados "crumiros, traidores a la clase y agentes de la burguesía".

Los dirigentes de la oposición rusa, Trotski y Zinóviev, también utilizaron esas benévolas expresiones para los jefes del movimiento obrero inglés. La oposición reprochó a Stalin haber puesto un velo sobre "la traición de clase" de los "reformistas ingleses" por mezquinas razones políticas. Y agregaba que todas las críticas dirigidas por los comunistas ingleses a la socialdemocracia de su país no tenían valor alguno y que todo el trabajo del partido comunista inglés era un trabajo sin esperanzas. Ello en cuanto los jefes socialdemócratas ingleses, en cualquier circunstancia, podrían apelar a la aprobación de la Rusia de los soviets y de los bolcheviques.

En realidad, los hechos ingleses de 1926-1927 habían desnudado de manera irremediable la ambigüedad de la política oficial bolchevique. O los bolcheviques daban la razón a los socialistas ingleses, y entonces debían disolver la Internacional Comunista, o en caso contrario se proponían seguir siendo comunistas, y entonces debían hacer también una política comunista independiente, y romper con los socialistas ingleses. Así, en 1927, Stalin se hallaba en la encrucijada, no menos para la política exterior que para la interior.

Todas las contradicciones en que se debatía la política de los bolcheviques hacia Inglaterra se repitieron, empeoradas y con trágicas consecuencias, durante la revolución china. En los años de la posguerra, los progresos de la Rusia de los soviets habían encontrado entusiastas ecos en todos los países asiáticos, y los patriotas que luchaban contra el dominio extranjero y contra el imperialismo europeo y norteamericano en las posesiones asiáticas vieron en los bolcheviques a sus aliados naturales. La Rusia de los soviets había renunciado a todos los pactos opresores impuestos por el zar a los pueblos asiáticos sujetos a él. Sólo los derechos sobre los ferrocarriles de Manchuria septentrional fueron conservados por el soviets, abriendo así, hasta hoy, el camino para un posible litigio.

La solidaridad con la revolución rusa era en China aun más fuerte que en los otros países asiáticos. Allí, el movimiento de liberación nacional se había corporizado en el partido del Kuomintang, fundado por el doctor Sun Yat-sen. La dirección espiritual del partido estaba en manos de los jóvenes intelectuales, y especialmente de los estudiantes de cultura europea. En la lucha contra el imperialismo extranjero, el Kuomintang reunió a su alrededor la masa de los obreros y de los campesinos chinos, pero también pertenecían a él comerciantes y propietarios de tierras. En la cuestión social, la

actitud del Kuomintang no era menos ambigua que la actitud de la democracia europea anterior a 1848.

El mismo Sun Yat-sen había explicado que China todavía se hallaba en el estado precapitalista: según su opinión, una hábil política del Kuomintang podía evitar el surgimiento de un capitalismo privado, de sistema europeo. Aparentemente, el desarrollo de las fuerzas productivas chinas podía darse de acuerdo con los esquemas del capitalismo de estado; así, el pueblo chino no debería soportar una lucha funesta entre el capital privado y el trabajo. Por desgracia, en los años posteriores a la guerra mundial, en China se fue constituyendo un proletariado industrial de millones de hombres, ante cuyas necesidades y exigencias era indispensable tomar también una posición, fuera cual fuere. Y el "suniat-senismo" tampoco podía eliminar con puras palabras la existencia del capitalismo en China, como no lo habían podido hacer en su época los narodniki rusos.

Los enemigos más importantes del Kuomintang eran ante todo las potencias extranjeras con sus concesiones y sus cañoneras; luego, los millonarios chinos, ligados al capitalismo internacional y, finalmente, los generales y mariscales aventureros, con sus ejércitos mercenarios. Es cierto que el Kuomintang había abatido a la monarquía, ya antes de la guerra mundial, pero luego el poder, en la mayor parte de las provincias del dilatado imperio, pasó a manos de los generales. Y esos generales, de acuerdo con los extranjeros, oprimían despiadadamente al movimiento por la libertad nacional. Al morir Sun Yat-sen, su partido no dominaba sino en Cantón, gran centro de China meridional, y en la provincia que dependía de esta ciudad: en el resto del país, se enseñoreaban los militaristas y sus secuaces.

Entre los años 1924 y 1925, eran sin duda los bolcheviques quienes podían imponerse en las relaciones entre el Kuomintang y la Rusia de los soviets: ellos estaban a la cabeza del gran estado sólidamente constituido, y disponían de todos sus medios. El Kuomintang, en cambio, ocupaba una sola provincia china, y ello con esfuerzo. A pesar de todo, en Rusia se reconoció que el futuro pertenecía al partido del Kuomintang. Es muy cierto que ya no se creía en la posibilidad de extender la revolución victoriosa de nación en nación. Pero si el partido nacional favorable a Rusia llegaba a tomar el poder en China, ese estado de cuatrocientos millones de hombres se ligaría política y económicamente a la Rusia de los soviets, fortaleciendo de manera extraordinaria su posición internacional: un éxito que, ya de por sí mismo, compensaría cualquier

sacrificio. Y así, la Rusia de los soviets se mostró larga en auxilios, tanto verbales como efectivos, hacia el Kuomintang.

El Kuomintang, en 1924, estaba dispuesto a entrar en masa en la III Internacional, pero la Rusia de los soviets, cortésmente, declinó la propuesta china. Lenin había señalado a los bolcheviques el deber de promover la revolución de los pueblos asiáticos oprimidos, pero no era posible aceptar todavía en la III Internacional proletaria a un partido como el Kuomintang, burgués en su esencia. Y así se llegó a la fundación del partido independiente comunista chino que, hasta 1927, a pesar de tener un restringido número de inscriptos, ejercía un fortísimo ascendiente ideológico sobre millones de obreros y de campesinos. En China, hasta 1927, la Rusia de los soviets y el bolchevismo tenía para las masas populares un significado similar al que habían tenido para los obreros europeos entre 1919 y 1920.

Los bolcheviques, de 1924 a 1927, podían adoptar una doble táctica hacia la revolución china; podían mantenerse coherentes con la opinión de que en China sólo existía la posibilidad de una revolución nacional burguesa, y nada más. Entonces, no les quedaba otro camino que ayudar decididamente y sin reservas a la dirección del Kuomintang, aunque en ella dominaran los elementos burgueses. Al morir Sun Yat-sen, la presidencia del Kuomintang fue ocupada por el general Chiang Kai-shek, un oficial de primer rango que, por otro lado, se consideraba políticamente representante del ala derecha burguesa del partido: el gobierno soviético, ante la eventualidad, una vez que creyera justo conservar el punto de vista citado, debería proclamar como consigna el apoyo absoluto a Chiang Kai-shek, dando instrucciones en este sentido al Partido Comunista de China.

Pero había otro punto de vista: que la revolución china, ya en ese periodo histórico, podía ser llevada más allá del terreno estrictamente burgués. Si se adoptaba este punto de vista, entonces se debía apoyar al Kuomintang sólo en cuanto luchara realmente contra los déspotas militares y contra el imperialismo extranjero. Pero, en este caso, el Partido Comunista de China hubiera debido seguir sin reservas su propia política independiente, poniéndose a la cabeza de las masas obreras y campesinas, organizando en cada pueblo chino soviets de trabajadores armados. Su finalidad sería pasar por sobre el Kuomintang en el desarrollo de la revolución e instituir una dictadura democrática de obreros y campesinos.

Para Stalin y para los comunistas chinos, no seguir con decisión ni uno ni otro de esos caminos fue algo fatal. Ellos buscaron un compromiso sin energías, y ésa fue la causa de que, al final, se per-

diera todo. Naturalmente, la voluntad del gobierno soviético, entre 1924 y 1927, se enderezó hacia un acuerdo con Chiang Kai-shek y la dirección del Kuomintang. Los comunistas, en China, fueron organizados de dos maneras: además de integrar su propio partido, también se afiliaron al Kuomintang, y se impusieron apoyarlo con la mayor lealtad posible.

En esos años, las masas chinas se hallaban en extraordinario fermento: los obreros no querían arrastrar ya la vida de esclavos en que los tenían los dadores de trabajo. Los campesinos se rebelaban ante los insoportables contratos de arrendamiento y los gravísimos impuestos: pero el Partido Comunista de China no alimentaba la menor idea de colocarse a la cabeza de un movimiento de masas tal. En cambio, frenaba, en la medida de sus fuerzas, las acciones de obreros y campesinos, impedía que el proletariado se armara, se oponía a las huelgas, y dejaba que las autoridades del Kuomintang actuaran con tremenda dureza contra los campesinos radicalizados. Todo esto sucedía en nombre de la tregua de partidos entre el Kuomintang y los comunistas, pues el frente único de todas las clases patriotas chinas en lucha contra el imperialismo extranjero no debía ser perturbado. El Partido Comunista de China, temerosamente, evitó lanzar a las masas la consigna de los soviets.

Por otro lado, de todas maneras era verdad que se pertenecía a una Internacional proletaria, y que, como partido comunista, se tenían objetivos determinados. En el mismo Kuomintang no existía una perfecta unidad: un ala izquierda simpatizaba con los obreros y campesinos, contra el ala derecha de Chiang Kai-shek. Entonces, el Partido Comunista de China empezó a intrigar junto al ala izquierda del Kuomintang contra el mismo Chiang Kai-shek. En 1926, el Kuomintang obtuvo sorprendentes éxitos militares: Chiang Kai-shek realizó su célebre marcha hacia el norte, que lo llevaría, de una a otra provincia, hasta el valle del Yang Tse-kiang y aun hasta Shangai. Mientras tanto, el partido comunista, con todos los medios a su alcance, trataba de estorbar el avance militar.

A pesar de ello, Chiang Kai-shek llegó victorioso a Shangai: al final, se sorprendió de que la Rusia de los soviets y los comunistas fueran sus enemigos. En febrero de 1927, comenzó a actuar abiertamente contra los comunistas, disolviendo al partido comunista chino y a las organizaciones dependientes, además de destruir con la violencia la oposición de los obreros. Por un momento, pareció que el ala izquierda del Kuomintang se unía a los comunistas contra Chiang Kai-shek, pero al final todos los grupos del Kuomintang se aliaron contra Rusia. El partido comunista siguió prohibido, to-

dos los auxiliares y consejeros rusos fueron expulsados, y el Kuomintang rompió relaciones con la Rusia de los soviets.

Así, la política china de Stalin encontró un desenlace lamentable: toda la autoridad adquirida, todos los éxitos obtenidos en China se habían perdido. La simpatía del partido nacional chino hacia Rusia se trocó en amarga hostilidad. La Internacional Comunista no había querido llevar a China la lucha de clases, y se conformó con intrigas y maniobras: todo esto terminaba con la derrota de las masas y con el triunfo de la tendencia burguesa dentro del Kuomintang.

La oposición rusa no ahorró sus más violentos ataques a Stalin por la política internacional desarrollada. En mayo de 1927, Trotski y Zinóviev compilaron una declaración contra Stalin y la dirección central del partido comunista ruso. La política interior y exterior de los gobernantes rusos era censurada con inaudita violencia. En poco tiempo, la declaración fue firmada por quinientos de los más viejos miembros del partido bolchevique. Entre otras cosas, allí se decía:

Lo más importante no es la derrota que hemos sufrido en China, sino por qué y cómo la hemos sufrido [...] Para todo marxista, resulta indiscutible que la falsa línea seguida en China y en la cuestión del comité anglo-ruso (es decir, el comité común de los sindicatos rusos e ingleses) no es fortuita: ella continúa y completa la falsa línea de la política interior [...] La economía de la república de los soviets, en su conjunto, ha cerrado su propio periodo de reconstrucción: durante ese periodo, se han alcanzado grandes éxitos.

Pero a la par de estas conquistas positivas, graves dificultades han surgido, como resultado del periodo de reconstrucción. Las dificultades tienen como causa el insuficiente desarrollo de nuestra capacidad productiva y de nuestras condiciones económicas de retraso. Y ellas han aumentado en cuanto se trata de ocultarlas a los ojos de las amplias masas del partido. En lugar de un análisis marxista de la situación efectiva de la dictadura proletaria en la Rusia de los soviets, se le prodiga al partido la teoría pequeñoburguesa del "socialismo en un solo país", que nada tiene de común con el marxismo o el leninismo. Para el partido, a causa de este grosero abandono del marxismo, resulta cada vez más difícil entrever el contenido social del proceso económico en desarrollo: pero es justamente en los cambios de clase nocivos al proletariado y en la difícil situación de amplias masas populares donde aparecen los aspectos negativos del periodo revolucionario que hemos atravesado.

Más adelante leemos en la declaración de los quinientos:

La falsa política acelera el desarrollo de fuerzas contrarias a la dictadu-

ra proletaria, como los kulaks, los hombres de la NEP, los burócratas. Toda nuestra política de partido sufre de "derechismo" [...] Los funcionarios contentos consigo mismos, los empleados siempre orientados hacia las autoridades, los pequeñoburgueses que se han abierto con uñas y dientes su camino hasta los puestos de mando, y que ahora miran orgullosos a la multitud de arriba abajo: todos ellos sienten que el terreno está cada vez más sólido bajo sus pies, y levantan con soberbia creciente la cabeza [...] En los años de la NEP, la nueva burguesía ha crecido como una fuerza a no despreciar, tanto en las ciudades como en la campaña.

La declaración previene a la dirección central del partido contra la tentativa de desacreditar y despedazar el ala izquierda, proletaria, "leninista" del mismo partido. Una destrucción tal tendría como consecuencia el fortalecimiento inevitable e inmediato del ala derecha, con la perspectiva igualmente inevitable de la "sumisión de los intereses del proletariado a los de las otras clases".

Así, Trotski y los viejos bolcheviques alertaban contra el advenimiento del termidor de la revolución rusa. Hacia fines de 1927, Stalin reconoció que toda su propia política había llevado a un callejón sin salida. Y el camino de salida lo buscaría y lo encontraría en la XV asamblea del partido comunista ruso, en diciembre de 1927.

11. LA CONSTRUCCION DEL "SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS" (DE 1927 A 1932)

Los años 1926 y 1927 presenciaron una crisis de confianza en el proletariado ruso respecto del gobierno de los soviets. La crisis derivaba de la convicción de que el gobierno era aliado de los kulaks. Además, se suponía que la voluntad de instituir el socialismo se había debilitado. Para reconquistar la confianza de clase de los obreros rusos, Stalin debía mostrar que pensaba seriamente en echar las bases del socialismo, dentro del espíritu de su propia teoría.

En la XV asamblea del partido, Stalin habló en un tono pleno de seguridad y de confianza, afirmando que Rusia estaba destinada a convertirse en un país industrial, y dando al partido la tarea de hacer progresar su industrialización por todos los medios. Entonces, llegó a esta conclusión: "Nuestro país avanza hacia el socialismo segura y rápidamente, relegando a un segundo plano y desplazando, paso a paso, de la economía nacional a los elementos capitalistas."¹ Y sigue:

Este hecho nos revela el fondo de la cuestión: "¿quién vencerá a quién?" Esta cuestión la planteó Lenin en 1921, después de la implantación de la nueva política económica. O logramos ligar nuestra industria socializada a la economía campesina, desplazando al comerciante privado, al capitalista privado, y aprendiendo a comerciar, o el capital privado nos vencerá, provocando la escisión entre el proletariado y el campesinado: así estaba planteada entonces la cuestión. Ahora podemos afirmar que en este aspecto hemos logrado ya, en lo fundamental, éxitos decisivos. Eso pueden negarlo únicamente los ciegos o los dementes. Pero ahora, la cuestión "¿quién vencerá a quién?" adquiere ya otro carácter. Ahora, la cuestión pasa de la esfera del comercio a la esfera de la producción, a la esfera de la producción artesana, a la esfera de la producción agrícola, donde el capital privado tiene cierto peso específico y de donde hay que desalojarlo sistemáticamente.²

En el mismo discurso, Stalin admitía que la situación en la campaña no era todavía satisfactoria, y que hasta ese momento no se había hecho lo necesario para abatir la influencia de los

¹ J. Stalin, *Informe político del Comité Central, XV Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S.*, en *Obras*, cit., vol. 10, p. 314.

² *Ibid.*, pp. 314-315.

kulaks. Él anunciaba medidas decisivas contra los usureros de las aldeas, pero agregaba que las medidas de policía no bastan, y que es indispensable encontrar una solución positiva para la economía agrícola rusa:

La solución está en el paso de las pequeñas haciendas campesinas dispersas a las grandes haciendas unificadas sobre la base del cultivo en común de la tierra, en el paso al cultivo colectivo de la tierra sobre la base de una técnica nueva y más elevada. La solución está en que las pequeñas y diminutas haciendas campesinas se agrupen paulatina pero indefectiblemente, y no por medio de la presión, sino mediante el ejemplo y la persuasión, en grandes haciendas, sobre la base del cultivo en común, del cultivo cooperativo, colectivo, de la tierra, mediante el empleo de maquinaria agrícola y de tractores y la aplicación de métodos científicos encaminados a intensificar la agricultura. No hay otra solución. De otro modo, nuestra agricultura no podrá alcanzar ni sobrepasar a los países capitalistas de agricultura más desarrollada (Canadá, etcétera).³

De conformidad con las conclusiones de la XV asamblea del partido, el gobierno de los soviets se dedicó a la reconstrucción industrial con un ritmo extraordinariamente acelerado. Se estableció un plan quinquenal, que abrazaría el período comprendido entre el 1º de octubre de 1928 y el 1º de octubre de 1933. En dicho período, la producción rusa, tanto la industrial como la agrícola, debía alcanzar un determinado nivel. Dado que los primeros años del quinquenio trajeron notables éxitos, se proclamó que el plan habría de ser desarrollado en cuatro años: así, el indicado ciclo del desarrollo económico quedaría cumplido ya en 1932.

Como lo hemos destacado antes, ya en 1927 la industria de la Rusia soviética había logrado alcanzar prácticamente la producción de la posguerra. A fines de 1930, se llegó a redoblar la producción industrial; en 1931, el crecimiento respecto del año anterior fue de un quinto. Para 1932, puede esperarse un aumento todavía mayor, de manera que a fines de este año la producción industrial alcanzará por lo menos el triple de la correspondiente a la Rusia de preguerra.

Se trata por cierto de un éxito extraordinario, pero la economía rusa está todavía bien lejos de haber logrado con ello el nivel de los más importantes países industriales europeos, o aun de los Estados Unidos. Citemos algunos datos fundamentales: en 1913, Ru-

³ *Ibid.*, pp. 321-322.

sia produjo 27 millones de toneladas de carbón mineral, 20 millones en 1926, 58 millones en 1931. Para hacer luego el cotejo con la producción de Europa occidental, convendrá elegir un año entre los anteriores a la gran crisis económica actual, porque solamente de esta manera la capacidad productiva de la industria soviética puede ser comparada con la energía productiva europea: Alemania, en el año 1927, produjo 154 millones de toneladas de carbón mineral, además de las 151 de lignito.

En 1913, Rusia extrajo 9 millones de toneladas de petróleo; en 1925, 7 millones, y en 1931, 22 millones. Los Estados Unidos produjeron en 1926, 106 millones de toneladas. En cuanto al hierro, Rusia llegó a 4 600 000 toneladas en 1913, a 2 400 000 en 1926 y a 4 900 000 en 1931. Alemania produjo, en 1927, 13 millones. Pasemos ahora al acero: para Rusia, en 1913, corresponden 4 200 000 toneladas; 3 millones, en 1926; y en 1931, 5 300 000. En cambio, Alemania elaboró en 1927 unos 16 millones de toneladas. El aumento de la producción industrial rusa en los últimos años es obra digna de consideración: sin embargo, la Rusia de los soviets necesita aún varios planes quinquenales para lograr aunque más no sea el nivel industrial de Alemania.

Si consideramos el número de obreros industriales, y en general el de los asalariados y retribuidos en Rusia, junto con los de los estados industriales modernos de Occidente, tendremos interesantes posibilidades de comparación. El porcentaje de asalariados y retribuidos respecto de la suma total de la población da prácticamente el índice proporcional de la proletarización, es decir, el índice de reducción de las pequeñas empresas independientes. En 1927 había en Rusia 2 300 000 obreros industriales propiamente dichos, trabajadores de las grandes fábricas. La suma total de los retribuidos y asalariados alcanzaba los 10 300 000, entre los cuales había no menos de 3 300 000 trabajadores no manuales, es decir, empleados y funcionarios de las distintas categorías. El resto eran ferroviarios, trabajadores del transporte, trabajadores del campo y obreros de pequeñas fábricas.

En 1931, el número total de los obreros industriales, en conformidad con el desarrollo de la industria rusa, subió a 5 400 000, y la suma de todos los asalariados y retribuidos, tomados en el sentido más amplio, llegó a 18 500 000. Así, en Rusia, en relación con el aumento de la clase obrera industrial, y acaso con un ritmo todavía más acelerado en la superorganización del plan quinquenal, crece el número de funcionarios estatales y de empleados. En Alemania, sobre una población de 32 millones apta para el trabajo, había en 1925 no menos de 21 millones de trabajadores. Si toma-

mos como base la población de Alemania —65 millones— y la de Rusia —160 millones—, vemos que en Alemania un hombre de cada tres es asalariado o retribuido. En Rusia, la proporción es de uno cada ocho. La cantidad de conjunto de la población activa, comprendidos los colaboradores familiares, puede ser calculada hoy, por lo general, en casi la mitad de la población total. Entonces, en Alemania, las dos terceras partes del total de aptos para el trabajo son de asalariados o retribuidos, mientras en Rusia la relación se reduce a un cuarto.

Estas cifras nos dicen que en Rusia, aún hoy, predomina absolutamente la pequeña burguesía independiente, oculta bajo el velo de la llamada colectividad agrícola. También aquí se necesitarían muchos y muy afortunados planes quinquenales para llevar el centro de gravedad de la economía rusa del campo a la ciudad, del campesinado al proletariado.

El poderoso aumento de la industria rusa a partir de 1927 exigía también poderosos medios monetarios: así, debió recurrirse al aumento continuo de la circulación monetaria. Sin embargo, esa forma de inflación es absolutamente justificable desde el punto de vista de la economía nacional, pues al crecer en Rusia los medios de pago, también crece la cantidad de mercancías circulante en el país. Los sanos principios del comercio exterior ruso tampoco han sido alterados en los últimos años. Es cierto: Rusia ha debido aumentar notablemente sus propias importaciones para adquirir en el exterior las máquinas necesarias al desarrollo de la industria. También es cierto que se requería divisa extranjera para pagar a los especialistas ocupados en las fábricas rusas. Pero esos aumentos de demanda de moneda extranjera en su mayor parte han sido cubiertos con la ayuda de las ganancias de la exportación rusa.

En los últimos años, la Rusia de los soviets hizo aumentar el monto de sus exportaciones con todos los medios a su alcance. Rusia no sólo vende sus propias mercancías naturales de exportación: petróleo, madera, pieles, trigo. También lanza al mercado mundial mercancías como manteca, pescados, pollos, que la población misma no puede consumir. Esos graves sacrificios deben ser soporados por la economía popular rusa y, especialmente, por la de las ciudades, es decir, por la población proletaria, en favor de la adquisición de divisas. A la vez, la crisis económica mundial y la disminución en la capacidad de absorción por el mercado internacional aumentan las dificultades de la exportación rusa. Y así, también acrecen las dificultades para la adquisición de las divisas necesarias a la industrialización. Pero el gobierno de los soviets, con inflexible energía, sigue trabajando en la industrialización del país.

Los aparatos del estado y del partido colaboran con todos los medios en el aumento de la producción industrial. Inclusive con la ayuda de los sindicatos, se lleva la capacidad de trabajo de los obreros hasta límites máximos: ello, en cuanto desarrollar la industrialización significa, para la teoría oficial del partido, entrar directamente en el socialismo. El partido y el gobierno hacen a las fábricas exigencias tan enormes que resulta imposible satisfacerlas.

Pero el porcentaje en que la producción de 1931 ha permanecido por debajo del programa prestablecido es significativo. Debían producirse 83 millones y medio de toneladas de carbón, y sólo se llegó a las 58. Para el acero se preveían 8 800 000 toneladas, pero se produjeron 5 300 000. La industria del petróleo se desarrollaba rápida y exitosamente: sin embargo, apenas alcanzó 22 300 000 toneladas, contra las 25 500 000 programadas. También para el año 1932 se han asignado a las distintas ramas de la industria metas sumamente altas, y las cifras, en su conjunto, son todavía más elevadas que las de 1931, por otro lado no alcanzadas. Y se ve claro que, con un trabajo tan difícil, la calidad de las mercaderías debe resentirse.

Por ahora, el plan de industrialización ruso da más importancia a la industria pesada y al aumento de la producción de las materias primas y de las maquinarias. Esto resulta absolutamente justo desde el punto de vista de la economía nacional: sólo este camino llevará a Rusia al desarrollo de una industria moderna e independiente. Pero, con ello, la industria de los productos manufacturados y de aquellos bienes directamente necesarios para la vida por el momento queda descuidada. Así, el poderoso ascenso de la producción industrial rusa en los últimos años no ha resuelto aún de manera alguna la escasez de mercaderías que afecta a la población.

Debido al extraordinario aumento de fuerzas obreras necesarias para sus industrias, sus transportes, etc., Rusia ha logrado vencer la desocupación. Se trata de un éxito del gobierno de los soviets, de significado mayúsculo en el contexto de la actual crisis mundial. El gobierno soviético puede jactarse con razón en este aspecto: desde un punto de vista psicológico, es un logro notable para la clase obrera rusa, porque si en la Rusia soviética existiera todavía un ejército de un millón de desocupados, el abismo entre la mitología socialista oficial y la realidad seguiría siendo especialmente doloroso.

Los objetivos de la política agraria de Stalin en 1928 eran: el paulatino sometimiento de la clase de los kulaks y el aceleramiento de la constitución de cooperativas agrícolas. Stalin quería evitar resoluciones dramáticas, porque temía posibles consecuencias desas-

tras sobre el abastecimiento del país. Se pretendía acrecer gradualmente el número de cooperativas, y se esperaba poder reunir en los cinco años del 28 al 33 alrededor de una cuarta parte de los campesinos rusos en consorcios de producción. El estado se proponía favorecer fuertemente a tales cooperativas en el pago de los impuestos y en la concesión de créditos, también ellas serían provistas de tractores y de toda suerte de máquinas modernas necesarias. Así, el ejemplo de los consorcios de producción (balances colectivos) lentamente llevaría aún al resto de la masa campesina a salir de su anticuado aislamiento.

Pero los contrastes de clases en las aldeas rusas fueron muy fuertes en los años 28 y 29: como consecuencia, no se pudo mantener ese lento desarrollo. Los kulaks advirtieron que el gobierno intentaba actuar contra ellos con severidad mayor en cuanto a impuestos, administración, etc., y entonces acentuaron su obstruccionismo. Sistemáticamente retuvieron el trigo en los graneros y, de esa manera, Rusia en 1928 debió comprarlo en el exterior para aliviar, por lo menos, las necesidades más urgentes. En ciertas regiones, los kulaks llegaron a organizar verdaderos tribunales secretos, y los corresponsales provinciales de los diarios comunistas que se atrevieran a dar noticias sobre las irregularidades en la campaña no estaban seguros de su propia vida: muchos de ellos fueron asesinados.

Por lo tanto, Stalin se vio obligado a utilizar toda la fuerza del estado contra los kulaks, proclamando, como consigna, la liquidación de la clase misma de los kulaks. Se los expropió en masa, y se distribuyeron sus posesiones a las cooperativas agrícolas. Además, aquellos kulaks especialmente comprometidos como contrarrevolucionarios fueron expulsados del país, y no hay dudas de que se cometieron atrocidades. Podría decirse que esos hombres eran castigados sólo por su voluntad de ganar dinero cuando, justamente, y durante años, había sido el mismo gobierno soviético quien los alentara a ello. Pero, en realidad, esta lucha contra los kulaks, en 1929 y 1930, significaba la afirmación de la revolución rusa misma.

Los hechos habían mostrado algo: no era posible conformar a los campesinos ricos y a los usureros de aldeas, por más concesiones que les hiciera el gobierno de los soviets. En primer lugar, ellos querían tener los productos de las industrias, a cambio de su trigo y a precios tan bajos como sólo podía darlos el extranjero. Una política rusa conducida de acuerdo con sus intereses llevaría finalmente a la abolición del monopolio de estado sobre el comercio exterior. Esto, luego, habría significado la invasión del mercado

ruso por mercancías extranjeras a bajos precios y, por lo tanto, la ruina de la industria nacional. Consecuencias: la extinción de las ciudades y la pérdida de todo progreso cultural conquistado con la revolución rusa.

Si los kulaks hubiesen sido más fuertes que el gobierno, ellos se habrían convertido en dominadores absolutos de las aldeas, aliándose con las fracciones reaccionarias que integraban el aparato estatal y el ejército rojo. En definitiva, se hubiera llegado a un verdadero terrores ruso y a una dictadura militar de los guardias blancos.

Es natural que la lucha contra los kulaks haya traído consigo todas las dolorosas consecuencias económicas que podían esperarse. Mientras los pequeños y medianos campesinos producían en general para sus propias necesidades, el mercado dependía de cuanto le proporcionaban las haciendas mayores. La expropiación y la disolución de las factorías de los kulaks llevó en primer lugar a una gran confusión en los pueblos y a una total desorganización del mercado de bienes de subsistencia.

Los kulaks mataban en masa sus ganados antes de que los golpeará la expropiación y el pánico que ellos esparcían se extendía también a vastos estratos de campesinos medios. Sólo en 1929 el ganado bovino disminuyó en una cuarta parte; el porcino, en más de un tercio. Las consecuencias de esta matanza catastrófica, sufrida por la economía rusa en 1929, no han sido superadas todavía. Nuevamente el gobierno de los soviets debió recurrir al racionamiento de los productos alimenticios; asimismo, hubo precios máximos impuestos por el estado y abolición del comercio libre, con consecuencias idénticas a las que soportara Alemania durante la guerra: escasez de alimentos, mercado negro, disminución de la producción agrícola. En mayo de 1932, el gobierno soviético se vio obligado a permitir nuevamente el comercio libre.

Cuando la GPU comenzó la ofensiva contra los kulaks, muchos campesinos medios creyeron que se iniciaba una persecución general contra la población agraria; pero Stalin y el gobierno soviético no tenían siquiera la menor intención de empujar a la guerra contra la masa de campesinos rusos. Naturalmente, no siempre podían evitar los errores locales de funcionarios demasiado celosos y, así, los campesinos medios buscaron una salida en el colectivismo. En los hechos, la única manera de procurarse una seguridad personal era entrar rápidamente en una cooperativa de producción, convirtiéndose de elemento nocivo al gobierno soviético en colaborador del socialismo. El campesino, como miembro de una

colectividad, ya no tenía por qué temer a la policía. Aun más: ahora podía plantear al estado todas las exigencias factibles.

Durante los años 1929 y 1930 se produjo una fuga en masa de los campesinos rusos hacia los koljoses. Ya en 1930, el 37% de la tierra cultivada en toda Rusia pertenecía a las cooperativas; el 3%, a las haciendas modelo del estado, y sólo el 60% a la propiedad privada de los campesinos aislados. A fines de 1931, las cooperativas abrazaban ya el 62% de las haciendas agrícolas, es decir, el 79% de toda la superficie cultivada, y el proceso de colectivización avanzaba sin interrupción.

El gobierno de los soviets, en sus propias declaraciones oficiales, cita con orgullo este éxito del concepto corporativo. Pero en la realidad, los dirigentes soviéticos deben de haber seguido con sentimientos muy variados la adhesión masiva de los campesinos a las cooperativas. El hecho es que el gobierno soviético está muy lejos de poseer tractores y otras máquinas en cantidad suficiente para cubrir las inmensas necesidades de los koljoses. En 1930, el 17% de toda la superficie cultivada de las cooperativas fue trabajado con tractores; en 1931 se pretendía que el porcentaje subiera a 19, y ese 19% debe volverse un 44% para 1932. Por ahora, la mayor parte de las asociaciones soviéticas trabajan con los antiguos medios de las viejas y retrasadas haciendas agrícolas: es decir, que las haciendas colectivistas sólo existen en el papel.

En los koljoses de tipo normal, los terrenos cultivados y los medios de producción deberían pertenecer a la colectividad, mientras la casa, los animales y el huerto seguirían siendo propiedad privada del campesino. El rédito de las cooperativas se divide anualmente entre todos los miembros. Los impuestos a pagar por la colectividad son muy moderados; dicha colectividad debe dar al estado una determinada cuota de sus propios productos, a los precios fijados por el estado mismo. En 1930, se estableció que las cooperativas, en los campos de buen trigo, en los años de cosecha media debían proporcionar entre un cuarto y un tercio de la producción bruta total. En los campos más pobres, la cantidad a consignar es todavía más escasa. Todo ello, por cierto, no representa una carga excesiva para las asociaciones. Las ordenanzas de mayo de 1932 han rebajado aun más las entregas obligatorias y los impuestos, tanto para los consorcios como para los campesinos privados. Al mismo tiempo, por así decir, el acaparamiento fue legalizado, dentro de determinados límites: se permitió que los campesinos, luego de haber satisfecho las entregas obligatorias, vendieran libremente el excedente de trigo, de ganado, etc., a los precios fijados espontáneamente en el mercado libre. No se pretende dar

nueva vida al comercio intermedio privado, pero las instituciones pueden establecer sus propios despachos de venta.

Hay dos circunstancias que vuelven imposible un eficaz control de la economía agrícola por el estado: la inmensa extensión del territorio ruso y el gran número de las familias de colonos. Los consorcios agrícolas podrían constituir al fin un cómodo biombo para nuevas tendencias de los kulaks. Si los miembros de las cooperativas agrícolas soviéticas estuvieran animados por sentimientos unitarios socialistas, y no por un egoísmo agrario, Rusia ya no conocería las dificultades del abastecimiento alimentario. El ejercicio de la venta por las cooperativas prósperas animará nuevamente en ellas el espíritu del negocio. Al mismo tiempo, se presenta un serio problema: ¿qué sucederá con aquellas familias de colonos pobres, que no pueden hacer pie ni en una cooperativa que trabaja bien, ni en una industria? Ya desde ahora se vislumbran ciertos signos de la formación de una nueva clase de miserables.

La nueva ruta de la política de los soviets, inaugurada por Stalin en diciembre de 1927, cambió sus relaciones con cada una de las tendencias existentes en el partido comunista ruso. El llamado viraje a la izquierda hecho por Stalin desbandó a la oposición: los viejos bolcheviques, conducidos por Zinóviev y Kámenev, hicieron las paces con el gobierno, pero, naturalmente, ya no se les asignó ningún cargo de confianza. Trotski se quedó de nuevo solo, con sus amigos más cercanos, pero no lo espantó que el grupo de Zinóviev lo abandonara. Tanto, que se lanzó a atacar a Stalin y a su tendencia con violencia aún mayor, hasta que, en 1929, fue expulsado de Rusia por la fuerza. Trotski, consignado al gobierno turco amigo de los rusos, debió fijar su domicilio en una isla cercana a Constantinopla. Allí, en los últimos años, ha desarrollado una poderosa actividad como escritor, luchando sin tregua contra la teoría del socialismo en un solo país, criticando los errores de la burocracia dominante en Rusia, exigiendo el derecho de los obreros rusos a la autodecisión y una política resuelta, internacional, proletaria.

Desde 1928, la gran mayoría de los obreros rusos y de los miembros del partido están nuevamente junto a Stalin y a la dirección central. En la campaña, en cambio, las usurpaciones radicales del gobierno de los soviets llevaron a la ruptura con la fracción derechista del partido comunista ruso, amiga de los campesinos. Pero Stalin, sin demasiado esfuerzo, también ha sometido a esa fracción, y Ríkov, Bujarin y Tomski han sido eliminados de sus puestos de responsabilidad. Puede sorprender que estos dirigentes no hayan demostrado más fuerza en la lucha contra Stalin: la tendencia na-

cional conservadora hubiera podido movilizar no sólo a la masa de los campesinos, sino también a gran parte de los funcionarios y de los miembros del ejército. Inclusive, Tomski había establecido relaciones con vastos estratos de la clase obrera. Pero es necesario recordar que el grupo de Ríkov, en el fondo, no era sino un comodín entre Stalin y aquella tendencia simbólicamente bautizada como de Ustriálov. En la primera batalla abierta contra Stalin, la derecha hubiera sido la prisionera de la contrarrevolución militarista-agrario-burguesa. Y como sus dirigentes vieron claras las consecuencias, prefirieron someterse a la mayoría del partido. En Rusia, contra el grupo de derecha nunca se utilizaron medidas de policía del tipo de las dispuestas contra Trotski y sus partidarios.

A fines de 1927, Stalin quiso simbolizar ante los ojos de la masa obrera rusa su decidida orientación hacia el socialismo: entonces, renunció aun a la táctica internacional que le había acarreado tantos ataques. La Rusia de los soviets rompió relaciones con los sindicatos ingleses y abandonó la propaganda por la unión de los sindicatos internacionales. En China, se proclamó la guerra sin cuartel contra el Kuomintang, sin apartar ya a las masas chinas de acciones revolucionarias.

Luego de la victoria de Chiang Kai-shek en febrero de 1927, la fuerza de choque de las masas chinas radicalizadas estaba realmente hecha pedazos, y las sublevaciones armadas sólo podían resolverse en aventuras y golpes de mano. A pesar de ello, en diciembre de 1927, estalló una revuelta de obreros comunistas en Cantón. Proclamada la república de los consejos, la insurrección fue ahogada luego de un largo y sangriento combate.

La revuelta de Cantón —diciembre de 1927— es la triste conclusión de la política china de la Internacional Comunista. Los acontecimientos chinos entre 1924 y 1927 presentan una sorprendente similitud con la evolución alemana de 1921 a 1923. En ambos casos, la Rusia de los soviets llegó a considerar los hechos en los países extranjeros desde el punto de vista de la política estatal. En Alemania, la base estaba dada por el pacto de Rapallo y por amistad con el gobierno republicano burgués; en China, por el acuerdo con el gobierno del Kuomintang y con Chiang Kai-shek. Y en los dos casos, el gobierno de los soviets no creía en la posibilidad de inminentes revoluciones proletarias independientes, paralizando, por lo tanto, aquí la actividad del Partido Comunista de Alemania, allá la del Partido Comunista de China. Pero al mismo tiempo era imposible renunciar al radicalismo verbalista y a la intriga: así, ni en Alemania se obtuvo una colaboración verdadera con la socialdemocracia, ni en China una amistad duradera con el Kuomintang.

Solamente cuando ya era demasiado tarde, se advirtió una pretendida situación revolucionaria en ambos países. Los resultados fueron Hamburgo y Cantón.

Desde la fundación de la III Internacional, los bolcheviques habían tratado de influir de acuerdo con determinadas tendencias sobre la marcha de la revolución mundial. Desde 1919 hasta 1921, apoyando e incitando directamente a la revolución comunista internacional; desde 1921 hasta 1927, mediante la táctica del frente único con los obreros socialdemócratas de occidente y con el movimiento de independencia nacional en oriente. Ambos intentos fallaron, y el gobierno de los soviets extrajo de ello las lógicas consecuencias. Desde 1919, él ha renunciado a toda influencia efectiva sobre el movimiento obrero internacional y sobre las luchas de los países coloniales por su independencia. Pero no renuncia a mantener unidas las minorías de la clase obrera internacional que aún creen en la Rusia de los soviets: para ello, trata de tenerlas a raya con un socialismo aparente, despojado de todo contenido.

El VI congreso mundial, en el verano de 1928, y el V congreso de la Internacional roja de los sindicatos, celebrado en 1930, establecieron la nueva orientación de la Internacional Comunista. El V congreso descubrió que para el movimiento obrero internacional se abría "un tercer período". El primer período estaba representado por la época de las luchas revolucionarias directas, entre 1917 y 1923. El segundo corría de 1923 a 1928. En el verano de 1928 todavía reinaba una brillante prosperidad en los Estados Unidos; la misma economía alemana presentaba aún el aparente florecimiento provocado por los créditos exteriores desde 1924. Las tesis del VI congreso mundial no discuten de ninguna manera esa situación, relativamente favorable, de la economía capitalista mundial.

Pero, desde el punto de vista de los comunistas, habría sido concebible, en todo momento, la puesta en duda de la duración de esa prosperidad capitalista y, aun, la predicción de nuevas crisis y nuevas connotaciones. Ni con la mejor buena voluntad puede comprenderse por qué, justamente en el verano de 1928, ha comenzado el "tercer período". Se precisa que, como signo característico de dicho tercer período, la socialdemocracia aparece ahora auxiliando directamente al capital mundial, hasta asumir de alguna manera una fisonomía fascista. Por eso, en el tercer período, queda excluida toda suerte de frente único con los partidos y con los dirigentes socialdemócratas.

El juicio sobre la socialdemocracia internacional varía sustancialmente según el punto de vista político del crítico. Los partidos socialdemócratas pueden ser exaltados o maldecidos pero, ciertamen-

te, resulta difícil demostrar que la socialdemocracia ha cambiado desde principios del verano de 1927 al de 1928.

Solamente el método con que también se han ilustrado las conclusiones del III congreso de 1921 permite explicar las tesis del VI congreso mundial. No es el mundo exterior el que ha cambiado: ha cambiado la Rusia de los soviets. La nueva concepción de la situación internacional es siempre la consecuencia de un cambio de la política interna rusa. La táctica de compromiso adoptada en Rusia durante el período de la NEP y de las concesiones a los kulaks encontró su correspondiente expresión internacional en la táctica del frente único. Desde que Stalin iniciara en la política interna rusa la llamada orientación hacia la izquierda, la nueva radicalización del bolchevismo debía mostrarse también dentro de la Internacional. Por lo tanto, y sin más, había que abandonar la unidad frentista con la socialdemocracia. Entonces, para hallar un motivo aparentemente objetivo, dada la situación misma de la Internacional, el V congreso mundial debía darse el trabajo de inventar el famoso tercer período.

La Internacional Comunista, desde 1928, demuestra interés por asegurarse una minoría de obreros, y con esta finalidad se vale de fórmulas radicales, pero sin llegar seriamente a la acción. Dentro del proletariado internacional, los más fácilmente impresionables, en ese sentido, son los obreros radical-utopistas. Así, la propaganda fue enderezada hacia ellos. Se exhumó la doctrina de la aristocracia obrera, tal como la había formulado Lenin en el aislamiento de la primera guerra mundial, en 1917. Y recordemos que en 1920, cuando la Internacional Comunista se dedicaba con seriedad a la conquista del proletariado, el mismo Lenin dejó de lado la tesis de la aristocracia obrera, y se dedicó a lograr prosélitos dentro de la clase obrera organizada en sindicatos.

En nuestros días, los partidos comunistas se resignan a constituir una minoría del proletariado, y ya no creen seriamente en la conquista del poder: por lo tanto, también renuncian a la conquista de los sindicatos. Los congresos mundiales de 1928 y de 1930 declaran que los comunistas deben continuar con su actividad en los sindicatos: es cierto, pero al mismo tiempo se les asigna el objetivo de unir, con independencia de los sindicatos mismos, a los obreros no organizados. Y también se los induce a librar una lucha económica independiente, con prescindencia de las organizaciones sindicales. Esto, en la práctica, significa echar las bases de nuevas alianzas competitivas contra los viejos sindicatos socialdemócratas, haciendo propaganda en favor de su escisión.

Desde 1928 en adelante, los comunistas no han podido obtener

éxitos dignos de nota con la organización de la oposición sindical roja en Alemania y en otros países. Pero, por lo menos, a través de la propaganda radical-utopista, han conseguido atraerse una parte de los desocupados. Sin embargo, los radical-utopistas forman el sector menos seguro del proletariado: dichos estratos sociales, de orientación estrictamente sentimental, y constituidos ante todo por desocupados, están sujetos a rápidos cambios en sus propias convicciones. De hoy para mañana, pueden volverse, de comunistas que son, fascistas, nacionalistas, etc. Esta tendencia quedó manifestada especialmente en las oscilaciones de los electores alemanes durante las últimas elecciones.

La Internacional Comunista, sobre esas bases, no podía esperar éxitos serios. Lo importante no es la pérdida de votos sufrida en estas o aquellas elecciones parlamentarias. Más significación tiene que, en todos los lugares donde la revolución mundial se hace manifiesta, los comunistas no tienen ascendiente. Así, las luchas de la revolución española se desarrollan sin que el Partido Comunista de España gane a través de ella la menor autoridad. Las grandes luchas de la clase obrera inglesa también se desenvuelven sin influjo alguno de los comunistas ingleses. En China y en la India, el trabajo del partido comunista está completamente agotado, aunque en algunas oportunidades la prensa europea presente como "comunistas" a las bandas de campesinos revoltosos.

En tiempos del III congreso mundial, la Internacional Comunista tenía aún la mayoría de los obreros franceses, checoslovacos y noruegos: en los tres casos, los comunistas han perdido hace tiempo la mayoría del proletariado. En Francia se han reducido a una minoría insignificante; en Alemania, hay ahora seis millones de desocupados que, con sus familias, representan por lo menos 9 millones de electores. Pues bien: el más alto número de votos comunistas en las últimas elecciones fue de 5 millones. Por lo tanto, el Partido Comunista de Alemania tiene aparentemente consigo a sólo la mitad escasa de los desocupados, además de un mínimo porcentaje de obreros fabriles. Para un partido que pretendía seriamente conquistar a la mayoría del proletariado, esta situación es realmente catastrófica. Y sin embargo, el KPD todavía, y relativamente, constituye uno de los partidos más fuertes de la III Internacional.

Entre los años 1925 y 1927, la burocracia dirigente comunista había expulsado del partido a todos los partidarios de la llamada izquierda; desde 1928 fueron los de derecha quienes sufrieron la misma suerte. Así, ahora, los partidos comunistas se han librado de todos los incómodos críticos independientes, y la burocracia do-

mina el terreno sin oposición. Ella cuenta a sus propios adherentes los éxitos del socialismo en Rusia, tratando de ocultar la insignificancia de la política de la Internacional Comunista.

No es éste el lugar para indagar si la economía socialista supera a la capitalista; pero podemos establecer perfectamente si la economía de un país es o no socialista en el sentido de Marx. Para que la Rusia de los soviets fuera un país verdaderamente socialista, deberían cumplirse por lo menos tres premisas: que la industria estuviera organizada en grandes complejos empresarios, sometidos a la dirección autónoma de los productores; la agricultura —segunda premisa— debería estar organizada de modo similar y, finalmente, la producción debería ser orientada sólo de acuerdo con la demanda y no según los intereses del mercado y el comercio.

En la Rusia de los soviets, hoy ninguna de estas tres premisas ha sido realizada. En la industria predomina la gran empresa moderna, pero no existe una dirección autónoma de los productores, ya desde el punto de vista político, ya desde el económico. El socialismo es inconcebible sin la libertad de autodecisión de las colectividades humanas, pues constituye el reino de la libertad, donde el estado perece. Un aparato estatal coercitivo, hiperburocrático, pasivamente obedecido por la masa, nada tiene de común con el ordenamiento socialista, y sólo puede ser valorado como una institución burguesa.

En la economía agrícola de la Rusia de los soviets, solamente una pequeña parte de la producción es obtenida por grandes haciendas estatales: el tipo de empresa predominante es el koljós. Ya hemos demostrado que el Estado, por ahora, no puede colocar a disposición de la mayor parte de esos consorcios las máquinas indispensables. Así, el campesino trabaja su viejo pedazo de tierra con su viejo arado y su viejo caballo; y el cómputo de las ganancias comunes por la cooperativa sostiene, por necesidad, el tradicional sistema pequeñoburgués. Por otro lado, allí donde los koljoses trabajan con tractores proporcionados por el estado, el campesino se cansa menos y produce más. En su conjunto, la empresa colectiva no se propone sino hacer una buena administración para sus miembros; consignar el mínimo de mercancías al estado, con los precios máximos que se le impone y, en fin, vender la mayor cantidad posible a los particulares, pero con precios más elevados. Es, evidentemente, una producción encarada con espíritu genuinamente pequeñoburgués.

En cuanto a la industria del estado, no es mayor el predominio de una economía regulada por las necesidades. También aquí rigen la mercancía y el mercado, aun prescindiendo de las influencias

ejercidas diariamente sobre la Rusia de los soviets por el mercado internacional, con todas sus caídas y sus repuntes. En la economía interna rusa sucede exactamente lo mismo. Los trusts y las grandes empresas estatales son organismos independientes: una fábrica rusa de máquinas debe procurarse su propio mercado y pagar las materias primas que necesita, ni más ni menos que en Europa. La fábrica tiene su propio crédito en la banca estatal, y la dirección debe cumplir sus propias obligaciones: el banco le negará el crédito y se le suspenderán las entregas de acero si se vuelve insolvente. Justamente las últimas disposiciones del gobierno soviético, dictadas en la segunda mitad de 1931 y a principios de 1932, obligan a las empresas estatales a un trabajo absolutamente de tipo comercial. Esas empresas deben crearse un capital y realizar beneficios: en la actualidad, por lo menos teóricamente, es perfectamente admisible que una fábrica soviética quiebre, en el caso de una mala administración. Todo ello constituye una economía comercial estricta con un carácter moderno de capitalismo financiero.

Desde el punto de vista económico es muy importante que Rusia produzca 60 millones de toneladas de carbón, y no 20 millones; o que sus tierras cultivadas con trigo sean trabajadas con tractores, y no con viejos arados. Pero, a pesar de estas dos conquistas, la Rusia de los soviets no se ha acercado un ápice al verdadero socialismo. Ella pertenece hoy al mismo tipo de estado y de sociedad a que pertenecía en 1921: es un país de obreros y campesinos, organizado en un capitalismo de estado, y donde la burocracia dominante mantiene en un puño a las dos clases fundamentales de la sociedad.

En la industria, la influencia proletaria se manifiesta a través de un hecho: la no admisión de una economía basada en la ganancia privada. Pero la burocracia dominante, que legitima su propia existencia a partir de los campesinos, manda a los obreros y pone las bases de una economía comercial fundada sobre el capitalismo financiero.

En las campañas, también es la influencia proletaria la que impide que se constituya una propiedad privada de la tierra. El poderío de los campesinos se manifiesta en todas las concesiones hechas por el estado a las empresas colectivas. Además, la existencia de las masas de colonos justifica la dictadura del partido y del aparato estatal sobre la Rusia de los soviets.

Sólo una exacta valoración del carácter social mixto de la Rusia soviética puede evitar los falsos juicios: tanto se equivoca quien ignora el papel del proletariado en la Rusia actual como el que no valora plenamente la importancia de los elementos agrario-

burgueses. De acuerdo con una estadística oficial soviética del año 1930, en las cajas de ahorro rusas había depósitos por un monto de 722 millones de rublos; de ellos, sólo 91 millones pertenecían a obreros. Los empleados y funcionarios estatales tenían 205 millones; 134 millones correspondían a "varios", es decir, a profesionales libres, artesanos, etc. Los campesinos individuales apenas figuraban con 46 millones. Pero debemos agregar 246 millones de depósitos como ahorros de "personas jurídicas" bajo las cuales se ocultan sobre todo los consorcios del colectivismo agrícola y otras asociaciones similares. Esta mirada de conjunto muestra con claridad qué relaciones se dan hoy entre las distintas clases: los obreros, por cierto, no están en primera línea, en cuanto al tenor de vida y a las posibilidades de ahorro.

El capitalismo de estado es para Rusia una forma extraordinariamente moderna de sociedad y de economía, y a él corresponde el espíritu cultural moderno. Así, Rusia puede excluir de la vida cultural toda influencia clerical; puede adoptar los más modernos métodos pedagógicos y tomar medidas ejemplares para la protección de las madres y de la infancia. Por cierto, en la Rusia soviética no existe esa absoluta libertad de espíritu propia de la sociedad genuinamente socialista: la dictadura de partido dominante no puede vivir sin una rígida doctrina dogmática, obligatoria para todos, y representada por el llamado leninismo.

En el papel, los salarios del obrero ruso han crecido durante los últimos años; pero el nivel de vida efectivo ha empeorado respecto del existente en 1927. El abastecimiento de productos industriales a las ciudades no es mejor, y el de los productos alimenticios se ha vuelto más dificultoso. Pero no hay escasez, la desocupación prácticamente no existe y el gobierno de los soviets, con todos los medios de que dispone y con las concesiones hechas recientemente a los campesinos, está en condiciones de regular el abastecimiento de la población.

En las campañas, la gran ofensiva contra los kulaks por el momento ha abatido a los enemigos declarados del gobierno soviético: la posición de los pequeños y medianos campesinos ha mejorado en aquellos koljoses donde ellos tienen a su alcance maquinarias modernas. Por otro lado, no hay motivo alguno para hablar de la existencia de una persecución a los campesinos por parte del gobierno.

Además, la teoría estalinista del socialismo da al gobierno la posibilidad de actuar con cierta libertad en los próximos años: en este momento, Rusia está elaborando otro plan quinquenal. En algunos años será posible realizar la colectivización de la agricul-

tura rusa y, a la vez, llevar a un nivel notable la producción industrial. Entonces, el gobierno de los soviets podrá proclamar que ha "construido el socialismo", alcanzando "la sociedad sin clases sociales".

Entonces, sería posible dar un mayor respiro al ritmo fatigoso de la industrialización, atenuar la dictadura de partido y conceder libre juego a la autonomía administrativa. Efectivamente, en la "sociedad sin clases", la dictadura del proletariado es superflua. Fácilmente pueden justificarse las concesiones reales hechas a los campesinos, al no existir verdaderos "campesinos" en el sentido del capitalismo privado, sino sólo productores agrícolas en el cuadro de la sociedad acabadamente socialista.

Pero los contrastes de clases no se dejarán ocultar por mucho tiempo en Rusia. Precisamente, en el caso de que el presente plan quinquenal, y también el próximo, triunfen, con las condiciones de vida mejoradas, la conciencia de clase se fortalecerá tanto en los obreros como en los campesinos. Así, tampoco Rusia quedará librada, en un futuro más lejano, de los decididos contrastes de clase. El "socialismo" al estilo de los narodniki no logrará amenazar los conflictos.

En su apuro por superar el estado de retraso del país, los bolcheviques se consideran a sí mismos como los ejecutores del legado de Pedro el Grande. Stalin, en un discurso ante la dirección central del partido comunista ruso, pronunciado el 14 de noviembre de 1928, decía:

El atraso técnico-económico de nuestro país no lo hemos inventado nosotros. Es un atraso secular, que hemos heredado de toda la historia de nuestro país. Ese atraso se dejaba sentir como un gran mal ya antes, en el período anterior a la revolución, y se deja sentir también después, en el período posterior a la revolución. Lo que hacía Pedro el Grande cuando, al tener que vérselas con países del Occidente más adelantados, construía febrilmente fábricas para abastecer al ejército y reforzar la defensa del país, era un intento sui generis de salir del atraso. Sin embargo, es bien comprensible que ninguna de las viejas clases, ni la aristocracia feudal ni la burguesía, pudiera cumplir la tarea de sacar del atraso a nuestro país. Es más, esas clases no sólo no podían realizar esta tarea, sino que ni siquiera eran capaces de plantearla en forma más o menos satisfactoria. El atraso secular de nuestro país únicamente puede ser eliminado sobre la base de la edificación socialista victoriosa. Y eso sólo puede hacerlo el proletariado, que ha erigido su dictadura y tiene en sus manos la dirección del país.⁴

⁴ J. Stalin, *Sobre la industrialización del país y la desviación de derecha en el P. C. (b) de la U.R.S.S.*, en *Obras*, vol. 11, pp. 263-264.

El bolchevismo ha resuelto el objetivo que se planteara, en sus partes esenciales. Con la ayuda del proletariado, ha derrocado al zarismo y ha realizado la revolución burguesa. Ha superado la vergonzosa inferioridad rusa, llevando al país al nivel de los estados burgueses europeos modernos. Y aun, gracias a la fuerza de la clase obrera, ha logrado remplazar la economía y la forma de una sociedad capitalista privada por una moderna organización basada en el capitalismo de estado.

Pero justamente los éxitos nacionales, rusos, de los bolcheviques, debían acarrear los fracasos internacionales. Realmente no es una casualidad que la Rusia de los soviets se halle en constante progreso desde 1921 y que, en el mismo ciclo de años, la Internacional Comunista haya retrocedido con idéntica continuidad. La doctrina y el método de los bolcheviques eran extraordinariamente avanzados para la Rusia de los zares, pero en cuanto a los países industriales de Occidente aparecían como reaccionarios. Allí la revolución burguesa se ha cumplido en lo esencial, los campesinos no son el sector determinante de la masa popular, y el proletariado ha aprendido a construir y a dirigir por sí mismo sus propias organizaciones.

El heroísmo de los obreros rusos entre 1917 y 1920 por cierto tiempo ha echado un velo sobre el estado de inferioridad del bolchevismo, despertando la impresión de que él era la forma consagrada de la revolución proletaria universal. La voluntad de tomar el poder por la alianza con los bolcheviques dominaba entonces a una parte importantísima del proletariado europeo; pero el paso del tiempo ha evidenciado de manera creciente la imposibilidad de asignar al gobierno del estado agrario ruso la dirección del proletariado mundial. Así, el estado ruso y la clase obrera internacional volvieron a separarse, y la teoría stalinista del "socialismo en un solo país" no es sino la expresión de esa virtualidad. El bolchevismo nacional ruso, en su aislamiento, no se mostró capaz de ponerse siquiera a la cabeza del movimiento de independencia de los pueblos asiáticos.

El reflejo de la gran revolución rusa siempre sigue atrayendo a algunos restos de la clase obrera internacional, pero la Internacional Comunista no tiene ya ascendiente alguno sobre el movimiento activo del proletariado mundial. Aquello que los bolcheviques hicieron en el marco de la revolución rusa, permanece como un hecho histórico inmortal; pero si la burguesía internacional teme todavía al bolchevismo, equivoca el rumbo. Puede tener motivos para temer al proletariado marxista y a la revolución mundial. Pero el bolchevismo no es ni lo uno ni lo otro.